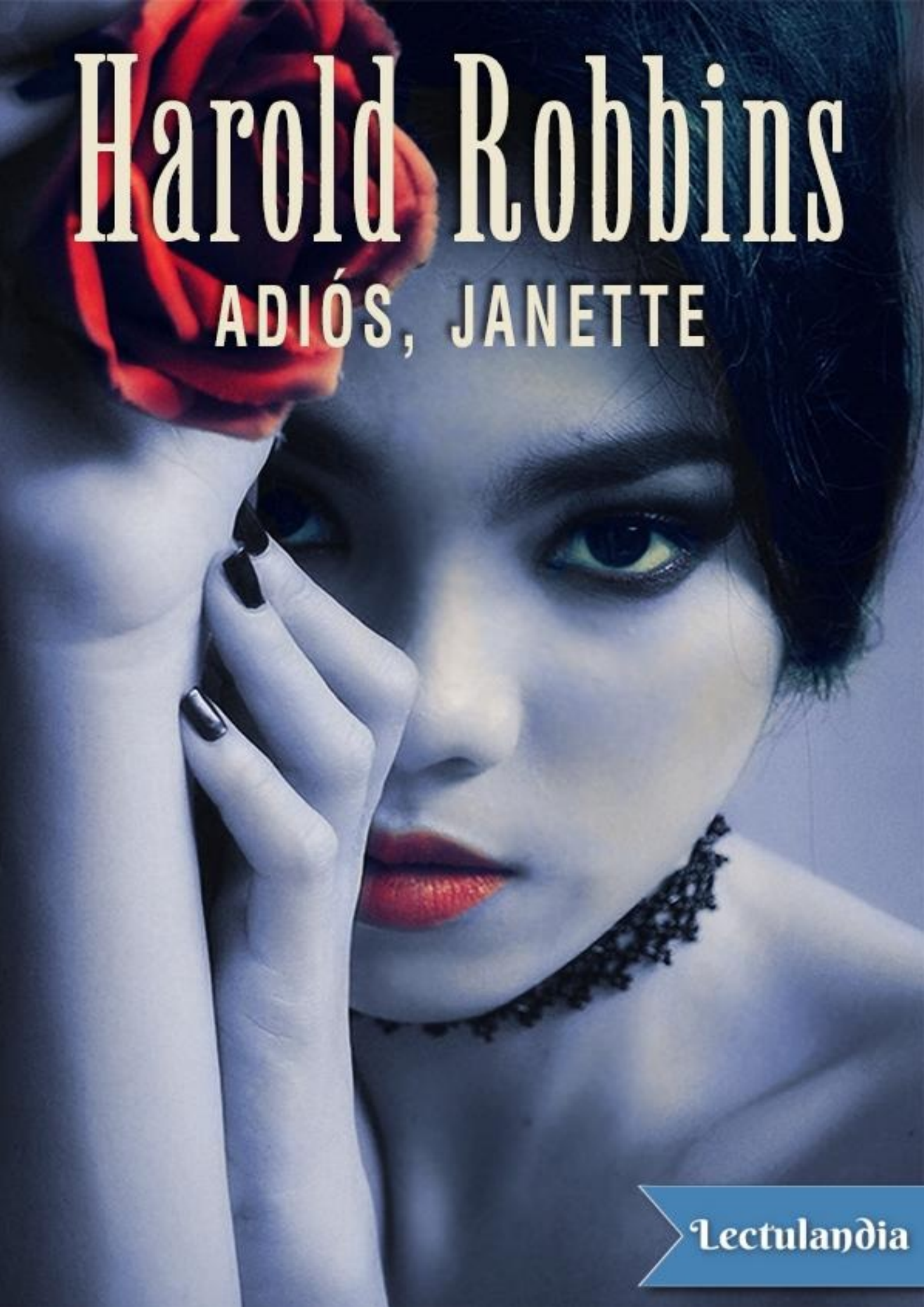




Harold Robbins

ADIÓS, JANETTE

Lectulandia

Tanya, viuda de un conde polaco, con el que ha tenido una hija —Janette— salva su vida, durante la segunda guerra mundial, gracias a un alto oficial nazi, con quien mantiene relaciones. Tras la derrota de Alemania, él debe abandonarla, pero le deja una cuantiosa fortuna. Instalada en París, se casa con Maurice, aristócrata francés, con el fin de adquirir la nacionalidad francesa y regularizar sus papeles. Luego descubre que Maurice es un perverso sexual. Janette vive su infancia en este ambiente turbio y agresivo. Al llegar a la adolescencia, es violada por su padrastro. Más tarde, la muerte de su madre, en siniestras circunstancias, la deja sola frente al mundo con su traumatizante bagaje a cuestas. Pero Janette no se arredra. Tiene tres recursos que sabrá utilizar sabiamente: valor, voluntad y dinero. Interesada por los negocios de su madre, consigue dominarlos y alcanzar su más ferviente deseo: abrir y dirigir una casa de modas. Todo el mundo frívolo y banal, pero también lleno de odios, envidias y ambiciones, del mundo de la alta costura parisina, sirve de contrapunto al drama interno de Janette que, horrorizada ante los hombres, busca una salida a su realización personal y sexual.

Lectulandia

Harold Robbins

Adiós, Janette

ePub r1.0

Titivillus 30.06.17

Título original: *Goodbye, Janette*
Harold Robbins, 1981
Traducción: Alberto Segura

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Esta novela está dedicada con amor a Zelda Gitlin, con agradecimiento por la fe, el amor y el apoyo que tan liberalmente me ha prestado, como novelista y como ser humano durante años.

Primera Parte

TANYA

Estaba nervioso. Ella lo notó en su manera de moverse por la habitación, acercándose en ocasiones a la ventana y retirando la cortina para mirar la lluviosa calle ginebrina. Se volvió y la miró.

—Todavía no ha llegado el francés —dijo él con su áspero acento bávaro.

—Ya vendrá —replicó ella sin levantar la mirada de su labor de punto.

Él se acercó al aparador y se sirvió una copa de *schnapps*, que bebió de un trago.

—En París no era así. En aquellos tiempos bastaba con que chasqueara los dedos para que viniera corriendo.

—Hace tres años de eso —dijo ella tranquilamente—. Y entonces iban ganando los alemanes.

—Nosotros nunca hemos ido ganando —dijo él—. Solo nos lo parecía. En el momento en que los Estados Unidos entraron en guerra, todos supimos en nuestro fuero interno que aquello era el final. —Desde el piso de abajo llegó el tenue sonido del timbre de la entrada—. Aquí está —añadió.

Ella se levantó y dejó su labor en la mesa que había junto a su silla.

—Le haré subir directamente.

Bajó por las escaleras hasta el vestíbulo. Ya había entrado y el criado le había cogido el abrigo. Se dio la vuelta al oír los pasos de ella y, cuando la vio, le mostró sus pequeños dientes blancos en una sonrisa.

Se acercó a ella y le tomó la mano, llevándola a sus labios. Ella sintió que su fino bigote le pinchaba el dorso de los dedos.

—*Bonsoir*, Anna —dijo—. Está usted tan hermosa como siempre.

—Y usted es tan galante como siempre, Maurice —dijo ella devolviéndole la sonrisa y hablándole en el mismo idioma.

Él rio.

—¿Qué tal la niña?

—Janette ya tiene cuatro años. Ha crecido tanto que ya no la conocería.

—Y será tan bella como su madre.

—Ella dispondrá de su propia belleza —dijo Anna.

—Muy bien —replicó Maurice—. Entonces, ya que no lo consigo con usted, la esperaré a ella.

—Tendrá que esperar mucho —replicó Anna riéndose.

Él la miró con extrañeza.

—Hasta entonces tendré que contentarme con lo que pueda conseguir.

—Wolfgang le espera en la biblioteca —dijo—. Sígame.

Esperó a que la precediera algunos escalones antes de seguirla. Y hasta que llegaron a lo alto de las escaleras fue fijándose en los sensuales movimientos de su

cuerpo, que se dibujaba bajo el ceñido vestido de seda.

Los dos hombres se dieron la mano; Wolfgang entrechocó los tacones inclinando la cabeza; Maurice, muy francés, solo inclinó ligeramente la cabeza. Hablaron en inglés, idioma neutral que ambos creían hablar mejor que su interlocutor; además ninguno de los dos quería ceder la ventaja de hablar su propio idioma.

—¿Qué tal París? —preguntó Wolfgang.

—Muy americano —contestó Maurice—. *Chocolate bars*, cigarrillos y chicle. Ya no es lo mismo.

Wolfgang guardó silencio unos momentos.

—Por lo menos los rusos no están allí. Alemania ya no existe.

Maurice hizo un gesto de simpatía con la cabeza y no respondió. Anna, que se había quedado mirando, se dirigió a la puerta.

—Traeré el café.

Esperaron a que la puerta se cerrara tras ella. Wolfgang se acercó el aparador.

—¿*Schnapps*? ¿Coñac?

—Coñac.

Wolfgang sirvió una copa de Courvoisier y se la entregó; a continuación se sirvió un *schnapps*. Le señaló un sofá y se sentaron uno frente al otro con la mesita de café en medio.

—¿Ha traído usted los papeles? —preguntó. Maurice asintió y abrió la pequeña cartera de piel que llevaba consigo.

—Aquí están todos. —Hizo tres montones sobre la mesita de café con los documentos de color azul que llevaban el cuño oficial del *notaire*—. Creo que lo encontrará todo en orden. Todas las empresas han sido puestas a nombre de Anna, como usted había solicitado.

Wolfgang tomó uno de los papeles y lo estudió. Era el acostumbrado galimatías jurídico, siempre carente de sentido, cualquiera que fuese el idioma en que estuviera escrito. Maurice le miró.

—¿Está seguro de querer hacer eso? Podemos quemar los papeles y todo seguirá siendo como si nunca hubieran existido.

Wolfgang exhaló un profundo suspiro.

—No puedo escoger —dijo—. No hay modo de que los franceses me permitan conservar estas empresas, por más que las adquiriera legalmente durante la ocupación. Los judíos se me echarían encima gritando que les obligué a vendérmelas.

—Bastardos desagradecidos —dijo Maurice asintiendo con un gesto—. Le hubiera ido mejor de no haber sido tan honrado. Hubo otros que no solo se quedaron con las empresas sino que además los mandaron a los campos de concentración. Usted por lo menos les permitió conservar la vida. —Hubo unos momentos de silencio. Maurice le dedicó una mirada—. ¿Qué planes tiene ahora?

—Sudamérica —dijo Wolfgang—. Mi mujer y mis hijos ya están allí. No podré quedarme aquí mucho más tiempo. Mi nombre aparecerá, es solo cuestión de tiempo,

y querrán juzgarme en Alemania. Y entonces los suizos repentinamente me considerarán persona non grata.

—¿Ya lo sabe Anna?

—Ya se lo he contado. Lo comprende. Además, me está agradecida por haber salvado su vida y la de su hija. Cuando la conocí, en Polonia, ya iba camino de los campos; su marido, el joven conde, había muerto en el campo de batalla y el resto de la familia cayó en los bombardeos.

Hizo una pausa para recordar el día en que la vio por vez primera, hacía ya casi cinco años.



Era una casa pequeña en la zona residencial elegante de las afueras de Varsovia. Resultaba pequeña comparada con las casas que habían escogido la mayoría de los demás altos oficiales alemanes para ocuparlas durante su estancia; pero Wolfgang no era de su misma casta. No tenía motivos de disgusto consigo mismo ni necesitaba afirmar su importancia, pues provenía de una vieja e impecable familia industrial y aristocrática. Su preocupación principal no era militar ni política; era su trabajo: hacer que la industria local fuera integrada en la industria bélica del Reich. Su labor en Varsovia consistía principalmente en una operación de limpieza, estudios preliminares y supervisión de la labor realizada. Le habían encomendado tomar una decisión definitiva sobre la disposición e integración de las diferentes empresas e industrias. Calculaba que le costaría entre un mes y seis semanas cumplir su misión; luego volvería a Berlín a esperar un nuevo encargo. Aunque solo tenía treinta y cinco años, le habían otorgado provisionalmente el rango de *general-major* para que pudiera tratar al mismo nivel con sus colegas de la Wehrmacht. A su secretario personal, Johann Schwebel, le habían hecho sargento para que pudiera acompañarle.

Schwebel fue el primero que la vio. Estaba a la puerta de la pequeña casa cuando paró el camión ante ella y empezaron a bajar las mujeres. Se quedó quieto, maravillado de la eficacia de las S. S. Justo el día anterior habían solicitado ayuda para encontrar un ama de llaves que hablara tanto alemán como polaco, pues no querían tener dificultades idiomáticas en los asuntos domésticos; y en ese momento bajaban del camión seis mujeres para que él escogiera. Se quedaron nerviosamente en la entrada mientras el soldado de escolta, de cuyo hombro colgaba una metralleta suspendida por una correa, se acercaba a la puerta.

El soldado se detuvo ante Schwebel.

—He traído a las mujeres aquí para que escoja usted —dijo llanamente.

—¿Tiene sus papeles? —preguntó Schwebel.

El soldado asintió sacándolos de una cartuchera.

—Aquí están. —Se dio cuenta de que Schwebel miraba algo por encima de su hombro y se volvió.

La séptima chica estaba bajando del camión. En ella había algo diferente. Desde

luego, no se trataba de la ropa. Todas llevaban las mismas ropas carcelarias, grises y monótonas. Pero esta tenía algo propio. Quizá fuera su manera de moverse. Era alta y esbelta. Tenía un aire de indiferencia, de orgullo. Su cabello, largo y de color castaño, limpio y brillante, le caía hasta los hombros y no había un mechón fuera de su sitio. Echó una mirada fría a su alrededor y se quedó junto al camión, esperando. No hizo ningún movimiento para acercarse a las demás mujeres, que se habían puesto a charlar nerviosamente entre sí.

—Es la princesa —dijo el soldado.

—¿La princesa?

—Es el nombre que le dan en el campo. Llegó hace diez días y creo que desde entonces no ha hablado ni una palabra con las demás chicas. Cuida de sí misma. Ya sabe usted cómo les gusta joder a las chicas polacas: en cuanto la sacas empiezan a correrse y cuando se la metes se vuelven locas. Pues esta, nada de nada. Ya nos la hemos jodido unos quince y con todos ha pasado lo mismo. Permanece hasta el final sin hacer un solo movimiento. Y a continuación se comporta como si no hubiera pasado nada. Se limpia el coño sin decir una palabra y se dedica a sus asuntos.

—¿Cuáles son sus papeles? —preguntó Schwebel—. Me gustaría verlos antes que los demás.

—El que tiene una franja roja en la esquina y una A con un círculo. Ya está en la lista de Auschwitz para la semana que viene. Aquí no necesitamos a chicas como ella. —El soldado rio torpemente—. Le aconsejo que no se ocupe de ella. Mea agua helada.

Schwebel se sentó a la mesita que había en el vestíbulo y que usaba como escritorio, poniendo la documentación ante sí. Abrió la carpeta de la franja roja.

Tanya Anna Pojarska, ap. familia Kosciusko, 7 nov. 18, Varsovia. Viuda, marido conde Peter Pojarska, capitán ejército polaco, m enero 1940. Un hijo, hembra, Janette Marie, n. París, Francia, 10 sep. 39. Rel. católica. Padre profesor de idiomas, univ. de Varsovia, m. Todos sus familiares conocidos, m. Estudios licenciatura univ. Varsovia, idiomas, 1937; licenciatura Sorbona, París, idiomas, 1939. Dominio pol., fran., in., al., rus., ita., esp. Bienes y posesiones familiares incautados por el Estado, 12 oc. 1939. Culpable de traición y subversión. Archivo Gestapo Varsovia 72943/029. Sentencia campo de trabajo 12 años. Autorización para compañía hija.

Cuando Schwebel acabó de leer, hojeó los demás expedientes. Ya había llegado a la conclusión de que era la única capacitada para el puesto. Las otras eran vulgares. Aunque tuvieran algunos conocimientos de alemán, tenían muy poco que ofrecer en cuanto a educación. Cuando levantó la vista, ella estaba ante su escritorio.

—Siéntese, *Frau Pojarska* —dijo en alemán.

—*Dankeschön*. —Ella se sentó tranquilamente. Él siguió hablando en alemán.

—Sus obligaciones consistirán en administrar la casa y tenerlo todo a punto. También se le pedirá ayuda para traducir y redactar ciertos documentos. ¿Cree estar capacitada?

—Creo que sí —asintió ella.

—Solo serán seis semanas —dijo él.

—En estos tiempos —replicó ella— seis semanas pueden ser toda una vida. —Aspiró profundamente—. ¿Puedo traer a mi hija conmigo?

Él dudó.

—No supondrá ninguna molestia —añadió vivamente—. Es una criatura muy tranquila.

—No puedo tomar esa decisión —dijo él—. Eso corresponde al general.

Su mirada se encontró con la de él por encima del escritorio.

—No la dejaré allí —dijo ella lentamente. Él guardó silencio—. Todavía puedo demostrar mi gratitud de alguna manera —añadió en voz baja.

—Haré lo que pueda —dijo él aclarándose la garganta—. Pero depende de la decisión del general. —Se puso en pie—. Espere aquí.

Le vio subir las escaleras hacia el despacho del general. Poco después salió al rellano y dijo:

—Suba por aquí.

Le abrió la puerta y ella entró precediéndole. El general, que estaba junto a la ventana hojeando su expediente, se volvió hacia ella. Su primera impresión fue de sorpresa. Era un hombre muy joven, unos treinta y cinco años; no tendría más edad que Peter.

La voz de Schwebel llegó a sus oídos:

—*Generalmajor* von Brenner; *Frau* Pojarska.

Wolfgang la miró. Sintió un tirón en las entrañas. Sintió la presencia de la mujer bajo las grises ropas carcelarias. Su voz enronqueció repentinamente.

—Schwebel opina que usted puede ocupar el puesto, pero hay un problema.

—No tiene por qué haberlo —dijo ella con voz clara. Él siguió mirándola en silencio—. Se lo aseguro —añadió. Su voz se endureció súbitamente—. No puedo dejarla morir allí.

Él se acordó de sus dos hijos, que iban al colegio en Baviera, lejos de la guerra y sin sentir sus efectos. Se giró de modo que ella no pudiera ver la expresión de sus ojos. ¿Qué había dicho ella, según Schwebel? Seis semanas pueden ser toda una vida. Eran solo seis semanas. No había motivo para no concedérselo. Se volvió hacia ella.

—Tiene mi autorización para traer a la niña.

Notó que los ojos se le humedecían de repente, pero controló su voz:

—*Dankeschön, herr General.*

—¿Tiene usted otras ropas?

Ella sacudió la cabeza.

—Cuando me llevaron al campo me quitaron todo.

—Tendremos que hacer algo por usted —dijo él—. Tiene que estar preparada para recibir a las visitas y hacer que se sientan cómodas. Necesitaremos también a otras dos mujeres. Una cocinera y una camarera que se ocupe de la ropa y de la limpieza. Las escogerá usted.

—*Jawohl, herr General.*

—Schwebel redactará una nota que autorice lo de la niña y demás. A continuación irá usted de compras con él. Comprará ropas para usted y uniformes para las otras. Tendrá todo preparado para la cena de esta noche, que será a las ocho en punto. Dejo el menú en sus manos.

La puerta se cerró tras ella; él volvió a su escritorio y se sentó. ¿Qué le había contado Schwebel? Quince hombres. Era increíble. Su rostro no dejaba ver nada. Ni odio ni resentimiento ni servilismo. Se diría que no podía afectarle nada que ella no quisiera sentir.

La cena le sorprendió. *Vichyssoise, Gedampftes kalbfleisch* con una delicada guarnición de rábanos picantes, patatas hervidas y judías frescas. Ensalada de queso. Y para terminar, café y coñac. Una vez terminada la cena, ella entró en el comedor.

—¿Ha sido de su gusto la cena, *herr General*?

—Estaba muy buena.

Ella se permitió una sonrisa contenida.

—Me alegro. Muchas gracias. ¿Puedo hacer alguna otra cosa por usted?

—Esto es todo, gracias. Buenas noches.

—Buenas noches, *herr General*.

Ya era casi medianoche y él seguía agitándose, insomne, en su cama. Por fin dejó la cama, se puso la bata y bajó al vestíbulo. Todavía había luz bajo la puerta de Schwebel. La abrió.

Schwebel saltó de la cama llevando todavía en la mano el libro que leía.

—*Herr von Brenner* —balbuceó—. Quiero decir, *herr General*.

—La habitación de la chica —preguntó Wolfgang.

—La primera al llegar al rellano de las escaleras, en el piso de arriba.

Cerró la puerta a sus espaldas y subió el primer tramo de escaleras. Bajo la puerta no asomaba ninguna luz. Dudó un momento, luego la abrió y entró. A la tenue luz de la luna que entraba por la ventana vio cómo ella se incorporaba de súbito. Poco después se encendió la lucecita de la mesilla. Tenía el cabello largo y oscuro y le caía hasta los hombros; sus ojos estaban muy abiertos. No dijo una palabra.

Vio la cuna improvisada junto a la cama, se acercó y contempló su interior. La criatura dormía tranquilamente con un pulgar en la boca. Inclinandose sobre la cuna, le sacó con cuidado el dedo de la boca.

—Es malo para la dentadura —dijo irguiéndose. Ella seguía sin hablar—. ¿Cómo se llama?

—Janette.

—Es un bonito nombre —dijo él. Y volvió a mirar a la niña—. Es guapa.

—Gracias, *herr General*. —Levantó la vista hacia él—. ¿Tiene usted hijos?

—Dos —contestó.

—Debe resultarle duro estar apartado de ellos.

—En efecto.

—¿Y de su mujer?

—Sí, también —replicó. De repente se sintió incómodo. Fue hasta la puerta—.

Bien, buenas noches.

Llevaba diez minutos dando vueltas en la cama cuando entró ella en su habitación; se incorporó.

—¿Sí?

—Encienda la luz —dijo ella—. Quiero que me vea.

Él apretó el interruptor de la lámpara de la mesilla. Iba vestida con un camisón blanco de puntillas y tenía el cabello suelto.

—Míreme —le dijo suavemente, y empezó a quitarse un tirante del camisón.

Se le cortó el aliento en la garganta cuando le vio un pecho, rotundo y pleno, con el pezón color de fresa que sobresalía de la aureola color púrpura; luego, cuando se bajó el camisón hasta la cintura, mostró también el otro pecho. Su mirada siguió las manos de ella, que se movían lentamente por la caja torácica hasta llegar a su vientre plano y suavemente musculoso; siguió tirando del camisón hasta que este se tensó en sus caderas cayendo a continuación al suelo en torno suyo; el cabello negro y rizado de su pubis descendía en forma de punta de flecha entre las columnas de sus piernas.

Se acercó a la cama y retiró las sábanas que le cubrían las piernas. Tiró del cordón que cerraba el pantalón de su pijama y su falo surgió libremente. Se arrodilló junto a la cama y le miró a los ojos unos momentos. Con suavidad, retiró los pliegues de la piel de su glande rojo y palpitante. Su lengua se deslizó por él como una serpiente.

De repente cerró su mano alrededor del falo presionándolo con un estrecho apretón. Levantó la vista hacia él. Su voz sonó imperiosa:

—No te corras todavía.

Él no podía hablar; se limitó a asentir con un gesto. Su rostro se inclinó sobre él.

—Yo te diré cuándo —dijo ella mientras volvía a tomarlo en su boca.

Seis semanas más tarde, cuando cogía el tren hacia París, ella y la niña le acompañaban.



Silenciosamente, Wolfgang acabó de firmar el último documento. Levantó la vista hacia Maurice y dijo:

—Creo que esto es todo.

—Técnicamente, sí —contestó Maurice—. Pero hay otros problemas.

Wolfgang se quedó mirándole.

—El permiso de residencia francés que ella tiene fue expedido por el gobierno de Pétain. Quizá no lo acepte el actual régimen.

—¿Por qué no? Era un permiso definitivo que reconocía su estatus de persona desplazada. De todos modos ella se licenció en la Sorbona antes de la guerra. Además, su hija nació en Francia antes de la ocupación.

—En muchos casos han retirado permisos por considerar que sus titulares eran colaboracionistas. Y en París hay mucha gente que conoce la relación que ella tiene con usted.

—¿Y qué podemos hacer al respecto? —dijo Wolfgang tras meditar unos momentos.

—He estado pensando en el asunto, pero no he llegado a una solución definitiva. Lo único eficaz sería que ella obtuviera la nacionalidad francesa.

—Mierda —dijo Wolfgang levantándose—. ¿Qué hacemos ahora? —Fue hasta el aparador y se sirvió otro *schnapps*.

Maurice se volvió y miró a Anna, que había estado sentada en silencio ante la bandeja del café mientras Wolfgang firmaba los papeles frente a ella. Levantó la cabeza de las agujas que tenía en sus manos y sus ojos se encontraron. Se miraron mutuamente durante un rato; a continuación él retiró la vista y ella volvió a su labor.

Wolfgang sorbió su *schnapps*, llenó la copa de nuevo, se acercó al sofá y se dejó caer pesadamente.

—Quizá no merezca la pena tomarse ese trabajo. Quizá debamos contentarnos con vender las empresas y deshacernos de ellas.

—Ahora no conseguiré sacar nada —dijo Maurice—. Los franceses están en bancarrota. De aquí a cinco años, cuando se normalicen las cosas, valdrán una enorme cantidad de dinero.

—Cinco años —dijo Wolfgang—. ¿Quién diablos sabe dónde estaremos de aquí a cinco años?

—Si para entonces estamos muertos, no tendrá importancia —dijo Maurice—. Pero si estamos vivos, la tendrá.

—De todos modos, si anulan su permiso lo perderemos todo. Se quedarán con las empresas.

—Tenemos que correr ese riesgo —dijo Maurice.

Anna habló suavemente sin levantar la mirada de su labor.

—Si yo estuviera casada con un francés, lograría automáticamente la nacionalidad.

Wolfgang le dedicó una breve mirada y luego se dirigió a Maurice:

—¿Es cierto eso?

Maurice asintió.

—Entonces hay que encontrar a alguien en quien podamos confiar y Anna se casará con él.

—Usted no está casado.

—Sería demasiado peligroso —replicó Maurice sacudiendo la cabeza—. Todavía hay muchos gaullistas que sospechan de mí. Después de todo, yo no pasé el canal

hasta el último momento.

—Pero usted les vendió su historia. Así como la información que les proporcionó y la explicación de que se quedó con el propósito oculto de ayudarles.

—Es cierto. Pero cuando eso sucedió todavía se estaba librando la batalla. Ahora empiezan a surgir las preguntas.

—Estoy seguro de que su tío puede ocuparse de eso —dijo Wolfgang.

—Mi tío ha muerto. Murió hace cuatro meses.

—Entonces, ¿quién es ahora el marqués de la Beauville?

—Nadie. Murió sin descendencia.

—¿Y qué pasa con sus propiedades?

—Pasarán al Estado a no ser que alguien pague los impuestos sobre la herencia; alguien de la familia, claro está.

—¿Cree que lo hará alguien?

—Yo soy el único descendiente —contestó Maurice sacudiendo la cabeza—. Si viviera mi padre, que era su hermano, le hubiera sucedido en el título. Pero ahora se perderá todo... título, propiedades, todo.

—Si usted paga los impuestos —insistió Wolfgang—, ¿puede reclamar el título?

—Si el Estado acepta mis pagos, supongo que sí —dijo Maurice tras pensar unos momentos.

—¿Cuánto supondría?

—Muchísimo dinero. Cinco millones de francos. En realidad nadie lo sabe, las exigencias del Estado son desesperanzadoras.

—Déjeme meditar unos momentos —dijo Wolfgang levantándose; estaba excitado.

Le observaron mientras paseaba arriba y abajo por la estancia; finalmente se detuvo ante Maurice.

—Si esas empresas formaran parte de la herencia, ¿sería válida la propiedad de las mismas?

—Por completo —dijo Maurice—. Nadie se atrevería a poner en duda la integridad y lealtad de mi tío. Después de todo, fue uno de los pocos franceses que se atrevió a quedarse en Francia desafiando la autoridad de Pétain. Y no se atrevieron a ponerle la mano encima, aunque permaneció prácticamente prisionero en su residencia campestre.

—Entonces ya está —dijo Wolfgang con una sonrisa satisfecha—. Todos nuestros problemas están solucionados. Usted y Anna se casarán. Yo me ocuparé de que disponga usted del dinero para pagar los impuestos y reclamar el título. Entonces traspasaremos las empresas al patrimonio y todo quedará en orden. —Sorbió un poco de *schnapps* y lo bebió de un trago—. Yo te armo marqués de Beauville —dijo golpeando suavemente los hombros de Maurice.

Maurice miró a Anna. Le pareció ver en sus labios una tenue sonrisa mientras mantenía la vista baja en las agujas de hacer punto que volaban en sus manos. Era la misma sonrisa enigmática de la primera vez que la vio en París, en otoño del año 1940.



Subió el corto tramo de escaleras que iban desde la calle hasta la puerta de la pequeña casa, comprimida y casi perdida entre los enormes edificios de apartamentos de la avenida de Jena, y tocó el timbre.

Una camarera de uniforme le abrió la puerta y le miró:

—*Monsieur?*

Él sacó una tarjeta del bolsillo y se la entregó.

—Tengo una cita con el general von Brenner.

—*Entrez, m'sieur* —dijo ella tras echar un vistazo a la tarjeta.

La siguió por el vestíbulo y esperó mientras ella desaparecía en una habitación de la casa. Miró las paredes a su alrededor. Estaban desnudas y todavía se apreciaban en los muros manchas decoloradas en los lugares en que habían colgado cuadros. Se preguntó inútilmente qué infortunada familia francesa habría sido arbitrariamente despojada de su casa para hacer sitio a los conquistadores prusianos. ¿Y los cuadros que habían adornado en otro tiempo sus paredes? ¿Habrían conseguido los franceses salvarlos o estarían ahora en la residencia alemana del general?

Oyó a sus espaldas los pasos de un hombre. Se volvió. Un soldado con uniforme de sargento de la *Wehrmacht* le saludó con la mano alzada:

—*Heil Hitler.*

—*Heil Hitler* —replicó Maurice alzando la mano a su vez.

—El general le atenderá dentro de poco. —Schwebel abrió una puerta—. ¿Tendrá la amabilidad de esperar en el salón?

—*Avec plaisir.* —Maurice entró en la habitación y la puerta se cerró tras él. En aquella estancia los muebles parecían haber sido respetados y en las paredes había cuadros. En la chimenea ardía un pequeño fuego.

Se acercó al fuego para calentar sus manos ante él. Aunque estaban a principios de otoño, época en que en París se solía disfrutar todavía de un clima templado, parecía haber un gélido viento norteño en el ambiente húmedo. Los franceses estaban seguros de que la culpa era de los alemanes.

Oyó abrirse la puerta y se volvió, esperando ver al general. Pero se encontró con una mujer joven y alta; tenía la larga cabellera de color castaño cuidadosamente peinada hacia atrás y recogida en un moño que acentuaba sus pómulos salientes y sus grandes ojos oscuros. Llevaba un elegante traje de tarde oscuro que acentuaba su rotunda figura pretendiendo al mismo tiempo ocultarla.

—¿*Monsieur* de la Beauville? —le preguntó con acento parisino.

Él asintió.

—Yo soy *Mme. Pojarska* —dijo ella acercándosele—. El general me ha pedido que le ponga cómodo. Quizás esté más ocupado de lo que creía. ¿Quiere que le pida un café o algo para beber?

—Un café estaría muy bien.

—Y quizá también algo de pastelería. Nuestro *patissière* es uno de los mejores de París.

—*Madame*, ha descubierto usted mi debilidad —sonrió él. Era cierto. Desde la llegada de los alemanes a París no se podía encontrar en ningún sitio algo de pastelería decente.

Poco después estaba sentado en el sofá con una taza de verdadero y aromático café ante sí y hurgando con un tenedor el crujiente hojaldre de un *millefeuille*.

—Está delicioso —dijo.

—Hay cosas en Francia que nunca cambiarán —dijo ella; y una leve sonrisa curvó las comisuras de sus labios.

Él la miró con sorpresa. No era el tipo de observación que podía esperarse en casa de un general alemán.

—¿Ha vivido usted antes en Francia, *madame*?

—Estudié aquí —replicó ella—. En la Sorbona. —Le puso otro *millefeuille* en el plato—. Mi hija nació aquí poco antes de la guerra.

—Entonces su hija es francesa —dijo él.

—Polaca. Mi difunto marido y yo somos polacos.

—Según la legislación francesa su hija tiene derecho a la nacionalidad francesa siempre que sus padres no hubieran notificado otra cosa a las autoridades.

Ella meditó unos instantes.

—Entonces es francesa, pues mi marido volvió a Polonia el mismo día que estalló la guerra y no la registramos.

—¿Su difunto marido? —dijo levantando una ceja interrogante.

—Murió defendiendo su país —dijo ella.

—Lo lamento —le contestó.

—Estaba escrito —replicó ella tras quedarse unos momentos pensativa—. No soy la única viuda que ha causado esta guerra ni seré la última. Tampoco ha sido Polonia el único país que ha caído ante los alemanes ni Francia será el último.

Maurice guardó silencio.

—Pero la gente sobrevive... aunque esto suponga aprender a vivir bajo un orden nuevo —continuó ella.

—Es cierto —asintió él—. Los círculos del poder no están a nuestro alcance. Tenemos que aprender a vivir con ellos, no ellos con nosotros.

Llamaron a la puerta; el sargento se presentó en el umbral.

—El general ya está libre. Ha pedido que lleve usted a *monsieur* de la Beauville a su despacho.

La siguió por el vestíbulo vacío hasta otra estancia. Ella se detuvo, llamó a la

puerta y la abrió sin esperar respuesta.

El general von Brenner era un hombre mucho más joven de lo que había supuesto. Por lo menos no era mayor que el propio Maurice: treinta y siete años. En vez de dirigirle el saludo habitual, le tendió la mano:

—M. de la Beauville. Ya tenía ganas de conocerle. —Hablaban un francés teñido de fuerte acento alemán. Maurice le contestó en su alemán con acento galo:

—Es un honor para mí, general.

Los dos hombres se miraron mutuamente y el general rio de improviso:

—Mi francés es tan malo como su alemán.

—No tanto —sonrió Maurice.

—¿Habla usted inglés?

—Sí.

—Entonces hablaremos en este idioma. Así ninguno de los dos se sentirá molesto. Y si tenemos problemas para entendernos, Anna, aquí presente, nos ayudará.

—De acuerdo —contestó Maurice en inglés.

—Ahora empecemos a trabajar —dijo el general—. El ministerio de Industria francés le ha nombrado a usted para trabajar conmigo a fin de adecuar mejor la industria al esfuerzo bélico contra nuestro enemigo común. Naturalmente, daremos prioridad a la industria pesada, que puede ser utilizada para la manufactura de armas y material.

—Soy de la misma opinión y, con su permiso, ya he preparado varios expedientes que en estos momentos están en camino hacia aquí en manos de mensajeros especiales. Estoy a su disposición para empezar a trabajar de inmediato.



Pero a lo largo de los tres años que duró su colaboración durante la ocupación, ambos observaron que empezaban a aparecer otras oportunidades. Se trataba de negocios que nada tenían que ver con la guerra y que empezaban a surgir: bajo el nuevo orden muchos de ellos no resultaban rentables. Unas bodegas muy conocidas, una empresa que embotellaba agua natural, otra, en el sur, dedicada a la manufactura de productos básicos para perfumes y cosméticos. Y todo a precio de ocasión. Los bajos costos y los visados fáciles habían permitido a los anteriores propietarios de dichas empresas buscar la libertad en otro sitio. Las leyes francesas que regulaban las *sociétés anonymes*, que nunca daban información pública sobre los propietarios verdaderos, permitían ocultar la propiedad real de estas empresas. Aunque hubiera que tomar decisiones relacionadas con las empresas, el propietario no tenía por qué hacerse público. Para evitar cualquier crítica, Wolfgang puso en el registro de la propiedad todo a nombre de Anna. Se trataba de empresas tranquilas que durante la guerra trabajaron a pequeña escala. Wolfgang había comprado dichas empresas con vistas al período de posguerra; época en que aumentaría la demanda de tales productos y se ampliaría su mercado.

Casi dos años más tarde, en un húmedo día veraniego de 1943, Wolfgang volvía de una reunión en el Cuartel General Oeste. Ella notó que estaba preocupado, pero guardó silencio hasta que él estuviera dispuesto a hablar. Ese momento no llegó hasta después de la cena, cuando, sentados en el despacho, él fumaba su cigarro y tomaba café.

—Tengo que volver a Berlín —dijo él gravemente.

—¿Para cuánto tiempo? —preguntó Anna mirándole.

—De modo permanente —contestó—. Mi misión aquí ha terminado. Hay problemas de producción en la patria y quieren que me dedique a ellos.

Ella guardó silencio unos momentos.

—Empezaré a hacer el equipaje inmediatamente.

—No. —Su voz sonó cortante—. No vendrás conmigo.

Ella le miró sin decir palabra.

—No puedo llevarte a Alemania —le dijo embarazado—. Mi familia...

—Comprendo —replicó rápidamente. Aspiró profundamente e intentó sonreír—. No tengo quejas. Al principio solo se trataba de seis semanas, ¿recuerdas?

—Esto no es el final —dijo él—. Tengo planes.

—No quiero que te pongas en peligro —dijo ella.

—No habrá peligro —replicó—. He pedido a Maurice que venga mañana a almorzar con nosotros y entonces te lo explicaré todo.

—¿Cuándo tienes que irte? —preguntó tras guardar silencio largo rato.

—El viernes.

Ella le miró intensamente a los ojos.

—Estamos a martes —dijo levantándose—. Vamos a la cama. No podemos perder el tiempo.



Wolfgang esperó a que el mozo retirara los platos del almuerzo y saliera de la habitación para hablar. Maurice y Anna se sentaron ante la mesita.

—Alemania ha perdido la guerra —les dijo llanamente.

Ninguno de los dos hizo comentarios; continuó:

—La guerra es como los negocios. Cuando se deja de avanzar, se pierde ímpetu. Y entonces se pierde el control. El *Führer* ha cometido un error crítico. En vez de impulsar el cruce del Canal hacia Inglaterra, se ha vuelto hacia Rusia. Y en ese momento se ha perdido todo.

Maurice y Anna seguían en silencio.

—Ahora ya solo es cuestión de tiempo y tenemos que hacer planes. Después de la guerra habrá muchas oportunidades y nos convendrá disponer de ventajas. —Miró a Maurice—. Empezaremos contigo. Si queremos conservar los bienes que hemos adquirido en Francia, tendrás que cambiar de lado. Atraviesa el Canal de la Mancha y únete a los gaullistas.

—¡Imposible! —protestó Maurice—. En cuanto me vean me tirarán a matar.

—No si sigues mi plan. Yo pondré a tu alcance ciertas informaciones de valor incalculable para los aliados. Información sobre créditos de manufactura y producción de los que hasta el momento no han oído hablar. Acudirás a tu tío, el marqués, cuya reputación está fuera de duda, y le contarás que has estado trabajando secretamente con nosotros a fin de tener acceso a dicha información. Una vez que la tengas, necesitarás su ayuda para pasarla al otro lado del Canal. Estoy seguro de que él tiene contactos, y con mi ayuda te garantizo que pasarás sano y salvo el Canal antes de un mes.

—Será peligroso —dudó Maurice.

—Más peligroso será quedarse. Cuando vuelvan los franceses, te fusilarán por traidor y colaboracionista.

Maurice guardó silencio; entonces Wolfgang se dirigió a Anna:

—Mi familia tiene desde hace muchos años una casita en Ginebra. Ya he preparado un permiso de residencia suizo para ti y Janette; figuras como mi ama de llaves. Cuando yo me vaya, tú te quedarás aquí todavía durante un mes. A continuación te trasladarás a Suiza. Schwebel se quedará contigo para ayudarte a preparar los expedientes y documentación que llevará a Ginebra. La excusa será que Janette está enferma y el doctor le recomienda tratarse en los Alpes. Cuando estés a salvo en la casa, él volverá a Alemania para reunirse conmigo.

—¿Y qué harás tú mientras tanto? —preguntó Anna fijando en él su mirada.

—Haré planes para sacar a mi familia de Alemania. Debido a mi posición, todos nosotros seremos blanco de la venganza de los aliados.

—¿Adónde irán?

—En Sudamérica hay varios países que nos ofrecen asilo; a cambio de una cuota, naturalmente, pero al fin y al cabo solo se trata de dinero.

—¿Y qué te sucederá a ti?

—En cuanto vea que estáis a salvo, me reuniré en Ginebra contigo.

—¿No se puede hacer otra cosa? —preguntó ella tras unos instantes de silencio.

—No se puede hacer otra cosa —dijo él negando con la cabeza—. El final llegará de aquí a un año, dos, quizá tres. Pero llegará, créeme.

Guardaron silencio unos momentos, cada uno embebido en sus pensamientos.

—*Merde!* —exclamó de súbito Maurice. Se dirigió a Wolfgang—: He alimentado sueños absurdos de llegar a ser un hombre rico algún día.

—Haz lo que yo diga y seguirás pudiendo ser un hombre rico —contestó Wolfgang con una sonrisa.



Cuando Maurice se fue, Wolfgang se levantó.

—Acompáñame a mi despacho.

Anna le siguió hasta la pequeña habitación que empleaba como despacho

particular. Cerró la puerta y dio vuelta a la llave.

—Voy a enseñarte una cosa que no conoce nadie en el mundo, ni Maurice, ni Schwebel ni mi familia. Nadie. Solamente yo, y ahora, tú.

Ella le observó en silencio mientras separaba su silla del escritorio y retiraba la alfombra del suelo. Su mano buscó una tablilla de madera en el entarimado; la encontró y la presionó. Se abrió una trampilla de unos treinta centímetros de ancho. Hurgó en su interior y sacó lo que parecía ser una caja metálica de seguridad; la puso sobre la mesa. Manipulando la cerradura, la abrió y le hizo una seña:

—Mira.

Ella se acercó al escritorio y, en pie junto a él, miró. La caja estaba llena de brillantes monedas de oro. Enmudeció.

—Luisas de oro —le dijo con semblante grave—. Tengo aquí cuarenta cajas como esta. En total hay cien mil.

—¡Dios mío! —dijo conteniendo el aliento—. No tenía ni idea. ¿Cómo...? —añadió fijando su vista en él.

—Nada de preguntas —le replicó—. Las tengo, y eso es todo. Y tú las llevarás a Suiza.

—¿Cómo? —preguntó ella—. Ya sabes que cuando se cruza la frontera registran todo el equipaje.

—Ya he pensado en eso —sonrió él. Le hizo una seña y ella le siguió hasta la ventana. Señalando el Mercedes limusina que había a la entrada, añadió—: Es como cualquier otro coche, ¿verdad?

Ella asintió.

—Pues no lo es —dijo él—. Los paneles laterales de las puertas y de los costados han sido vaciados y forrados con material insonorizante para que las monedas no suenen ni hagan ruido. Lo he mandado hacer de encargo.

—¿Y qué sucede si hablan los hombres que lo han hecho?

—No hablarán —contestó—. Eran judíos. Y hace ya tiempo que no están.

—¿Muertos?

No contestó. Volviendo a su escritorio, devolvió la caja al escondite, volvió a cubrirlo con la alfombra y puso de nuevo la silla en su sitio.

—Tendrás que hacer el traslado tú sola —le dijo sentándose en la silla—. Te enseñaré cómo tienes que manipular los paneles. Pero nadie tiene que verte hacerlo. Nadie. Si alguien te ve, tu vida y la de tu hija no valdrán nada. Es innecesario explicar lo que está dispuesta la gente a hacer por semejante cantidad de dinero.

Ella asintió. Por mucho menos se han cometido asesinatos.

—Tendrás que disponer las cosas de modo que cada noche te quedes sola en casa una o dos horas. No es cosa que pueda hacerse en una noche. Tienes todo un mes. Cuando todo esté colocado, estarás preparada para partir.

—¿Será Schwebel el único que venga conmigo?

—No. Habrá otro hombre con él. Un ex paracaidista. Un hombre duro y asesino

experimentado. Si surge algún problema, él sabrá desenvolverse.

—¿Y qué haré yo cuando llegue allí?

—Alquilarás una caja numerada en un banco suizo. Entonces sacarás el oro del mismo modo que lo fuiste metiendo. Poco a poco. Cuando el coche esté vacío, Schwebel y su ayudante me lo llevarán a Alemania.

—Por primera vez, estoy asustada —dijo Anna dejándose caer en una silla.

Wolfgang la miró fijamente.

—Yo también —dijo con lentitud—. Pero no podemos elegir. No podemos hacer otra cosa si queremos estar juntos cuando se acabe todo esto.

En ningún momento desde que estaban juntos le había dicho él que la quisiera; ni siquiera cuando su pasión reventaba y la inundaba con su simiente había hecho él algo más que gemir y temblar en la cima de su éxtasis hasta que ella temiera que la presión de su cuerpo se abriera camino profundamente en su útero. Incluso ahora, mientras estaban en el portal de la casita francesa, con la grisura de la mañana colándose por la puerta abierta, él seguía estricto y reservado.

Educadamente se inclinó y la besó formalmente en ambas mejillas.

—Cuídate —le dijo.

—Lo haré —asintió ella.

A continuación se volvió hacia Janette, que estaba junto a su madre con los ojos muy abiertos, y la cogió en brazos. Besó a la niña en la frente y en los labios.

—*Auf Wiedersehn, Liebchen* —dijo—. Sé buena chica y haz lo que tu madre te diga.

—Sí, papá general —asintió la niña.

Él sonrió y se la pasó a su madre.

—Hasta pronto —dijo; a continuación se dio la vuelta y salió por la puerta entrando en el coche que le llevaría al tren sin volver la cabeza.

Anna esperó a que el coche se fuera antes de cerrar la puerta y volver a la casa. Dejó a la niña en el suelo.

—¿Mamá?

Anna la miró.

—¿Papá general volverá?

—¿Por qué me preguntas eso? —dijo Anna sorprendida.

—Nana dice que se va y que *monsieur* Maurice será el nuevo papá.

—Nana es idiota —dijo Anna—. No sabe lo que dice.

—Pero Nana dice que papá general se va a Alemania y que nosotras no podemos ir con él. Y que ahora el encargado será *monsieur* Maurice.

—Nana está equivocada. Cuando no está papá general, la encargada soy yo. Nadie más. Ni *monsieur* Maurice ni nadie.

—Entonces papá general volverá —dijo Janette.

Anna dudó un momento y al fin asintió.

—Sí, volverá. Y ya puedes decirle a Nana que es idiota.

Dos horas más tarde, cuando Schwebel volvió de la estación de ferrocarril, ella le llamó al despacho del general y cerró la puerta. Sentándose en la silla frente al escritorio, dijo:

—Me parece que puede haber un problema.

Él guardó silencio esperando sus palabras.

—Se trata de la niñera. Habla demasiado. Ya le ha dicho a la niña que el general no volverá. Si habla así a la niña ¿quién sabe lo que dirá a otros?

Schwebel asintió.

—Una palabra dicha en un lugar inadecuado puede poner en peligro los planes del general —dijo ella.

—Me ocuparé del asunto, condesa —le contestó.

Ella le observó con sorpresa. Era la primera vez que se dirigía a ella por su título. Hasta el momento siempre había sido *Frau* Pojarska.

—¿Alguna otra cosa, condesa? —no hubo ningún cambio en la expresión de su rostro.

—Nada más —dijo ella moviendo la cabeza—. Gracias. Hans.

Él se inclinó educadamente y salió de la habitación. Dos días más tarde la niñera tenía su día libre. Nunca volvió a su puesto de trabajo.



Por el teléfono la voz de Maurice sonaba circunspecta:

—Tengo que verla.

Hacía tres semanas que Wolfgang se había ido de París y en ese tiempo era la primera vez que tenía noticias de Maurice.

—Ya sabe donde estoy —dijo ella sencillamente.

—No me comprende —replicó él—. Debo estar vigilado. Ahora que he establecido contactos no me atrevo a ir allí.

—¿No podemos hablarlo por teléfono?

—Hay algunos papeles que debo entregarle. Visados de salida para usted y para Janette aprobados por las autoridades francesas y alemanas. Y otros asuntos referentes a intereses comunes.

—Lo siento —dijo ella—. No tengo modo de verme con usted. Schwebel tiene órdenes de acompañarme cada vez que salga de casa.

—*Merde!* —dijo, y se quedó en silencio. Ella esperó que siguiera hablando.

—No hay mucho tiempo que perder —dijo él—. Tengo que irme pasado mañana. Ella seguía callada.

—Esta noche después de las doce —dijo Maurice—. Esté en la puerta trasera de su casa. Si no estoy allí a las doce y media, no me espere.

A las doce y diez de la noche Anna oyó unos golpecitos en la puerta trasera. Se levantó rápidamente y la abrió. Él entró y empujó la puerta de inmediato.

—¿Está durmiendo todo el mundo? —susurró.

Ella asintió.

—¿Y Schwebel?

—Desde que se fue el general, pasa la noche en el apartamento pequeño del garaje.

—Necesito una copa —dijo él de improviso.

—Entre —invitó. Le condujo por la casa oscura hasta el despachito del segundo piso. Abriendo un armario sacó una botella de coñac y una copa. Rápidamente la llenó casi hasta el borde y se la ofreció.

Se bebió la mitad de un trago y suspiró profundamente. Pareció relajarse poco a poco.

—Es como si estuviera caminando por el alambre —dijo—. Preguntas, siempre preguntas y trampas en todos los rincones.

Ella no decía nada. Maurice tomó otro sorbo de coñac.

—¿Sabe algo de Wolfgang?

—No. ¿Se supone que tenía que saber algo?

—Bueno, no —dijo él levantando la vista—. De todos modos, he pensado que podía haberse comunicado con usted de algún modo.

—Decía usted que tenía algunos papeles para mí —comentó ella cambiando de tema.

—Sí. —Y abriendo su chaqueta sacó un sobre—. Los visados de salida para Janette y para usted, sellados y aprobados por las autoridades francesas y suizas.

Anna abrió el sobre y revisó los papeles. Todo estaba en orden. Los guardó en el escritorio.

—Dijo usted que había también otros asuntos.

—Se trata de cosas que no pueden ser confiadas al papel —replicó Maurice.

—No comprendo.

—El oro —contestó.

—¿Oro? —Deseó que el tono perplejo de su voz fuera convincente—. ¿Qué oro?

—En varias ocasiones he oído rumores de que Wolfgang estaba comprando luses de oro.

—Es la primera vez que oigo eso —dijo ella—. Y yo creía saber todo lo que estaba pasando.

—¿Nunca le ha dicho nada?

Ella negó con la cabeza.

—Resulta extraño —dijo Maurice—. La información proviene de fuentes generalmente fidedignas.

—Será mejor que vuelva a comprobarlas —dijo ella. Hizo una pausa, y añadió como si se le acabara de ocurrir—: ¿No puede tratarse de otra trampa que le estén tendiendo a usted? Quizá para descubrir cuán cerca estaba en realidad del general.

—No lo había pensado. Es posible. —La miró con admiración manifiesta—. Ahora empiezo a comprender por qué me atraía usted tanto desde el principio.

Ella sonrió y en sus ojos se reflejó el alivio.

—Está resultando usted muy francés. Y muy galante.

—No es cierto —dijo él buscándole la mano—. Estoy seguro de que se dio cuenta de lo que sentía por usted.

Ella permitió que su mano quedara entre las de él. No quería mostrarse demasiado cortante. Poco después habló:

—Se está haciendo tarde. Sería peligroso para usted quedarse demasiado tiempo.

—No —replicó; y el rubor apareció en su rostro—. Estos momentos no volverán. Quiero que sepa usted lo que siento.

—Maurice —dijo intentando mantener la voz clara mientras retiraba su mano—. Ya no somos niños. No son el momento ni el lugar adecuados.

Él habló con tono desafiante:

—Yo no soy un general *boche* de un metro ochenta, pero tengo una energía que no tiene ninguno de ellos, una resistencia que me envidian todos. —Su mano desabrochó rápidamente su bragueta—. ¡Mire! —ordenó.

Ella miró y se sintió incapaz de borrar un gesto de sorpresa. Se diría que todo lo que no se había desarrollado en su delicada complexión y su pequeña talla había ido a acumularse en su falo. Era casi tan grueso como su muñeca y la mitad de largo de su muslo.

—¡Tóquelo! —ordenó—. Necesitará más de dos manos para abarcarlo entero.

—No puedo —dijo ella sacudiendo la cabeza pero incapaz de retirar su mirada de aquello.

—¿Por qué? —preguntó él.

Anna se obligó a dirigir su mirada al rostro de Maurice.

—Porque estoy con la regla. Y temo que si lo toco luego no podré detenerme.

—¿No me estará mintiendo? —le dijo escrutando sus ojos.

—No le estoy mintiendo. —Forzó una sonrisa—. ¿Quién podría mentirle ante la amenaza de semejante monstruo?

Maurice respiró profundamente y se volvió unos momentos. Cuando se giró de nuevo hacia ella, había vuelto a abrocharse.

—Ya llegará el momento —dijo él—. No podrá olvidar esto.



Una semana más tarde cruzó la frontera suiza; Schwebel y el ex paracaidista iban en el asiento delantero; ella y Janette, en el trasero. Los aduaneros les permitieron seguir adelante sin efectuar siquiera una inspección superficial de su equipaje.

Y ahora, casi tres años más tarde, cuando oía a Wolfgang disponer su extraño matrimonio con Maurice, recordó las palabras que este le dijera en aquella última noche parisina. En aquel momento ella se dio cuenta de que Maurice tenía razón. No había conseguido olvidarle. Cuanto más intentaba concentrarse en las agujas de hacer punto que tenía en sus manos, más claramente veía aquel falo monstruoso, el henchido glande enrojecido brillando húmedamente ante ella.



Wolfgang cerró de golpe la maleta y se enderezó. Se volvió hacia ella.

—Así están las cosas.

—Sí.

Estaban sentados a ambos lados de la cama.

—Será bastante tiempo —dijo él—. Años, quizá.

—Lo sé.

—No estaré aquí para asistir a tu boda —le dijo con una sonrisa extraña y forzada.

Ella no dijo nada.

Wolfgang no hizo ningún movimiento para acercarse a ella alrededor de la cama.

—Nunca te he dicho que te quiero, ¿verdad?

—No, nunca —contestó ella sacudiendo la cabeza.

—Pero sabes que es así, ¿verdad?

—Sí.

—Quizá no del mismo modo que los demás se aman entre sí, pero sí a mi manera.

—Ya lo sé —dijo ella—. Como yo te quiero. A mi manera.

—Me parece que ya es la hora —dijo él mirando su reloj.

Anna abrió la puerta e hizo una señal a Schwebel, que estaba a la espera. Este recogió la maleta y le siguieron escaleras abajo. En el rellano, ella puso una mano sobre su brazo para detenerle. Esperó a que Schwebel saliera y entonces habló:

—¿Y el oro? ¿Qué quieres que haga con él?

—Déjalo donde está —replicó—. En cuanto me instale te escribiré y te lo haré saber.

Ella seguía cogida de su brazo.

—Me gustaría que fueras a Sudamérica directamente desde aquí sin volver a Alemania.

—Todavía tengo cosas que hacer allí —contestó—. Pero no te preocupes, estaré a salvo. Me quedaré en la zona francesa, donde Maurice me lo ha arreglado todo.

—No acabo de fiarme de él —dijo ella.

—Bonita manera de hablar de tu futuro marido —intentó bromear Wolfgang.

—Eso no cambia nada —contestó ella sin sonreír.

—Él es codicioso —dijo—. Quiere el título y el dinero. Y sabe que no los conseguirá sin nosotros. Créeme, nada puede suceder.

—Yo no quiero que te suceda nada a ti —dijo ella mirándole a los ojos—. Has sido demasiado bueno conmigo.

—También tú has sido buena conmigo —dijo él, y carraspeó para vencer una repentina ronquera.

—Sea lo que fuere, ten cuidado.

—Ten cuidado tú también —dijo él, tras quedarse unos momentos pensativo—. Y acuérdate de lo que te he dicho. Por mucho que insista, después de casarte no pongas las empresas a su nombre. Límitate a nombrarle a él director gerente. Si te pregunta por qué no lo haces, dile que yo no te he dejado los papeles necesarios para la transferencia.

—Lo recordaré.

—Eso le mantendrá en su sitio —dijo él—. No se atreverá a intentar algo mientras no tenga todo en sus manos.

—Comprendo —asintió ella.

Esta vez la besó en la boca. Había cierta salobridad en sus labios. Wolfgang se apartó y la miró.

—Nada de lágrimas.

—Nada de lágrimas —dijo ella sacudiendo la cabeza.

—En una guerra suceden cosas extrañas —dijo él—. Pero tú has hecho que algunas de ellas resulten hermosas. —La besó de nuevo—. Este es para la pequeña. Dile que siento no haber podido esperar a que volviera del *kindergarten*.

—Se lo diré.

Llegaron hasta la puerta.

Una vez más, la besó, esta vez con cariño.

—*Auf Wiedersehn mein Liebchen.*

La voz de Maurice sonó con alegre excitación desde París a través de los hilos telefónicos.

—El gobierno de De Gaulle ha aceptado mi propuesta. Está usted hablando con el *marquis* de la Beauville.

—*M'sieur le marquis* —dijo ella—. ¿Me permite manifestarle mi enhorabuena?

—*Madame la marquise* —dijo él—. Y espero poder ofrecerle más.

—Estas son buenas noticias —dijo ella.

—Y todavía hay más —dijo él—. He arreglado las cosas de modo que desaparezcan sus viejos papeles de los archivos y le he conseguido una serie nueva.

—¿Cómo lo ha logrado?

—No me pregunte cómo. Ha resultado caro pero merecía la pena. Ahora nadie podrá señalarla con el dedo. La nueva documentación le llegará por correo. Ahora solo necesita poner fotografías nuevas, acudir al consulado francés, firmar y ya está.

—Pero en París todavía hay personas que podrían reconocerme.

—También he pensado en eso. Tiene que teñirse el cabello de color rubio y cambiar de peinado. Largo hasta los hombros y ondulado, es el último grito en París ahora mismo y a usted le caerá muy bien. También están de moda las cejas depiladas, el maquillaje oscuro para los ojos y los pómulos con colorete de tono subido. Ya sabe cómo arreglarse para hacerse las fotografías. Y una cosa más. Le conviene saber que su permiso de residencia está expedido a nombre de la condesa Tanya Pojarska. He suprimido Anna por un motivo: del mismo modo que Wolfgang suprimió Tanya porque no era un nombre alemán, yo vuelvo a él precisamente por si alguien intenta atar cabos.

—Lo primero que haré por la mañana será ir a un salón de belleza —dijo ella. Un pensamiento le acudió de repente—. Usted parece saber muchas cosas sobre las modas más recientes.

—Tenemos una fábrica de perfumes en Grasse, ¿recuerda? —dijo riéndose—. Llegar a los cosméticos será un simple paso. He estado estudiando el mercado. Después de todas las tristezas de los años de la guerra el mercado está preparado para una gran expansión; las mujeres están hartas de ser vulgares.

—Creo que tiene usted razón —comentó Anna.

—Ya sé que tengo razón —dijo—. Y estoy estableciendo todos los contactos posibles en este terreno.

—Detesto sacar a colación el tema —dijo ella—. Pero hay una cosa que parece haber olvidado.

—¿De qué se trata?

—De nuestro matrimonio.

Hubo un momento de silencio.

—He pensado que tendríamos que casarnos cuando vuelva usted a París.

—No —dijo ella—. Conozco a los franceses. Habrá que rellenar demasiados papeles y contestar a demasiadas preguntas. Querrán comprobarlo todo y será algo eterno. Además, ¿quién sabe lo que pueden descubrir? En ese caso todos nuestros planes no habrían servido para nada. Tendríamos que casarnos aquí en cuanto yo tenga todos mis papeles. Será mucho más sencillo. —Se echó a reír—. Además me gusta la idea de volver a Francia como esposa del marqués de la Beauville.

Casi pudo notar a través del teléfono el engreimiento de Maurice.

—De acuerdo, querida —dijo rápidamente—. Como usted quiera.

—Por cierto —preguntó Anna—, ¿sabe algo de Wolfgang a través de sus amigos de Berlín?

—Ni una palabra —replicó él.

—Me tiene preocupada —dijo Anna—. Ya hace más de dos meses.

—Estoy seguro de que está perfectamente. Si algo hubiera ido mal, yo me habría enterado. En estos momentos probablemente esté fuera del país.

—Así lo espero —dijo ella.

—Llámeme en cuanto tenga la documentación preparada —dijo él.

—Así lo haré —replicó ella colgando el teléfono.

La puerta se abrió y Janette entró en la habitación. Agitaba un papel con la mano.

—*Maman!* —exclamó en francés—. Mira el pájaro que he dibujado. El profesor me ha puesto un diez. Dice que no ha visto nunca un pájaro como este.

Anna tomó el papel de las manos de su hija. El profesor estaba en lo cierto. Jamás había existido pájaro semejante fuera de las pesadillas. Era un cruce de pterodáctilo, águila y murciélago espantosamente coloreado con una violencia temeraria.

—¿Verdad que es bonito? —dijo Janette.

—Muy bonito —asintió Tanya. Se lo devolvió a la niña—. Será mejor que lo guardes en algún sitio para no perderlo.

—Me gustaría ponerle un marco y colgarlo en la pared al lado de mi cama.

—Muy bien —dijo Tanya con una sonrisa.

—Estabas hablando por teléfono en francés —dijo Janette—. ¿Con quién hablabas?

Tanya cogió en brazos a la niña. Era un buen momento para decírselo.

—Mamá se va a casar.

—¿Vuelve papá general? —el rostro de Janette se iluminó con una alegre sonrisa.

—No —dijo Tanya—. Volvemos a París para vivir allí. Me voy a casar con Maurice.

Una expresión de temor cruzó los rasgos de Janette, que súbitamente se puso a llorar.

—¡No, *maman*, no! No me gusta. Es un hombre malo.

—No es un hombre malo —explicó Tanya pacientemente—. Es muy simpático,

ya lo verás. Tú le gustas mucho.

—¡No es verdad! —gritó Janette—. Me odia. Siempre me pellizca cuando tú no miras y me hace daño.

—Él no tiene intención de hacerte daño —explicó Tanya—. Solo es su manera de mostrar que le gustas.

—¡No, no es verdad! —dijo Janette con énfasis—. Sé por su cara que quiere hacerme daño, y cuando no me quejo me pellizca más fuerte todavía. —Empezó a llorar de nuevo—. No quiero que te cases con él. Quiero que te cases con papá general.

—Lo siento, Janette —dijo Tanya firmemente, dejándola en el suelo—. Hay algunas cosas de las que no sabes nada. Me voy a casar con él y esta es mi última palabra sobre el tema. Ahora sube a tu habitación y tranquilízate.

Suspirando todavía, la niña se fue hacia la puerta. Una vez allí, se volvió y, secándose la nariz y la cara con el antebrazo, dijo con tono de desafío:

—No me importa. Aunque te cases con él, no me gustará.



Se casaron tres semanas más tarde y a pesar de que Tanya había comprado a Janette un vestido blanco para la boda, esta se negó a ir con ellos al registro civil.

Anna se miró en el espejo. Todavía no se había acostumbrado a verse con el pelo rubio. Extrañamente, casi se sentía como si fuera otra persona. Anteriormente había sentido su sexualidad como algo sutil y tranquilo; ahora resultaba abierta y poderosa, casi como si tuviera fuerza propia. Una fuerza que ella no podía controlar.

Lentamente se arregló el cabello sintiendo la suave sensualidad de cada mechón sedoso. Se detuvo mientras se miraba en el espejo. Había algo que no estaba bien. Entonces se dio cuenta. El camisón blanco de seda que había escogido para su noche de bodas no era el adecuado.

Abrió la pequeña maleta que había preparado para llevar al hotel. Buscó en ella rápidamente. Poco después se había cambiado de camisón. Entonces, cuando volvió a mirarse en el espejo, comprendió el impulso que le había hecho poner en la maleta el camisón de encaje negro. Ahora era diferente. Era otra persona. Este pensamiento le vino a la imaginación. Lilith.

Volvió a mirarse. Ahora estaba preparada. Súbitamente sintió que sus piernas empezaban a temblar y se apoyó con ambas manos en el lavabo. Vio en el espejo cómo los pezones de sus pechos se endurecían repentinamente como buscando un camino entre los finos encajes.

Sacudió violentamente la cabeza para aclarar las ideas. ¿Qué le estaba sucediendo? Se diría que fuera su primer hombre. Cerró los ojos un momento. Entonces lo supo. El monstruoso falo surgió ante sus párpados cerrados. El símbolo definitivo del poder del hombre. El mismo hombre no era nada. Era Príapo con toda la adoración que inspiraba. Sintió que la humedad corría por sus muslos.

Esperó hasta sentir que podía controlar el temblor de sus piernas y entonces apagó la luz del baño y abrió la puerta del dormitorio. Le costó unos momentos acostumbrarse a la tenue luz.

Estaba desnudo y en pie junto a la cama, de espaldas a ella. Sin acercarse a la cama, se volvió lentamente hacia ella. Al principio Anna se fijó en el vivo brillo de su mirada y en sus labios tersos sobre sus blancos y pequeños dientes, pero luego su mirada bajó fijándose inexorablemente en su falo. Sintió que las piernas volvían a temblarle, repentinamente se le secó la boca y el aliento se le cortó en la garganta.

Sin decir una palabra, Maurice le hizo con una mano señal de que se aproximara, mientras mantenía la otra oculta a su espalda.

Ella se acercó en silencio; le parecía que a cada paso se caería al suelo. Por fin estuvo ante él con la mirada todavía baja. Le pareció estar hipnotizada por su virilidad. Él avanzó de súbito y desgarró con una mano la parte delantera de su camión negro hasta que este cayó al suelo alrededor de sus pies; Anna se quedó desnuda ante él. Maurice seguía sin decir palabra.

Anna sintió que la humedad le corría por la parte interna de los muslos. Mas no podía moverse. Se diría que aquel falo absorbía toda la energía de su cuerpo. No vio la otra mano de Maurice cuando este la sacó de su espalda. Una oleada de dolor hizo lentamente el recorrido entre su cuerpo y su cerebro. Entonces el sufrimiento se hizo tan intenso que involuntariamente emergió un grito de su garganta.

Entonces vio en su otra mano el látigo de nueve colas; los pequeños remates metálicos de cada correa reflejaron la luz. Anna se miró a sí misma. Las señales del látigo empezaron a aflorar por sus pechos, vientre y muslos y la sangre empezó a rezumar a través de la piel en los puntos en que el metal había desgarrado la carne.

Antes de que Anna pudiera hablar, le golpeó su áspera voz:

—¡Maldita puta del *boche*! ¿Pensabas que yo sería como los demás, un esclavo de tu coño?

Ella se limitó a sacudir la cabeza. No conseguía articular palabra. La sorpresa la había dejado sin voz.

El látigo volvió. Volvió el dolor. La cogió por el cabello obligándola cruelmente a caer al suelo ante él. Anna intentó cubrirse la cara con las manos, pero él le echó la cabeza hacia atrás de modo que pudiera verle. Su falo, completamente erecto, pendía sobre el rostro de ella como una serpiente gigante.

—Tú eres la esclava y él es tu amo —su voz sonaba violenta y cruel—. Míralo y entérate de que tú no eres más que su puta.

Anna intentó girar la cabeza, pero la mano de él, sujetándola por los cabellos, le impidió moverse. El látigo cayó de nuevo. Esta vez sobre las espaldas. Otra vez. El dolor la inundó y gritó con voz ronca y quebrada.

Fue como si su grito de dolor hubiera hecho estallar a Maurice. Su falo empezó a brincar como una cobra furiosa mientras su semen se derramaba sobre ella. La volvió a azotar con furia hasta que el dolor y el semen parecieron correr por todo su cuerpo.

Cuando acabó, la empujó violentamente tirándola al suelo. Ella se quedó tirada y gimiendo a sus pies, incapaz de moverse. Maurice permaneció silencioso unos momentos respirando pesadamente y mirándola. A continuación la empujó con el pie hasta que ella, rodando, quedó de espaldas y dándole la cara.

—Vete al baño, puta, y lávate —su voz sonaba normal.

Ella no se movió. El látigo volvió a caer. Su cuerpo brincó de dolor.

—¡Haz lo que te digo!

Anna se apoyó lentamente en sus manos y rodillas y empezó a acercarse a la puerta del baño. Entonces oyó la voz de Maurice a sus espaldas:

—¡Espera! —se detuvo. Vio cómo sus pies la circundaban hasta detenerse ante ella. No levantó la cabeza.

—¡Mírame! —ordenó.

Ella levantó la vista. Maurice sostenía el pene con una mano. Repentinamente la orina brotó fuertemente de él y su salobridad abrasadora le descubrió una nueva dimensión del dolor agudo y sangrante de las heridas.

—¡No! —gritó Anna intentando apartarse. Pero el látigo volvió a caer y el dolor la arrojó contra el suelo, quedándose yacente a los pies de Maurice. Cuando este terminó, se rio:

—Ya puedes irte.

Anna consiguió reunir fuerzas para mirarle. Y cuando habló, su voz sonó profunda, ronca y como algo animal.

—¡Te mataré por lo que has hecho!

Maurice se rio de nuevo.

—No, no lo harás —dijo desdenoso—. Porque si lo haces, tanto tú como tu hija moriréis. Creerás que estoy loco, pero no lo estoy. Todos los informes sobre ti están en un lugar seguro, y si a mí me pasa algo, volverán a las autoridades.

Maurice retrocedió lentamente hacia la cama sentándose en ella. Su voz era tranquila, casi amable.

—Lávate y limpia esto. Y luego ven a la cama. Te estaré esperando. —Se tumbó y se tapó con las sábanas—. No tengas prisa, creo que dormiré un rato.

Anna se puso en pie cogiéndose al pomo de la puerta. Se apoyó contra esta unos momentos y a continuación la abrió. Faltaba poco para el amanecer; él parecía dormir todavía. Se acercó silenciosamente a un armario para vestirse.

—Ven aquí —sonó su voz a espaldas de ella.

Anna no se movió.

—He dicho que vengas aquí —dijo él sentándose en la cama y tomando el látigo.

Anna se acercó a él lentamente.

—Echate y abre las piernas.

—No.

El látigo la golpeó. Ella se metió silenciosamente en la cama.

Maurice retiró las sábanas que tenía encima. Su pene ya estaba erecto. Se colocó

sobre ella e intentó penetrarla. Pero ella estaba seca y cerrada para él. Maurice se escupió en la mano y se frotó con esta; y a continuación se lanzó profundamente en el interior de ella con un violento movimiento.

Anna volvió a gritar de dolor cuando su enormidad se abrió paso a través de ella. Él empezó a moverse y Anna siguió gritando bajo la intensidad creciente de la ascendente pasión de Maurice. Fue una agonía que nunca hubiera soñado que llegaría a sentir. Por fin, Maurice estalló en su interior.

Durante unos momentos él se dejó caer jadeante sobre sus pechos; luego, levantándose a pulso con la fuerza de sus brazos, a miró. Maurice sonreía.

—¿No es esto lo que querías? ¿Una picha como la de un caballo?

Ella le miró a los ojos con aborrecimiento. Su voz sonó gélida:

—He visto pichas de caballo más grandes que la tuya, pero nunca he querido joder con ellas.

Maurice le golpeó en la cara. Anna sintió que las señales blancas dejadas por sus dedos enrojecían dolorosamente. Su voz siguió siendo fría:

—¿Has terminado?

Él asintió.

—Pues entonces vete —dijo—. Quiero lavarme para quitárteme de encima.

Maurice observó cómo caminaba hacia la puerta del baño.

—Tanya.

Ella se volvió para mirarle. Él parecía verdaderamente desconcertado:

—No te comprendo. ¿Qué es lo que quieres?

Anna tomó aliento y dijo:

—Un hombre. —Y cerró la puerta del baño a sus espaldas.



El chófer abrió la puerta y Maurice salió primero, dándose la vuelta después para ofrecer su mano y ayudarla a salir. Ella eludió su mano y le cogió la muñeca; esperó a que Janette saliera tras ella y entonces contempló la casa.

—Es una casa grande —dijo.

—Era una ganga —dijo él—. Los dueños querían venderla rápidamente.

Anna sintió el apretón de la mano de Janette. Era una enorme casa de piedra gris con más de veinte metros de fachada; se levantaba tras una verja de hierro forjado que encerraba un minúsculo jardín frente a la calle. Tras las enormes puertas centrales de la verja había un breve camino que conducía al portal con puertas de vidrio protegidas por una reja de forja en la cual figuraban las armas de los Beauville.

Ella le siguió hasta la puerta mientras el chófer empezaba a descargar el equipaje del coche. Antes de que Maurice pudiera llamar al timbre, un mayordomo de librea les abrió la puerta.

—¿Tendré que cruzar con la novia en brazos el umbral de la puerta? —preguntó Maurice sarcásticamente.

Anna no se dignó contestar y entró en la casa. Siguiendo la costumbre, la servidumbre estaba alineada en el vestíbulo para conocer a la nueva señora de la casa. Eran siete personas, todas con uniforme doméstico. Henri, el mayordomo, su mujer, Margarita, que era la cocinera, y otras cuatro chicas jóvenes, camareras que se ocuparían de la limpieza y otras labores. René, el chófer, todavía estaba fuera.

Ella les dio la mano de uno en uno aceptando sus reverencias con una leve inclinación de su cabeza.

—*Madame la marquise* —murmuraban respetuosamente.

En cuanto terminaron las presentaciones, salió un hombre joven de una de las puertas que daban al vestíbulo; llevaba unos cuantos papeles en la mano. Cuando les vio, se detuvo.

—Disculpen —dijo en inglés—. No me había dado cuenta de que ya habían llegado.

Tanya no tuvo que fijarse en su acento para darse cuenta de que era americano; lo dedujo por el corte de su traje. Pasó su mirada de él a Maurice.

—Querida —dijo Maurice—, permite que te presente a mi ayudante ejecutivo y secretario, Jerry Johnson. Jerry, *madame la marquise* y su hija Janette.

—Es un placer, *madame la marquise* —el americano se inclinó desgarbadamente.

—Señor Johnson —dijo Tanya ofreciéndole la mano.

—¿Quieres ver la casa, querida? —preguntó Maurice.

—Estoy un poco cansada del viaje. Me gustaría descansar y refrescarme un poco primero.

—Muy bien —asintió Maurice, y se volvió hacia el mayordomo—. Lleve a *madame la marquise* a su habitación y ocúpese de que esté cómoda. —Y volviéndose hacia Tanya—: Tengo que revisar algunos papeles con Jerry. Dentro de un rato estaré contigo.

Tanya miró al joven americano. De pronto entendió muchas cosas al mismo tiempo. Asintió lentamente sin permitir que su rostro mostrara señales de sus pensamientos; y cogiendo a Janette de la mano, siguió al mayordomo escaleras arriba.



Tanya salió lentamente de la bañera, cogió el gigantesco albornoz y se envolvió en él. Se secó rápidamente y dejándolo caer al suelo se puso ante el espejo. Los cardenales y heridas de la noche de bodas ya habían desaparecido de su cuerpo, pero no de su memoria. Se puso una bata de seda y pasó a la alcoba. Apretó el timbre para llamar a una camarera y se sentó en el tocador.

Sonó un discreto golpecito en la puerta.

—*Entrez.*

—*Madame* —dijo la camarera haciendo una inclinación. Tanya la miró. Era una chica joven de cabello oscuro y rizado y enormes ojos castaños.

—¿Cómo te llamas, hija mía?

—Louise, *madame*.

—Louise, ¿quieres traerme un té, por favor?

—Naturalmente, *madame*. —La camarera volvió a inclinarse y salió de la habitación.

Tanya se volvió hacia el espejo. Se tocó el cabello despreocupadamente. La molestia de ser rubia era que tenía que teñirse de cuando en cuando. Anna odiaba el feo aspecto de las raíces oscuras del cabello, por más que muchas mujeres no parecieran darse cuenta de su mal estado. Volvió a sonar un golpecito en la puerta. Creyendo que era la camarera que volvía con el té, dijo:

—*Entrez*.

Vio por el espejo cómo se abría la puerta. Al momento se cerró la bata sobre el pecho: Jerry entró en la habitación con un puñado de papeles en la mano. Anna le miró interrogante.

—¿Sí?

—Al marqués le gustaría que firmara estos papeles —dijo.

Anna asintió:

—Póngalos en aquella mesa y ya los miraré.

Jerry se quedó en pie, dubitativo.

—¿Sucede algo? —preguntó ella.

—Ha dicho el marqués que es importante que los firme ahora mismo.

Anna se levantó enfrentándose a él:

—Dígale al marqués que no firmaré nada sin haberlo leído. —Tendió la mano—. Puede dejármelos aquí.

Automáticamente Jerry los puso en su mano y se volvió hacia la puerta. Mas la voz de ella le detuvo.

—Por cierto —preguntó con tono desinteresado—. ¿Cómo conoció usted al marqués?

—En Inglaterra, hace varios años —dijo—. Yo estaba destinado en el Cuartel General como oficial de enlace con las tropas de la Francia libre. Cuando la guerra terminó y decidí quedarme en Europa, el marqués tuvo la bondad de ofrecirme este trabajo.

—Ya veo —asintió Anna pensativa; luego sonrió—: Debió resultar muy conveniente para ambos.

—En efecto —dijo él, sintiéndose ya más a sus anchas y sonriendo. Se volvió de nuevo cogiendo el pomo de la puerta.

—Jerry.

—¿Sí, *madame*? —la miró sin retirar la mano del pomo.

Anna le contestó con tono natural:

—¿Cuánto hace que son amantes usted y Maurice?

Pudo ver cómo el rubor ascendía por su rostro y cómo el odio convertía en verdes

sus ojos grisáceos. Apretó los labios para evitar contestar y dejó la habitación repentinamente, casi golpeando la puerta a sus espaldas.

Cuando Maurice entró en la habitación, ella estaba sentada en la mesita camilla junto a la ventana tomando el té y leyendo los documentos. Le miró.

—Podrías llamar —dijo despreocupadamente—. Es de buena educación.

—Jerry me ha dicho que no quieres firmar los papeles —su cara estaba rubicunda y furiosa.

—No hasta que los haya leído —replicó, todavía con voz despreocupada. A continuación echó un vistazo a la carpeta que tenía en sus manos—. Y ahora que lo he hecho, en modo alguno los firmaré.

—Se suponía que después de nuestra boda todo sería transferido al patrimonio —dijo—. Wolfgang dijo que eso era lo que habíamos de hacer.

—Eso es lo que dijo —asintió ella amablemente.

—Pues entonces hazlo —replicó él.

—No —dijo Anna sacudiendo la cabeza.

—Tienes que hacerlo —afirmó él—. Ya he aceptado muchas obligaciones financieras basadas en dicho acuerdo.

—Es lamentable —dijo ella.

—Incluso esta casa fue comprada bajo ese supuesto —explicó Maurice.

—Ya me he dado cuenta —dijo ella—. Personalmente y en tu propio nombre, pero para ser pagada con el dinero de las empresas de Wolfgang. No creo que su intención fuera enriquecerte a ti a sus expensas.

—Entonces tú pretendes quedarte con todo —dijo él siniestramente.

—Así es, hasta que Wolfgang me diga lo contrario.

—¿Y qué sucederá si no vuelves a saber nada de él?

Anna se encogió de hombros.

—En cualquier caso, según la legislación francesa tú eres responsable del dinero.

—Ya lo sé —replicó ella tranquilamente—. Pero mañana me pondré en contacto con el *notaire* y cuando él haga los cambios necesarios en los documentos, efectuaré el pago.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer yo?

—Exactamente lo que acordamos. Tú serás el director general de las empresas. Dirígelas bien y no hay motivo para que tú no seas rico también.

—No podrás seguir así —dijo él con tono siniestro—. Puedes ser deportada, todavía no eres ciudadana francesa.

—¿Y adónde irás a parar tú si abres la caja de los truenos? —preguntó ella con una leve sonrisa—. Especialmente cuando explique las circunstancias que nos condujeron a casarnos.

Maurice la miró sin decir palabra.

—Ya puedes irte —dijo ella tranquilamente, despidiéndole—. Y cuando bajes dile al mayordomo que dentro de diez minutos estaré preparada para visitar el resto de la

casa.

—¿Desea alguna otra cosa *madame la marquise*? —preguntó él sarcásticamente.

—Sí —replicó Anna—. Dile a tu amigo que saque sus pertenencias de la casa antes de la cena. Ya sabes cómo les gustan los chismes a los criados. No creo que sea especialmente agradable que se dediquen a extender por todo París la noticia de que *monsieur le marquis* es homosexual.

Anna esperó a que la puerta se cerrara a sus espaldas; entonces pasó al baño y abrió su estuche de maquillaje. Retiró la tapa dejándola en la repisa de mármol que había junto al retrete. Rápidamente sacó los frascos de crema y las lociones del fondo de la caja hasta que apareció una funda de piel en el fondo. Sacó dicha funda y la sostuvo en la mano.

Las letras de oro brillaron: «W y B Schweringen».

Abrió la funda. Las navajas de afeitar de acero plateado brillaron. Había siete. Una para cada día de la semana. Los mangos de marfil estaban grabados en negro: desde el lunes hasta el domingo. Las había encontrado en el cuarto de baño de la casa de Ginebra, y siguiendo un impulso las guardó en su estuche. Ahora se daba cuenta de que no se trataba de un impulso. De súbito atravesó por su cabeza el pensamiento de que Wolfgang no las había olvidado allí, en modo alguno; pensó que las había dejado deliberadamente donde ella pudiera encontrarlas.

Volvió rápidamente a la alcoba y se detuvo en el centro de la misma. Pocos momentos después había aclarado sus ideas. Puso una a cada lado del colchón, bajo los dos montones de almohadas que había entre el colchón y la cabecera. Otras dos bajo el colchón, a ambos lados a los pies de la cama. Otra bajo el cojín del silloncito que había ante una mesita baja; una más bajo el cojín del diván y la última detrás de la cortina de la ventana, junto a la mesa camilla.

Echó un último vistazo alrededor y volvió a llevar la funda de piel al cuarto de baño un momento antes de que el mayordomo amara a la puerta.



Al mayordomo le costó más de dos horas enseñarle la casa, y cuando finalmente volvieron a la habitación de Anna, ella se lo agradeció:

—Lo ha hecho muy bien, Henri. Estoy satisfecha.

—Gracias, *madame*. ¿Está dispuesta la señora a deshacer el equipaje?

—Sí, gracias.

—Se lo diré a Louise para que venga a ayudarle. En estos momentos ya habrá terminado con la habitación de su hija. —Dudó unos momentos—. ¿A qué hora quiere cenar la señora?

—A las ocho en punto.

—¿En el comedor?

—¿Por qué lo pregunta? —y le miró inquisitivamente. Él se sintió incómodo.

—*Monsieur le marquis* me ha informado de que esta noche no cenaría en casa.

Anna guardó silencio.

—Quizás usted y la niña estén más cómodas en el cuarto de estar. Es muy agradable y da al jardín.

—Buena idea, Henri —asintió ella—. Gracias.

—Gracias, *madame*. —Volvió a hacer una inclinación y se dirigió hacia la puerta.

—Henri.

—Sí, *madame* —dijo deteniéndose.

—Me ha enseñado usted todas las habitaciones, excepto la de mi marido. Me gustaría verla.

—Disculpe, *madame* —dijo algo incómodo—. Creo que...

—No. No la he visto. Ni siquiera sé dónde está.

—Si *madame* quiere seguirme. —Hizo un gesto hacia una estrecha puerta que había al fondo de su habitación.

Anna miró la puerta. Era más estrecha de lo habitual, y hasta el momento había pensado que se trataba de un armario. La puerta se abría a un corredor estrecho, de menos de un metro de anchura y con una profundidad de poco más de un metro; en el fondo había otra puerta estrecha.

El mayordomo abrió la segunda puerta y Anna entró en la habitación de Maurice. Se detuvo un momento. Debía haberlo supuesto. Maurice había escogido para sí la mejor habitación. Tenía cuatro ventanas en la fachada de la casa; daban al parque que había al otro lado de la calle. Estaba recién decorada con un estilo que resultaba más femenino que el de su propia habitación. Entró en el baño. Era el doble de amplio que su cuarto de baño.

Salió del baño; el mayordomo estaba mirándola desde el centro de la habitación.

—Es muy agradable, Henri.

—Sí, *madame* —dijo con voz prudente.

—He cambiado de opinión. No me envíe a Louise hoy a deshacer el equipaje. Que venga mañana.

—Sí, *madame*.

—Mañana también cambiaremos de habitación —añadió ella—. Yo ocuparé esta, mi hija se cambiará a la mía y usted llevará las cosas del marqués a la de mi hija.

—Pero, *madame*... —dijo con voz sorprendida.

—¿Sí, Henri? —Su voz sonó fría.

—*Monsieur le marquis, le patrón*... —tartamudeó—. No le gustará.

Anna le miró fijamente.

—Si no me equivoco, Henri, *le patrón* es quien le da trabajo, la persona que paga su salario. *N'est-ce pas?*

—En efecto, *madame*.

—Pues entonces no tiene de qué preocuparse —dijo, y su voz seguía siendo fría—. Puesto que yo soy la persona que paga su jornal, y no *monsieur le marquis*; *la patrona* soy yo. Y por tanto la única persona a quien tiene que contentar.

El mayordomo bajó los ojos ante su mirada y asintió con la cabeza:

—Sí, *madame la marquise*.

—Otra cosa, Henri —añadió—. Mañana, cuando cambie las habitaciones, traiga también un cerrajero que cambie las cerraduras.

—Sí, *madame*. ¿Alguna otra cosa, *madame*?

Anna volvió a atravesar el estrecho pasillo.

—En cuanto el señor Johnson haya sacado sus cosas, hágamelo saber.

—Ya ha dejado la casa, *madame*. Hace más o menos una hora, mientras nosotros estábamos en el cuarto piso.

—Muy bien —dijo ella. Se había anotado un punto y supo que él no lo olvidaría—. Gracias, Henri.



—¿*Monsieur* Maurice no va a cenar con nosotros?

—No, querida. Ha salido. —Tanya miró por encima de la mesa a su hija.

—¿Con esa chica? —la voz de Janette revelaba curiosidad.

—¿Qué chica? —Tanya estaba confundida.

—Ya sabes. —La voz de Janette era candorosa—. Esa chica. La que se viste con ropas de hombre.

—No es una chica. Es un hombre —dijo Tanya fijando la vista en su hija.

—Si es un hombre, ¿por qué le has echado de casa? —preguntó Janette intencionadamente.

Tanya estaba sorprendida. La niña veía mucho más de lo que había creído.

—Necesitamos la habitación para otra persona —explicó sintiendo al mismo tiempo la falta de convicción de sus palabras.

Janette guardó silencio hasta que terminó la sopa. Cuando Henri le retiró el plato, volvió a levantar la mirada.

—Y sigo pensando que es una chica.

—¿Y por qué lo piensas?

—Yo estaba abajo, en la cocina, cuando *monsieur* Maurice ha llegado y le ha dicho que tú habías ordenado que se fuera.

—Pero eso no significa que él sea una chica.

—Y luego, cuando he vuelto a subir, he pasado por delante de su habitación. Ella estaba llorando y *monsieur* Maurice le besaba y le decía que lo arreglaría todo. Se estaba portando como si fuera una chica.

Tanya guardó silencio y por fin dijo:

—A lo mejor se encontraba mal.

—Estaba sacando ropa de su armario y la metía en una maleta —dijo Janette sacudiendo la cabeza. Cuando han visto que yo estaba allí, *monsieur* Maurice ha cerrado la puerta en seguida con el pie—. Pero a mí no me han engañado.

—Bueno, al fin y al cabo qué más da —dijo Tanya con aire definitivo—. Sea

como fuere, se ha ido y no volverá a la casa.

Ambas guardaron silencio hasta que les fue servido el segundo plato. Janette manipuló su cuchillo.

—Esto está bueno, ¿verdad? La cocina francesa es mejor que la suiza.

—Sí, querida —sonrió Tanya.

—Me gusta de verdad —dijo Janette tomando otro bocado. Y sin cambiar el tono de voz añadió—: ¿Cuando *monsieur* Maurice te mete su cosa grande no te hace daño?

—¡Janette! —Tanya estaba sorprendida—. ¿Dónde aprendes esas cosas?

—En el colegio —replicó Janette sin darle importancia—. Todos los niños hablan de eso. Y algunos han visto a su papá y a su mamá haciéndolo. ¿Me dejarás que mire alguna vez cuando *monsieur* Maurice te haga eso?

—No —dijo Tanya cortante—. Y no se habla de eso. Las niñas buenas nunca hablan de eso.

—Pues una noche entré en tu cuarto cuando tú y papá general estabais haciéndolo. Pero no me visteis y entonces me fui. —Comió otro bocado de carne—. Pero la cosa de *monsieur* Maurice es el doble de grande que la de papá general. Por eso pienso que puede hacer daño.

—¿Y tú cómo sabes esas cosas?

—*Monsieur* Maurice siempre deja abierta la puerta de su cuarto de baño cuando hace pis. Y yo no puedo evitar verle. Él se suele dar cuenta de que le miro y entonces sonríe.

Tanya no sabía qué decir. Maurice solo había pasado una semana en Ginebra después de su matrimonio, y a continuación había ido a París para preparar la casa; y hasta su encuentro de aquel mismo día en el tren, no había vuelto a verle.

—Bueno, no volverá a suceder —dijo por fin—. Mañana te cambiarás de habitación y vendrás a la que está junto a la mía.

—¿Y dónde se meterá *monsieur* Maurice?

—Se cambiará a tu cuarto.

—¿Entonces no te hará un niño con su cosa? —preguntó Janette.

—No —dijo Tanya terminante.

—¿Por qué no?

Tanya fijó la mirada en su hija y su voz se endulzó:

—Porque tú eres la única hija que quiero. No quiero más hijos que tú.

Súbitamente afloró una sonrisa al rostro de Janette. Bajándose de su silla, corrió hacia su madre y la rodeó con sus brazos.

—¿De verdad? —exclamó.

—De verdad. —Tanya la abrazó—. No necesito más niños que tú.

—Estoy contenta, *maman* —dijo Janette—. No quiero que tengas más niños, solo yo.



Cuando Anna apagó la lámpara de su mesilla ya era casi medianoche. Sus párpados cayeron como si fueran de plomo. Había sido un largo día que empezó antes de las seis de la mañana en Ginebra. El viaje de nueve horas de tren había resultado fatigoso, con todas sus paradas y salidas. Hubiera querido estar despierta cuando volviera Maurice, pero no lo consiguió. Se durmió un rato.

Un leve sonido de voces y risas se introdujo en sus sueños. Anna se agitó tensa intentando apartar de sí el ruido, pero este era persistente. Por fin abrió los ojos y miró los números fosforescentes del despertador. Faltaban diez minutos para las tres. Se tendió de espaldas prestando atención al ruido.

Parecía llegar del angosto pasillo que comunicaba las dos habitaciones. Había alguien con Maurice, pero el sonido llegaba demasiado borroso para decir si había una o más personas. Permaneció silenciosamente tumbada en la oscuridad. Al cabo de un rato las voces parecieron apagarse; cerró los ojos y se durmió.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando oyó el sonoro clic de la luz y una repentina explosión de luz en la habitación le despertó. Se sentó en la cama parpadeando ante la cegadora luminosidad. Sus ojos se acostumbraron rápidamente.

La puerta de comunicación estaba medio abierta y por ella asomaba Maurice, que la miraba.

—¡Vete! —dijo Anna fríamente.

En vez de hacerlo, Maurice abrió del todo la puerta entrando en la habitación. Estaba completamente desnudo y arrastraba el látigo de nueve colas por el suelo, colgando de su mano derecha. Se detuvo en el centro de la habitación, se quedó mirándola y empezó a sacudirse el pene con la mano izquierda hasta que este se irguió.

Anna le miró a la cara.

—Esta vez no lo harás —dijo ella; su voz seguía siendo fría—. Vete.

Súbitamente Maurice rio, se dio la vuelta y dijo:

—Jerry, entra, querido. Voy a enseñarte cómo tratar a una puta alemana.

Jerry apareció en el umbral. También él estaba desnudo y llevaba una botella de coñac. La miró y soltó una risita de borracho.

El látigo cayó sobre ella por encima de la cama. Anna levantó las manos y recibió la mayoría de los latigazos en los brazos, resguardándose la cara. El látigo volvió a chasquear y le golpeó los pechos, cubiertos todavía por las sábanas.

—¡Sal de la cama, mala puta! —gruñó Maurice.

Anna salió silenciosamente de la cama; su camisón de algodón blanco barría el suelo a sus pies. Se quedó quieta, enfrentándose a él.

—Jerry, arráncale el camisón —ordenó Maurice.

Sin dejar de soltar risitas, Jerry se acercó a ella a pasos menudos. Le preguntó, balanceando la botella de coñac:

—¿Quieres un trago, querida?

Anna le miró sin contestar.

—¡Dale mierda! —saltó Maurice—. Arráncale el camisón. Yo tengo lo que ella quiere.

Anna guardó silencio mientras Jerry intentaba desgarrarle el camisón. Pero el algodón era muy recio y no cedió. Finalmente se lo sacó por los hombros y lo dejó caer al suelo. La miró, alargó las manos y le tocó los pechos.

—¡Qué tetas más grandes tiene! —dijo casi con envidia.

Ella le golpeó airadamente las manos alejándolas de sí.

—No te preocupes, querida. —Soltó una risita—. Dentro de un año empezarán a caer y te llegarán a la barriga. Es lo que pasa con las tetas grandes. Entonces no podrás estar tan orgullosa de ellas.

El látigo la cruzó de nuevo. Ella se mordió los labios de dolor.

—Ven aquí —ordenó Maurice.

Anna se le acercó en silencio y se detuvo ante él con la mirada fija en su rostro. Maurice le estiró el cabello obligándola a mirar hacia abajo.

—¡Putas esclavas, mira a tu dueño!

Ella intentó girar la cabeza pero el látigo le cruzó los hombros y Maurice la obligó cruelmente a caer de rodillas ante sí. Le tiró la cabeza hacia atrás obligándola a abrir la boca.

—¡Chúpalo!

Ella intentó cerrar la boca. Esta vez el látigo le azotó la espalda y boqueó de dolor.

—Ahora, ¿harás lo que te digo?

Ella tomó lentamente su falo con una mano mientras se acercaba poco a poco al pequeño sofá próximo al punto en que se hallaban. Cerró una mano alrededor de él tirando hacia su boca mientras con la otra hurgaba entre los cojines y encontraba la navaja de afeitar.

—Ya te he dicho que sabía lo que ella busca. —Maurice rio triunfante.

—No le cabrá en la boca —rio Jerry—. Es la mayor polla de París.

Anna tenía la navaja en la mano. La hoja plateada brilló brevemente a la luz. De súbito apareció en el cuerpo de Maurice una raya de sangre que corría desde su ombligo hasta el vello del pubis.

Maurice gritó con repentino dolor. Se miró a sí mismo.

—¿Qué me has hecho, maldita puta? —Entonces vio la sangre—. ¡Me has matado! —gritó, y cayó desmayado en el suelo.

Ella se incorporó mirándole, con la navaja de afeitar ensangrentada todavía en la mano, y se volvió hacia Jerry.

Este se puso sobrio de repente, con la cara blanca, como si se estuviera mareando. Miró la navaja que tenía ella en la mano e intentó hablar, pero las palabras no acudieron a sus labios. Entonces fijó su mirada en la de ella con horror.

—Podía haberle matado pero no lo he hecho —dijo tranquilamente. Pasando por encima de Maurice, se acercó al cuarto de baño. Desde la puerta se volvió hacia Jerry

—: Será mejor que llame a un médico. Necesita unos cuantos puntos o puede desangrarse.

—¿Qué va a hacer usted? —preguntó Jerry con voz ronca.

—Iré a dormir a la habitación de mi hija —replicó—. Al fin y al cabo yo no soy responsable de lo que se hagan ustedes el uno al otro cuando se emborrachan.



Al día siguiente a las diez de la mañana Anna estaba sentada a la mesa tomando una taza de café después de llevar a Janette a su nuevo colegio. Maurice entró en la habitación. Anna le miró.

—Será mejor que te sientes —dijo tranquilamente, como si la noche pasada no hubiera sucedido nada—. No tienes buen aspecto.

—El médico dice que me quedará la cicatriz para siempre —dijo él sentándose.

—Lástima —dijo ella evasiva.

Maurice tomó la jarra de café y se sirvió una taza. Bebió un sorbo y miró a Anna.

—¿Y ahora qué haremos?

—Dejar de jugar y ponernos a trabajar —dijo ella, y sus miradas se encontraron—. ¿No es ese el motivo de nuestro acuerdo?

Maurice sorbió lentamente su taza de café.

—Tú eres un buen hombre de negocios —dijo ella—. Ya lo dijo Wolfgang hace mucho tiempo. Yo eso lo respeto, y también respeto tu capacidad. En este sentido, yo no he cambiado de opinión.

Maurice levantó la vista. En su voz había un respeto creciente.

—Eres una mujer extraña, Tanya.

—Puede ser —dijo ella—. Pero tú y yo tenemos una cosa en común.

—¿Qué cosa?

—Tanto tú como yo somos supervivientes —dijo ella lentamente—. Hemos llegado juntos muy lejos y no hay motivo para que un momento de estupidez nos jorobe y nos impida seguir adelante.

Maurice bebió un trago breve de café. Se había enfriado. Dejó la taza.

—¿No estás enfadada por lo que ha sucedido?

—¿Por qué había de estarlo? —preguntó Anna—. En lo que a mí se refiere, este asunto se ha terminado. ¿Y tú estás enfadado?

Maurice meditó unos momentos.

—Sí y no, pero tú tienes razón. Este asunto se ha terminado.

—Todavía podemos darnos una buena vida, *monsieur le marquis* —dijo ella sonriendo—. Los dos.

Él levantó la cabeza y por primera vez en aquella mañana la miró a los ojos. A continuación asintió lentamente con la cabeza.

—*Madame la marquise*, empiezo a creer que tienes razón.

—Desde luego, Maurice, tengo razón —sonrió ella. Hizo sonar la campanilla para

llamar al criado—. Ahora permítame que llame a Henri para que te traiga café caliente y el desayuno.

Su voz llegó a través del teléfono como si de un largo túnel de diez años se tratara.

—Aquí Johann Schwebel.

Maurice sintió un nudo en el estómago. Tras diez años el miedo hizo presa de él. Se quedó sin voz.

—¿Me recuerda? —el acento alemán era casi imperceptible—. Ha pasado mucho tiempo.

—Sí —replicó Maurice—. Ha pasado mucho tiempo.

—He preguntado por *la marquise*, pero no estaba; entonces me han puesto con usted.

—Sí. Ella tenía una cita para almorzar.

—Tenemos que acordar una cita —dijo Johann.

—De acuerdo —respondió Maurice—. ¿Dónde está usted?

—Estoy en París.

—Permítame consultarlo con Tanya y me reuniré con usted —dijo Maurice.

—No, voy a estar muy ocupado. Si le parece, llamaré mañana por la mañana hacia las once.

—Muy bien —dijo Maurice. El teléfono enmudeció en su mano. Lo contempló unos momentos y lentamente lo dejó en la mesa. Cogió un cigarrillo e intentó encenderlo. No era fácil. Las manos le temblaban.



El doctor guardaba silencio mientras le ayudaba a sacar las piernas de los estribos de la camilla de observación ginecológica.

Se apartó de Anna mientras esta se sentaba y la blanca bata de algodón caía informe sobre ella.

—Vístase —dijo mientras la enfermera se acercaba a ayudarle—. Nos veremos en mi despacho dentro de diez minutos.

Y salió de la habitación antes de que ella pudiera preguntarle nada. La enfermera abrió el armario en que había colgado sus ropas y se movió alrededor de ella desatándole los cordones que le abrochaban la bata por detrás.

Cuando el médico llegó a su pequeño despacho, ella estaba sentada en un cómodo sillón de cuero delante del escritorio. Cerró la puerta cuidadosamente tras él y sentóse a su escritorio, frente a ella.

—Parece usted muy serio, doctor Pierre —dijo ella.

Él asintió:

—Está usted embarazada.

—¿Eso es todo? —Anna sonrió—. Por un momento me ha preocupado. Ya nos

cuidaremos de eso.

—Esta vez no —dijo él sacudiendo la cabeza.

—¿Por qué no? —Su voz sonó sorprendida—. Ya lo hemos hecho antes de ahora.

—Ha esperado usted demasiado. El feto ya está plenamente desarrollado. Tiene ya unas quince semanas.

—Maldita sea —dijo ella.

—¿Por qué no ha venido antes como otras veces? Cuatro, cinco, seis semanas y no hay ningún problema.

—Estaba ocupada —dijo ella—. Además no he prestado atención. Muchas veces me faltan varias reglas y vuelven.

—Hizo usted mal —replicó él.

—He oído hablar de abortos con fetos de esa edad —dijo Anna.

—Sí, pero es muy peligroso. Además en su caso hay varios factores que lo hacen desaconsejable. Uno, que desde que la conozco, en siete años, ha tenido usted tres abortos; y esto no le ha hecho ningún bien. Dos, usted ya no es una niña. Tiene treinta y ocho años y, fisiológicamente hablando, su cuerpo ya no es tan resistente ni su útero y ovarios tienen elasticidad suficiente para sufrir un trato tan violento. Podría usted muy bien tener una hemorragia y sangrar hasta morir antes de que pudiéramos ni siquiera encontrar qué es lo que hay que arreglar.

—¿Me da usted un cigarrillo? —dijo aspirando profundamente.

Empujó por encima de la mesa un paquete hacia ella y le dio fuego. Luego esperó unos momentos.

—El marqués estará contento.

Anna rio brevemente.

—Usted lo sabe perfectamente, doctor Pierre. Todo el mundo lo sabe perfectamente. Todos saben cómo es él. Sería el mejor chiste de París.

—No tiene usted más elección —afirmó él—. A no ser que prefiera morir.

Ella agitó lentamente la cabeza.

—Puede irse fuera una temporada —dijo él—. Tenga el niño y nadie se enterará.

—¿Cuánto tiempo tendría que estar fuera? —preguntó.

—Todavía no se le nota. —Le echó un vistazo crítico—. Con una dieta puede usted seguir delgada y si se pone ropa adecuada nadie se dará cuenta. Quizá fueran solo los últimos tres meses.

—Imposible. —Movi6 la cabeza enérgicamente—. Tengo demasiadas cosas que hacer. No puedo estar lejos de los negocios tanto tiempo. Supondría demasiados problemas.

—Entonces le sugiero que hable de ello con el marqués y que consideren qué se puede hacer. Estoy seguro de que entre los dos podrán imaginar una historia aceptable para la gente.

—Para la gente, quizá. —Rio—. Pero no para el mundo en que vivimos nosotros.

—Su vida es más importante que lo que la gente piense.

—Eso es cierto —asintió ella.

—¿Sabe usted quién es el padre?

—¿Por qué lo pregunta? —dijo ella mirándole.

—Nos serviría de ayuda obtener una muestra de sangre de él. Para el factor RH. Después de todo, ya han pasado casi diecisiete años desde que nació su hija y su organismo puede haber tenido muchos cambios.

Ella pensó unos momentos. Aquel mes había estado con dos hombres. Pero, lógicamente, tenía que ser el americano. Había estado regularmente con él durante las tres últimas semanas del mes en que le faltó por primera vez la regla.

—Sí —replicó.

—¿Querrá darle una muestra de su sangre?

—¿Quién sabe? —se encogió de hombros—. Ha vuelto a Norteamérica con su mujer y sus hijos. No le puedo escribir, sería embarazoso. Podría llamarle.

—Quizá sea suficiente con una llamada —dijo el doctor Pierre.

Anna asintió lentamente y se puso en pie.

—Lo haré.

—La enfermera le dará un ejemplar de la dieta adecuada —dijo levantándose de su silla—. Sígala cuidadosamente y podrá mantener el peso. Dispondrá también de una lista suplementaria de vitaminas y minerales que ha de tomar cada día para mantenerse fuerte y sana. Volveré a verla dentro de un mes.

—¿Está seguro de que no puedo abortar? —preguntó mirándole.

—Se puede hacer, pero yo no lo recomiendo —dijo. La miró a los ojos—. Y no haga locuras, porque tiene nueve posibilidades sobre diez de morir.

—No pienso hacer locuras, doctor Pierre —replicó—. Se lo aseguro.

—Muy bien. —Sonrió—. Y envíeme la muestra de sangre si la consigue. —Dio vuelta a la mesa y la besó en la mejilla—. Y no se preocupe, Tanya. Hemos pasado cosas peores.

Ella asintió. Durante la guerra él había estado en un campo de concentración. Todavía conservaba el número tatuado en los brazos. Se salvó de la cámara de gas por ser médico. Impulsivamente, ella también le besó en la mejilla.

—Es cierto, doctor Pierre —dijo—. Gracias.



Janette plegó cuidadosamente la blusa, la metió en la maleta y retrocedió. Era la última del equipaje. Miró cuidadosamente su habitación. Una vez segura de que no había olvidado nada; cerró la maleta y dando vuelta a la llave la colocó en el suelo junto a otra maleta. Por la mañana siguiente, a las siete y media, estaría en el tren camino de Suiza y del colegio.

Se dirigió a la mesa, junto a la ventana, y llamó a su amiga Marie Thérèse. El teléfono sonó unas cuantas veces antes de que Marie Thérèse lo descolgara. Como de costumbre, su voz sonó sofocada.

—Sí.

—Ya he terminado de hacer el equipaje —dijo Janette.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Marie Thérèse—. Yo todavía no he empezado.

—¿Quieres que vaya a ayudarte? —preguntó Janette.

—Claro que sí. —Marie Thérèse soltó una risita—. Pero entonces no acabaremos nunca. Como la noche pasada.



Janette recordó. Habían ido por la tarde a los Champs Elysées a ver una película americana, «Rebelde sin causa», con una nueva estrella americana, James Dean. Habían visto la película cuatro veces; y trataba de jóvenes americanos de su edad. Sus padres no les comprendían. Y en James Dean había algo que las sobrecogía por dentro. Les bastaba con cerrar los ojos para ser Natalie Wood y sentirse fuertemente estrechadas entre los brazos de James Dean.

Aquella vez, al salir del cine, Marie Thérèse compró un póster de James Dean. Aparecía con unos viejos pantalones vaqueros ceñidos, las caderas salientes, las piernas ligeramente encorvadas, el rostro hosco y airado, la mirada aguda y desafiante bajo un mechón de cabello color castaño claro que le caía sobre los ojos. Lo quería para ponerlo sobre su cama, en el colegio.

Cuando llegaron, Marie Thérèse sacó una maleta del armario y la puso sobre la cama. La abrió y guardó en su interior el póster, todavía plegado.

—Tengo que empezar a hacer el equipaje —había dicho.

Janette asintió:

—Yo ya he empezado. Ya he terminado con un bulto y solo me falta otro.

—Me gustaría ser como tú —dijo Marie Thérèse mirándola—. Eres muy ordenada. Yo siempre tengo que acabar las cosas deprisa y corriendo en el último momento.

—Pero siempre te las arreglas para hacerlas —dijo Janette riéndose.

—Sí. —Marie Thérèse soltó una risita—. Pero no sé cómo lo hago. —Abrió un cajón del armario y sacó una brazada de ropa interior que arrojó sobre la cama, junto a la maleta. Empezó a separarla en montones: sostenes, bragas, combinaciones. Los miró con disgusto—. ¿A que son feos?

Janette se encogió de hombros. Eran de algodón blanco y tostado.

—Es el reglamento —dijo—. Lo exigen en el colegio. No podemos escoger.

—Los odio —dijo Marie Thérèse—. Estoy segura de que a Jimmy Dean no le gustarían, ¿verdad?

—Yo qué sé lo que le gustaría —dijo Janette riéndose.

—Pues se las enseñamos y así sabremos qué opina. —Marie Thérèse se echó a reír de repente. Sacó el póster, lo desplegó y lo fijó a la pared con un par de chinchetas. Desde allí miró a las dos chicas con aspecto airado; Marie Thérèse cogió un sujetador y unas bragas y los sostuvo ante sí sobre su ropa—. ¿Te gustan, Jimmy?

—preguntó. A continuación se volvió hacia Janette—. ¿Ves? Ya te he dicho que no le gustarían. Mira a ver si le gustan otros.

Janette eligió un par y repitió lo que Marie Thérèse había hecho. Marie Thérèse la miró, miró luego el póster y sacudió la cabeza.

—No hay nada que hacer. —Volvió a echar las prendas sobre la cama—. Maldito colegio.

Janette dobló la ropa cuidadosamente y la devolvió al montón del que la había cogido; a continuación se volvió para quitar el póster de la pared.

—No —dijo rápidamente Marie Thérèse—. Quizá no le gusten porque nos los hemos puesto por encima de la ropa. —Se quitó el vestido velozmente sacándoselo por la cabeza y se quedó en sujetador y combinación; poco después la combinación se unió al vestido que yacía en el suelo. Se quedó frente al póster; sus pechos hinchados tensaban el sujetador de algodón color *beige*—. ¿Está mejor así, Jimmy? —Se volvió hacia Janette—. Quítate el vestido.

—Eso está mal. —Janette sintió que el calor del cuerpo le afloraba a la cara.

—No es cierto —aseguró Marie Thérèse—. ¿Cómo podría juzgar, si no? Además no te he visto desde que terminó el curso. Quiero ver si has crecido.

Janette la miró. Marie Thérèse había crecido. Por lo menos sus pechos eran mucho mayores. Mirando a su amiga sintió un calor interior cada vez más intenso. Se despojó velozmente del vestido. La voz de Marie Thérèse denotaba su sorpresa.

—¡Seda! ¡Seda negra! ¡Qué callado te lo tenías, no me habías dicho nada! Quítate la combinación, quiero ver tus bragas.

Janette dejó caer silenciosamente la combinación al suelo y se quedó frente al póster sin mirar a su amiga. El calor interior estaba llegándole a la ingle y a las piernas.

—¡Y también bragas de seda negra! —exclamó Marie Thérèse—. ¿Dónde has encontrado esas prendas? Son bonitas y muy *sexy*.

—Me las ha regalado mi padrastro. —Janette seguía sin mirarla—. Dice que detesta las ropas de algodón que uso.

—¿Y cuándo te ha visto?

—En verano hace tanto calor que dejo mi puerta abierta para que corra el aire. Me vio cuando pasaba por delante. Un día entró y dejó una caja de ropa interior encima de mi mesa. «De ahora en adelante llevarás esta ropa cuando estés en casa. La otra es fea». Y se fue.

—¡Dios mío! —exclamó Marie Thérèse—. ¿Y no hizo nada más?

Janette seguía mirando el póster. Sintió que en su interior el calor se convertía en humedad.

—Después de aquello, a veces viene a mi cuarto cuando mi madre no está en casa, se sienta en una silla y me hace pasear arriba y abajo por la habitación con estas prendas ante él. Al cabo de un rato me hace quitármelas y dárselas, y entonces me hace mirarle mientras saca su cosa y se la sacude en la ropa. Cuando termina, me las

devuelve, me golpea en la cara y me dice: «¡Marrana! ¡Limpia estos trapos asquerosos!» y se va de la habitación. —Se volvió hacia Marie Thérèse. Su amiga tenía la boca abierta y los ojos muy grandes y redondos. Había una cosa que no podía explicarle: la intensidad del orgasmo que la invadía cuando Maurice le golpeaba la cara, la dejaba tan fatigada y exhausta que tenía que dejarse caer al suelo hasta que sus piernas recobraban vigor para sostenerla.

—¿Eso es todo lo que hace? —preguntó Marie Thérèse—. ¿Nada más?

—Lo sabes perfectamente —dijo Janette riendo—. Es el maricón más famoso de París.

—¿Todavía? —preguntó Marie Thérèse. Habló con voz muy baja—. ¿Es verdad lo que he oído sobre el tamaño de su cosa?

—Es verdaderamente grande —asintió Janette.

—¿Más grande que la de Donald el caliente?

Donald el caliente era un muchacho inglés que estaba en un colegio que había al otro lado del lago, en Suiza, y le habían conocido en los bailes semanales. Siempre hacía salir a las chicas fuera con él para enseñársela y decirles lo grande que era. Janette volvió a reírse.

—A su lado parece un juguete.

—¡Dios mío! —exclamó Marie Thérèse. Empezó a restregarse a sí misma—. Creo que voy a correrme. Vayamos a la cama y nos lo haremos mutuamente.

Se tumbaron en la cama y empezaron a masturbarse mutuamente hasta llegar al climax. No era la primera vez que lo hacían. Pero esta vez, de algún modo, resultaba más excitante con el póster de James Dean mirándoles con mal gesto desde la pared.



—Pues entonces termina de hacer el equipaje —dijo Janette por teléfono—. Te pasaré a buscar después de cenar e iremos al cine.

—Imposible —dijo Marie Thérèse—. La noche anterior de salir para el colegio siempre tengo que quedarme en casa con mis padres.

—Bueno, de acuerdo —dijo Janette—. Nos veremos mañana por la mañana a las siete y media en el tren.

Colgó el teléfono y al volverse se encontró con Maurice, que estaba junto a la puerta abierta de su habitación. Janette miró el reloj. Las cinco en punto. Maurice había vuelto a casa temprano. Por lo general nunca volvía antes de las siete.

—¿Con quién estabas hablando? —preguntó suspicaz entrando en la habitación.

—Con Marie Thérèse. —Bajó los ojos y se quedó mirando al suelo.

—¿Cómo puedes encontrar tantas cosas de que hablar con esa estúpida? —preguntó.

Janette no contestó y siguió con la mirada baja.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó.

—No lo sé —replicó ella.

—¿Todavía no ha vuelto a casa?

Janette se encogió de hombros.

—¿Por qué no me miras? —preguntó.

Levantó los ojos y sintió que el rubor afloraba a su cara.

—¿Ha llamado por teléfono?

—Yo no he hablado con ella.

Sus labios se estrecharon hasta reducirse a una fina línea.

—La muy puerca se habrá pasado la tarde follando con algún *gigoló* amigo suyo —dijo abruptamente—. Nunca está presente cuando pasa algo importante.

Janette volvió a bajar la vista. No contestó.

—Si llama y hablas con ella, dile que es importante que la vea.

Ella asintió.

—Importante. ¿Entiendes? Tengo que hablar con ella.

Janette volvió a asentir sin mirarle.

Maurice, enfurecido, le cruzó la cara.

—¡Mírame cuando me contestes!

Le miró sintiendo que le temblaban las piernas.

—Es importante. —Volvió a golpearla—. ¿Entiendes?

—Sí —susurró con voz tensa—. Entiendo.

Maurice la miró aviesamente.

—Algún día tendrás que pagar tú lo que me ha hecho esa puta. —Y volviéndose salió de la habitación; la puerta golpeó con furia a sus espaldas.

Se sentó estremecida en una silla; los escalofríos iniciales del orgasmo le humedecieron los muslos temblorosos.



Jacques Charelle la vio cuando atravesaba las puertas del Relais Plaza. Era la hora del cóctel y el salón estaba lleno; el rumor de las conversaciones llenaba el salón como si pasara un enjambre de abejas. Se puso en pie haciéndole un gesto.

Tanya se abrió camino hasta su mesa respondiendo a varios saludos mientras atravesaba el salón. Jacques le besó cortésmente la mano y movió la mesa para que ella pudiera sentarse dando la espalda a la ventana y frente al salón, mientras él se sentaba ante ella.

—Querida, tienes un aspecto de lo más radiante —dijo—. Cada día eres más bella.

Ella sonrió en su fuero interno al oír esto. ¿No decían que las mujeres nunca son tan hermosas como en la primera época de su embarazo?

—*Merci, monsieur* —dijo—. No resulta fácil cuando se va envejeciendo.

—Algunas mujeres no envejecen nunca. —rió—. Y tú eres una de ellas. ¿Qué tal has pasado el día?

—*Comme çi, comme ça* —dijo tras encogerse de hombros. Luego se dirigió al

camarero—: Un martini, por favor. —Se volvió hacia Jacques—. ¿Y a ti cómo te ha ido?

Señaló con gesto discreto la mesa de al lado. Ella miró y vio a uno de los directores del salón Balmain sentado con otras tres personas.

—Aquí no —susurró él.

Ella asintió. Comprendía su prudencia. De cara al público, Jacques era un periodista de modas de una nueva agrupación gremial, pero en realidad su dinero provenía de sus trabajos particulares como espía de la moda. De algún modo conseguía enterarse antes que nadie de lo que sacaría cada diseñador en la próxima temporada, quién triunfaría y quién no. Llevaba tres años en la nómina de ella y la información que le había proporcionado era incalculable.

—Podemos cenar tranquilamente —dijo ella.

—Esta noche en mi piso —dijo él—. Tengo un magnífico *côté d'agneau*; lo cocinaré para ti con *herbes de Provence* que me ha enviado esta misma mañana mi madre desde el sur.

Estaba a punto de aceptar cuando se acordó. Era la última noche que pasaba Janette en casa antes de volver al colegio.

—Esta noche no puedo —dijo ella. El camarero puso ante ella la pequeña copa de vermut—. ¿Qué te parece mañana por la noche?

—Mi editor llega mañana a la ciudad —replicó él disculpándose.

Tomó un trago de vermut y en ese momento recordó las instrucciones del doctor. Nada de alcohol. Dejó la copa.

—¡Mecachis!

Él guardó silencio comprensivamente.

—Pues me temo que tendrá que ser esta noche —dijo ella mirándole—. Pero no podré quedarme hasta muy tarde. Mi hija se va mañana al colegio y quiero estar un rato con ella.

—Estarás en casa a las diez en punto —prometió él.

El camarero se acercó a la mesa y dejó ante ella una tarjeta.

Anna miró la letra gótica en que estaba impresa la tarjeta y dijo al camarero:

—¿Dónde está el caballero que le ha dado esta tarjeta? —inquirió, y súbitamente el corazón se le aceleró.

—Acaba de irse —dijo el camarero—. Ha dicho que no quería molestarle.

Sosteniendo todavía la tarjeta en la mano, se levantó de su asiento y casi echó a correr hacia la puerta. En aquel momento un taxi salía de allí, pero no pudo ver quién iba en él y la calle estaba casi llena. No vio a ningún conocido. Volvió a mirar la tarjeta

JOHANN SCHWEBEL
FINANZEN DIREKTOR

Dio vuelta a la tarjeta. La exacta caligrafía de Johann no había cambiado. «Estaré en este número mañana a las 09.00. Llámame, por favor. J».

Volvió lentamente al salón del Relais Plaza. Jacques estaba esperándola.

—¿Hay algún problema? —preguntó con voz preocupada.

—No, no —replicó ella volviendo a sentarse—. Ningún problema. Se trata sencillamente de una persona a quien llevaba mucho tiempo sin ver y a quien me hubiera gustado ver de nuevo.

—¿Un antiguo amante? —preguntó Jacques sonriendo.

—No, de verdad —dijo ella sacudiendo la cabeza.

—Querida, sigue mi consejo —le dijo con la típica sagacidad francesa—. No persigas nunca a un viejo amor. Cuando lo alcanzas nunca es como lo recuerdas.

Ella le miró. Repentinamente consideró que la información que deseaba de él ya no tenía importancia.

—Escucha —dijo—. Me lo he vuelto a pensar. Dejémoslo correr por esta noche. Verdaderamente, creo que es más importante que pase la velada con mi hija.



Acababan de dar las siete cuando llegó a casa. Henri le abrió la puerta.

—*Bonsoir, madame.*

—*Bonsoir*, Henri —dijo ella—. ¿Algún recado?

—No, *madame* —contestó—. Pero *monsieur le marquis* ya está en casa.

Ella asintió.

—¿Y Janette?

—Está en su habitación, *madame*. —Hizo una breve pausa—. ¿A qué hora quiere cenar la señora?

—A las ocho y media —dijo mientras empezaba a subir las escaleras. Caminó por el pasillo hasta llegar a la habitación de Janette. Llamó suavemente a la puerta.

Janette abrió y sonrió.

—*Maman!*

Tanya se inclinó, besó a su hija y pasó a la habitación. Sus ojos se fijaron rápidamente en las maletas cerradas que había junto a la puerta.

—¿Ya has hecho el equipaje?

—Ya estoy preparada —dijo Janette—. Me iré a las siete en punto de la mañana.

—¿Estás deseando volver al colegio? —dijo Tanya con una sonrisa.

—En cierto modo, sí —replicó Janette—. La verdad es que empiezo a cansarme de las vacaciones; durante el verano apenas se pueden hacer cosas en París; la

mayoría de las chicas están fuera.

—Quizás el verano que viene yo no esté tan ocupada. También nosotros podríamos salir.

—Quizá —dijo Janette—. Por cierto, se me olvidaba decirte que Maurice ha vuelto a casa temprano y que te estaba buscando. Me ha pedido que te diga que era muy importante que hablaras con él cuanto antes.

—De acuerdo —dijo Tanya—. Le he dicho a Henri que tenga la cena preparada a las ocho y media. ¿Te parece bien?

—Por mí, sí —dijo Janette. Miró a su madre—. ¿Cenaremos las dos solas o Maurice estará con nosotras?

—Si tú lo prefieres, estaremos las dos solas —dijo Tanya.

—Lo prefiero.

—Pues entonces estaremos solas —dijo Tanya. Y saliendo de la habitación, dijo —: Ya te avisaré cuando llegue la hora.

Atravesó el vestíbulo y se detuvo ante la puerta de Maurice. Llamó, y al oír el sonido apagado de su voz a través de la puerta cerrada, entró en la habitación.

Maurice estaba sentado en un sillón con una copa medio llena de coñac en la mano. La miró aviesamente sin levantarse.

—¿Dónde diablos has estado toda la tarde?

—¿Querías verme? —inquirió ignorando su pregunta.

—¿Qué polla has estado chupando esta tarde? —dijo pronunciando obscenamente las palabras.

—Aunque hubiera estado haciéndolo —replicó—, no sería cosa tuya. Desde luego, se trataría de alguien que decididamente no fuera de tu tipo. Ahora, ¿tienes algo importante que decirme o no? Si no, permite que vaya a bañarme.

—¿A que no adivinas quién ha llamado hoy? —su voz sonó enojada.

De repente se dio cuenta. Aunque él no se lo hubiera dicho. Pero guardó silencio.

—Johann Schwebel —soltó Maurice, y observó su rostro. Seguía inexpresivo—. ¿No estás sorprendida?

—¿Por qué había de estarlo? —preguntó ingenuamente.

—Quizá no sea la palabra exacta —dijo él—. Preocupada sería más adecuado.

—Tampoco veo motivo para eso —dijo ella—. Hemos llevado la contabilidad honradamente. La parte de Wolfgang está intacta.

—Eres idiota —le espetó—. ¿Y qué pasará si quiere volver y recuperar todo? ¿Qué haremos nosotros?

—¿Él ha dicho eso? —preguntó Tanya.

—No. Sencillamente quería concertar una cita con nosotros dos. Le he dicho que vuelva a llamar mañana a las once.

Ella le dedicó una mirada. Tenía el rostro enrojecido por la bebida y ella sabía que nunca bebía tanto durante el día a no ser que estuviera preocupado.

—Podías haberle llamado de nuevo para concertar una cita.

—Ha dicho que él estaría muy ocupado de aquí para allá y que ya nos llamaría.

—Es posible —asintió ella—. Después de todo, no sabemos qué otros negocios tiene en París. —Johann debía tener alguna razón para actuar así. A él le había hablado de una llamada a las once, y sin embargo le había dicho a ella que le llamara a las nueve. Se levantó para salir de la habitación—. Sea como fuere, mañana sabremos algo más.

—Estaba esperando para darte la noticia —dijo él levantándose—. Salgo a cenar fuera. ¿Piensas usar el coche?

—No, cógelo —dijo ella—. Esta noche cenaré en casa con Janette.



Johann salió del Hotel Georges Cinq y se quedó esperando un taxi. París no cambiaba nunca. Ni siquiera en todos los años transcurridos desde la guerra. Como los mismos franceses. Interesados, oportunos, exigentes, egoístas. Se plantaban diciendo: «Miradme, ¿no soy guapo? ¿No soy el más guapo del mundo?» Y lo turbador es que era verdad. Era verdad si tenía un precio que se pudiera pagar.

El portero abrió la puerta del taxi embolsándose la moneda de cinco francos y quitándose la gorra al mismo tiempo. Johann dijo la dirección al conductor, se recostó en el asiento, sacó una carpeta de su cartera y la abrió.

En su interior había informes crediticios sobre las empresas francesas elaborados para él por su banco. Leyó la primera página.

Eau de la Vie Minérale S. A. dir. ger. Marquis de la Beauville. Producto, agua mineral embotellada de venta en recipientes de un litro, especialmente para hoteles pequeños y restaurantes, muy poca venta al por menor. La direc. sigue una política no competitiva, no publ., precio variable (30% a 40% menos que Evian, Vittel, etc.) de venta. Benef. aumenta en 3 años, 10 m. de francos; neto, 1,5 m. de francos. Valor estimado propiedades, instalaciones, equipo e inventario, 45 m. de francos. Sin confirmar informe o estimación de acciones o débitos. Estimación C. O.H. en depósito, 40 m. de francos. Pagos pronto todas facturas, de 10 a 30 días. Tasación crédito, AAAA, 25 m. de francos.

Puso la primera hoja bajo las otras y empezó a leer el segundo informe.

Domaine Marquis de la Beauville, S. A. Direc. gerente Marquis de la Beauville. Producto, vinos de calidad media, *champagne*, coñac vendido a granel a otros vinateros y embotelladores. Sin ventas al por menor ni etiquetas propias. Estimación aprox. 3 años, 125 m. de francos; neto, 25 m. de francos. Estimación propiedades, instalaciones, equipo e inventario, 400 m. de francos. Sin confirmar informe o estimación acciones o débitos. Estimación C. O.H. en depósito, de 250 a 325 m. de francos. Pagos pronto todas facturas, de 10 a 30

días. Tasación crédito, AAAA, 200 m. de francos.

Buscó un cigarrillo, lo encendió y pasó al último informe.

Parfum Tanya, S. A., direc. gerente Marquis de la Beauville. Producto, perfumes, colonias, bases para perfumes, esencias, vendidos al por mayor a varias empresas para su envase e incorporación a cosméticos con etiqueta propia. Sin ventas al por mayor ni etiquetas propias. Estimación propiedades, instalaciones, equipo e inventario, 110 m. de francos. Estimación aproximada ventas totales, 100 m. de francos; neto, 45 m. de francos. Sin confirmar informe o estimación acciones o débitos. Estimación C. O.H. en depósito, de 350 a 400 m. de francos. Pagos pronto todas facturas, de 10 a 30 días. Tasación crédito, AAAA, 100 m. de francos.

Cerrando la carpeta contempló pensativo por la ventanilla el tráfico callejero. En muchos aspectos, ninguna de las empresas era dirigida a la manera típicamente francesa. En mayor o menor medida, y por los motivos que fueran, las empresas francesas no solían pagar sus facturas a tiempo. Y ninguna empresa francesa mantenía un balance de caja con semejantes excedentes anuales. Tenía que tratarse de Tanya. Maurice nunca lo hubiera logrado. Hizo algunos cálculos mentales rápidamente. Desde luego, era Tanya. El dinero seguía ahí porque ella se había ocupado de todo en nombre de von Brenner. El cincuenta por ciento del balance de beneficios le correspondía a él.

El taxi se detuvo y descendió del mismo. Miró su reloj. Las nueve menos cinco. Pagó al conductor y se apresuró a subir al despacho del abogado. Su presentimiento había resultado cierto. Estaba contento de haberle pedido a ella que le llamara allí. Le daba la impresión de que querría verla a ella antes de encontrarse con Maurice.



Él abrió la puerta respondiendo a la débil llamada y se echó a un lado para dejarla pasar al recibidor de la *suite* del hotel.

Cerró suavemente la puerta a sus espaldas y se volvió para mirarla. Durante unos prolongados momentos se observaron silenciosamente; a continuación él carraspeó:

—Los viejos amigos no deben encontrarse en restaurantes ni en despachos de abogados.

Ella asintió sin hablar. Él vio brillar las lágrimas en sus ojos y sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Le tendió la mano. Ella no hizo caso. Y dijo con voz ronca:

—Los viejos amigos no se limitan a darse la mano. Entonces él abrió los brazos y ella se le acercó. La besó en la mejilla y sintió la sal de sus lágrimas. Ella se quedó con la cabeza apoyada en su pecho.

—Querido Johann —murmuró—. Mi querido y buen amigo.

Él le levantó la barbilla para mirarle los ojos.

—Anna —vaciló—. Tanya...

—Tanya —sonrió ella.

—Me alegra verte —dijo él afirmando con la cabeza.

—Ha sido muy largo —dijo ella—. Diez años sin saber nada. Creí que nos pondríamos en contacto mucho antes.

Él la miró con expresión perpleja. No comprendió por qué había ella creído eso.

—Vamos —dijo él—. Permite que te dé algo de beber.

Le siguió hasta el sofá y se sentó.

—La verdad es que no quiero nada, muchas gracias.

—Pediré café —dijo él pulsando el timbre del camarero. Pocos minutos después, con una taza de café en la mano, dijo alegremente—: Ahora hágame de Janette. Ya debe ser una chica mayor.

—Dieciséis años —explicó Tanya sonriendo—. Acaba de salir hacia Suiza, al colegio, esta mañana. De hecho, esta mañana te he llamado por teléfono desde la estación de ferrocarril.

—Lamento que se haya ido —dijo él—. Me hubiera gustado verla. Si sigue los pasos de su madre, llegará a ser muy hermosa.

—Ya lo es —dijo Tanya—. Pero a su manera, no a la mía.

—Supongo que te preguntarás por qué estoy aquí —inquirió Johann.

—Solo me pregunto por qué te ha costado tanto venir —dijo ella—. Encontrarás la contabilidad en orden. Y el dinero en una cuenta separada.

—¿Para qué? No hay dinero que pertenezca al von Brenner *Gesellschaft*. —Y en ese momento se dio cuenta de todo. Se quedó mirándola con comprensión repentina—. Wolfgang... —Empezó, pero su voz le traicionó.

—Eso es —sonrió ella—. He metido la mitad de los beneficios en una cuenta especial para Wolfgang, tal como le prometí.

—¿No lo sabes? —Su voz era forzada y extrañamente atormentada.

—¿Qué? —La expresión de sus ojos introdujo un viento helado en su corazón. Entonces se dio cuenta. Se llevó el puño apretado a la boca para evitar un grito—. Wolfgang ha muerto. ¿Cuándo?

Él dejó la taza de café con manos temblorosas y dijo:

—Hace diez años. Creí que lo sabías.

—No lo sabía —intentaba controlar su voz—. ¿Cómo fue?

—Fue asesinado por los rusos cuando le iban a detener. Siempre dijo que no permitiría que le cogieran vivo para juzgarle como criminal de guerra. Nunca perteneció al partido nazi.

—Se suponía que estaba a salvo en la zona francesa. ¿Cómo le cogieron los rusos?

—La verdad es que nadie lo sabe —dijo Johann—. Al parecer, fue a una reunión

en zona soviética.

Tanya guardó silencio durante unos momentos.

—Maurice lo sabía —dijo ella—. Lo sabía todo.

—Lo ignoro —dijo él.

—Yo lo sé. —Sus miradas se encontraron—. Se dio cuenta de que si yo me enteraba de la muerte de Wolfgang, no querría seguir casada con él.

—¿Y ahora qué?

—Se acabó. Me divorciaré.

—¿Y las empresas? ¿No pertenecen al patrimonio Beauville?

—No —sacudió la cabeza—. Las he conservado a mi nombre. Tenía la impresión de que si las traspasaba, el primer defraudado sería Wolfgang.

—Fue una suerte —dijo él. Y repentinamente sonrió—. Ahora eres una mujer rica. Lo tienes todo. Todo te pertenece a ti. No debes nada a nadie. Y creo que eso es lo que Wolfgang hubiera querido.

—Sí. —Recordó los luises de oro que había en una caja, en Suiza. Incluso después de haber vivido juntos allí, él nunca le había pedido que se los diera. Ni que inscribiera su nombre en la tarjeta de la caja. Había querido que los conservara ella. Sintió que los ojos se le humedecían. Pobre Wolfgang.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Johann preocupado.

—Ya estoy bien —dijo ella levantando la cabeza. No le extrañaba que Maurice estuviera preocupado por la llamada de Johann. Era como si hubiera llegado el día del juicio—. Vamos, dime por qué querías verme.

Johann asintió.

—Hay una empresa interesada en comprar el negocio vinícola por una elevada suma. Quieren dedicar la empresa a la venta al por menor.

—¿Me conviene vendérsela? —preguntó.

—Desde luego, eso es cosa tuya. Pero yo no lo haría.

—¿Pues qué harías tú?

—Lo que pretenden hacer ellos. Y ganar diez veces más de lo que gana ahora la empresa.

—Pero nosotros nos hemos quedado deliberadamente apartados de la curiosidad pública. Pensamos que cuanto menos llamáramos la atención, mejor sería.

—Eso era hace diez años. Ahora a nadie le importa.

—Estoy embarazada —dijo mirándole a los ojos—. Dentro de seis meses, en marzo, tendré un hijo.

—Entonces no podrás divorciarte hasta entonces.

Había un eco de sorpresa en su voz.

—Me voy a divorciar ahora —dijo con voz firme—. No quiero que un hijo mío lleve su nombre. En cuanto me divorcie, me iré a Estados Unidos para tener al niño. El padre es norteamericano.

—¿Te vas a casar con él?

—No es eso —dijo ella—. Pero yo no soy capaz de llevar los negocios sola, sigo necesitando un hombre.

Él guardaba silencio.

—¿Y tú, Johann? —preguntó ella—. Tú hiciste lo mismo por Wolfgang. Y no era precisamente un trabajo, tú eras un compañero.

—No lo sé —dijo él dubitativamente—. Yo no sería el hombre adecuado para ti. Soy básicamente un contable. Y tú necesitas algo más.

—Podemos alquilar a cualquier persona que necesitemos —dijo ella—. Pero la confianza no se puede comprar. La confianza solo llega con el tiempo.



—¡No! —La voz de Maurice era estridente. Estaba casi histérico—. ¡No te concederé el divorcio! He trabajado tanto como tú en estas empresas. ¡No pretenderás pagarme y que me largue! Y solo porque sabes que puedes quedarte con todo.

—Me haces sentir enferma —dijo ella con voz fría y despectiva. Se levantó de su asiento—. Con divorcio o sin divorcio, estás fuera de las empresas.

Maurice la miró desde su escritorio. Su voz se había tranquilizado.

—No te resultará tan fácil. Según el derecho francés, las propiedades de la mujer pasan automáticamente al control de su marido. Organizaré un pleito que durará veinte años. Y para entonces las empresas se habrán reducido a la nada.

—¡Al diablo con ellas! No las necesito.

—Llevas un tren de vida al que ya te has acostumbrado —dijo él astutamente—. No podrás seguir permitiéndotelo. Y ahora no eres tan joven como antes. Hay mujeres más jóvenes, más frescas. Todavía puedes conseguir un hombre que te joda, pero no encontrarás un hombre que te mantenga. Y cuando llegue ese momento, Tanya, todo se habrá acabado.

—¿Qué intentas decirme? —dijo ella mirándole.

—Quiero decir que podemos considerar el asunto razonablemente, con calma. Como dos adultos sensatos, sin irnos de las manos y destruirnos a nosotros mismos en el proceso.

—¿Y qué entiendes tú por considerar el asunto de modo razonable?

Maurice respiró profundamente.

—Lo primero, nada de divorcio. Seguiremos casados. En cuanto a eso, no hay problema. Tanto a ti como a mí nos va bien. Solamente con dinero no podrías comprar tu *entrée* en el mundo en que vives si renunciaras al título. Tanya, *marquise* de la Beauville, es mucho más que Tanya Pojarska, aunque decidieras usar el título de tu anterior marido, que al presente ya emplean por lo menos otras tres personas. En París no dan un *sou* por una docena de títulos polacos. ¿Crees que habrían aceptado en el colegio suizo a Janette si no fuera por el apellido Beauville?

Ella guardó silencio. Maurice continuó:

—Tú estabas dispuesta a darme el veinticinco por ciento del total neto de todas

las empresas en metálico. Sería una cantidad entre cien y ciento veinticinco millones de francos. En vez de darme el dinero, renuncia a una empresa a favor mío; a cambio yo renunciaré a las otras dos en tu favor. De este modo nuestros derechos de propiedad quedarán claros y fuera de toda duda. Y para demostrarte que no soy codicioso, aceptaré la empresa más pequeña de todas. La de agua mineral. Su monto neto es mucho menor que lo que me darías en metálico.

—¿Cómo eres tan generoso? —Le preguntó escépticamente, dirigiéndole una mirada.

—No soy generoso. Me limito a ser práctico. Necesito trabajar en algo y tengo que guardar las apariencias. Y con las ganancias de esa empresa puedo vivir cómodamente. En cuanto lo hagamos, nos separaremos. Yo seguiré mi camino y tú el tuyo. Todo seguirá siendo como hasta ahora: un matrimonio de conveniencia.

—Déjame que lo piense —dijo ella.

—¿Acaso hay algo en qué pensar? —Ahora se sentía más seguro—. En estos momentos estás furiosa por Wolfgang y por muchas otras cosas. Por haberte quedado estúpidamente embarazada.

—¿Cómo lo sabes? —su voz sonó sorprendida.

—En París los secretos dejan de serlo a las veinticuatro horas —dijo—. Por eso estás furiosa y criticas al único que tienes a mano. A mí. Pero no te das cuenta de que al mismo tiempo perjudicas a tus hijos. A Janette y al niño que todavía no ha nacido.

Siguió callada. Maurice se levantó.

—Tanya —dijo con voz serena—. ¿No sería preferible para tu hijo ser un Beauville de nacimiento en vez de ser hijo ilegítimo?

Tanya seguía en silencio. Maurice le dedicó una leve sonrisa y se encogió de hombros a la francesa.

—¿Quién sabe? Si tienes un hijo se convertirá automáticamente en el próximo marqués de la Beauville.



Por primera vez desde que Janette iba al colegio, su madre no acudió a la estación de ferrocarril a recibirla cuando volvió a París. René, el chófer, la esperaba en el andén; se defendía del frío navideño levantándose el cuello del abrigo.

—¿Dónde está mamá? —preguntó al bajar del tren.

—No se siente bien, *mademoiselle* Janette —dijo recogiendo su maleta—. La está esperando en casa.

—¿Qué le sucede? —preguntó bajando del estribo.

—Nada importante —contestó evasivamente y lanzándole una mirada de curiosidad. Janette le siguió hasta el exterior de la estación. El Rolls-Royce negro estaba aparcado en un lugar prohibido en la seguridad de que ningún gendarme se atrevería a deshonrarlo con una multa. El conductor le abrió la puerta. Janette entró en el coche; René dejó la maleta en el asiento delantero junto a sí, y puso en marcha

el automóvil.

Era una hora punta y las calles estaban llenas de gente que volvía del trabajo; como de costumbre, el tráfico se detenía en cada esquina. El conductor la miró por el retrovisor y la vio inclinada hacia adelante, contemplando los escaparates.

—Todo el mundo está haciendo las compras de Navidad —dijo.

—Sí —replicó ella—. El *météo* ha dicho que nevará. En Suiza está nevando desde la última semana de octubre.

—¿Ha ido usted a esquiar? —le preguntó.

—Desde luego —dijo ella—. No tenía otra cosa que hacer.

El conductor dejó de charlar y estuvieron callados hasta que el coche se detuvo ante la casa. Antes de que René pudiera abrirle la portezuela, Janette saltó del coche, subió las escaleras y llamó al timbre. Henri le abrió la puerta; ella pasó rápidamente a su lado con un *bonjour* y fue escaleras arriba hacia la habitación de su madre. Ante la puerta cerrada, se detuvo y llamó.

—*Entrez* —contestó la voz de su madre.

Janette abrió la puerta y entró en la habitación.

—*Maman!* —exclamó. Súbitamente se detuvo con la boca abierta por la sorpresa. Tanya vio la expresión de su rostro e intentó comportarse con naturalidad.

—La verdad es que todavía no estoy tan gorda. Estoy solo de seis meses.

—Pero no me habías dicho nada —en la voz de Janette había un acento de estupefacción.

—No había nada que decir —afirmó Tanya—. Son cosas que pasan.

—Ya no soy una niña. Podías habérmelo dicho —dijo Janette enfurecida.

Tanya, sorprendida por la ira de Janette, no contestó. Janette buscó la mirada de su madre.

—Te violó. Por eso no me lo has dicho. Te daba vergüenza.

—No, Janette —replicó Tanya—. De ninguna manera.

—¿Quieres decir que le dejaste que te lo hiciera? —en la voz de Janette se introdujo una nota de repulsión.

Tanya guardó silencio. Por primera vez, no sabía qué decir a su hija. Por fin recuperó la voz.

—Quizá sea mejor que te vayas a tu cuarto y te des un baño tranquilo y relajante. Ya hablaremos luego.

—En una ocasión me dijiste que no querías tener más hijos —dijo Janette, y apretó los labios.

—Haz lo que te digo, Janette —la voz de Tanya era más segura—. Vete a tu habitación. Ya hablaremos más tarde, cuando te hayas tranquilizado.

Janette se dio la vuelta dirigiéndose al pasillo que comunicaba las dos habitaciones. Tanya le detuvo:

—Por ahí, no. He mandado decorar de nuevo la habitación de Maurice para ti.

—¿Y quién ocupa mi cuarto? —preguntó enfurecida Janette—. ¿Maurice?

—No —repuso Tanya—. Maurice ya no vive con nosotros. La habitación será para el niño.

Janette miró a su madre y las lágrimas afluyeron a sus ojos.

—¡Felices Navidades, mamá! —exclamó amargamente; se dio la vuelta y abandonó la habitación llorando.

Tanya se quedó mirando la puerta cerrada. Oyó los pasos de Janette, que corría hacia el vestíbulo. Por un momento pensó en seguirla, pero se dejó caer desmayadamente en una silla. Janette volvería a pensárselo. Más tarde, cuando se hubiera tranquilizado, hablarían y Tanya le explicaría lo que había sucedido.

Pero Tanya se equivocaba. Janette no esperaba explicaciones. En vez de volver a su cuarto, abandonó la casa, se fue en taxi hasta la estación de ferrocarril y volvió en el tren de la noche a su colegio de Lugano.

cuatro

—Habrà que esperar dos años —dijo Johann—. Para el año que viene es imposible. Ya tenemos comprometida toda la producción con nuestros clientes.

—Quizás eso nos convenga —dijo Tanya echando un vistazo al informe que tenía delante y asintiendo—. Tendremos más tiempo para preparar la marca y darle publicidad.

—Dispongo de varias posibilidades interesantes —comentó él—. En estos momentos están a la venta dos plantas embotelladoras. Creo que podemos comprarlas.

—Ocúpate de eso —dijo Tanya—, y mantenme al corriente.

—Otra cosa —añadió Johann—. Creo que tendremos que olvidarnos del mercado interior. Tendríamos que abrirnos camino por entre las bodegas ya establecidas, y ya sabes cómo son los franceses: esnobismo y tradición, y no les gustan los cambios. Creo que nos conviene apuntar a los Estados Unidos. Allí el mercado vinícola empieza a desarrollarse y podemos competir con buenos precios a escala media.

—Es una buena idea.

—Ya hay varios grandes distribuidores americanos interesados. Schiefflin, Bronfman e incluso Twenty One Brands. Y hablan de grandes sumas de dinero y de una campaña de promoción enorme. Creo que incluso podríamos lograr de ellos un adelanto suficientemente elevado como para financiar la adquisición de la planta embotelladora.

—No necesitamos su dinero —dijo ella.

—Es cierto —asintió Johann—. Pero siempre es mejor trabajar con capital ajeno que propio. Además así podríamos disponer más de nuestro propio dinero y comprar una *maison de couture* y actuar también en ese campo.

—No conozco ninguna que haga dinero, siempre tienen pérdidas. Incluso Chanel.

—Sí, pero ella se apoya en el perfume, eso ya lo sabemos. Después de todo, ni siquiera podemos servirle todas las esencias que necesita para la base.

—Antes o después, todos los *couturiers* se dedicarán a esto y yo quiero ser la primera.

—Eso me preocupa —repuso él—. Sufrir pérdidas en una casa de ese tipo puede ser desastroso. Y todas las personas con quienes he hablado del asunto piden el oro y el moro solo por poner su nombre.

—He estado pensando en una empresa que me parece puede ser la adecuada —dijo Tanya—. La Shiki.

—¿La japonesa? —preguntó abriendo mucho los ojos—. Sus pases de modelos fueron el mayor éxito de la temporada anterior. Y *Vogue* y *L'Officiel* solo hablan de ellos. Hasta los periódicos dicen que Shiki hace furor.

—Así es la prensa. —Tanya se echó a reír—. Las cosas de Shiki son escandalosas y eso les encanta. Pero nadie puede ponerse sus ropas. No son nada prácticas y casi no venden. Jacques Charelle dice que son extravagantes y que no ven más allá de sus narices.

—Si es así, ¿por qué te interesan?

—Por el nombre —dijo sonriendo—. Si se presta, ya encontraremos modo de sacarle partido. Habrá que darle un poco de distinción. Y no te preocupes por el dinero. Coco Chanel tampoco se preocupa. Saldrá del perfume. Si ganáramos el veinticinco por ciento de lo que deja el Chanel número cinco, haríamos dinero. Y después de eso, ¿quién sabe? Quizá saquemos toda una serie de cosméticos. —Tanya respiró profundamente y le miró—. Qué mala cosa es ser mujer. Habiendo tantas cosas que hacer, aquí estoy yo, embarazada.

—Serán solo dos meses más —asintió él comprensivamente.

—Parece una eternidad.

—De todos modos, pasarán rápidamente —dijo Johann.

Tanya se quedó callada, pensando. Por fin inspiró profundamente y dijo:

—Estoy preocupada.

—No hay de qué preocuparse —dijo él rápidamente—. Estás perfectamente.

—Nunca se sabe —dijo ella—. Ya no soy tan joven como cuando nació Janette. Puede haber problemas.

Johann guardó silencio.

—No he hecho testamento —dijo ella—. Si algo saliera mal, ¿qué pasará con Janette? O con mi nuevo hijo. Todavía estoy casada con Maurice. Se quedaría con todo.

—Según la legislación francesa —dijo Johann—, los hijos tienen sus propios derechos de herencia.

—Necesitarían un tutor o un administrador hasta llegar a la mayoría de edad —dijo ella—. Maurice adoptó a Janette y legalmente sería padre de mi otro hijo. Esto supondría, automáticamente, que controlaría no solo su parte, sino también la de mis hijos. Y no quiero que eso suceda.

Johann la escuchaba en silencio.

—Solamente puedo confiar en ti para protegerlos —añadió—. ¿Estarías dispuesto a ser mi albacea si muriera?

—Naturalmente —replicó Johann—. Pero ni tú ni yo sabemos lo que te va a suceder.

—Es mucho lo que está en juego —dijo ella—. Y no quiero correr riesgos. Ponte de acuerdo con el abogado para que venga mañana por la mañana. Quiero tener mis cosas en orden.

—Ya me ocuparé de eso —contestó. Le dedicó una mirada—. Solo hay una cosa que me sorprende. ¿Qué pasará con tu idea de coger a ese joven que trabaja en Christian Dior y lanzar una nueva empresa con él?

—¿Te refieres a Yves St. Laurent?

—En efecto.

—He abandonado la idea por dos motivos. Primero, porque Dior y Boussac no quieren dejarle ir. Segundo, porque todavía no se ha hecho un nombre propio y costaría una fortuna hacerle tan conocido como necesitamos que sea. Ya he hablado con Jacques sobre el asunto. A pesar del talento del muchacho, hasta que Dior le deje salir de bajo sus alas, no sucederá nada. El nombre de Shiki, sea bueno o malo, está en boca de todos.

—De acuerdo —dijo él dubitativo—. Espero que sepas lo que haces.

—Yo también lo espero —dijo Tanya, y le sonrió—. He dedicado años a tratar a Charelle y a aprender de él. Podrá ser codicioso, pero, temporada tras temporada, ha acertado quién triunfaría.

—¿Y qué más haría, aparte de eso?

—Director de relaciones públicas. Por el quíntuple del dinero que ganaba abandonará esos míseros gremios nuevos a que se dedica.

—Has pensado en todo —dijo Johann, y rio.

—Ha sido fácil —replicó ella. Un gesto de turbación afloró a su rostro—. Me gustaría que fuera tan fácil entender a Janette.

—¿Todavía no has hablado con ella?

—Se niega a contestar a mis llamadas telefónicas —dijo ella moviendo la cabeza.

—Ya lo hará cuando nazca el niño. Ya verás como sí.

—No lo sé —dijo ella dubitativa—. Janette es una criatura extraña. Hay algo especial en su modo de cuidar de sí misma. Tengo la impresión de que no la conozco bien.



El pequeño japonés estaba colocado y borracho al mismo tiempo. Tenía un vaso de vino en una mano y un cigarrillo de hachís en la otra.

—Schaparelli, Balmain y Maggy Rouff lo fueron todo. Y ahora siguen cortando trajes de baile para viudas caducas que ya son demasiado viejas incluso para ponerse un sudario. Hasta Dior lo sabe, y admite que Yves hizo más de la mitad de su última colección. Hoy día las mujeres quieren ropa más animada. Va a aparecer todo un nuevo mundo y quieren ser los primeros.

El anfitrión, Juan Delgado, estaba incomodísimo. Su largo vestido de Schaparelli se arrastraba tras de sí.

—Y supongo que vosotros seréis los únicos que lo consigan —observó sarcástico.

—Pues sí, maldita sea —replicó Shiki.

—¡Y una mierda! —soltó Juan—. Ni siquiera tienes dinero para pagar un billete de metro.

—Sabes demasiadas cosas —repuso Shiki con aire de superioridad—. Precisamente esta mañana he firmado unos documentos que me independizarán para

el resto de mi vida.

—Sí, ahora te diré yo qué documentos —exclamó Juan.

—Lo demostraré —dijo Shiki paseando una mirada por la estancia. Vio a Maurice y a Jerry Johnson junto al bar—. Ven conmigo.

Juan cruzó la habitación tras él. Shiki se detuvo ante Maurice.

—Juanita no cree que hemos hecho un trato. Cuéntaselo.

—¿Qué trato? —Maurice estaba sorprendido.

—Ya te he dicho que eres una maldita mierda —se carcajeó Delgado—. Ni siquiera sabes de qué estas hablando. Me parece que estás tan colocado que no te enteras de nada.

—Nunca he estado colocado hasta ese punto —dijo Shiki encaramándose a su dignidad en la medida en que se lo permitía su metro y medio de estatura. Se dirigió a Maurice—: Esta mañana he firmado los documentos ante tu representante. Schwebel. Se trata de una de tus empresas. Tanya Parfums o algo así.

—Es una de las empresas de mi mujer —dijo Maurice—. No tengo nada que ver con ella. Es asunto suyo. —Observó a Shiki con curiosidad—. ¿Y dices que has estado firmando documentos con Schwebel? ¿Y dónde estaba Tanya?

—Creí que lo sabías —dijo Shiki con sorpresa—. Ayer noche fue a la clínica para que naciera tu hijo.

—¿Ayer noche? —dijo Maurice con incredulidad—. Todavía le faltaban dos semanas.

Delgado se echó a reír. Dio una vuelta a la habitación anunciando en voz alta:

—Nuestro buen amigo el marqués va a tener un hijo y su mujer ni se ha molestado en informarle. —Hizo una breve pausa—. Pero ¿por qué había de hacerlo? Tampoco se molestó nunca en decirle que estaba haciendo un niño cuando follaba con el americano.

—¡Eres un hijo de puta! —dijo Maurice encolerizado—. ¿Por qué no me chupas la polla?

Juan cayó de rodillas en el suelo ante él. Unió las manos en una oración burlesca.

—Gracias, Dios mío —dijo volviendo los ojos al cielo—. Has hecho que mis sueños se convirtieran en realidad.

Maurice le dio un empujón y Juan rodó por el suelo riéndose a carcajadas. Maurice, seguido por Jerry, abandonó la fiesta enfurecido.

Eran ya las dos de la mañana cuando descendió del coche ante la pequeña clínica particular. Cruzaron la acera desierta para llamar al timbre. Maurice, impaciente, empujó la puerta. Estaba cerrada. Apretó el timbre y no retiró el dedo.

Poco después un *concierge* soñoliento abrió la puerta.

—*Monsieur, monsieur* —protestó—. Paciencia. Aquí no hay personas enfermas. —Miró tras ellos—. ¿Dónde está ella?

—¿Ella? —preguntó Maurice—. ¿Quién?

—La paciente —respondió el *concierge*—. Esta es una clínica de maternidad.

Solo llaman así al timbre por la noche los padres que esperan un hijo.

—Mi mujer ya está aquí —dijo Maurice abruptamente—. Quiero verla.

—Imposible, *monsieur*. —El *concierge* empezó a cerrar la puerta—. A las diez en punto termina el horario de visitas. Vuelva por la mañana.

Maurice metió un pie por la puerta impidiendo que se cerrara.

—Quiero verla ahora. Insisto. Soy *le marquis* de la Beauville.

—Como si fuera usted Charles de Gaulle —dijo el *concierge*—. Vuelva usted mañana por la mañana.

En la mano de Maurice apareció un billete de banco.

—Si tuviera la amabilidad de hablar con la jefa de enfermeras —dijo con voz más reposada—, sabría agradecérselo.

El billete desapareció en el bolsillo del *concierge* tan rápidamente como había aparecido.

—Si *monsieur* tiene la amabilidad de esperar, volveré en seguida.

La puerta se cerró; Maurice y Jerry esperaron.

—Quizá debiéramos volver por la mañana —dijo Jerry.

—No. La veremos esta noche —dijo Maurice con voz tensa.

La puerta volvió a abrirse. Esta vez apareció junto al *concierge* una enfermera de cabellos grises vestida con un uniforme muy almidonado.

—Lo siento, *monsieur* —empezó a explicar—. Pero las normas...

—Ya conozco las normas, hermana —le interrumpió Maurice—. Pero, por favor, tenga compasión de un pobre hombre que acaba de regresar a París y solo anhela ver un momento a su mujer y a su hijo.

El segundo billete de Maurice desapareció en el bolsillo del uniforme almidonado.

—Muy bien, *monsieur* —dijo la enfermera haciéndoles pasar al vestíbulo—. Pero no hay que hacer ruido.

La siguieron por un largo pasillo que olía a hospital y se detuvieron ante una puerta. La enfermera se volvió hacia ellos.

—*Madame la marquise* ha tenido un parto muy difícil. Le hemos puesto un sedante muy fuerte y está durmiendo. Puede mirarla desde la puerta; pero no entre, por favor.

Maurice asintió. La enfermera abrió la puerta. En la habitación había una luz muy tenue. La miró. Tanya yacía en la cama con los ojos cerrados. Aunque había poca luz, Maurice pudo ver su cara pálida y ojerosa. Retrocediendo, se volvió hacia la enfermera.

—¿Y el niño? —susurró.

—Sígame, *monsieur* —dijo la enfermera cerrando la puerta cuidadosamente.

Caminaron hasta el fondo del pasillo girando luego a la derecha. Se detuvieron ante una amplia ventana. Mirando a través del cristal pudieron ver siete u ocho cunas con ruedecillas, cada uno con un niño.

—¿Cuál es el mío? —preguntó Maurice mirando a la enfermera.

—Espere un momento, *monsieur* —dijo la enfermera—. Entraré en la habitación y la sacaré para que pueda verla.

—¿Verla? —preguntó Maurice con voz incrédula—. ¿Quiere decir que es una niña?

—Sí, *monsieur* —sonrió la enfermera—. La niña más bonita que na visto en su vida. Tiene el pelo rizado y rubio como el sol; sus ojos son tan azules que brillan como aguamarinas, y serán azules durante toda su vida. Espere un momento, la verá usted mismo.

Les dejó para entrar en el cuarto de los niños. Pero cuando se acercó a la ventana con la niña en brazos, ya se habían ido.

Maurice condujo salvajemente por las calles desiertas.

—¡La muy puta! —Maldijo enfurecido—. ¡La muy puta! ¡Ni siquiera eso ha hecho bien!

—Tómatelo por las buenas —dijo Jerry—. Si no, os mataréis el uno al otro.

—Lo menos que podía haber hecho es tener un hijo. —Maurice seguía enfurecido—. Alguien que pudiera conservar el apellido. ¡Pues no, otro maldito coño! Y además rubia y con los ojos azules. Todo París se va a partir de risa. En los setecientos años de historia de mi familia nunca ha habido un rubio con ojos azules.

—¿Y qué más da? —preguntó Jerry—. De cualquier forma, todo el mundo sabe que no es hijo tuyo.

—Lo cual es peor todavía —dijo Maurice—. Todo el mundo sabe que el único motivo por el que seguía con ella era para tener un hijo.

Cruzó el corto puente sobre el Sena que llevaba a la isla de San Luis y circuló por las estrechas callejuelas hasta que se detuvo ante su apartamento. Salió del coche y cerró la puerta violentamente, lleno de furia.

—¡La muy puta! —volvió a maldecir—. Esto me lo pagará, ya verás.



El doctor Pierre entró en la habitación. Se detuvo junto a la cama y la miró.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó con una sonrisa.

—Cansada —dijo ella.

—Es normal —dijo encogiéndose de hombros. A continuación comprobó rápidamente el corazón, las pulsaciones y la tensión—. Está usted bien.

—¿Y mi hijo? —preguntó Tanya.

—Perfectamente —repuso el médico—. No se puede pedir más. ¿Le ha dado de mamar esta mañana?

—Sí.

—Muy bien. Le daremos un biberón a la hora de la comida. Durante unos cuantos días alternaremos el biberón con el pecho, y cuando se haya acostumbrado, le retiraremos el pecho del todo.

—¿Durante cuánto tiempo se lo daré? —preguntó ella.

—Tres o cuatro días.

—No quiero que los pechos se me hagan demasiado grandes —dijo Tanya.

—No se preocupe por eso —sonrió él—. Le daré una serie de inyecciones que cortarán la producción de leche y sus pechos volverán a la normalidad de inmediato.

—¿Cuánto tiempo tendré que estar aquí?

—Más o menos una semana. Luego podrá volver a casa.

—Tengo muchas cosas que hacer —dijo ella.

—Eso puede esperar. Su salud es más importante. Pero esta tarde ya podrá empezar a andar un poco. Tenga cuidado de no cansarse. —Cerró su maletín de médico—. Volveré esta noche antes de la hora de dormir.

—Gracias, doctor Pierre.

En cuanto salió el médico, entró en la habitación la jefa de enfermeras de noche.

—*Bonjour, madame la marquise* —dijo sonriendo.

—*Bonjour, soeur*.

—Solo venía a ver cómo está usted.

—Estoy bien, gracias.

—Por cierto —dijo la enfermera—. ¿Le ha dicho alguien que su marido estuvo aquí?

—No. —Tanya estaba sorprendida—. No me lo ha dicho nadie. ¿Cuándo?

—Hace dos noches —dijo la enfermera—. Debían ser las dos de la mañana. No le he dicho nada porque ayer era mi día libre.

—¿Vio a la niña?

—No. Es curioso, pero resulta que cuando se la fui a enseñar, ya se había ido.

Tanya guardó silencio.

—No se preocupe por eso —dijo la enfermera en un tono que creyó consolador—. Muchas veces pasa esto con los maridos. A los franceses siempre les molesta tener una hija en vez de un hijo. Pero ya verá usted como vuelve.

Tanya asintió obligándose a sonreír. La enfermera consultó su reloj.

—Bueno, ahora tengo que irme a dormir un poco. Ya la verá esta noche.

—Gracias, *soeur*.

La puerta se volvió a cerrar. Tanya contempló su habitación. Las flores que había en la cómoda las había mandado Johann. Había otro florero lleno de rosas, regalo de Jacques. Así que Maurice había estado allí. Era extraño que no le hubiera dicho nada; aunque no esperaba que le mandase flores. Alguien llamó otra vez a la puerta.

—*Entrez*.

Johann entró en la habitación seguido de Jacques. Ambos le traían más flores. Sonrieron al acercarse a la cama.

—Tienes un aspecto maravilloso —dijo Jacques.

—Calla, calla —dijo ella—. Tengo un aspecto lamentable y además lo sé perfectamente.

—No, de verdad que no —dijo Johann—. Estás encantadora.

—¡Ay, me miráis con buenos ojos los dos! —dijo Tanya riendo. Les contempló—. ¿Qué os trae por aquí a los dos tan temprano?

—Tenemos dos problemas —dijo Johann—. Antes de hacer nada necesitamos tu decisión.

—*Bien* —dijo ella—. ¿Cuál es el primero?

—Tenemos que anunciar públicamente nuestro acuerdo con Shiki. Él quiere hacerlo inmediatamente. Por diversos motivos yo quiero esperar por lo menos un mes. Para empezar, tú has de estar en forma cuando aparezcas con él en la rueda de prensa. Creo que es muy importante establecer de inmediato tu presencia en la empresa. Además, dentro de un mes estaremos mucho más cerca de los pases de otoño y esto supondrá un enorme volumen de interés público y de propaganda por saber con qué vamos a salir exactamente.

—Estoy de acuerdo con tu plan —dijo Tanya con voz clara—. Dile a Shiki que lo haremos público más tarde. ¿Cuál es el segundo problema?

Se miraron mutuamente y a continuación dijo Johann:

—Otra vez se trata de Maurice. Jacques me ha dicho que va diciendo por todo París que pedirá el divorcio por adulterio.

Tanya miró a Jacques. Este asintió:

—Eso es lo que he oído. Y no solo una vez, sino muchas.

Tanya se quedó pensativa unos momentos.

—No sé qué tiene que ver eso —dijo ella—. Al fin y al cabo, al principio era yo quien quería el divorcio. Si lo solicita, se lo concederé.

—Las cosas pueden complicarse —dijo Johann—. Maurice también va diciendo que le has privado de modo fraudulento de los beneficios de las empresas haciéndole aceptar la empresa de agua mineral.

—¿Has hablado con los abogados? —preguntó Tanya.

—No puede demostrarlo, pero nos puede causar problemas —dijo Johann después de asentir a la pregunta de Tanya—. Al menos desde el punto de vista de las relaciones públicas.

—¿Crees que podrás controlar la situación? —preguntó ella dirigiéndose a Jacques.

—No podré evitar que salga en los periódicos —dijo Jacques—. Pero creo que podré conseguirte muy buenas defensas. Al fin y al cabo, él no está muy limpio. Si le hacemos saber que estamos planeando sacar los trapos sucios, quizá cambie de opinión.

—De acuerdo —asintió ella—. Asegúrate de que Maurice se entere de que vamos a hacerlo. Mientras tanto, dile a mi abogado que solicite el divorcio acusándole de pederastia y que lo tenga todo preparado para esgrimirlo en cuanto él actúe judicialmente contra mí.

—No necesitas eso —dijo Johann mirándola—. Bastantes cosas tienes que hacer.

—No podemos hacer otra cosa —afirmó Tanya—. Son las cosas de la vida.

—Sí, supongo que sí —replicó—. ¿Ya has hablado con Janette?

—Sigue sin atender a mis llamadas —dijo ella moviendo la cabeza—. Le he pedido a su amiga Marie Thérèse que le diga que tiene una hermana.

—¿Ya has decidido el nombre de la niña?

—Sí —afirmó ella—. Le pondré... Lauren.

—¿Lauren? Es un nombre extraño.

—Así se llamaba mi abuela, la madre de mi padre. Era americana, y siempre me gustó ese nombre. Cuando era pequeña yo solía decir que me llamaba Lauren.



—La directora quiere verte —dijo Marie Thérèse entrando en su habitación.

—¿Para qué? —dijo Janette levantando la vista del libro.

—No me lo ha dicho. Solo me ha dicho que vayas inmediatamente.

Janette cerró el libro y lo dejó a un lado. Dijo:

—Voy a ver qué quiere esa vieja mandona y en seguida vuelvo.

Janette llamó a la puerta del despacho y entró. La directora estaba sentada en su escritorio. Frente a ella estaba sentado un hombre dando la espalda a la puerta. Cuando la puerta se abrió, este se levantó y se volvió hacia Janette.

—*Bonjour*, Janette —dijo Maurice.

Janette le miró unos momentos y a continuación inclinó levemente la cabeza, como exigía el protocolo colegial.

—*Bonjour, papá*.

La directora sonrió. Se sentía agitada, como siempre que estaba en presencia de los padres.

—Tu padre ha venido para llevarte a París; allí verás a tu madre y a tu nueva hermanita. ¿No estás contenta?

Janette miró primero a uno y luego a la otra.

—No quiero ir. Tengo que estudiar mucho.

—Pero tu madre quiere verte —dijo Maurice—. Todavía está en la clínica.

—No quiero verla —dijo Janette desafiante.

—Esa no es manera de hablar a tu padre —dijo con tono cortante la directora.

—No quiero ir —repitió Janette empeñada.

Maurice se levantó velozmente. Su mano voló rápidamente y le dio una bofetada en la mejilla. Por un momento Janette le miró a los ojos; a continuación bajó la vista hacia el suelo. Notó que el rubor afloraba a su mejilla y sintió como una cálida irradiación. Permaneció totalmente inmóvil.

—Ahora sube, recoge cuatro cosas y vuelve aquí dentro de diez minutos —dijo Maurice con tono autoritario.

Janette no levantó la cabeza y siguió con la mirada baja.

—Sí —musitó; se dio la vuelta y salió del despacho.

Maurice se dirigió a la directora y sonrió disculpándose:

—Lamento la escena, *madame*, pero hoy día los niños necesitan mano dura. No son como éramos nosotros a su edad.

—Comprendo, *monsieur le marquis* —masculló la directora—. No creería usted las cosas que tenemos que aguantarles.



El revisor recogió los billetes y se los devolvió a Maurice.

—Muy bien, *monsieur le marquis* —dijo—. El vagón restaurante abrirá a las seis en punto. Si puedo hacer algo para que su viaje sea más cómodo, haga el favor de avisarme.

—*Merci, monsieur* —dijo Maurice dándole un billete.

El revisor lo guardó velozmente y salió del compartimento cerrando con cuidado la puerta tras de sí. Se sentaron frente a frente junto a la ventana. Maurice sacó un periódico y la miró.

—Ya puedes ponerte cómoda —dijo—. No llegaremos a París hasta medianoche.

Janette miró por la ventanilla. El tren empezaba su recorrido a través de las montañas. Aunque eran las tres de la tarde, apenas había luz. Era un día apagado, con nubes y chaparrones ocasionales. Janette sacó un libro, lo abrió y empezó a leer. Pero su mirada resbalaba por las páginas y no encontraba sentido a las palabras. Al cabo de un rato dejó de esforzarse y simuló leer.

Estuvieron durante casi una hora en silencio. Finalmente Maurice dejó el periódico y se levantó. Se acercó al pequeño cuarto de baño y abrió la puerta. Sin molestarse en cerrarla, levantó la tapa del retrete para orinar.

Janette le miró por encima del libro. La parte interior de la puerta del baño era un espejo y la puerta hacía ángulo de modo que pudo ver brotar la orina de una especie de manguera gigantesca. En aquel momento Maurice volvió la cabeza y la miró a los ojos a través del espejo. Ella retiró la vista inmediatamente y sintió que se le ruborizaban las mejillas. Cuando él volvió y se sentó frente a ella, Janette clavó la mirada firmemente en las páginas del libro.

Maurice sacó un cigarrillo de su pitillera de oro sin decir palabra, lo encendió y se dedicó a observarla. Janette vestía todavía la blusa blanca y la falda azul del uniforme del colegio. Llevaba medias hasta las rodillas y unos zapatos negros completaban su atuendo. Pero allí, bajo la luz tenue del compartimento, resultaba incongruente. Janette tenía ya un cuerpo de mujer y parecía intentar esconderlo bajo ropas infantiles.

—Janette —la voz de Maurice sonó cortante—. ¿Llevas la ropa interior que te regalé?

—No —replicó ella sin mirarle.

—¿Por qué no? —preguntó él—. ¿No te dije que la llevaras siempre que estuviera contigo?

—Pero está en contra de las normas del colegio.

—Ahora no estás en el colegio —dijo él—. Tendrías que habértela puesto.

—No me has dado tiempo —replicó ella mirándole—. He tenido que prepararme en diez minutos.

—¿La llevas contigo?

—Sí, en la maleta —asintió ella.

—Póntela.

—¿Ahora? —preguntó Janette.

—Ahora —replicó Maurice.

Ella se levantó, bajó la maleta del portaequipajes y la abrió. Sacó la ropa interior negra y se dirigió al cuarto de baño.

—No. —La detuvo—. Quiero que te la pongas aquí, delante de mí.

Janette le observó en silencio y desvió la mirada hacia las ventanillas del compartimento.

—Puedes correr las cortinas —dijo él leyéndole la mirada—. Y cierra la puerta.

Janette no se movió.

Maurice levantó una mano amenazadora. Ella corrió inmediatamente las cortinillas que daban al pasillo y cerró la puerta. Se volvió hacia él.

—Ahora —dijo él.

Janette fue soltando lentamente los botones de la blusa y se la sacó por encima de los hombros; a continuación desabrochó los botones laterales de la falda y la dejó caer al suelo. La blancura del sujetador y de las bragas de algodón blanco brilló amarillenta bajo la descolorida luz del cielo. Levantó las ropas del suelo, las dobló cuidadosamente y las dejó en la maleta abierta. Dándole la espalda, empezó a soltarse el sujetador.

—¡Date la vuelta y mírame! —ordenó Maurice.

Sus miradas se encontraron; ella bajó la vista y mirando al suelo se soltó el sujetador y se quitó las bragas. Sin decir palabra se puso el sujetador de encaje negro y las bragas de seda. Volviéndose, cogió la blusa.

—Todavía no has acabado —dijo—. ¿Dónde están los ligueros y las medias de seda?

Sin responder, Janette los sacó de la maleta. Se ciñó el ligero a las caderas y se sentó para ponerse las medias. Un momento después se levantó de nuevo para abrochar los cierres superiores de las medias. Volvió a coger la blusa.

—No —dijo él—. Vuelve a tu sitio.

—¿Así? —preguntó ella.

—Así —replicó brevemente Maurice—. Ya te diré cuándo tienes que vestirte.

—Pero hace frío —dijo ella.

—Ya te acostumbrarás —le contestó.

Janette se sentó silenciosamente frente a él. Maurice se llevó el cigarrillo a la boca y, mirándola, dejó que el humo saliera lentamente de su nariz.

—Las tetas ya te han crecido demasiado para llevar ese sujetador —dijo con tono casi coloquial—. Tienes un cuerpo de puta, igual que tu madre.

Ella no contestó.

—¡Abre las piernas! —ordenó.

Automáticamente, Janette separó las rodillas. Sintió el leve tirón de la seda y se tapó con una mano. Maurice le golpeó la mano.

—No te he dicho que hagas eso —y súbitamente se echó a reír—. También tienes un coño grande y peludo de puta. Igual que tu madre.

Sintió que las lágrimas acudían a sus ojos. Cerró firmemente la boca cuando empezaron a correr por sus mejillas.

—¿Lágrimas? —preguntó Maurice sarcásticamente.

Ella no replicó.

Se inclinó hacia adelante e inesperadamente le introdujo una mano entre las piernas. Casi dio un brinco del susto y a continuación la cálida ola de un orgasmo inmediato la dejó floja y temblorosa mientras su humedad inundaba los dedos exploradores.

Maurice se echó atrás y se apoyó en el respaldo riéndose.

—Janette, eres como tu madre. Húmeda de ojos y húmeda de coño.

Desde el pasillo llegó el sonido de la primera llamada para cenar. Maurice se levantó dirigiéndose al minúsculo cuarto de baño, donde empezó a lavarse las manos meticulosamente.

Mirando por encima del hombro, la vio reflejada en el espejo.

—Ya puedes vestirme, Janette —le dijo con naturalidad—. Tengo hambre y creo que en estos malditos trenes lo mejor es comer cuanto antes. Si esperas demasiado luego te encuentras con que se han acabado los mejores platos.



El tren llegó a París con hora y media de retraso debido a la lluvia torrencial. Jerry les esperaba en el andén. Cuando el pequeño coche se detuvo ante el apartamento de la isla de San Luis, ya eran las dos de la mañana.

—Si tenéis hambre, tengo algo de fiambre —dijo Jerry en el ascensor, mientras subían hasta el quinto piso.

—No tengo hambre —dijo Janette, y miró a Maurice—. ¿Por qué no me llevas a casa?

Maurice le cruzó la cara con la mano.

—A ti nadie te ha dicho nada —dijo—. Hablarás cuando yo te lo diga.

Ella le miró silenciosamente hasta que el ascensor se detuvo; le siguió por el rellano. Jerry manipuló con sus llaves y abrió la puerta. A Janette le sorprendió el lujo del apartamento. El edificio por fuera no parecía nada, pero por dentro tenía de todo. Los mejores muebles, alfombras e incluso aparatos americanos de aire acondicionado empotrados en la pared.

Maurice cruzó el salón y el comedor, y entrando en su alcoba, pasó a una pequeña habitación situada en un pasillo que comunicaba su cuarto con el de Jerry. La habitación pequeña carecía de puerta y los únicos muebles eran una cama pequeña y una silla; en una esquina de la habitación había un lavabo. Evidentemente, era una habitación para el servicio.

—Deja tus cosas aquí —dijo Maurice.

—¿Cuándo iré a ver a mi madre? —preguntó ella.

—Ya te diré cuándo. —Se volvió hacia Jerry—. Tengo hambre.

—Sacaré comida de la nevera —dijo Jerry.

—No —exclamó Maurice—. Enséñale a ella dónde está. Ella lo hará.

—Estoy cansada —dijo Janette—. Quiero dormir.

Maurice la abofeteó. Janette cayó tendida sobre la cama.

—Esto te espabilará —dijo Maurice—. Ahora quítate ese uniforme colegial estúpido, ven y siéntate a la mesa.

—Pero no tengo ninguna otra cosa para ponerme —se lamentó ella.

—Te pondrás lo que te pusiste en el tren —dijo él—. No necesitas nada más. —Se volvió hacia Jerry—. Espérala aquí. Luego enséñale lo que tiene que hacer. Voy a ducharme y a quitarme esta ropa. Apesta a tren.

Cuando Maurice salió de la habitación, ella se levantó de la cama. Jerry se quedó en pie mirándola.

—Dese la vuelta —dijo ella.

—¿Para qué? —rio Jerry—. De todos modos, te voy a ver.

Janette se sentó y se quedó inmóvil.

—A Maurice no le gustaría esto si le digo que vuelva —dijo.

Janette se desnudó rápidamente dándole la espalda. Cuando se volvió hacia él, Jerry soltó un ligero silbido.

—Maurice tenía razón. Eres como tu madre.

—¿Usted también ha visto a mi madre? —preguntó mirándole.

—Sí —replicó él. Se quedó unos momentos en silencio y luego dio la vuelta—. Vamos.

Ella le siguió hasta la cocina. Acababan de sentarse a la mesa cuando Maurice entró en la habitación con una bata negra de seda y babuchas de terciopelo.

—¿Dónde están las velas? —preguntó mirando la mesa.

—Las he olvidado —dijo Jerry rápidamente—. Las pondré. —Fue hasta el aparador. Poco después las velas ardían en la mesa. Apagó la luz eléctrica.

—Tomaremos un vaso de vino mientras te cambias —dijo Maurice a Jerry levantando una botella de vino. Llenó dos vasos y ofreció uno a Janette mientras Jerry abandonaba la habitación—. Toma.

—No quiero vino —dijo ella sacudiendo la cabeza.

—No te lo he preguntado —dijo Maurice—. Bébelo.

Janette tomó el vaso, se lo llevó a los labios, bebió un sorbo y volvió a dejarlo.

—Todo —ordenó Maurice.

Janette volvió a coger el vaso y lo vació; sintió que el calor del vino rojo y oscuro la invadía. Dejó el vaso. Maurice lo volvió a llenar.

—Así está mejor —dijo él—. Haz lo que yo te diga y no tendremos problemas. — Y empezó a servirse en su propio plato jamón, lengua, paté y queso. Rompiendo un panecillo, empezó a comer ávidamente—. Está bueno —dijo—. ¿No quieres un poco?

—No tengo hambre —dijo ella—. Estoy cansada.

—La comida te hará sentirte mejor —le dijo él en el momento en que volvía Jerry.

Janette le miró. Jerry llevaba un vestido largo de tiras de gasa bajo el cual iba desnudo mostrando sus partes a cada movimiento. Se había dado maquillaje en la cara, carmín en los labios, rímel en los ojos y colorete vivo en las mejillas. Maurice vio la expresión del rostro de Janette y se echó a reír.

—¿Qué pasa? ¿No te parece que es una chica guapa?

Janette no contestó. Jerry rio con voz de falsete y se sentó en la silla a horcajadas. Las tiras de gasa del vestido se retiraron hacia sus caderas mostrando la blanca longitud de su pene.

Maurice sonrió sin dejar de comer.

—¿No te parece que tiene una bonita picha? —preguntó—. Desde luego, no es tan larga como la mía, pero es bastante graciosa.

Janette tomó aliento.

—Maurice —dijo.

—Papá —dijo este reprendiéndola amablemente con un dedo levantado.

—Papá —dijo ella, y sus miradas se encontraron.

—Así está mejor, Janette. Ahora, ¿qué es lo que querías decirme?

—¿Por qué? —preguntó ella—. No comprendo. ¿Por qué?

—No hay nada que comprender, Janette —replicó Maurice—. Tu madre es una puta. Y cuando tú salgas de aquí, serás una puta más grande que ella.

—¡No puedes encerrarme aquí! —gritó ella echando a correr por la habitación.

Dando un salto la cogió por el brazo antes de que llegara a la puerta. La hizo volver al centro de la habitación.

—Me parece, Janette, que te estás portando como una criatura. ¿Y sabes qué se hace con los niños cuando son malos? ¡Se les da una zurra!

Y sentándose en una silla la cruzó boca abajo en su regazo. Su mano subió y bajó con ritmo regular. Al principio ella sintió dolor, y luego notó un calor que le ascendía por las nalgas hasta los lomos. Sus gritos empezaron a convertirse en un gemido suave.

—¿Quieres que te zurre? —rio Maurice.

Janette sacudió la cabeza lentamente.

Maurice volvió a reírse y súbitamente introdujo una mano entre las piernas de

Janette y empezó a acariciarle la vulva sin dejar de golpearle rítmicamente las nalgas. Ella empezó a boquear, incapaz de controlar sus reacciones espasmódicas.

—Mira lo que has hecho, eres una chica muy traviesa —dijo Maurice—. Has dejado a Jimmy totalmente excitado y celoso. Mira qué dura se le ha puesto.

Entonces Janette se dio cuenta de que Jimmy estaba en pie ante ella masturbándose violentamente. Janette apartó la cabeza de él.

—¡Métesela en la boca, Jimmy! —exclamó Maurice—. ¡Ahógala!

Jimmy le estiró del pelo echándole la cabeza atrás y obligándola a abrir la boca. Introdujo el pene en su boca en el momento en que empezaba a correrse.

Janette empezó a sofocarse y gimió intentando gritar; pero repentinamente se sintió en la cresta de un orgasmo tan violento, tan fuerte, que nunca hubiera imaginado que se pudiera llegar a tales espasmos de agonía, placer y dolor.

Maurice se levantó de pronto haciéndola caer de su regazo al suelo. Allí se quedó, gimiendo y llorando, incapaz de moverse. Maurice le sonrió.

—Querida niña, esta ha sido la primera lección —dijo—. Y habrá muchas más. Con el tiempo aprenderás a disfrutar de ellas, ya lo verás. Llévala a su cama —dijo volviéndose hacia Jimmy.

Jimmy la levantó, la llevó a la habitación y la dejó allí. Maurice fue tras él y la cogió del brazo. Janette oyó un chasquido. Se miró el brazo: un par de esposas la unían a la barra de la cama. Levantó la vista hacia Maurice.

—Esto es por si esta noche se te ocurren ideas raras —dijo—. Por ejemplo, intentar escaparte.

Y volviéndose, dejó la habitación seguido por Jerry. Apagaron la luz y la dejaron lloriqueando en la oscuridad.



Janette no sabía cuándo era de día o de noche. Cuando iban a sacarla de la cama, las cortinas siempre estaban cerradas; hasta las ventanas del cuarto de baño estaban cubiertas. La comida parecía ser siempre la misma: ni desayuno, ni comida ni cena. Una mesa de fiambres variados, pan y vino. En su cabeza empezaban a suceder cosas extrañas. Llegó un momento en que lo único que la hacía sufrir era estar sola y esposada a la cama en la oscuridad. Empezó a esperar los momentos en que iban a buscarla. Llegó a esperar el dolor, pues iba siempre acompañado de la exquisita agonía con que se corría.

Las palabras de Maurice daban vueltas y más vueltas en su cabeza: «Recuerda, Janette, sin dolor no hay placer. Ambos van unidos, se potencian mutuamente, colaboran para alcanzar el éxtasis total».

Siempre empezaba golpeándole las nalgas.

—¿Por qué no usas el látigo? —oyó una vez que preguntaba Jerry.

—No hay que dejar señales —contestó Maurice.

La primera vez que la llevaron a la cama de Maurice, le ataron las manos con un

largo cordón de seda a la cabecera de madera de la cama.

—Tíratela tú primero —dijo Maurice—. Prepáramela.

Y le separó las piernas mientras Jerry se arrodillaba ante ella. Se masturbó rápidamente intentando obtener una erección, y a continuación se introdujo repentinamente en ella. Janette gritó al sentir un dolor rápido y cortante, pero Jerry se quedó flácido de inmediato y salió de ella. Entonces se volvió hacia Maurice:

—¡Ya te he dicho que no puedo hacerlo con una mujer!

Con gesto airado, Maurice le apartó. Abriéndose la bata subió a la cama y se situó entre las piernas de Janette. Tenía el pene erecto.

Janette le miró, incapaz de retirar la mirada de su falo.

—¡Tengo miedo! —exclamó.

Maurice introdujo una mano entre sus piernas, la sacó y se la miró. Sus dedos estaban impregnados de humedad y tenían un leve rastro de sangre clara.

—Tu maldito coño mojado de puta desmiente tus palabras —dijo.

—¡Me vas a hacer daño!

—Recuerda, Janette, sin dolor no hay placer —replicó Maurice sonriente. Y metiendo las manos bajo sus nalgas, la levantó hacia Janette le miró con los ojos muy abiertos mientras Maurice avanzaba lentamente en su interior. Le costaba creer que tenía espacio en su interior para recibirlo. Maurice pareció detenerse unos momentos cuando sintió una obstrucción. La miró a los ojos y, sin previo aviso, dio un violento empujón.

El dolor la traspasó haciéndola gritar. Maurice le puso una mano sobre la boca atrayéndola contra sí con la otra mano. Al cabo de un momento Janette abrió los ojos fijándolos en los rasgos de Maurice y a continuación bajó lentamente la vista. Él sintió la profunda inspiración de Janette al darse cuenta de que estaba completamente introducido en ella. Janette elevó lentamente la mirada, que se le fue llenando de un embeleso extraño. Maurice la miró unos momentos, retiró la mano de su boca y soltó los cordones que la ataban a la cama liberando sus manos.

Janette volvió a mirarle y, repentinamente, apretó sus brazos contra él atrayéndolo firmemente hacia sí. Empezó a moverse lenta, insegura, y sus movimientos fueron haciéndose frenéticos. Cerró los ojos apretadamente hasta que las lágrimas afloraron a sus párpados cerrados. En los oídos de Maurice resonó un susurro que iba convirtiéndose en grito.

—¡Papá, papá, papá! ¡Pégame en la cara! —Dijo mirándole con los ojos muy abiertos.

Maurice le cruzó la cara con la mano abierta.

—¡Otra vez!

Esta vez quedaron las marcas blancas de los dedos de Maurice sobre su mejilla. Janette sonrió.

—¿Verdad que me quieres, papá? —preguntó.

—¡Eres la pequeña puta de papá! —replicó él tras reír fuertemente.

—Sí —musitó Janette—. Sí. Y siempre lo has sabido. Es lo que siempre he querido ser.

A partir de entonces Janette no volvió a la cama de la pequeña alcoba. Dormía en la gran cama de Maurice con los dos. Una mañana, al despertar Janette, la luz del día que entraba en la habitación le hizo parpadear.

Maurice, ya vestido, estaba en pie junto a la cama.

—Ayer noche volvió tu madre de la clínica —dijo—. Haré que Jerry te lleve a casa.

—No quiero verla —dijo ella.

—Entonces tendrás que volver al colegio —replicó él.

—¿No puedo quedarme aquí? —preguntó.

—No —dijo Maurice sacudiendo la cabeza—. Si no vuelves al colegio, habrá demasiadas preguntas.

—Pero yo quiero estar contigo —dijo Janette.

—No puede ser —dijo él. Y metiendo una mano en el bolsillo, sacó un llavero—. Pero he hecho un juego de llaves para ti. El mes que viene, cuando Lleguen las vacaciones de Semana Santa, vendrás aquí y si no estamos en casa, te esperarás.

Aquella misma tarde Janette cogió el tren que la llevaba de nuevo al colegio.



Los últimos rayos del sol abrilero atravesaban la ventana; Jacques, exhausto, se dejó caer en un sofá en medio del salón atiborrado de flores. Mirando a Tanya y a Johann, dijo:

—Estoy muerto de fatiga. Me alegro de que haya terminado.

—Me parece que la rueda de prensa ha ido muy bien —dijo Johann asintiendo.

—Mi mejor idea ha sido celebrarla en tu casa —dijo Jacques a Tanya—. Me da la impresión de que a todos les ha gustado el toque personal. Están hartos de los salones y las salas de prensa de los hoteles.

—¿Crees que les ha gustado el adelanto de algunos diseños de Shiki? —preguntó Tanya.

—Según lo que he podido escuchar —replicó Jacques—, a todos les han gustado. O sea que volverán al pase de modelos a principio de temporada. Saben que tú eres seria.

—¿Shiki ya se ha ido? —preguntó Tanya.

—Sí —contestó Jacques—. En cuanto ha desaparecido el último periodista, se ha ido. —Se incorporó—. Y es lo mejor que podemos hacer. Descansad un poco. Mañana tendremos un día febril en el despacho.

—Yo también me iré —dijo Johann—. Mi enhorabuena.

—Todavía es demasiado pronto para dar la enhorabuena —dijo Tanya con una sonrisa—. Es mejor que esperemos a los pases de modelos.

—Yo ya no estoy preocupado —dijo Johann—. Todo irá bien.

Tanya les acompañó hasta la puerta; se despidieron besándole la mejilla y ella, dándose la vuelta, se fue hacia las escaleras. Henri se acercó a ella.

—*Madame* —dijo inseguro.

—¿Sí?

—*Mademoiselle* Janette está en su habitación —dijo el mayordomo.

—¡Janette! ¿Aquí? —dijo con voz sorprendida—. ¿Por qué no me lo ha dicho antes?

—Llegó en plena rueda de prensa, *madame*, y me dijo que no la molestara.

Sin decir palabra Tanya corrió escaleras arriba. La puerta de la habitación de Janette estaba cerrada. Llamó educadamente y entró. Janette estaba en pie junto a la ventana, mirando al exterior.

—¡Janette! —exclamó Tanya.

Janette se volvió hacia su madre. Su mirada carecía de expresión.

—Hola, madre —dijo con voz apagada.

Tanya la observó. La muchacha tenía la cara delgada y ojerosa; bajo sus ojos había dos profundos surcos azulados.

—Janette —dijo—. ¿Qué te pasa?

Janette no hizo gesto de acercarse a su madre. La miró a los ojos desafiante.

—Estoy embarazada —dijo.

—No —dijo Tanya—. No.

—Sí, madre —replicó Janette.

—Pobre nenita mía. —Tanya se acercó a ella.

—Ya no soy tu pobre nenita, madre. Nunca más.

—¿Por qué no me has llamado? Al menos podías contestar a mis llamadas —preguntó Tanya.

—¿Acaso eso hubiera cambiado las cosas? —preguntó Janette con indiferencia—. Hubieras tenido el niño de todos modos.

—Tienes una hermana, Janette.

—Y mi hermana va a tener una hermana —dijo Janette.

—No comprendo —dijo Tanya mirando a su hija a los ojos.

—No seas idiota, madre —dijo Janette—. Me ha dejado embarazada el mismo hombre que te dejó embarazada a ti.

—¡Eso es imposible! —dijo Tanya.

—¿Sí, madre? Durante la semana que pasaste en la clínica, Maurice fue al colegio a fin de llevarme a París para que te viera. Pero no me llevó a la clínica. En vez de hacer eso, pasé la semana en su apartamento y el día en que tú volvías a casa, yo regresé al colegio.

—¿Maurice? —En la voz de Tanya había una nota de incredulidad—. No puedo creer que hiciera eso.

—¿No, madre? —Janette abrió su pequeño bolso sacando un llavero. Lo arrojó sobre la mesa que había junto a ella—. Incluso me dio un juego de llaves de su

apartamento para que pudiera volver en Semana Santa.

Tanya miró las llaves y luego a su hija. Las lágrimas afluyeron a sus ojos.

—¿Por qué no me dejaste hablar contigo? ¿Por qué? Te lo iba a decir. Maurice no es el padre de Lauren. No le he permitido acercarse a mí desde el día en que nos casamos.

—Eres una mentirosa, madre —dijo Janette.

—No estoy mintiendo —dijo Tanya—. Echa un vistazo a tu hermana y tú misma te darás cuenta. Rubia y con ojos azules. ¿Por qué crees si no que Maurice ha presentado demanda de divorcio por adulterio? En su familia no ha habido un niño rubio con ojos azules desde hace generaciones.

—Yo no sabía eso, madre —dijo Janette mirándola—. Nadie me lo había dicho.

Tanya aspiró profundamente. Sintió que sus entrañas se petrificaban.

—Ahora eso no importa —dijo—. Ya está hecho y no puede evitarse. Tenemos que hacer planes para el futuro. Lo primero es ir a ver al doctor Pierre.

Súbitamente las lágrimas inundaron los ojos de Janette.

—Oh, madre —lloró—. Lo siento.

Y cayeron una en brazos de la otra; las lágrimas se mezclaron en las mejillas de ambas. Durante un largo rato se quedaron allí, abrazadas y en silencio, hasta que la luz del sol se borró de las ventanas.



Dos días más tarde Tanya, en el pequeño despacho del doctor Pierre, esperaba que este volviera del quirófano de su clínica. En cuanto entró, ella se puso en pie.

—¿Cómo está ella, doctor Pierre?

—Todo irá bien —dijo—. Se han tomado todas las precauciones. Ahora está descansando.

—¡Gracias a Dios! —dijo ella.

—Sí, gracias a Dios —replicó él con solemnidad—. De haber tenido el hijo, hubiera podido morir.

Tanya le miró. El doctor Pierre movió la cabeza.

—No sé con qué especie de animal estuvo, pero tenía el interior completamente destrozado. Ha tenido que emplear un ariete con ella. No solo estaban destrozadas la vagina y las trompas, sino que también el ano y parte del intestino estaban desgarrados. No podía creerlo. —Miró a Tanya a los ojos—. La he arreglado lo mejor que he podido. Al menos por ese lado no habrá más problemas. —Hizo una pausa respirando profundamente.

—Hay alguna otra cosa que usted no me ha dicho —dijo Tanya con voz tensa.

Él dudó un momento.

—Janette nunca podrá tener un hijo —dijo—. He tenido que extraer todo menos parte de un ovario.

Exactamente diez días más tarde, a las dos de la mañana, un día después de que

Janette hubiera vuelto al colegio, Tanya aparcaba su pequeño coche en la calle, ante el edificio de apartamentos de la isla de San Luis. Cuando salió del coche, no había nadie en la calle. Automáticamente lo cerró, guardando las llaves en su bolso, al mismo tiempo que sacaba las del apartamento. Miró el edificio. Todas las ventanas estaban oscuras. Caminó lentamente hacia el portal.

Era la llave grande, la llave grande es siempre la de la puerta de la calle. Giró suavemente corriendo el cerrojo y entró en el oscuro portal. Se detuvo dándose cuenta de que se dirigía automáticamente a encender las luces del portal. No quería llamar la atención sobre su persona. Esperó unos momentos hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y entonces se encaminó hacia el ascensor.

El ruido que produjo en sus oídos el viejo ascensor chirriante al subir le pareció suficientemente fuerte para despertar a todo París. Contuvo el aliento hasta que se detuvo. Entonces, con un sentimiento de descanso, salió. En aquel piso había dos apartamentos. Dudó un momento y encendió una cerilla. Allí era. Sobre un timbre había una pequeña placa de latón. *Le marquis* de la Beauville.

Tanya cerró los ojos un momento y se quedó pensando. ¿Había olvidado algo? Su testamento había sido correctamente firmado y registrado. Las instrucciones al banco suizo relativas a la caja de seguridad en que estaba guardado el oro habían sido enviadas y aceptadas. Si a ella le sucediera algo, Johann se ocuparía de todo. Sus hijos quedarían protegidos.

Dio vuelta lentamente a la primera llave hasta oír el leve chasquido del cerrojo. Muy bien. Ahora la segunda llave. Sonó suavemente. Se detuvo. No oyó nada. Acabó de dar vuelta a la llave lentamente. Sonó un clic y la puerta se abrió poco a poco.

Dio un paso inseguro en el apartamento y se detuvo a escuchar. No se oía nada. Lentamente, empujó la puerta a sus espaldas y esperó mientras se orientaba.

Intentó recordar lo que había contado Janette sobre el apartamento. Pasando el amplio arco, frente a ella, debía estar el salón. A la derecha, una puerta pequeña conducía a la entrada de servicio y a la cocina. Al otro lado del salón, pasando bajo un arco más pequeño, debía estar el comedor. La habitación de Maurice se encontraba tras una puerta situada en el fondo del comedor.

Atravesó las habitaciones cuidadosamente y moviéndose con prudencia para no chocar con algún mueble desapercibido. Ya estaba ante la puerta de la alcoba. Volvió a abrir el bolso y sacó la navaja de afeitar. Naturalmente, solo podía ser la navaja de afeitar de Wolfgang. En su fuero interno ya no dudaba de que hubiera sido Maurice quien le entregara a los rusos.

Abrió la navaja y, blandiendo la afilada hoja en su mano, giró suavemente el pomo de la puerta. Esta se abrió y ella se introdujo en la alcoba avanzando silenciosamente por el suelo alfombrado. No se atrevió a cerrar la puerta.

Bajo la tenue luminosidad proveniente del alumbrado exterior que pasaba por entre las cortinas, pudo ver la cama. Se acercó a ella. Más que ver, casi sintió el bulto que se amontonaba bajo las mantas. Se detuvo sobre él, mirándolo e intentando verle.

Una profunda respiración llegó a sus oídos, pero no supo distinguir si era de él o suya propia.

—¡Maurice! —dijo en voz baja.

Él se volvió empezando a sentarse. Entonces le dio. Le clavó la navaja con todas sus fuerzas en el cuerpo. Un grito estrangulado surgió de su garganta y se movió frenéticamente, alejándose de ella; con la mano, buscaba algo en la mesilla, a un lado de la cama. Le acuchilló furiosamente cuando intentó volverse. Entonces vio en su mano el brillo de algo pesado y metálico pero siguió acuchillando y golpeando.

Una detonación sacudió sus oídos y un fuego azul deslumbró sus ojos al mismo tiempo que parecía recibir un martillazo en el pecho que la tiró casi de espaldas; pero ella siguió con la navaja firme, arriba y abajo. Al fin él quedó inerte entre las sábanas.

Tanya se quedó en pie respirando pesadamente y alargó la mano para tocarlo. Sus dedos se mancharon de sangre entre las sábanas empapadas. Retiró la mano rápidamente y la navaja cayó de entre sus dedos. La intensidad del dolor aumentaba en su interior. Apretando una mano contra el pecho sintió el calor de la sangre que corría por sus dedos empapando el vestido. Entonces se dio cuenta de que le había disparado.

Lentamente se dio la vuelta y atravesó el apartamento en sentido contrario; a cada paso aumentaba el lacerante dolor. Le pareció que le costaba una eternidad llegar a la puerta del apartamento. Ahora el dolor arrollaba su cuerpo en oleadas; se sintió floja y vacilante como si se le escapara la conciencia junto con la sangre que corría por sus dedos.

Alargó la mano hacia la puerta. De súbito se encendió la luz del rellano exterior y la puerta quedó abierta en su mano. Él se quedó inmóvil, con la boca abierta; la luz, proveniente de sus espaldas, iluminó el rostro de Tanya.

Ella le miró con los ojos agrandados por el terror.

—¡Oh, no, Maurice! —gritó—. ¡Estás muerto! ¡Acabo de matarte! —Y empezó a caer mientras su conciencia le abandonaba para no volver más.

Segunda Parte

JANETTE

Shiki estaba en pie ante el caballete y estudiaba el dibujo con mirada crítica. Oyó que la puerta se cerraba a sus espaldas y los pasos de la chica aproximándose.

—Quítate toda la ropa —dijo sin darse la vuelta—. Y cuando estés desnuda, avísame.

Poco después oyó decir en voz baja:

—Estoy desnuda.

Shiki dio un pequeño retoque al dibujo y se giró.

—Merde —dijo dejando caer la mandíbula.

Janette rio ante su consternación.

—¿Por qué no me has dicho quién eras? —preguntó él.

—He pensado que si ibas a animarte —sonrió ella—, me gustaría ser la primera.

Shiki cogió una bata de una silla que había a su lado.

—Ponte esto —dijo embarazado.

Ella no la recogió.

—Vamos, Shiki. ¿No te gustaría comerme el conejo? Sí que te gustaría.

—Ya basta —dijo él, molesto—. Estoy trabajando.

—No se lo diré a nadie —replicó ella.

—Creía que eras la modelo que he mandado buscar para probar un nuevo diseño —dijo él.

—Puedes probarlo en mí.

—No funcionaría —dijo sacudiendo la cabeza.

—¿Por qué no?

Shiki la miró eróticamente.

—Eres demasiado mujer. Tienes las tetas y el culo demasiado grandes y el monte de venus te sobresale más que la polla y los cojones de la mayoría de los hombres. Tu tipo no es precisamente de modelo.

—¿Qué tipo tengo? —preguntó ella.

—Eres como tu madre —dijo él—. Grande y fuerte. Un tipo terrenal, pura sexualidad animal. Si paseas por una pasarela, automáticamente te odiarán todas las mujeres presentes; y no por no poder comprar la ropa que llevas. Hay en ti demasiado de lo que les gustaría ser a todas y cada una de ellas.

—Es la mejor galantería disimulada que he oído en mi vida —dijo ella, alcanzando los pantalones vaqueros que había dejado en una silla y poniéndoselos. Se vistió con una amplia camisa entallada de hombre atándose a la cintura.

—¿Qué has venido a hacer aquí? —preguntó él.

—Tenía una cita con Johann —dijo ella—. Pero estaba en una reunión y he pensado que podría tenerla contigo.

—Siempre es agradable verte —dijo él.

—¿Aunque no tenga tipo de modelo? —dijo sonriendo.

—A pesar de eso —dijo él tras reírse.

—A lo mejor te conviene cambiar de modelos —dijo ella—. Hay más chicas como yo que como ellas.

—La mayoría de las chicas como tú no pueden llevar el tipo de ropa que hacemos nosotros —dijo él.

—A lo mejor es eso lo erróneo de nuestro negocio —comentó ella—. Hay demasiados diseñadores de *haute couture* para un mercado demasiado pequeño.

—Nosotros lo estamos haciendo muy bien —dijo él medio poniéndose a la defensiva.

—Estoy segura de que sí —replicó ella de inmediato—. Estaba pensando en voz alta.

El teléfono que había sobre la mesa sonó. Shiki lo cogió y luego la miró a ella.

—Ya se ha terminado la reunión de Johann. Ya puedes verle.

—Gracias —dijo Janette, le envió un beso y salió de la estancia.

Shiki miró unos momentos la puerta cerrada, dio vuelta al pestillo y volvió a su escritorio. Se sentó tras él, sacó un porro de la elegante pitillera y lo encendió. Reclinándose en el sillón, se quedó pensativo mientras el humo le salía lentamente de las narices.

Tal la madre, así la hija. La madre, sí, la madre; pero la hija, todavía más.



—Dos años de *université* son suficientes —dijo ella—. No pienso volver.

El rostro de Johann carecía de expresión. La miró por encima de su mesa. En cierto modo no le sorprendía. Ya tenía diecinueve años y era muy poco lo que de niña quedaba en ella. Día a día, cada vez le recordaba más a su madre. Cuando la conoció debía tener la misma edad, el mismo cabello castaño rojizo, largo y que le caía por la cara ocultando, según la moda del momento, sus salientes pómulos y ojos oscuros.

—¿Y qué querrías hacer? —preguntó prudentemente.

—Creo que ya es hora de que entre en los negocios —dijo—. Después de todo, dentro de dos años yo seré la responsable de todo. Creo que ya es hora de que aprenda algo al respecto, ¿no te parece?

Era como su madre. Johann asintió.

—Estoy de acuerdo. Ahora se trata de saber dónde te gustaría empezar.

—Maurice dice que más del sesenta y cinco por ciento de nuestros ingresos brutos proviene de los Estados Unidos —dijo ella—. Y todavía no he estado allí.

—Es cierto —dijo él.

—Está preparando un viaje para el mes que viene y se ha ofrecido a llevarme para enseñarme.

Johann no permitió que la sorpresa se reflejara en sus rasgos. Era la primera vez

que oía que ella hubiera hablado con Maurice.

—Es muy amable por su parte —dijo cautamente—. ¿Cómo esperas que te ayude? Después de todo, él no tiene nada que ver con ninguna de nuestras empresas. Las suyas están totalmente separadas.

—Es cierto —dijo ella—. Pero conoce a todo el mundo.

—Yo no te pondré objeciones a eso —dijo él tras guardar silencio durante un rato—. Y, desde luego, no necesitas mi permiso para irte de viaje; pero ¿no te parece que sería una idea mejor pasar primero unos meses en el despacho para aprender los rudimentos? Así, cuando te fueras, estarías mejor preparada para relacionarte.

—Me gustaría irme —dijo ella—. Creo que si me quedara sentada en el despacho me volvería loca. Me recuerda demasiado cuando estaba en el fondo de un aula, en la *université*.

—Antes o después tendrás que ocuparte de tus obligaciones —dijo él—. Llevar un negocio no es una diversión o un juego.

—Ya lo sé —afirmó Janette—. Pero ¿no te ocupas tú de eso? Me gustaría dedicarme más al aspecto creativo y comercial. En Francia seguimos haciendo las cosas de la misma manera pasada de moda. Los Estados Unidos nos aventajan en muchos aspectos. Me da la impresión de que podemos aprender mucho de ellos.

—Sigo prefiriendo que pases algún tiempo en el despacho antes de irte —dijo él.

—Maurice no se irá antes de finales del próximo mes —dijo Janette—. Eso supone seis semanas. ¿Será suficiente para ti?

—Mejor es eso que nada —replicó Johann—. Espero que para ti sea suficiente.

—Yo aprendo rápidamente. Haré que resulte suficiente —dijo ella seriamente; se puso en pie—. ¿A qué hora quieres que venga mañana?

—A las nueve —dijo él—. Creo que para empezar lo que más te conviene es trabajar con el director.

—Allí estaré. —Janette sonrió—. Gracias, Johann.

Este dio la vuelta al escritorio. En cierto modo, le hacía sentirse bien su interés por entrar en la empresa. Desde la muerte de Tanya faltaba algo. Ahora quizá todo volviera a estar bien.

—¿Cómo está tu hermana? —preguntó Johann.

—Bien. Va creciendo —dijo ella mirándole—. Desde que dejé el colegio, apenas la he visto. Su niñera está siempre encima de ella como una manta.

—Sería una buena idea que le dedicaras algún tiempo —sugirió él—. Así, ella por lo menos se enteraría de que tiene familia.

—Temo no tener mucho instinto maternal —dijo ella—. A mí me parece como cualquier otra niña.

—Lástima —comentó él.

—Sí —replicó ella—. Los pobres pueden ofrecer la adopción a sus hijos cuando no están preparados para mantenerlos, sea cual sea el motivo. Pero ¿los ricos qué hacen?

—Supongo que lo que estamos haciendo nosotros —dijo él tras guardar silencio durante unos momentos—. Pagar niñeras y esperar que estas proporcionen un sustituto del amor.

—Según Maurice, quizá pudiéramos llegar a un acuerdo para que él volviera a casa. Eso supondría para ella una vida familiar más normal. Después de todo, legalmente él sigue siendo su padre.

—Y el tuyo también —dijo él.

—Cierto —replicó ella—. Pero dentro de dos años seré mayor de edad e independiente de él. A Lauren todavía le falta un largo camino.

Johann guardó silencio.

—Si nos sucediera algo a nosotros, a ti y a mí, ¿quién se quedaría con ella? —preguntó Janette.

—Supongo que Maurice —dijo él—. No hay nadie más.

—Merde —dijo ella, y se quedó pensativa—. Ya supongo lo que piensa él. ¿Por qué crees que de repente se ha vuelto tan amable con nosotros?

—Te aseguro que no lo sé —replicó.

—No me fío de él —dijo ella.

—De momento, ten cuidado. Limitate a no firmar papeles, eso es todo.

—No te preocupes —dijo Janette riéndose—. Lo sé muy bien. —Se acercó a la puerta; pero, deteniéndose, volvióse hacia él—. Johann, tú eres un hombre agradable, ¿por qué no te has casado?

Johann la miró sin responder. Ella comprendió de repente.

—Mi madre. Estabas enamorado de ella, ¿verdad?

Siguió sin contestar.

—Ahora ya está muerta —dijo ella—. Se acabó. Búscate una buena mujer y cástate con ella. Así podrás dar a Lauren el hogar que necesita.

—Te sorprenderé —dijo él sonriendo súbitamente. Impulsivamente, ella se le acercó y le besó la mejilla.

—Sería una sorpresa encantadora —dijo ella, y salió saludándole con la mano—. Hasta mañana por la mañana a las nueve en punto.

Johann volvió a su escritorio y se sentó pesadamente. Al rato empuñó el teléfono y marcó un número. Le contestó una voz de mujer. Johann habló en alemán.

—¿Heidi? A las ocho en punto para cenar, ¿de acuerdo? Te iré a buscar.



—Él es demasiado conservador —dijo Jacques dejando la copa helada de *kir*^[1] sobre la mesa que tenía ante sí. Se sentó junto a ella sacando un frasquito de su bolsillo. Janette levantó su copa y le observó mientras sacaba cuidadosamente del frasquito un poco de polvo blanco que puso sobre el vidrio de la mesa, separándolo luego cuidadosamente en cuatro finas líneas. Con mano experta enrolló un billete de cien francos haciendo un canuto y aspiró una línea de cocaína por cada cavidad nasal.

Le pasó el billete a Janette—. Es una buena coca —dijo—. Me la acaba de traer un amigo de los Estados Unidos.

Ella sorbió rápidamente las dos líneas devolviéndole el billete a continuación. Sintió cómo se le aceleraba el pulso al expandirse la coca por su cabeza.

—Está buena.

—Sí, no es la mierda que se vende en París —dijo él volviendo a coger su copa—. A tu salud.

—A la tuya. —Y bebieron.

—Cuando tu madre vivía era diferente —dijo él—. Tenía ideas, producía un sentimiento de entusiasmo. Hacíamos cosas. Ahora todo eso se ha acabado. Lo único que quiere Johann es mantenerse estable, conservar lo que tenemos y nada más. La expansión cuesta dinero y él no quiere correr riesgos.

—Pero nosotros hemos ido ganando dinero, ¿no es así? —preguntó ella.

—Desde luego —repuso él—. Pero tendríamos que estar ganando mucho más. En comparación con alguna de las otras empresas, nos hemos limitado a mantenernos. —La miró—. ¿Quieres trabajar con nosotros seriamente?

Ella asintió.

—Entonces quizá nos quede todavía una posibilidad —dijo Jacques sonriendo—. Estando tú, Johann se arriesgará más.

—No he venido aquí para hablar de negocios —dijo ella mirándole.

Jacques tiró del nudo que mantenía cerrada la camisa de Janette. Esta se abrió mostrando los pezones de sus pechos, ya erguidos de excitación.

—¡Jesús! —dijo él inclinándose para meterse uno en la boca.

Ella se giró un poco para enfrentarse a él.

—Shiki ha dicho que mis pechos son demasiado grandes.

—¿Y él qué diablos sabe? —preguntó Jacques enterrando su rostro entre ellos y apretándolos contra sus mejillas con ambas manos—. Son hermosos.

—Le pedí que me comiera el conejo —dijo ella—. Pero no quiso.

—A mí no tendrás que pedírmelo. Quítate esos malditos vaqueros y verás.

Janette se irguió ante él. Soltó el cierre y la cremallera de sus pantalones bajándoselos de las caderas.

—También ha dicho que tenía el culo demasiado grande —dijo dándole la espalda y acercándose a él de modo que sus nalgas estuvieran prácticamente pegadas al rostro de Jacques.

Este guardó silencio.

—Azótame en el culo —dijo ella.

Él la golpeó juguetonamente.

—Más fuerte —dijo ella—. Todo lo que puedas.

—No quiero hacerte daño —replicó él.

—No me haces daño —contestó Janette—. Haz lo que te digo. Pégame con fuerza.

Su mano abierta le cruzó las nalgas. Jacques vio las señales blancas de los dedos. Dudó.

—Más —dijo ella animada—. No te detengas.

Su mano empezó a levantarse y caer rápidamente. Jacques vio cómo las blancas señales de los dedos se volvían rojas sobre sus nalgas y repentinamente se dio cuenta de que ella movía las caderas y gemía, masturbándose a sí misma al mismo tiempo. La excitación empezó a crecer en él y súbitamente Jacques se enfureció. La maldita estaba utilizándole para su provecho. Entonces empezó a pegarle de verdad.

—¡Me estoy corriendo! —gritó ella—. ¡No puedo pararme, me corro!

Lleno de ira, Jacques le dio la vuelta para enfrentarse a ella. En su rostro había una extraña mirada secreta. Ni siquiera parecía verle a él. Sin pensar, Jacques la abofeteó en la cara.

—¿Y qué pasa conmigo, puerca?

Janette le miró silenciosa y bajó los ojos al tropezar con su mirada. Cayó arrodillada ante él y sus dedos soltaron rápidamente los botones de los pantalones de Jacques. Introduciendo una mano se abrió paso entre la ropa y sacándosela le introdujo un dedo en el ano.

—Quiero que te corras en mi boca —dijo ella acercándosela a sus labios.

Unos momentos después Jacques sintió como si sus testículos explotaran y el semen brotó. El orgasmo le conmovió el cuerpo y empezó a remitir, pero ella no se detuvo. Con una mano lo mantuvo tieso y siguió manipulando su glande hasta que él no pudo soportar la agonía; sentía su pene como si fuera un manojo de terminaciones nerviosas. Jacques hundió una mano en la cabellera de Janette y la separó de sí.

Ella tenía las mejillas y la barbilla cubiertas del semen que escapaba de su propia boca. La miró durante unos momentos hasta que recuperó el aliento.

—Estás loca —dijo él.

—No soy como mi madre —dijo ella, y repentinamente sus ojos se tornaron fríos. Enfurecida, añadió—: No vuelvas a decirme eso.

Janette intentó incorporarse. Jacques, con las manos en sus hombros, la mantuvo agachada.

—No me refiero a ese tipo de locura —dijo rápidamente—. Me refiero a la locura total.

—Tú follaste con mi madre, ¿verdad? —sintió que descendía la tensión en ella. Él asintió.

—¿Estaba buena?

—Sí —dijo mirándola—. Pero no tanto como tú. Tú eres fantástica.

—Ella no estaba verdaderamente loca —dijo Janette—. Tuvo una crisis nerviosa. Trabajaba demasiado y tenía demasiadas cosas en la cabeza.

—Ya lo sé —replicó él.

—Cristo, estoy empaada —dijo ella incorporándose—. Creo que me he corrido mil veces. —Se enjugó con sus propios dedos para llevárselos luego a la boca y

chuparlos. Volvió a introducir los dedos en su propio interior. Esta vez se los ofreció a él—. Pruébame.

Jacques lamió lentamente sus dedos.

—¿Está bueno? —preguntó ella.

—Como la miel.

—¿Tan bueno como mi madre?

—Mejor —replicó él.

—Pues entonces, cómeme —dijo ella riendo en voz alta y atrayendo el rostro de Jacques hacia sí.



Johann aparcó el coche ante el edificio en que vivía ella. Se quedó sentado unos momentos con el motor en marcha y bajó el cristal para saludarla.

—Es pronto todavía, ¿por qué no entras a tomar una copa? —preguntó ella.

Johann sonrió para sí como siempre hacía cuando ella le hablaba en alemán. Su leve acento americano daba al idioma una extraña musicalidad, una suavidad de lo que habitualmente carecía.

—Gracias —replicó Johann en inglés mientras paraba el motor.

Mientras subían en el pequeño ascensor, de tamaño justo para que entraran ambos, hasta su apartamento del tercer piso, el ligero aroma de su perfume y la calidez de su cuerpo parecieron impregnarle. Johann experimentó un sentimiento de descanso cuando finalmente el ascensor se detuvo y abrió la puerta para dejarla salir. La siguió hasta su apartamento y esperó mientras ella abría la puerta con su llave; a continuación entraron.

Era un apartamento pequeño, lo que los franceses denominan un «estudio», consistente en una habitación de buen tamaño con una cama que se plegaba durante el día para formar un sofá, una cocina en una especie de armario con puertas dobles y un cuarto de baño separado del resto. En una esquina de la habitación brillaba una lámpara; y fue esto, más que otra cosa, lo que demostraba que ella era toda una americana. Ningún francés, ningún europeo, dejaría encendida una luz no estando en casa.

—Tengo whisky, ginebra, vodka y coñac —dijo ella señalando un armario.

—Coñac, por favor. —La miró mientras abría las puertecillas de la cocina sacando la botella y dos vasos del armario que había sobre el fregadero. Sirvió el dorado licor en dos vasos y volvió junto a él. Él le cogió una mano—. Gracias —dijo.

—¿Siempre eres tan serio cuando vas al apartamento de una dama? —preguntó ella con una sonrisa y hablando en inglés.

—Una costumbre —replicó él. Levantó su vaso—. *Santé*.

Entrechocaron los vasos y bebieron.

—Ahora ya puedes sentarte —dijo Heidi sentándose a su vez frente a él.

Johann se sentó cuidadosamente, pues la silla era frágil y podía romperse con su

peso. Resultó sorprendentemente cómoda y se arrellanó en ella. Agitó el coñac de su vaso y volvió a beber.

—La cena ha sido encantadora —dijo ella—. He disfrutado de verdad.

—No has comido mucho.

—Tengo que cuidar mi régimen —dijo ella riendo.

—¿Por qué? A mí me pareces perfecta.

—Precisamente porque me cuido —dijo ella riendo de nuevo—. Cada bocado que como aumenta mi peso.

—De todos modos, me alegra que te lo hayas pasado bien —dijo él tras guardar silencio unos momentos.

—La verdad es que he disfrutado mucho —dijo ella, y guardó silencio también.

—Creo que será mejor que termine mi copa y me vaya —dijo él tomando otro trago de coñac—. Mañana por la mañana tengo que ir a trabajar.

—Johann —dijo ella—. Me vuelvo a los Estados Unidos la semana que viene.

—Supongo que tienes que hacerlo —dijo él asintiendo lentamente—. ¿Cuándo piensas hacer otro viaje aquí?

—Creo que no volveré —dijo ella mirándole a los ojos—. Por lo menos en mucho tiempo.

—Lo lamento, Heidi. —Johann sintió que algo se hundía en su pecho—. Había llegado a esperar tus visitas.

—Yo también —afirmó ella—. Pero ahora te echaré en falta.

Johann volvió a guardar silencio mientras agitaba el líquido ambarino de su vaso.

—Johann, durante los últimos dos años he pasado en París el tercer mes de cada año —dijo ella—. Y nos hemos visto cada vez. Comidas, cenas. No podría decir cuántas veces. Ya sé lo que sientes por mí aunque nunca me digas nada. Nunca. ¿Por qué Johann? No comprendo por qué.

Johann inspiró profundamente mostrando una mirada herida en sus ojos azules.

—Heidi, ya tengo cuarenta y seis años. Tengo diecisiete más que tú.

—Dieciséis —repuso ella rápidamente—. El mes que viene cumpliré treinta.

—Yo soy un hombre serio, un hombre respetable —ahora no sonreía—. No soy un *playboy* que podía haber tenido una aventura casual contigo. Me gustas mucho.

—Johann, no soy una niña, soy una mujer. Y una mujer divorciada. ¿Crees que no tengo sentimientos yo también? ¿Y deseos? —sacudió la cabeza—. Pero tú nunca dices nada. Y todavía no me has dicho por qué.

—Tengo responsabilidades, graves responsabilidades —dijo él.

—Ya lo sé —contestó ella—. Janette y Lauren. No estoy sorda y ya te he oído hablar suficientemente de ello. ¿Pero significa eso que no puedas llevar tu propia vida? ¿O que no puedas tener una familia si tal es tu deseo?

—Solo me tienen a mí para protegerlas. Y yo hice una promesa. Primero a von Brenner. Luego a Tanya. No puedo faltar a mi palabra.

—No digo que tengas que faltar a tu palabra —dijo ella—. Solo digo que tienes

derecho a tener tu propia vida, eso es todo.

—Heidi —dijo él.

Ella notó el dolor que había en su voz y se levantó del sofá. Se arrodilló ante él mirándole a la cara.

—Johann, yo te quiero. ¿Tú me quieres?

—Sí. —Dejó caer la palabra entre sus labios—. Sí, te quiero.

—Entonces, por el amor de Dios, bésame —exclamó ella—. Lo has sabido durante estos dos años y sin embargo no me has besado ninguna vez.

Johann se inclinó hacia ella, que rodeándole con sus brazos le buscó la boca con sus suaves labios; las lágrimas de Heidi eran saladas.



Janette encontró un sitio para aparcar, hizo subir el coche a la acera, salió y lo cerró. Sonrió contenta de sí misma. Era una de las ventajas del *mini*, se podía aparcar en cualquier sitio.

Eran más de las once de la noche, pero en La Coupole todavía era temprano. Los teatros empezaban a vaciarse y la cervecería estaba llena de gente. Ella se abrió paso entre la multitud buscando una mesa y llegó al fondo del restaurante. En la esquina más alejada había una mesa perfectamente preparada y en la que solo faltaban sus nombres. Desde las siete de la tarde aquella mesa había estado continuamente ocupada por una u otra persona. Tenían una función silenciosa que cumplir hasta las dos en punto de la mañana: el que ocupaba la mesa no podía levantarse hasta que llegara alguien a sustituirle. Si se hubiera quedado vacía durante un solo minuto, la hubieran perdido y entonces hubieran tenido que hacer cola como el resto de la gente.

Marie Thérèse y Françoise estaban sentadas a la mesa con un par de coca-colas delante mirando a Jean, que descansaba la cabeza sobre sus brazos cruzados sobre la mesa con un pastís sin probar junto al codo. Ella se acercó y besó a ambas muchachas en las mejillas cuando se levantaron.

—¿Qué le pasa a él? —preguntó.

—Está pasado —dijo Françoise con voz disgustada. Jean era su amiguito—. Algún marroquí le ha dejado totalmente colocado a base de hachís negro. Con dos pipadas se ha quedado más colgado que una cometa, pero no ha dejado de fumar hasta que se lo ha terminado. No sé ni cómo se aguanta en la mesa.

—¡Vaya mierda! —dijo ella sentándose junto a él.

—*Bonsoir*, Janette —dijo el camarero apareciendo como por arte de magia; sonrió—: ¿Qué va a ser esta noche?

—*Bonsoir*, Sami —le devolvió la sonrisa—. Esta noche tengo hambre. Me comeré una hamburguesa *à cheval*, *frites* y una cerveza.

—De acuerdo —dijo Sami desapareciendo como por encanto, tal como había llegado.

—¿No hay nadie por aquí? —dijo ella echando un vistazo al restaurante.

—Nadie. —Marie Thérèse se encogió de hombros. Miró a Janette por encima de la mesa—. ¿Dónde has estado? Menudos ojos traes.

—Oh, es la luz que hay aquí —dijo Janette riendo—. Siempre me cuesta unos minutos acostumbrarme.

—No me vengas con rollos —dijo Marie Thérèse—, que te conozco. Estás metida en algo.

Janette se sentía bien, fuerte y llena de energía. Volvió a reírse dándose palmaditas en el bolsillo de la camisa, sobre el pecho.

—Coca —dijo bajando la voz hasta convertirla en un susurro—. Y tengo para vosotros.

Sami volvió a la mesa poniendo ante ella una hamburguesa y una cerveza. Janette empezó a comer con voracidad.

—Me estaba muriendo de hambre —dijo con la boca llena.

—Pues no lo entiendo —dijo Françoise—. He oído decir que la coca quita el apetito.

—A mí no me lo ha contado nadie —dijo Janette cogiendo unas cuantas *frites* con los dedos y untándolas en mostaza antes de llevárselas a la boca—. En cuanto termine nos vamos de aquí a mi casa.

—¿Y qué pasa con Jean? —preguntó Françoise.

—Que se vaya al diablo —replicó ella—. Déjale dormir. Ya lo sacarán de madrugada.

—No puedo hacer esto —dijo Françoise dubitativa—. No me volvería a dirigir la palabra.

—Tampoco perderías gran cosa —dijo Janette—. Nunca le he oído decir nada que tuviera sentido.

Françoise empezó a enfadarse.

—No te gusta porque no salta como un perrito en cuanto chasqueas los dedos.

—No me gusta porque es idiota —dijo Janette llanamente, mirándola—. Y no tengo paciencia para aguantar a los idiotas. —Recogió el resto de yema de huevo con un par de *frites* apartando de sí el plato vacío. Llamó al camarero levantando una mano—. Me tomaré un café y luego me iré. ¿Alguno de vosotros quiere algo?

—No, gracias —replicó Françoise. Echó una mirada a Jean Jacques—. Me estoy hartando. No puedo pasar la noche aquí sentada con él.

Sami volvió a aparecer como por arte de magia. Janette se limpió los dedos en el mantel y le hizo una seña.

—Dos cafés exprés y otro mantel, por favor.

—Ahora mismo —replicó el camarero retirando los platos. Momentos después volvía con el café. Puso uno ante ella y miró a los ocupantes de la mesa con tono interrogante.

—Es para él —dijo Janette señalando a Jean.

Sami le miró, se encogió de hombros y sirvió el café. Empezó a retirarse pero

Janette le retuvo.

—La cuenta, por favor.

Sami hojeó la libreta de las facturas, escribió una nota, arrancó la hoja y se la dio.

—Treinta y ocho francos —dijo él.

—Quédate con el cambio —dijo entregándole un billete de cincuenta francos.

—*Merci*, Janette —dijo Sami sonriendo, y a continuación se fue.

Janette se bebió el café dejando ante sí la taza vacía.

—¿Cómo le harás tomarse el café? —preguntó Françoise.

—Es fácil —replicó Janette. Con toda naturalidad tomó la jarra de agua que había en el centro de la mesa y la vació sobre la cabeza de Jean.

Este se levantó farfullando y chocando con la mesa. Atontado, sacudió la cabeza.

—*Merde* —murmuró.

Janette le ofreció el mantel y le acercó el café.

—Bella durmiente, sécate y tómate el café.

—¿Por qué has hecho esto? —se secó la cara con el mantel.

—A tu amiga le preocupaba la idea de que te pasaras la noche durmiendo aquí —dijo Janette riéndose. Se levantó. Marie Thérèse abandonó también su silla. Janette miró a Françoise—. Ya está despierto. Si queréis, podéis venir.

—Creo que será mejor que nos quedemos —dijo Françoise mirando primero a Jean y luego a ella.

—Haced lo que queráis —dijo Janette dándose la vuelta—. Vámonos, Marie Thérèse.

Y empezaron a irse tan rápidamente que dieron un empujón a un joven que se acercaba a la mesa. Se detuvo ante esta mirándoles, y se sentó en una silla.

—¿Qué le pasa a Janette? —preguntó—. Casi me tira y ni siquiera me ha saludado.

—Me parece que la muy guarra va caliente —dijo Françoise sarcásticamente—. Casi no le ha dado tiempo a Marie Thérèse a levantarse de la mesa.

—Vaya, he tenido suerte —dijo el joven—. ¿Crees que si las sigo me dejarán mirar? Me encantaría ver cómo lo hacen.

—A mí también, Michel —dijo Jean espabilándose de golpe—. Vamos tras ellas.

—Tú te quedas aquí sentado y te bebes el café —dijo Françoise rabiosa.

—•••—

—¿Dónde has pasado la noche? —se quejó Marie Thérèse mientras Janette sacaba el coche a la calle—. Me has dicho que vendrías a las nueve.

Janette encendió los faros y se lanzó entre la circulación ignorando los frenazos y los insultos que sonaban a sus espaldas. Llevó rápidamente el coche al carril central y giró a la izquierda en la primera esquina más allá del restaurante sin prestar atención ninguna al semáforo que empezaba a cambiar. Haciendo un doble embrague metió la tercera y avanzó por el bulevar desierto a sesenta por hora.

—Estás colocada —dijo Marie Thérèse—. Conduces como un italiano.

Janette no contestó. Encendió la radio y la música de la emisora *Europa 1* sonó en el interior del pequeño coche.

—Ya sabes cómo aprieta Sami —dijo Marie Thérèse—. He bebido tantos cafés que voy a estar meando barro una semana. —Sacó un paquete de cigarrillos y encendió dos; ofreció uno a Janette—. Todavía no me has dicho dónde has estado.

—Ya te había dicho que iba a ir al despacho a ver a Johann —dijo Janette.

—El despacho cierra a las seis. Y hasta las once no te has presentado en el restaurante.

—Eres peor que un policía —dijo Janette. Se detuvo ante un semáforo y miró a su amiga. En el rostro de Marie Thérèse había un gesto herido. Dio una chupada a su cigarrillo y puso la marcha en cuanto el semáforo se puso verde—. Si quieres que te diga la verdad, me he encontrado con Jacques Charelle en el ascensor, cuando dejaba el despacho, y nos fuimos a su casa.

—¿Cómo has podido hacerlo, Janette? —la voz de Marie Thérèse denotaba su sorpresa—. ¿Él no era... con tu madre...? —dijo sin completar la frase.

—¿Amante? —Janette se rio—. Claro que lo era. Pero no el único. Tenía otros. ¿Y eso qué más da?

—Lo tuyo es excesivo —dijo Marie Thérèse—. ¿Te ha dado coca?

—Claro que sí.

—¿Y eso cómo es? —preguntó Marie Thérèse—. Nunca he probado la coca.

—Yo tampoco hasta esta noche —dijo Janette—. Es cosa fina. Te pone bien de verdad.

—¿Ya sabía él que no la habías probado nunca?

—Claro que no. Ni he pensado en decírselo. Me he comportado como si la tomara desde siempre. He mirado cómo lo hacía él y le he imitado. De hecho, creo que me ha dado coca para llevarme con la única intención de librarse de mí. Tenía miedo de que me pasara allí toda la noche. —Miró a Marie Thérèse. Por las mejillas de su amiga corrían las lágrimas—. ¿Y ahora qué diablos te pasa?

—Janette, no te comprendo —lloriqueó Marie Thérèse—. Yo te quiero y solo puedo hacer el amor contigo. Tú dices que me quieres pero puedes hacer el amor con cualquiera.

—¿Cuántas veces tendré que decirte que no es lo mismo? —dijo Janette con voz impaciente—. Hacer el amor y follar son dos cosas diferentes.

—Para mí, no —dijo Marie Thérèse.

—No puede ser —dijo Janette—. Nosotras hemos hecho el amor juntas y con otras personas muchas veces.

—Precisamente por eso —dijo Marie Thérèse—. Porque estábamos juntas. Compartiendo mutuamente el placer. Pero la idea de que te corras conmigo por segunda vez para acabar la noche porque no has tenido bastante y estás todavía caliente no me resulta atractiva.

—En ese caso, ¿no será mejor que te deje en tu casa? —dijo Janette enfadada.

—Creo que quizá sea lo mejor —dijo Marie Thérèse con voz tensa.

No hablaron más hasta que Janette detuvo el coche ante la casa de Marie Thérèse. Esta se quedó quieta unos momentos y luego se volvió hacia Janette.

—Yo te quiero —dijo—. Pero tú siempre encuentras nuevos modos de hacerme daño.

Janette, sin mirarla, siguió mirando ante sí a través del parabrisas.

—Yo no tengo nada que ver con eso —replicó—. Eres tú la que buscas maneras de hacerte daño. Y en otra ocasión, si no quieres oír la verdad, no hagas preguntas.

Marie Thérèse salió del coche y miró a Janette desde fuera.

—Mañana me sentiré mejor cuando te vea en la *université*.

—Mañana no me verás —dijo Janette con tono cortante.

—¿Por qué no?

—Porque he dejado ese maldito sitio. Mañana por la mañana empiezo a trabajar en el despacho.

—Oh, no, Janette —la voz de Marie Thérèse se convirtió en un hilillo—. ¿Y qué haré yo si no puedo verte todos los días?

—Ya puedes ir acostumbrándote. Algún día hay que hacerse mayor —replicó llanamente Janette. Y estirando el brazo sobre el asiento, cerró la portezuela y aceleró dejando a Marie Thérèse en pie.

—Menudo coñazo —musitó malhumorada. Por unos momentos pensó en volver a La Coupole. Siempre encontraba a alguien allí. Pero cambió de opinión. Para una noche ya había tenido suficiente rudeza masculina. Lo que quería ahora era la suavidad y sensibilidad de una mujer. Frenó violentamente, dio vuelta al coche y corrió hacia donde la esperaba Marie Thérèse, que seguía llorando en la calle.

Detuvo el coche y abrió la puerta.

—Lo siento —dijo—. Entra.



—Cien millones de francos anuales —dijo Maurice—. Eso es lo que podemos sacar si echamos de aquí al jodido nazi.

Jacques levantó la mirada fijándola en él. Todavía tenía la cabeza torpe por el sueño. Maurice le había despertado llamándole por teléfono poco después de las dos de la mañana. Había tenido la energía suficiente para decirle que le vería por la mañana. De todos modos no le sirvió de nada porque Maurice le llamaba desde el teléfono del portal.

—Espere un minuto, por favor —dijo incorporándose—. Voy a lavarme la cara con agua fresca. Tengo que estar espabilado si se trata de cien millones de francos anuales.

Entró en el baño con paso inseguro, encendió la luz y cerró la puerta. Apoyándose con las manos en el lavabo, se inclinó para mirarse en el espejo. Tenía un aspecto

fatal. Estaba mortecino. Aquella puerca no tenía freno. No podía recordar cuándo fue la última vez que tuvo cuatro orgasmos en otras tantas horas. Y a la quinta vez estaba satisfecho de haber podido por lo menos lograr otra erección. Por otra parte, a ella no parecía importarle si él tenía un orgasmo o no. Jacques dudaba de que notara siquiera esta pequeña diferencia.

Abrió el grifo del agua fría y se refrescó la cara y el cuello. Esto le ayudó algo, pero no mucho. Se secó la cara lentamente. Era exigente la muy puerca. Cuando la vio en el ascensor del despacho, no era en modo alguno como él había supuesto. Él se había acostumbrado a las mujeres maduras, a aventuras más tranquilas y delicadas.

Todavía estaba presente el aroma de sexualidad que irradiaba ella y que tan poderosamente le había recordado a su madre; por eso le había pedido que fuera a su casa a tomar una copa. Sería divertido, había pensado, hacer ahora el amor con la hija habiéndolo hecho antes con la madre. Luego se dio cuenta de que ella había pensado lo mismo.

Janette tenía el coche fuera, y fueron al apartamento de Jacques. Cuando él le preguntó qué había ido a hacer al despacho, ella le explicó que empezaba a trabajar allí al día siguiente por la mañana. Y mientras hablaban de los planes que tenía para el despacho, cada vez que cogía el cambio de marchas, su mano rozaba levemente la pierna de él. Jacques se movió incómodo cuando su erección empezó a abultarle el pantalón.

Janette se dio cuenta y se rio.

—Si te la sacas —dijo ella—, cambiaré las dos marchas al mismo tiempo.

—No es preciso que lo hagas, ya estamos llegando —dijo él sonriente.

Una vez en el ascensor, Janette le miró:

—A mi madre le gustabas. Le oía hablar de ti con frecuencia.

—A mí también me gustaba ella —replicó él.

Ella asintió; las puertas del ascensor se abrieron y fueron silenciosamente hasta la puerta del piso.

Jacques se miró en el espejo. Seguía sintiéndose fatal. Menos mal que tenía cocaína. Al principio había dudado de usarla. Los franceses llevaban unos veinte años de retraso. Cuando llegó *la drogue* se horrorizaron sin tener en cuenta sus propios excesos. Pero al parecer ella ya la había tomado antes. Y no poco a juzgar por la cantidad de líneas que le había hecho preparar.

Un poco más no le haría daño, le pondría en forma para al menos entender de qué diablos hablaba Maurice. Afortunadamente siempre guardaba un frasquito de reserva en el botiquín. Resultaba impensable tomarse una línea delante de Maurice. Era demasiado francés.

Sacó el frasquito depositando dos generosos montoncitos en el dorso de la mano; absorbió rápidamente uno por cada cavidad nasal. Sintió que le pegaba directamente en la cabeza. Se miró en el espejo y volvió a guardar el frasquito en el botiquín. Ya tenía mejor aspecto. Sus ojos brillaban más.

Fue hasta el salón. Maurice le esperaba junto a la ventana, mirando al exterior. Se volvió al oír entrar a Jacques.

—Bueno, por lo menos estoy despierto —sonrió Jacques—. Discúlpeme, no le he ofrecido una copa.

—¿Tiene whisky?

—Claro que sí —dijo Jacques—. ¿Con hielo?

—No, gracias. Aprendí a beberlo en Inglaterra durante la guerra. Allí lo beben a palo seco.

—Naturalmente —dijo Jacques, a pesar de preferirlo con hielo, a la americana—. Es el único modo civilizado de beberlo.

Sirvió un whisky a Maurice y él se puso un coñac. Se sentaron.

—*Santé*. —Bebieron ambos y Jacques esperó a que Maurice dejara su copa—. ¿Qué me decía de cien millones de francos anuales?

Maurice sonrió. ¿Cómo era el refrán canadiense? Decía que la Policía Montada siempre encontraba a su hombre. El dinero haría lo mismo, pero más rápidamente.

—Janette ha estado aquí desde las seis y diez de la tarde hasta las once y cinco. Supongo que no os habréis dedicado todo el rato a charlar.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Jacques mirándole.

—Desde el momento en que soy yo quien la ha animado a dejar de estudiar para trabajar en la empresa, me interesa saber a qué se dedica exactamente en cada momento.

—¿La está haciendo seguir?

Maurice asintió.

—No acabo de entender qué tiene ello que ver con esa cantidad de dinero —dijo Jacques.

—Ya lo entenderá cuando yo se lo explique —dijo Maurice—. Necesita educación para ser consciente de las posibilidades del negocio que no están siendo aprovechadas. Yo ya he empezado a dársela a mi manera. Usted puede enseñarle mucho más porque sabe más que yo sobre muchos aspectos. A lo mejor cuando aprenda lo suficiente, emprenda alguna acción contra el *boche*.

—Aunque lo hiciera, no funcionaría —dijo Jacques—. Hasta que cumpla los veintiuno no será mayor de edad; y a partir de entonces Johann dispondrá de un montón de años hasta que Lauren alcance la suya. O sea que hay que esperar por lo menos dos años hasta que Janette pueda empezar a poner en tela de juicio las decisiones de Johann.

—No tienen por qué ser dos años más —dijo Maurice mirándole—. Según las leyes francesas, la administración de su patrimonio pasará automáticamente a su marido en el momento en que se case.



Sonó una llamada en la puerta. Johann levantó la mirada de su escritorio.

—Adelante.

Janette entró en el despacho; llevaba una falda de *tweed* que caía recta desde sus caderas; la camisa de seda ceñida y la chaqueta de *tweed* libraban una batalla —en la que llevaban la peor parte— por contener sus rotundos pechos. Janette se detuvo ante el escritorio y le miró con una sonrisa.

—Las seis semanas han pasado.

—Sí —asintió él.

—Las cosas no son tan sencillas como yo creía que eran.

—Rara vez lo son —sonrió él. Levantó una pluma de su escritorio—. Pero lo has hecho bien. Solo tengo informes positivos de tu trabajo. Te las has arreglado para hacer las preguntas adecuadas.

—Todavía tengo mucho que aprender —dijo ella. Johann levantó la vista y la miró prolongadamente.

—Así conseguirás también las respuestas acertadas. —Volvió a dejar la pluma sobre la mesa—. Pero no tienes que sentirte desanimada. Todos tenemos muchas cosas que aprender.

—He cambiado de opinión. No me iré a Estados Unidos con Maurice la semana que viene.

—¿Cuál es el motivo? —Por primera vez había sorpresa en su voz.

—He aprendido lo suficiente para saber que todavía no estoy preparada. Cuando vaya, quiero estar capacitada para presentar a imagen de mí que esperan los americanos de una persona dedicada a este tipo de negocios.

—Temo no entenderte —confesó Johann.

—¿Puedo sentarme? —Ahora le tocaba a ella sonreír.

—Naturalmente —replicó él sintiéndose repentinamente confuso—. Lo siento, no me he dado cuenta. —La observó mientras se sentaba frente a él.

Fue como si Janette le adivinara el pensamiento:

—¿Te recuerdo a mi madre?

—Sí —contestó él—. Muchísimo. Especialmente cuando te veo sentada aquí.

—Ya lo sé —sonrió ella—. Me lo dicen muchas personas. Ya sé que para ellos es un cumplido, pero esa es una de las razones que tengo para no irme ahora a los Estados Unidos. Mi madre, para hacer lo que hacía nunca necesitó tener aspecto francés; pero si yo voy a los Estados Unidos, será mejor que me fije en cómo esperan los americanos que sea una mujer francesa; de otro modo nunca conseguiré hacerles creer que represento las cosas elegantes de la vida francesa. Buena ropa, estilo elegante y buenos vinos. Físicamente no doy el tipo.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó él.

—He ido a los pases de modelos con Jacques —replicó ella—. Y he visto lo que buscan y esperan los clientes americanos. Y yo no doy el tipo. Soy demasiado grande. En todos los sentidos. Shiki tenía razón.

—Pues en lo que a eso se refiere no puedes hacer gran cosa —dijo él.

—Para empezar puedo perder algo de peso —dijo ella—. Sesenta y seis kilos son demasiados kilos; para mi estatura, si quiero tener buen aspecto, el máximo son cincuenta y cinco.

—Además puedes acabar enferma —dijo él.

—No lo creo —afirmó ella—. En Suiza hay una clínica, no lejos del colegio al que yo iba. Hacen cosas extraordinarias y todo está supervisado por médicos. Con diez kilos menos podré vestirme cualquier cosa de Shiki.

—Bueno, eso no es tan importante —afirmó él.

—Yo creo que lo es —dijo ella seriamente—. Si voy a dedicarme a este negocio, lo más importante es tener una apariencia adecuada al mismo.

—¿Has hablado ya con Maurice? —dijo tras unos momentos de silencio.

—No se lo he contado a nadie —dijo sacudiendo la cabeza—. Ni siquiera a Jacques. Tú eres el primero en saberlo.

—Jacques será el que más se disguste —dijo Johann—. Había planeado encontrarse contigo en Nueva York un mes después de tu llegada.

—Ya lo sé —dijo ella sonriendo repentinamente. Se levantó y la sonrisa desapareció de su rostro tan rápidamente como había llegado. Su voz se hizo casi fría—. Tiene no sé qué idea estúpida de llevarme a Las Vegas para casarse conmigo. Dice que no necesitaría autorización ninguna, pues allí basta con tener más de dieciocho años.

Johann la observó en silencio.

—Es un loco, un cazadotes —dijo ella.

Johann siguió en silencio.

—Estaré fuera dos meses —dijo ella—. Según los médicos de la clínica, es el tiempo que me costará ponerme en forma sin poner en peligro mi salud. Excepto tú, nadie sabrá dónde estoy. Quiero que me libres de él hasta entonces.

—Pero creía que tú... —Johann intentó ocultar el tono de sorpresa que afloraba en su voz. Allí no había secretos. En aquellos momentos todo el despacho conocía el lío que había tenido Janette con Jacques.

—Él ha estado utilizándome a mí, exactamente igual que utilizó a mi madre —dijo ella con perfecta frialdad—. Estoy segura de que ella le aguantaba por alguna razón de peso. Y yo también. Pero ya no seguiré siendo utilizada por él. Ya he aprendido todo lo que tenía que enseñarme.

—Pero él hace un trabajo importante —dijo Johann—. No será fácil sustituirlo.

—Será muy fácil —dijo ella con seguridad.

—Yo no estoy tan seguro —replicó él dubitativamente—. ¿Ya has pensado en alguien?

—Naturalmente que sí. ¿Crees que te propondría algo así si no lo hubiera hecho?

—¿Quién? —preguntó él.

Ella le miró y, por primera vez, Johann vio la dureza invencible de sus ojos negros como el carbón. Su voz carecía totalmente de expresión.

—Yo.

Johann se concentró intensamente preparándose para el esfuerzo que sabía le esperaba.

—Tendré en cuenta tu sugerencia —dijo—. Todavía no estoy seguro de que puedas efectuar ese trabajo.

—¿Cómo puedes seguir con él? —por primera vez asomaba la sorpresa a la voz de Janette—. ¿Sabes cómo te llama a tus espaldas? El nazi, el huno, el *boche*.

—No es motivo suficiente —dijo él sonriendo lentamente—. Si lo fuera, en todo el despacho no habría ninguna persona que trabajara para nosotros. Soy alemán. No espero que me amen; solo espero que hagan su trabajo.

—¿Qué tengo que hacer para convencerte de que puedo hacer ese trabajo? —dijo ella tras pensárselo unos momentos.

—Cuando vuelvas, puedes trabajar como ayudante con él. Si al cabo de seis meses estoy satisfecho, haremos lo que acabas de sugerirme.

—Jacques esperará que yo folle con él —dijo ella tras tomar aliento profundamente.

—El problema es tuyo, no mío —dijo Johann.

—¡Yo podría mandar el asunto al infierno y casarme con él! —dijo repentinamente enfurecida.

—No puedo impedírtelo —dijo él; sorprendentemente, se rio—. Pero entonces nunca te librarías de él.

Janette guardó silencio durante unos momentos y a continuación también ella se rio.

—Ahora sé por qué mi madre te escogió —dijo—. Lo haremos como tú dices, Johann.

—No hay otro modo de hacerlo —replicó él.

—De todos modos, sigo sin querer que nadie sepa adónde voy —dijo Janette.

—Nadie lo sabrá —contestó él.

Johann miró cómo se cerraba la puerta tras ella y, al cabo de un rato, empuñó el teléfono y puso una conferencia con los Estados Unidos. Mientras esperaba la respuesta, recordó la negrura de sus ojos. Algún día tenía que suceder. Ahora se daba cuenta. En cierto modo, siempre lo había sabido.

Pero no podía evitarlo. Aun cuando Janette llegara a su mayoría de edad, todavía tendría que proteger a Lauren. Si hubiera modo de apartar a Lauren del asunto sin sacrificar los derechos de la criatura, podría sentirse libre. De alguna manera se diría que pasaba la vida pagando deudas con la muerte. Quizá fuera este el momento de hacer una inversión en su propia vida.

Janette salió de la ducha y, envolviéndose en la gruesa toalla, se miró en el espejo mientras sacudía el cabello quitándose el gorro de baño. Se secó los hombros con otra toalla. Mirando por el espejo vio a sus espaldas que la puerta del baño estaba abierta. Se dio la vuelta.

Allí estaba Lauren mirándola. La niña tenía unos ojos sombríos de color azul enmarcados por rizos dorados. Silenciosamente, observaba a Janette. Esta, secándose el cabello con la toalla, preguntó:

—¿Qué pasa, *chérie*?

—*Monsieur le marquis* está en la biblioteca. Le gustaría verte.

—De acuerdo, bajaré dentro de un momento —dijo volviéndose hacia el espejo. Vio en su reflejo a Lauren, que seguía esperando. Los ojos de la niña se llenaron de lágrimas. Janette, volviéndose rápidamente, se arrodilló junto a la niña—. ¿Algo va mal, *chérie*?

—¿Qué es una medio hermana? —preguntó Lauren reprimiendo un sollozo.

—¿Medio hermana? —repitió Janette—. No sé qué quieres decir.

—*Monsieur le marquis* ha dicho que tú eras eso. Me ha dicho: ve a decirle a tu medio hermana que la estoy esperando. Ha dicho también que no era de buena educación llamarle *monsieur le marquis*, que tengo que llamarle papá. Yo le he dicho que tú no le llamas papá y me ha contestado que es porque él no es tu padre y sí el mío, y que por eso tú eres mi medio hermana. —Ahora Lauren lloraba francamente.

—*Merde* —dijo Janette cogiendo a la niña y abrazándola—. No le hagas ningún caso, querida. Yo soy tu hermana mayor y eso es todo. Y no tienes que llamarle papá porque no es tu padre del mismo modo que no es el mío.

—Entonces, ¿por qué ha dicho que lo es? —preguntó Lauren con descaro infantil.

—Porque es lo que le gustaría ser. Pero no lo es.

—Entonces, ¿quién es mi papá? —preguntó Lauren.

—Tu papá ya no está, igual que mi papá.

—¿Tú le conoces? —preguntó Lauren.

—No —replicó Janette—. Pero tampoco he conocido al mío.

—¿Por qué somos hermanas, entonces? ¿Cómo lo sabemos?

—Porque tenemos la misma madre —dijo Janette.

—¿Y tú la conoces?

—Sí, querida —contestó Janette.

—¿Y yo por qué no la conozco? —preguntó Lauren.

—Cuando tú eras una niña pequeña, tuvo un accidente —respondió Janette.

—Ella está muerta, ¿verdad? —preguntó la niña—. ¿Como nuestros papás?

—Sí —respondió Janette con amabilidad. Besó a Lauren en la mejilla—. Pero no

tenemos que preocuparnos. Nos tenemos la una a la otra.

Lauren se echó hacia atrás y se frotó la nariz con el dorso de la mano.

—¿Nuestra madre era una señora buena?

—Muy buena.

—¿Era guapa?

—Era una de las damas más bellas de París —dijo Janette—. Te quería mucho.

—¿A ti también te quería?

—Sí —asintió lentamente Janette.

—Me da pena no haberla conocido —dijo Lauren tras quedarse pensativa unos momentos—. A veces me gustaría tener mamá.

Janette no dijo nada.

—¿Crees que tú podrías ser mi mamá? —La niña interrogó los ojos de Janette.

—¿Cómo podría ser eso? No puedo ser a la vez tu hermana y tu madre.

—No digo de verdad, Janette —replicó la niña de inmediato—. Quiero decir jugar a ser mi madre. Alguna vez, cuando estemos las dos solas. No se lo diremos a nadie. Aunque sea de mentira estaría bien tener mamá.

Janette pensó unos momentos y luego asintió.

—De acuerdo. Pero solo de mentira, ¿te acordarás?

Una sonrisa radiante recorrió los rasgos de Lauren, que rodeando a Janette con sus brazos la besó en la mejilla.

—Gracias —le dijo.

Janette la abrazó estrechamente y luego la soltó.

—De acuerdo, nena —dijo—. Ahora vete a la cama.

—Buenas noches, mamá. —Lauren la besó de nuevo y salió corriendo de la habitación.

Janette se miró en el espejo, terminó de secarse el pelo y se lo cepilló y peinó lentamente. Hasta que llegó a la escalera no se dio cuenta de que, automáticamente, se había puesto el sujetador negro y las bragas negras que Maurice quería que vistiera.



Cuando Janette abrió la puerta de la biblioteca, él estaba tras ella y no pudo verle hasta que volvió a cerrarla. Antes de que Janette pudiera hablar, Maurice le abofeteó cruelmente las mejillas haciéndola caer en el suelo con las faldas por encima de las caderas.

Él se quedó unos momentos mirándola y a continuación metió violentamente una mano entre las piernas de ella. Las bragas negras estaban empapadas de humedad. Maurice le rascó el pubis con garra perversa buscando las contorsiones del dolor en su rostro mientras la humedad empapaba su mano.

—¡Putas! —dijo él; en su voz había una nota de satisfacción. Poniéndose en pie la empujó con el extremo de su puntiagudo zapato—. ¡Putas!

Janette observó en silencio cómo caminaba para ir a sentarse en un sillón frente a ella. Recuperando el aliento, se puso en pie. Sentía que las piernas le temblaban todavía.

—¡Puerca! —dijo con tono de voz normal—. ¿Qué especie de juego te traes conmigo?

—No estoy jugando a nada —su voz sonaba sombría.

—Lo he preparado todo para ir a Estados Unidos —dijo él—. Ahora me entero de que no vas a ir.

—He cambiado de opinión —dijo ella.

—¿Que has cambiado de opinión? —repitió burlonamente—. Creía que querías aprender algo más sobre tus negocios.

—Eso me aburre —dijo ella—. ¿Por qué habría de trabajar? Me va bien así. Tengo dinero suficiente.

—¿Y tienes intención de dejar que ese nazi siga sangrándote?

Janette no respondió. En vez de hacerlo, dándose la vuelta se acercó al aparador que había junto a la chimenea. Sirvió un poco de pastís en un vaso y, añadiéndole el agua, lo sacudió suavemente hasta que una nube blanca y lechosa lo llenó. Lo sorbió rápidamente y se volvió hacia él sintiendo que recuperaba las energías.

—No me interesa, esto es todo —dijo.

Maurice se movió rápidamente; el vaso salió disparado de su mano casi antes de que se diera cuenta de que lo tenía encima. Janette giró la cabeza intentando evitar que volviera a pegarle, pero no fue lo suficientemente rápida. Se estrelló contra el suelo junto a la chimenea. Con los ojos llenos de pánico vio cómo se acercaba.

Giró y empuñó un pequeño atizador de hierro. Blandiéndolo con ambas manos, se alejó de él mientras se incorporaba. Con aspecto salvaje, empezó a asediarle.

Maurice se retiró en el preciso momento en que el atizador iba a alcanzarle. La miró, casi paralizado ante su salvaje violencia. Janette le escupió unas palabras:

—¡Vuelve a tocarme y acabaré lo que empezó mi madre!

—¡Tú estás loca! —dijo él—. ¡Eres como ella!

—¡Fuera! —gritó ella acercándosele—. ¡Fuera!

Maurice corrió hacia la puerta y miró a sus espaldas con la mano en el tirador.

—Escúchame —dijo—. Solo intentaba evitar que lo perdieras todo.

—Ya cuidaré yo de mí misma —dijo ella—. Tú límitate a estar lejos de mí, de esta casa y de mi hermana o te mataré. ¡Ahora, vete!

—Algún día me pedirás ayuda de rodillas —dijo él dando un portazo a sus espaldas.

Janette miró unos momentos la puerta cerrada; se le doblaron las piernas y cayó en el sofá mientras el atizador se deslizaba de su mano al suelo. Cerró los ojos entregándose a la ola de calor que surgía de entre sus muslos. Casi automáticamente deslizó una mano bajo sus bragas. Un orgasmo la traspasó casi en el momento en que tocó con los dedos su abultado y húmedo clítoris.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó enterrando la cabeza entre sus brazos; y empezó a llorar.



Heidi le vio en pie junto a la barandilla mientras se acercaba a la policía del departamento de inmigración. Le saludó con la mano mientras entregaba el pasaporte por la estrecha ventanilla. Él, sonriendo, le devolvió el saludo. Entonces se dio cuenta del ramillete de flores que llevaba él en la otra mano. El policía puso un sello en su pasaporte y se lo devolvió. Heidi lo recogió y casi echó a correr hacia la barandilla.

Durante unos momentos permanecieron paralizados y mirándose mutuamente; entonces él le ofreció el ramillete casi tímidamente. Heidi lo cogió, le miró a la cara y cayó en sus brazos.

—Hasta el último momento he temido que no vinieras —le murmuró Johann con voz ronca al oído. La voz de Heidi sonó temblorosa a un paso de la risa y de las lágrimas:

—Hasta el momento en que me llamaste, temí que no llegaras a pedírmelo nunca. Se separaron. Heidi contempló el ramillete.

—Las flores son bonitas. No tenías que haberlo hecho.

Johann rio mientras cogía la pequeña maleta que llevaba Heidi.

—Vamos, recojamos el resto de tu equipaje.

En la *autoroute* de Orly a París la circulación era lenta.

—Es la hora punta de mediodía —explicó él.

—No me importa —respondió ella.

—¿Has dormido en el avión?

—Un poco —dijo Heidi.

—En cuanto lleguemos a casa podrás bañarte. Luego descansa un poco y te encontrarás mejor.

—Me encuentro muy bien —dijo ella rápidamente—. Estoy excitada.

—Espero que no estuvieras tan excitada como para olvidar tus papeles.

—Los he traído todos —dijo ella.

—Muy bien —replicó Johann—. Tengo un amigo en la *Mairie*. Me ha dicho que nos lo arreglará todo rápidamente. No costará más de diez días.

—¿Tanto? —Dijo con tono consternado—. En los Estados Unidos hubiera sido cuestión de una noche.

—Pero esto es Francia, ¿recuerdas? —y se rio de nuevo.

—No me importa —asintió Heidi, buscando su brazo—. Aunque tardara una eternidad, mientras pueda estar contigo...

—Estarás conmigo —dijo él. La miró de nuevo—. He hecho limpiar y pintar el apartamento, pero si no te gusta, puedes cambiarte a donde quieras.

—Estoy segura de que me irá bien —dijo ella—. Después de todo, será solo por dos años.

Johann guardó silencio.

—¿Piensas de verdad lo que me dijiste? —preguntó ella de improviso.

—Lo pienso —asintió él—. Creo que cuando Janette llegue a los veintiún años estará muy contenta de tenerme lejos.

—No estarás preocupado por eso, ¿verdad? —Heidi estudió sus rasgos mientras él conducía.

—De verdad que no —replicó él—. Lo único que me inquieta es la pequeña Lauren. Tendré que buscar un modo de asegurarle protección.

—Tienes dos años para hacerlo —dijo ella—. Y estoy segura de que lo lograrás —hizo una breve pausa—. Tengo ganas de conocer a Janette.

—Tendrás que esperar un mes —dijo Johann riéndose—. En estos momentos está en una clínica suiza.

—¿Y qué ha ido a hacer allí?

—Nada —contestó él—. Cree que ya es hora de tener aspecto de modelo.

—¿Está gorda?

—En modo alguno —dijo él—. Pero es como su madre, de complexión grande.

—Los niños tienen montones de ideas raras —afirmó ella.

Johann la miró y luego habló con voz pensativa:

—Janette no es una niña. Ni creo que lo haya sido nunca.



—Johann se casa esta semana —dijo Jacques.

—No me lo creo —comentó Maurice haciendo una seña al camarero para que le sirviera otra copa—. ¿La conozco a ella?

—No la conoce ninguno de nosotros —informó Jacques sacudiendo la cabeza. Es americana. Tengo entendido que su padre es muy rico.

—¿Es joven?

—Creo que tiene unos treinta años. El otro día se presentó en el despacho. Es muy atractiva. Me parece que sus padres son alemanes.

—¿Y a qué se dedican? —preguntó Maurice.

—No lo sé. —Jacques se encogió de hombros.

—No sería mala idea enterarse —comentó Maurice—. Johann no es tonto. Tiene que existir alguna relación con sus planes empresariales.

—Ya veré si me entero de algo —dijo Jacques—. ¿Has conseguido descubrir dónde está Janette?

—Nada de nada —replicó Maurice—. Parece haber desaparecido; me pregunto si lo sabe alguien.

—Johann lo sabe —dijo Jacques con tono de confidencia—. Es el único que no tiene curiosidad. Pero no dice nada.

—Eso lo puede fastidiar todo —afirmó Maurice—. Será mejor que tengamos los ojos abiertos o perderemos el asunto.

—¿Crees de verdad que aún tenemos alguna oportunidad? —preguntó Jacques.

—Ahora que Johann se casa, quizá tengamos más oportunidades que antes. A Janette quizá no le guste la idea de que él tenga más intereses que los referidos a ella misma. Si Janette tiene la impresión de que Johann se preocupa por otros asuntos, quizá se vuelva hacia nosotros.



Janette se bajó de la báscula dirigiéndose al médico:

—Solamente cuatro kilos —dijo—. No es mucho.

—Estoy satisfecho —dijo sonriendo el doctor Schnidler—. Es algo más de un kilo por semana. Si intentamos ir más rápidos, perderemos la tersura de la piel rápidamente y aparecerán pliegues.

—Mis pechos ya están colgantes —dijo ella.

—¿Ya hace usted los ejercicios que le dije? —y uniendo las palmas de las manos ante su propio pecho, tensó los músculos del torso hasta que ella pudo verlos moverse a través de la camisa.

—Me paso el día caminando y haciendo eso como una idiota —replicó ella—. Creo que no funciona.

—Cada cosa requiere su tiempo —sonrió él—. Hay que tener paciencia. —Tomó notas en una tarjeta—. Tenemos que ser muy cuidadosos para no desarrollar músculos que luego puede ser imposible ocultar.

—Merde. —Janette se dejó caer en una silla, al otro lado de la mesa—. Otra cosa. Estoy todo el día nerviosa, inquieta.

—Suprimiré inyecciones. A partir de ahora serán solo dos por semana en vez de un día sí y otro no. ¿A que ya no siente hambre?

—No —dijo ella sacudiendo la cabeza.

—Muy bien —asintió el médico—. Le recetaré dos masajes diarios y alargará sus sesiones de natación; en vez de media hora, una hora entera.

—Todo esto se me hace muy aburrido.

—Janette, no pretendemos que esto sea un lugar de diversión —dijo él sonriendo—. Este es un asunto serio. Usted ha acudido a nosotros para que le ayudemos a solucionar su problema e intentamos hacerlo lo mejor posible.

—No estaría mal que proporcionaran algunas diversiones por la noche para que la gente pudiera relajarse un poco.

—¿Por ejemplo?

—Películas, música, algo. No sé lo qué. Algo que nos aparte de la cabeza la monotonía de la rutina.

—Es una buena idea —asintió—. Nos ocuparemos de ello.

—De ese modo los pacientes no se sentirían como si estuvieran en una especie de cárcel. Además, ¿cuántas conferencias dietéticas y gimnásticas se pueden aguantar?

—Tiene usted razón —rio el médico—. Nunca se me había ocurrido.

—Así, además podría hacer más negocios —dijo ella—. Especialmente si consigue que parezca algo divertido.

—¿Qué tal duerme? —dijo él asintiendo y escribiendo algo en la tarjeta.

—No muy bien —contestó—. Como ya le he dicho, estoy inquieta.

—Puedo darle una pastilla —dijo él—. Pero uno de sus posibles efectos secundarios sería la retención de líquido, y eso sería perjudicial.

—Me arreglaré —dijo ella sonriendo—. La masturbación es el mejor tranquilizante natural.

—¡Qué grande es ser joven! —rio el médico. Se levantó—. Lo está haciendo usted muy bien. Persevere, solo serán cinco semanas más. —La acompañó a la puerta del despacho—. Le garantizo que quedará satisfecha.

—Me consideraré feliz si no me cuelgan los pechos hasta el vientre —contestó Janette.

—No se preocupe por eso —dijo él—. No sucederá. Pero aunque sucediera, también tenemos un tratamiento adecuado.



—Es una cuestión de rutina, *herr* Schwebel —dijo el banquero a Johann; su voz llegaba lejana y crepitante por los cables telefónicos desde Suiza—. *Madame la marquise* nos dejó instrucciones de que si no teníamos noticias suyas en un período de tres años, nos pusiéramos en contacto con usted para pedirle instrucciones referentes a las propiedades que tiene depositadas en nuestra caja de seguridad.

Johann se quedó en silencio unos momentos. En todos aquellos años Tanya nunca había mencionado que tuviera propiedades o cualquier otra cosa en un banco suizo.

—¿Tiene usted alguna idea de la naturaleza de los bienes? —preguntó en tono circunspecto y usando un prudente lenguaje; aunque estuvieran hablando en alemán, nunca se puede saber si hay alguien que escucha la conversación.

—No en cuanto al contenido —repuso el banquero—. En lo que a nosotros nos concierne, se trata de seis grandes cajas de seguridad dejadas por la *marquise* en 1944 y durante un período de veinte años. El precio del alquiler fue pagado por adelantado.

—Ya veo —dijo Johann pensativo. 1944. Era el año en que fueron a Suiza—. Así que de momento no hay ningún problema urgente, ¿no?

—Ninguno —dijo el banquero—. Como ya le he dicho, es mera rutina. Nos limitamos a seguir instrucciones.

—¿Tienen ustedes un duplicado de la llave? —preguntó Johann.

—No —replicó el banquero—. *Madame* tiene la única llave.

—Naturalmente, usted sabrá que *madame* murió.

—Sí —contestó el banquero—. Pero, siempre siguiendo órdenes, no nos hemos puesto en contacto con usted hasta que ha transcurrido el plazo estipulado.

—Naturalmente —dijo Johann. Todos los banqueros eran iguales. Concedían más importancia a la rutina que a los hechos—. Permítame que vuelva a revisar los

papeles de *madame* para ver si dejó algunas instrucciones concretas al respecto y le volveré a llamar.

—Gracias, *herr* von Schwebel —dijo el banquero.

Johann sonrió para sus adentros. Ahora que el banquero estaba seguro de que él se hacía cargo del asunto, le ascendía del mero *herr* Schwebel al *herr* von Schwebel. El dinero y la autoridad eran una combinación irresistible.

—Tengo pensado ir a Suiza dentro de unas semanas —dijo—. Quizá podamos reunirnos para tratar del asunto.

—Estoy a su disposición, *herr* von Schwebel —dijo el banquero—. Mientras tanto, si tuviera la amabilidad de escribirnos una carta reconociendo que nos hemos puesto en contacto con usted según las instrucciones, nuestros expedientes estarían al día.

—Enviaré la carta inmediatamente —dijo Johann. Se despidieron educadamente y Johann devolvió el teléfono a la horquilla. Leyó las notas que había tomado en el cuaderno. Allí estaba toda la información. El banco y el nombre del banquero. Todo. Repentinamente rasgó el papel y lo guardó cuidadosamente en su cartera. A continuación arrancó las cinco páginas siguientes del cuaderno y las tiró a la papelería. Iba a llamar a su secretaria para dictarle la carta destinada al banquero, pero cambió de opinión. Escribiría la carta él mismo y la echaría al correo. También estipularía que a partir de entonces el banquero se pusiera en contacto con él en su casa. No tenía ningún interés en dejar el menor indicio de este asunto en las proximidades del despacho.

Miró su reloj. Heidi ya tenía que haber vuelto al apartamento. Con una novia preocupada por el futuro, había estado de compras ocupándose de su traje de boda. Un traje, había señalado cuidadosamente, no un camisón. Heidi cogió el teléfono.

—¿Has encontrado algo? —preguntó.

—Sí. Es bonito —su voz sonaba excitada.

—¿Dónde?

—En Maggy Rouff —replicó—. Y he conseguido un veinte por ciento de descuento porque he dicho tu nombre.

—Magnífico —rio él—. ¿Cuándo podré verlo?

—No antes de la boda —replicó ella—. Al novio le trae mala suerte ver a la novia vestida de boda antes de tiempo.

—De acuerdo, esperaré —dijo él—. ¿Sabes algo de tu padre?

—Sí, hace unos minutos —dijo—. Vendrá para la boda.

—Muy bien. Estoy deseando conocerle.

—El también —dijo ella.

—¿Has estado alguna vez en Suiza? —preguntó él.

—No.

—Conozco un hotelito encantador en las montañas, no lejos de Ginebra —dijo Johann—. ¿Te gustaría pasar allí nuestra luna de miel? Es muy pequeño y tranquilo.

Y hay posibilidades de que estemos solos.

—Me apetece tanto que no puedo esperar —dijo ella.

—Entonces haré las reservas —concluyó Johann—. ¿Dónde te gustaría ir a cenar?

—Sería agradable que esta noche cenáramos en casa —dijo ella—. Después de todo ni siquiera sabes si sé cocinar.

—Es verdad —contestó él—. Pero la verdad es que nunca se me había ocurrido pensarlo. Me interesaban más otras cosas.

—Bueno, pues también sé cocinar —rio Heidi—. Ya lo verás.

Johann colgó el teléfono. Seis grandes cajas de seguridad. Desde 1944. Cerró los ojos intentando recordar todos los sucesos de aquel año, pero no encontró nada que pudiera indicarle cuál era el contenido de las cajas. El caso es que allí estaban.

Y lo que allí había tenía suficiente valor y era suficientemente importante para Tanya como para que esta hubiera procurado su seguridad durante veinte años. Además, quizá fuera lo único que nunca había contado a nadie, ni siquiera a él.

Respiró profundamente. Al día siguiente iría a su banco, volvería a sacar todos los papeles de Tanya y los revisaría. En alguna parte tenía que estar la clave de todo aquel asunto. Y también tenía que estar en algún sitio la llave de la caja de seguridad.



—Tiene una cervecería —dijo Jacques.

—¿Quién? —inquirió Maurice sorprendido.

—El padre de la prometida de Johann —informó Jacques—. Es muy rico. Las cervecerías Mayer de Minneapolis.

—Johann lo ha hecho muy bien. —Maurice estaba impresionado—. Ya conozco esas cervezas. Twin Cities Beer. Son muy populares en los Estados Unidos. Ya me imagino cómo la conoció.

—Ella estuvo casada anteriormente y se divorció. Luego trabajó durante varios años comprando diseños de modas para unos grandes almacenes del Medio Oeste y venía aquí cuatro veces al año. Su secretario le contó al mío que se conocieron en uno de los pases de modelos de Shiki.

—¿Ha hecho Shiki negocios con ella?

—Que yo sepa, no —dijo Jacques sacudiendo la cabeza—. Shiki no ha trabajado en Estados Unidos.

—Muy bien —dijo Maurice—. Siempre hay ocasiones. El pesado, monótono y aburrido Johann se ha hecho con un patrimonio de más de veinte millones de dólares.

—¡Bromeas! —dijo Jacques con tono incrédulo.

—No, nada de eso —replicó Maurice.

—Me pregunto si Johann lo sabría cuando la conoció —inquirió Jacques.

—Ahora, eso es lo de menos —dijo Maurice riéndose. Bebió un trago de su copa—. Johann... —dijo moviendo la cabeza con estupefacción.

—También he oído que su padre vendrá la semana que viene para asistir a la boda —dijo Jacques—. Al parecer, es hija única y por ese motivo viajará a Europa por primera vez en más de treinta años. Johann le ha reservado una *suite* grande en el Hotel Georges V.

—Esto está cada vez mejor —dijo Maurice.

—No comprendo —dijo Jacques.

—Johann debe estar haciendo sus propios planes —dijo Maurice mirándole—. De aquí a dos años Janette será mayor de edad. Entra en el negocio como dueña, mientras que él sigue siendo solamente fideicomisario y empleado. Hará algo. Lo presiento. —Bebió otro trago—. Me pregunto si Janette se dará cuenta.

—No lo sé —dijo Jacques—. Nadie sabe todavía dónde está. La noche pasada incluso fui a La Coupole, por donde suelen andar sus amigos. Ni siquiera Marie Thérèse sabe dónde está ella. Y eso que son inseparables desde niñas, en el colegio.

—Ya sé quién es Marie Thérèse —dijo Maurice—. Y si ella no lo sabe, no lo sabe nadie. De todos modos, me gustaría saber qué opina Janette al respecto.

—Bueno, solo tenemos que esperar a que vuelva —dijo Jacques.

—Supongo que sí —comentó Maurice pensativo—. Este fin de semana yo me voy a Nueva York. Estaré en el Pierre. Mantenme informado de lo que pase.

—Desde luego. —Jacques sonrió—. Si sucede algo interesante, serás tú el primero en saberlo.



El doctor miró el peso por encima del hombro de Janette.

—Siete kilos —dijo con tono satisfecho—. Ya vamos llegando. —El médico volvió a su escritorio sentándose en el borde frente a ella—. ¿Cómo se encuentra usted?

—No me gusta mi aspecto —replicó ella.

—¿Algo va mal? —preguntó.

—A pesar de todos los ejercicios mis pechos cada vez están más flácidos y empiezan a colgarme las nalgas. Y al tener la cara más delgada, la nariz parece más larga.

—Son solo cinco semanas —dijo él—. Su cuerpo está acostumbrándose todavía. En cuanto lleguemos al peso que nos interesa, empezaremos a preocuparnos de lo demás.

—¿Cuánto habrá que esperar todavía? —preguntó Janette.

Cogió el gráfico y lo estudió unos momentos; a continuación sacó una cinta métrica.

—Quítese el traje de baño.

Janette se quitó el ceñido traje de baño, lo dejó caer y retiró los pies. Él le señaló una pequeña plataforma situada en una esquina de la habitación y Janette subió a ella. Rápida e impersonalmente empezó a tomarle las medidas empezando por el cuello. El

pecho por debajo de los brazos, los pechos a la altura de los pezones, ambos brazos, la cintura, la cadera a la altura de la pelvis, el centro de las nalgas, las partes alta y baja de los muslos y, por fin, las pantorrillas y los tobillos. Tras cada medida tomaba notas. Al final dejó sobre la mesa la cinta métrica y el gráfico. Poniéndose ante ella, la miró con ojo crítico.

—Estire los brazos por encima de la cabeza todo lo que pueda uniendo las palmas de las manos y poniéndose de puntillas.

Janette hizo silenciosamente lo que le pedía. El médico le dio la vuelta lentamente parándose de nuevo frente a ella. Janette solo pudo ver en su rostro el juicio profesional.

—Ahora ponga los brazos en los costados y quédese en posición normal —dijo.

El médico volvió a caminar lentamente a su alrededor.

—Con su permiso, me gustaría comprobar la respuesta muscular.

Ella asintió en silencio.

Con rostro siempre impasible, colocó una mano bajo cada sobaco situando los pulgares en lo alto de sus pechos, sobre los senos. Movié lentamente los pulgares subiendo y bajando sus pechos.

Janette sintió que sus pezones empezaban a endurecerse y a agrandarse, y rio nerviosamente.

—No se sienta molesta —dijo él rápidamente—. Es normal.

—No lo dudo —rio ella—. Es lo más divertido que me ha pasado desde que llegué aquí.

Él rio también poniendo una mano abierta sobre el estómago de Janette.

—Intente tensar el músculo todo lo posible apretándose contra mi mano. —Unos momentos después volvió a decir—: Está muy bien. Ahora haga lo mismo con cada nalga cuando le ponga las manos sobre ellas.

El médico se puso a sus espaldas, Janette sintió la palma de una mano contra sí y tensó el músculo. Entonces sintió que su dedo apretaba la nalga por abajo con firmeza y la subía lentamente. Poco después repitió el proceso con la otra nalga. Terminó y volvió a su escritorio, sentándose.

—Ya puede volver a ponerse el traje de baño.

Janette se lo puso y se acercó a la mesa.

—¿Qué le parece, doctor?

Este terminó de tomar algunas notas en el gráfico y levantó la vista hacia ella.

—Siéntese —dijo.

—¿Algo va mal? —preguntó ella en cuanto estuvo sentada.

—Nada va mal —dijo él tranquilizadamente—. Estamos cumpliendo todo lo que nos habíamos propuesto. Precisamente en este momento de la operación hemos de examinar algunas posibilidades que se le ofrecen.

—No comprendo —dijo ella.

El médico se recostó en su silla y habló con tono casi profesoral:

—Lo que pretendemos es prácticamente una reestructuración completa de su cuerpo. De natural es usted de una manera, y la estamos convirtiendo en algo más satisfactorio. La mayor parte del éxito que perseguimos depende de la capacidad de su cuerpo para ajustarse a las nuevas exigencias que le planteamos. Entrenamos a ciertos músculos para que trabajen más y se equilibren con los otros. Unas veces esto no se consigue tan rápidamente como quisiéramos; otras, simplemente no se consigue, los músculos mismos no son capaces de cubrir las exigencias que le planteamos. Ahora nos hallamos en el momento en que hemos de decidir hasta qué punto queremos llegar.

—¿Quiere decir que no puedo equilibrar la pérdida de peso? —preguntó Janette.

—No digo eso —corrigió él—. Estoy seguro de que sus músculos pueden hacerlo, pero costará tiempo. Antes de conseguir los resultados óptimos que usted pretende, los músculos han de desarrollarse durante un período de varios años. —Eché un vistazo a su gráfico—. En estos momentos ha perdido usted el setenta por ciento del peso propuesto; sus medidas varían en varias partes de su anatomía entre un ocho y un catorce por ciento menos que cuando llegó aquí. Todo esto es muy satisfactorio y llegados a este punto creo que no debemos intentar pasar más allá en la pérdida de peso o en la reducción de formas. De todos modos, me preocupa la compensación de los factores de apariencia externa. A pesar de los ejercicios y tratamientos, los músculos no responden a las exigencias que se les hacen tan rápidamente como sería de desear. Por eso debemos tomar en consideración otras opciones que están a nuestro alcance.

—¿Qué opciones? —preguntó ella.

—Cirugía menor correctiva —replicó el médico—. Le evitará años de esfuerzo por su parte y conseguirá de inmediato lo que desea.

—Pero dejará cicatrices —dijo ella de inmediato.

—Muy finas —dijo él—. Y resultarán invisibles a no ser que se las busque. Trabajamos en los pliegues naturales y arrugas del cuerpo de modo que queden completamente escondidas.

—¿Hay efectos secundarios o posibilidades de que no salga bien?

—Disponemos de técnicas desarrolladas durante la guerra. Hemos tratado a más de un millar de pacientes sin problemas.

—¿Y cuánto tiempo supone todo el proceso? —preguntó ella.

—La parte quirúrgica en sí es mínima. El período de recuperación antes de volver a la vida normal es de dos semanas. Las cicatrices se normalizarán, es decir, serán absorbidas por la piel, en unos tres meses. Pero desde el momento en que por lo general todas quedan cubiertas por la ropa, no hay ningún problema.

—¿Y si decido rehacerme la nariz?

—En un máximo de dos semanas todas las señales y bultos desaparecerán sin dejar rastro.

Janette permaneció tranquilamente sentada durante un rato.

—¿Por qué no se lo piensa? —sugirió—. No hay prisa para tomar una decisión.

—Ya la he tomado —dijo ella mirándole y con voz firme—. Ya me he hecho a la idea. Haremos la cirugía.

—¿Está segura? —la miró.

—¿Cuándo se puede hacer? —preguntó ella asintiendo.

—Me pondré en contacto con el cirujano —replicó él—. Tendrá que examinarla antes personalmente. A continuación, intentaremos inscribirla lo antes posible.

Cuando Janette salió del despacho, el médico se quedó mirando la puerta, tomó el teléfono y llamó al cirujano. Mientras esperaba que este se pusiera al teléfono, se dio cuenta de que estaba pensando en ella. En aquella muchacha había una conducta y un sentido del poder. Tenía solamente diecinueve años y ya daba la impresión de que no era la vanidad, como en sus otros pacientes, lo que la impulsaba a actuar así. Generalmente se trataba de personas mayores que querían ser más jóvenes. Los motivos de ella eran más profundos. Ella estaba creando una nueva imagen con algún propósito determinado. Cuál era este propósito, él no lo sabía. Pero fuera cual fuese, tenía solidez suficiente para hacer que ella deseara cambiar completamente su vida.



Henri abrió la puerta.

—*Monsieur* Schwebel —se inclinó—. Pase, por favor. Johann dejó que Henri pasara delante y a continuación entró él.

—Querida, te presento a Henri —dijo presentándola—. Henri, mi prometida, *mademoiselle* Meyer.

—*Enchanté, mademoiselle. Felicitations* —dijo Henri inclinándose.

—Gracias, Henri —repuso Heidi.

—Tengo todas las cajas en la biblioteca —dijo el mayordomo a Johann—. Las hemos subido del sótano. También le he limpiado el escritorio.

—Gracias —dijo Johann. Quizás estuviera allí lo que buscaba. En los informes de la empresa no había nada relacionado con las cajas de seguridad.

Cuando iban tras Henri hacia la biblioteca, se oyó una vocecita proveniente de la escalera:

—¡Tío Johann!

—*Mein Schatzy!* —En la voz de Johann sonó una alegría sincera cuando se giró y la niña, volando a través de la habitación, cayó en sus brazos—. Pensaba que ya estarías en la cama —dijo besándola en las mejillas.

—La niñera me ha dicho que ibas a venir y por eso te he esperado —dijo Lauren. Volviéndose, miró a Heidi—: ¿Ella será mi nueva tía?

—Sí —contestó Johann riéndose.

—Es muy guapa —dijo Lauren seriamente—. ¿Cómo se llama?

—Heidi.

—¿Puedo llamarte tía Heidi? —dijo la niña mirándola.

—Claro que sí, querida. —Heidi sonrió extendiendo los brazos hacia la niña. Recogiéndola de manos de Johann, la abrazó—. Tú también eres muy guapa, Lauren.

—Hueles muy bien —dijo Lauren—. ¿Vendrás a visitarme?

—Si tú quieres, sí —replicó Heidi.

—¿Cuándo?

—Cuando tú quieras —dijo Heidi riéndose.

—Qué bien —dijo la niña—. Ahora que Janette ha vuelto a irse al colegio estoy muy sola. —Y, todavía en brazos de Heidi, se dirigió a Johann—: ¿Cuándo volverá Janette?

—Dentro de unas semanas.

—¿Y cuánto es eso? ¿Más de dos días?

—Más de dos días, querida —dijo Johann.

—Oh —su disgusto era evidente. Se dirigió de nuevo a Heidi—: Janette es mi hermana mayor. A veces jugamos a que ella es mi madre. Pero solo de mentiras. No tenemos madre.

Heidi estaba callada. Hizo todo lo posible por evitar que las lágrimas arrasaran sus ojos. Abrazó estrechamente a la niña mientras miraba a Johann.

—A lo mejor puedo venir yo y jugar contigo hasta que vuelva tu hermana.

—Estaría muy bien —dijo la niña. Miró a Johann—. ¿Puedo enseñarle a la tía Heidi mi cuarto y mis juguetes?

—Claro que sí —replicó Johann.

Lauren se deslizó de entre los brazos de Heidi y, cogiéndola de la mano, la llevó hacia las escaleras. Johann se quedó mirando cómo subían los escalones y luego se dirigió a la biblioteca.

Más o menos una hora después Johann se levantó fatigosamente del suelo, donde había estado arrodillado mientras revisaba meticulosamente cada una de las seis cajas de embalaje que tenía ante sí. Nada. Eran todo objetos personales. La mayoría, ropa. Varios juegos de artículos de *toilette*, cepillos, peines, algunas joyas sin valor. Zapatos. Nada de papeles, cuadernos ni diarios. Nada que indicara que Tanya hubiera tenido más documentación que la ya revisada en las cajas de seguridad de la empresa. Llamó al timbre para que viniera el criado.

—*Oui, monsieur?* —dijo Henri entrando.

—Ya he terminado con ellas —dijo Johann señalando las cajas—. Ya puede hacer que las bajen.

Henri asintió.

—¿Quiere *monsieur* beber algo?

—Buena idea —dijo Johann—. Coñac, por favor. ¿Mi prometida está todavía con la niña?

—Sí, señor —dijo Henri con una sonrisa—. Ahora mismo vengo de su habitación. Lauren ha extendido todos sus juguetes por el suelo y están sentadas juntas viéndolos uno a uno. —Se acercó al aparador y volvió con un coñac—. *C'est*

triste, monsieur —dijo—. La niña necesita a alguien. Y no tiene a nadie.

—¿Y Janette? —preguntó Johann tras beber un sorbo de coñac.

—No es lo mismo —dijo Henri sacudiendo la cabeza—. Una madre siempre es una madre, y eso es lo que necesita la niña. Y lo que realmente quiere.

—Supongo que tiene usted razón. —Johann asintió gravemente.

—Quizás el año que viene, cuando tenga edad suficiente para ir al colegio, estará mejor —dijo el mayordomo.

—Quizás. —El criado salió de la habitación y Johann se sentó pensativamente en una silla. Bebió coñac. De repente apareció a sus ojos una escena: allí estaban las dos, Lauren en brazos de Heidi. Tenían un aspecto muy parecido. Ambas rubias, ambas hermosas, ambas con ojos azules. Podían pasar casi por madre e hija. Negó con la cabeza. No, en realidad no era justo. La vida nunca se organiza de modo razonable. Todo andaba jodido, siempre.

Apuró la copa y se dirigió escaleras arriba hacia la habitación de la niña. Allí seguían las dos, sentadas en el suelo y rodeadas de juguetes y animales de trapo.

—¿Qué tal? —sonrió.

—Lauren me ha enseñado su colección de animales. Su favorito es el león —dijo Heidi levantando la vista hacia él.

—¿Y por qué? —preguntó Johann a la niña.

—Porque también era el favorito de mi mamá —replicó Lauren cogiendo un pequeño león de peluche que aparentaba muchos años de edad—. Este era de mi mamá. Janette me dijo que ella me lo regaló a mí.

—¿De verdad?

—Sí —dijo la niña tendiéndoselo—. Tócalo, es muy suave.

—Sí, es muy suave —replicó Johann cogiéndolo amablemente y palpándolo.

—Le he dicho a Lauren que podemos llevarla el domingo a comer y pasar la tarde en el zoo para que pueda ver leones de verdad —dijo Heidi.

—Sería fantástico —dijo la niña gozosa.

—Sí —asintió Johann palpando todavía el animal relleno.

De repente se detuvo y lo observó. Le pareció sentir algo en su interior. Lo apretó. Había algo dentro. Tanteó lentamente el juguete con las manos. Bajo el suave peluche que cubría su barriga había una serie de cruces cosidas por donde había sido abierta y cerrada de nuevo.

—¿Me perdonáis un momento? —y entró en el cuarto de baño cerrando la puerta tras de sí. Sacó rápidamente su navaja y cortó unos cuantos puntos introduciendo los dedos en el interior. Poco después la tenía en la mano. Una pequeña llave de caja de seguridad envuelta en un trozo de pergamino. En una cara del mismo había escritos varios números en letra pequeña. En la otra, solamente cuatro palabras: Banco de Crédito Suizo, Ginebra.

Dejó escapar el aliento. Tanya, a su modo, seguía allí presente. Lentamente se metió la llave en el bolsillo y volvió a la alcoba. Dejó el león de peluche sobre la

cama.

—Creo que ya es hora de que te vayas a dormir —dijo.

Lauren se puso en pie acercándose a él:

—¿No te olvidarás de lo que me ha prometido la tía Heidi para el domingo?

—No, querida —contestó agachándose para besarla—. No lo olvidaremos.

—¿Me vas a besar, tía Heidi? —Dijo la niña mirándola—. Como haría mi mamá si estuviera aquí.

—Claro que sí, querida —dijo Heidi después de mirar a Johann y ver que este asentía imperceptiblemente. Johann se inclinó también para besar la mejilla de Lauren. Luego se incorporó.

—Esperaré abajo —y dándose la vuelta, miró de nuevo atrás antes de dirigirse a la puerta.

Cuando Lauren estuvo acostada y con las mantas a la altura del pecho, tendió sus brazos hacia Heidi.

—¿Me cuentas un cuento, tía Heidi?

Johann cerró la puerta cuidadosamente y echó a andar escaleras abajo. Una vez en la biblioteca se sirvió otro coñac y lo bebió lentamente. Por primera vez en varios días pensó en Janette. No sabía nada de ella desde que se fuera a la clínica. Repentinamente se apercibió de que ella no sabía nada de su próximo matrimonio. Suspiró profundamente. Al día siguiente la llamaría.



El cirujano entró en su habitación y la contempló.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó.

—Fatal —dijo ella levantando la vista.

—Me preocuparía que no se sintiera así —dijo él sonriendo—. Después de todo, solo serán tres días. Vamos, salga de la cama. Quiero echarle un vistazo.

Le tendió la mano mientras ella se sentaba y salía de la cama. La condujo a través de la habitación hasta un espejo de cuerpo entero.

—Voy a retirar los vendajes del busto y de las caderas. No quiero que se asuste cuando vea los puntos y las magulladuras. Son totalmente normales y desaparecerán pocos días después de que saquemos los puntos.

—Todavía tengo ojeras negras y azules y mi nariz sigue hinchada —dijo ella.

—También eso es normal —replicó él—. Vaya poniéndose bolsas de hielo cada dos horas. De aquí a dos o tres días desaparecerán. En cuanto a la hinchazón, desaparecerá en una semana. Quítese el camisón —dijo, y al mismo tiempo hizo una señal a la enfermera.

Esta se acercó con una bandeja de instrumentos. El médico tomó unas tijeras pequeñas de la bandeja; el camisón cayó al suelo.

—No tenga miedo —dijo él—. No le haré daño.

—No tengo miedo —dijo ella mirándose en el espejo—. Solo tengo curiosidad

por ver qué aspecto tengo.

—No sé si podrá apreciar gran cosa —informó él—. Es muy pronto todavía. Solo quiero revisar los puntos y ver si todo va bien. —Cortó el vendaje bajo el brazo izquierdo y lentamente, con toda delicadeza, empezó a deshacerlo.

Janette miraba al espejo mientras iban apareciendo sus pechos. El médico retiró las últimas vendas. Ella se quedó sin aliento. Tenía los pechos horriblemente feos, cubiertos de cardenales negros y azules y sangre seca.

—No se preocupe —dijo él rápidamente—. En cuanto los limpie tendrán mejor aspecto.

Trabajó activamente con algodón y alcohol. En pocos segundos desaparecieron la sangre seca y las costras y solo quedaron las leves señales en forma de cruz de los puntos. El médico dio un paso atrás y la miró.

—Muy hermoso —dijo—. Se está recuperando mejor de lo que esperaba.

—¿Hermoso? —dijo Janette enfurecida—. No me dijo usted que habría puntos alrededor de los pezones.

—La aureola —dijo él—. Cuando redujimos el tamaño de sus pechos, vimos que sus pezones quedaban demasiado laterales. No hubiera parecido natural, y por eso los trasladamos a su ubicación adecuada. Pero no habrá cicatrices, quedarán absorbidas por los pliegues naturales de la aureola.

—¿Puedo tocarme los pechos? —dijo ella después de observárselos en silencio.

—Sí —replicó él—, pero con cuidado.

Delicadamente, Janette los tomó en sus manos. Le parecieron más pequeños, más ligeros.

—¿Cuál es mi talla?

—Treinta y cuatro B —contestó el médico—. Antes era treinta y ocho C.

—¿Y las cicatrices que tienen debajo y bajo mis axilas?

—Se curarán y desaparecerán también absorbidas por los pliegues naturales de su cuerpo.

—¿Y cuánto tiempo costará?

—Varios meses —contestó—. Pero de aquí a unas pocas semanas le resultará difícil verlas, y si no le gusta el aspecto que tengan hasta ese momento, siempre puede taparlas con un poco de maquillaje.

Janette dejó caer las manos a los costados y giró para verse de lado en el espejo. Asintió lentamente. El aspecto estaba bien. Parecía más delgada, algo así como más graciosa.

—¿De acuerdo? —preguntó él.

—De acuerdo —replicó ella.

Volviendo a coger las tijeras, cortó las vendas que le rodeaban la parte alta de los muslos y las nalgas. Esta vez Janette ya esperaba los moratones y la sangre seca, y no dijo nada hasta que él hubo acabado de limpiarle la piel. Volviéndose, se miró en el espejo por encima del hombro. No prestó atención a la fina línea de puntos que corría

por el pliegue de la carne situado entre el muslo y la nalga. Asintió de nuevo. Sus nalgas parecían más pequeñas y un poco más altas y firmes.

—¿Qué talla? —preguntó.

—Treinta y cinco —dijo—. Y todavía está hinchada. Bajaré hasta la treinta y cuatro. Y antes tenía casi la treinta y nueve.

—Es como un milagro —dijo ella volviéndose hacia él.

—No es un milagro —sonrió el médico—. Es la cirugía moderna. Pero hemos contado con una ventaja.

—¿Cuál? —preguntó Janette.

—Es usted joven —explicó—. Generalmente, cuando hacemos estos trabajos nuestros pacientes son mucho más viejos y sus cuerpos no tienen la capacidad de recuperación para sanar y reponerse que tiene el suyo.

—¿Y desaparecerán todas las cicatrices? —dijo ella mirándose de nuevo en el espejo.

—No desaparecerán —contestó el médico—. Pero se taparán ellas mismas y de aquí a unos meses necesitará una lente de aumento para encontrarlas.

—Me alegro de haberlo hecho —comentó ella.

—Me agrada que esté contenta. Volveré a ponerle las vendas para asegurarme de que no se estropee algo usted misma mientras duerme. Creo que dentro de tres o cuatro días podremos sacar los puntos. No tiene por qué quedarse en la cama, puede moverse a su gusto. Basta con que se acuerde de no inclinarse, ceñirse o levantar cosas pesadas. —Hizo una señal a la enfermera, que se acercó con otro camisón. El médico le ayudó a ponérselo y la acompañó a la cama—. Ya le veré a finales de semana.

Mientras él caminaba hacia la puerta, el teléfono empezó a sonar. Janette lo cogió.

—¿Hola?

—¿Janette? —Reconoció la voz de Johann.

—¡Johann! —exclamó. Era la primera llamada que recibía desde su llegada a la clínica—. ¿Desde dónde me llamas?

—Desde Ginebra.

—¿Y qué haces allí?

—Estoy pasando mi luna de miel —replicó él riéndose.

—No te creo.

—Pues es cierto —dijo—. ¿Recuerdas lo que me dijiste en la oficina? Pues decidí seguir tu consejo.

—¡Fantástico! —exclamó Janette—. ¿Conozco a la novia?

—No. Pero estoy deseando que la conozcas. Me parece que podríamos acercarnos a verte.

—Oh, no —replicó ella rápidamente—. No quiero que nadie me conozca aquí por vez primera. Estoy en pleno tratamiento.

—¿Estás bien? —preguntó—. Tienes una voz extraña.

—Tengo las narices hinchadas, pero estoy bien, de verdad. Háblame de tu mujer.

—Es americana; y es hermosa. Estoy seguro de que os gustaréis. ¿Qué más puedo contarte?

—¿La conoces desde hace mucho tiempo?

—Tres años —repuso.

—Johann, estoy muy contenta —dijo Janette—. Felicidades; estoy deseando conocerla. Lo digo de verdad y lo haré en cuanto vuelva.

—¿Y cuándo será eso? —preguntó Johann.

—Estaré aquí un poco más de lo que pensaba. Más o menos otro mes.

—Lástima —dijo él tras unos momentos de silencio—. Lauren te echa en falta. Se encuentra muy sola en esa casa tan grande.

—No puedo hacer nada. Pero incluso cuando estoy en casa no solemos vernos mucho. Cuando yo llego, ella ya suele estar acostada.

—Heidi y yo la llevamos al zoológico el domingo pasado —dijo Johann—. Heidi la adora. A lo mejor intentamos hacerle un poco de compañía hasta que tú vuelvas.

—Oh, eso está muy bien —dijo—. Agradéceselo a tu mujer de mi parte, por favor.

—No tiene importancia —replicó él—. Estoy deseando verte, ver qué aspecto tienes.

—Creo que te quedarás sorprendido. —Se rio—. Pero hay que esperar. Al fin y al cabo, es vuestra luna de miel.

—Es cierto. —Johann rio.

—Un beso muy grande para ti y para tu mujer. Y espero veros a los dos en París.

Janette colgó lentamente el teléfono. Johann casado. Curiosamente, se le hacía difícil creerlo.

A la hora de comer Jacques ocupaba su mesa habitual en una esquina, frente al Hotel Relais Plaza. Habitualmente se sentaba allí a beber vino blanco mirando desinteresadamente a los que entraban y salían del restaurante, pero aquel día tenía abiertos en la mesa el *International Herald Tribune* y el *Vogue* y los estudiaba cuidadosamente. Habían tenido lugar los pases de modelos y el veredicto era definitivo: Yves Saint Laurent. Para la prensa, era el único. Ni siquiera las fotografías del joven candidato a la presidencia norteamericana y de su mujer ante el Elysée interesaban tanto.

Habían pasado poco más de cuatro años desde que Michel de Brunhof, director de la edición francesa del *Vogue*, le había pedido un trabajo junto a Shiki para sí mismo o para el joven que vivía con él dedicado a la *academie de couture*. Pero después de ver los dibujos y bosquejos del muchacho, a Shiki no le interesó. No podía perder el tiempo con aficionados y soñadores y costaría demasiado enseñarles los aspectos prácticos del negocio.

A pesar de esto, Jacques había llevado los dibujos a Johann pidiéndole que desautorizara a Shiki, y que si no lo hacía abriera otro salón pequeño que reflejara un sentido de la *couture* más nuevo y más joven. Johann los estudió, pero había acabado sacudiendo negativamente la cabeza. Ya perdían suficiente cantidad de dinero en la sección de *couture* sin necesidad de iniciar otra operación que podría incrementar las pérdidas. Contra su voluntad, tuvo que devolver los dibujos a de Brunhof. Un mes más tarde el joven estaba en Dior. Casi de inmediato el nombre del muchacho empezó a aparecer en muchos comentarios y artículos de *Vogue*; el resto pertenecía a la historia. Dior tuvo un ataque de corazón y Marcel Boussac reclutó al joven como diseñador para la casa Dior.

Miró la revista. Si de Brunhof hubiera acudido a él un año antes, cuando Tanya vivía todavía... Ella lo hubiera lanzado. Aun librándose de Shiki si fuera el único medio. ¡Ay, siempre ese gran condicional, ese «si»! Pero ella ya no estaba, y el concepto que tenía Johann del negocio estaba más orientado hacia el balance que hacia las ideas.

Pero quizá no fuera demasiado tarde. Era el último pase de modelos de Saint Laurent antes de que este empezara el servicio militar obligatorio en el ejército francés. Dos años. Boussac no iba a interrumpir la marcha de la casa Dior solamente por eso. No podía permitirse desaprovechar la situación creada. Había unos cuantos nombres que se citaban como posibles sucesores de Saint Laurent, pero él ya sabía quién lo sería. El diseñador que tenía casa de costura en Londres, Marc Bohan. No era Saint Laurent, pero a su modo tenía tanto talento y personalidad como él y era fuerte. Cuando Saint Laurent volviera del ejército, Bohan ya estaría tan introducido

en Dior que haría falta una bomba atómica para sacarlo de allí. Entonces Saint Laurent se vería obligado a buscar una nueva casa. Y en ese momento Jacques no estaba dispuesto a permitir que se le escapara. Aunque tuviera que despedirse él mismo y buscar dinero para establecer una nueva casa de modas.

Sorbió lentamente un trago de *kir* y hojeó distraídamente las páginas de la revista. Como de costumbre, se trataba de un ejemplar adelantado que no estaría a la venta pública hasta la semana siguiente. Siempre le gustaba leer a fondo la revista, tanto los anuncios como los artículos. En cierto modo, aquellos incluso eran más importantes, pues ofrecían indicaciones como las direcciones de las diferentes casas. Al llegar casi a la mitad de la revista, se interrumpió súbitamente. Miró con sorpresa y su pensamiento se negó a creer a sus ojos.

Era una fotografía en colores y a doble página de una hermosa muchacha desnuda; echada de costado, se enfrentaba a la cámara mirándose el dedo corazón de la mano, que lucía un anillo con un diamante en forma de corazón. En grandes titulares cruzaban ambas páginas las siguientes palabras: «A las mujeres hermosas les basta con vestir un simple diamante». Y en la esquina de la segunda página, bajo la fotografía y en letras pequeñas, «Janette Marie de la Beauville, por Harry Winston».

—*Merde!* —sus labios se movieron silenciosamente. Estaba más enfurecido consigo mismo que con la fotografía. Teniendo tantas relaciones, tenía que haberse enterado antes de que sucediera. Pero ella se las había arreglado de algún modo para enterarse de que aquello no estaba a su alcance. Entonces vio el aspecto humorístico y empezó a sonreír. Contempló la fotografía. Nunca había estado tan guapa. Llamó al camarero.

—¿Otro *kir*, *monsieur*?

—No —replicó—. Me tomaré un whisky. Con mucho hielo. —Cerró la revista. De momento, que Yves Saint Laurent se fuera al diablo. La fotografía iba a ser la comidilla de París durante la próxima temporada. El camarero dejó el whisky ante Jacques y este tomó un largo sorbo. Su mente ya estaba calculando cómo capitalizar el asunto.



Johann miró la revista y se reclinó hacia atrás en su silla.

—Bastante sorprendente —dijo—. ¿Por qué crees que lo ha hecho?

—Porque es más viva que nosotros dos —dijo Jacques riéndose—. Por eso. Tiene más cosas de su madre de lo que nosotros creíamos.

—Sigo sin comprender —dijo Johann.

—Imagen —afirmó Jacques—. Con una fotografía se ha creado una imagen. Algo que Shiki no ha conseguido proporcionarnos en cinco años. En cuanto esta revista salga a la calle, Janette será la nueva reina del joven *haut monde* parisino. La imitarán todos intentando ser como ella. Lo que haga, lo que vista, lo que diga, eso será la ley.

—¿Y en qué nos beneficiará eso? —preguntó Johann.

—Es todo un mercado nuevo. Y nosotros seremos los primeros —replicó Jacques—. Ya no estaremos luchando, como tenemos que hacerlo con Shiki, por entrar en un mercado en que solo aprovechamos las migajas que caen de las mesas de los demás diseñadores. Empezaremos a marcar una nueva línea con una nueva idea.

—¿Y qué pasa con nuestra inversión en Shiki?

—Terminado —dijo Jacques—. Se acabó. Nunca haremos dinero con él. ¿Por qué seguir alimentando a un caballo muerto?

—Pero Tanya creía...

—Tanya murió —le interrumpió Jacques—. Ahora tenemos a Janette. Si Tanya estuviera viva, sería la primera que me daría la razón.

—¿Has hablado con Janette? —dijo Johann tras unos momentos de silencio.

—Todavía no. He querido hablar antes contigo.

—Eso supone anular cincuenta millones de francos —dijo Johann—. La mitad del dinero ahora es de ella, lo cual significa que la decisión será en parte suya. Yo soy el único responsable de la parte de Lauren y como administrador no puedo permitirme aceptar semejante pérdida para mi pupilo.

—A lo mejor se pierde todo. Shiki no lo conseguirá nunca. Le hemos dado todas las oportunidades que ha querido.

—No lo sé —dijo Johann—. En este aspecto del negocio no me siento a mis anchas. Nunca acabo de comprenderlo. Nada tiene sentido. Nadie parece saber qué se venderá y qué no se venderá. Los negocios vinícolas son algo distinto. Produces tanto, vendes tanto y siempre sabes lo que va a pasar. Hasta la empresa de perfumes tiene un mercado estable. No es muy grande, pero siempre se puede prever lo que va a pasar. *Couture, zero*. Se gasta una fortuna diseñando un estilo, exponiendo, anunciándolo, y a los dos días se ha ido todo a la basura y no puedes ni presentar los muestrarios. Siempre he lamentado que nos metiéramos en esto, pero Tanya no quiso escucharme. Tenía sus propias ideas.

—¿Por qué no hablas con Janette? —dijo Jacques—. Quizás ella también tenga alguna idea.

—¿Realmente lo crees? —dijo Johann mirándole.

Jacques asintió.

—Estoy empezando a conocer a esa dama. Nunca hace nada sin un propósito concreto.

Cuando Jacques salió del despacho, Johann se quedó en la mesa mirando la revista. La Janette que le miraba seductoramente desde la fotografía era una muchacha muy diferente de la que tres años antes le había dicho que iba a cambiar de aspecto. Pero había cambiado algo más que su apariencia. Había sucedido alguna otra cosa.

De la otra Janette todavía quedaba algo infantil, una sofisticada ingenuidad. Pero ahora la ingenuidad había desaparecido. Se trataba de una mujer. Consciente de sí misma, de su cuerpo, de sus necesidades, intereses y ambiciones. Pero en su aspecto total el cálculo quedaba oculto; lo que surgía era la rotundidad de su feminidad, y desde la raya de su cabello negro-rojizo brillante hasta las uñas de los dedos de los pies, pintadas de color rosa casi metálico, resultaba un prototipo de la moda vigente; los defectos concretos se perdían en la visión general.



Pasaron casi cinco meses hasta que Janette volvió al despacho. Entonces nadie la reconoció, ni siquiera la secretaria, que la conocía desde hacía muchos años y que le había preguntado su nombre cuando iba hacia su despacho; cuando la anunció por el teléfono, su voz denotaba claramente la impresión.

Johann la reconoció en cuanto levantó la vista del escritorio y la miró. Janette se quedó inmóvil durante unos momentos; a continuación giró lentamente hasta dar una vuelta completa y entonces, mirándole a él, le sonrió y dijo:

—Bien, Johann, ¿qué te parece?

Johann guardó silencio, se levantó de la mesa y la besó en ambas mejillas.

—Eres perfectamente hermosa —dijo sinceramente—. Pero ¿te conozco?

—No lo sé —replicó ella con una media sonrisa—. Pero tampoco yo sé si me conozco a mí misma. Voy a tener que encontrarme.

—¿Cuándo has pensado volver al trabajo? —dijo él volviendo a su escritorio y sentándose.

—No —dijo ella—. Todavía tengo muchas cosas por descubrir. Sobre mí misma y sobre nuestros negocios. Y creo que durante cierto tiempo aprenderé más trabajando en algún otro sitio.

Johann pensó en los cien mil luises de oro que había en el banco suizo y en el aviso que le había dejado Tanya en una de las cajas de seguridad.

Querido Johann:

Una tercera parte te pertenece porque amaste a Wolfgang, igual que yo. El resto, que pongo bajo tu administración, es para Janette y Lauren y será empleado solo en caso de necesidad. Te quiero, confío en ti y me disculpo por cargar este nuevo peso sobre tus hombros. Sé bueno con ellas, amigo mío, porque en definitiva mis hijas, como yo misma, no tienen a nadie más.

Tanya.

Levantó la vista hacia Janette, que seguía en pie ante su mesa. Su primer impulso había sido contárselo, y la había telefoneado desde el banco. Pero ella no estaba preparada para recibirle en la clínica. Ahora comprendía por qué. Lo que ella había

hecho iba mucho más allá de una mera dieta. Pero quizá todo fuera para bien. No se había presentado la necesidad mencionada por Tanya. Y Janette tenía ideas propias sobre la dirección que le interesaba tomar.

—¿Entonces a qué te vas a dedicar? —preguntó Johann.

—Ya lo estoy haciendo —replicó ella—. Tengo un trabajo de maniquí con Yves Saint Laurent.

—¿Quién es? —El nombre le sonaba vagamente pero no conseguía situarlo.

—El nuevo diseñador de Dior. Cuando Dior murió, dejó la casa y ya está trabajando en su primera colección. Considera que soy el tipo exacto que necesita.

—Muy bien —replicó él, y repentinamente sonrió—. Tan bien que no dejaré que Jacques se vaya.

—Tienes razón —dijo Janette—. Ahora sé que nunca podría hacer su trabajo tan bien como él. Además yo quiero algo diferente.

—¿De qué se trata? —preguntó Johann.

—De lo que quería mi madre. Mi propia casa de modas. Pero costará algún tiempo. Todavía no estoy preparada. —Janette se acercó al escritorio y tomó la fotografía que había encima. La volvió hacia sí—. ¿Es tu mujer?

—Sí, es Heidi.

—Es encantadora —dijo ella sosteniendo todavía la fotografía—. ¿Cuándo la conoceré?

—Esta noche a la hora de la cena, si quieres.

Janette asintió devolviendo la fotografía al escritorio.

—En casa a las ocho. Haré que Henri prepare algo especial.

—Allí estaremos.

—Haré que os espere Lauren. Adora a tu mujer. Solo habla de ella.

—Heidi la quiere mucho —sonrió Johann. Janette le devolvió la sonrisa.

—Eres un hombre afortunado; debe ser una mujer encantadora, los niños tienen un instinto extraordinario. Son como animales. Olfatean lo bueno y lo malo. Y si Lauren la quiere, solo puede ser buena.



Hacía ya más de dos años de esta conversación. Desde entonces habían tenido lugar otros cambios. Seis meses después de que volviera Janette de Suiza, Heidi le había propuesto la idea de llevarse a Lauren a vivir con ellos.

—No lo sé —había respondido ella pensativamente.

—¿Por qué no? —preguntó Heidi—. Vive en esa enorme casa prácticamente sola. Solo ve a los criados, raramente ve a su hermana. Necesita algo más. Tiene derecho a algo más. Es una niña cariñosa y preciosa que no tiene a quien querer.

—¿Y te parece que Janette no es suficiente para ella?

—Johann, tú no eres tonto —dijo Heidi un poco exasperada—. Lo sabes perfectamente. Janette está demasiado ocupada viviendo su propia vida. No tiene

tiempo para dedicarlo a la niña, aunque quisiera hacerlo.

—A ti no te gusta Janette, ¿verdad? —preguntó Johann mirándola.

—Eso no tiene nada que ver con mi sugerencia. —Heidi evitó de momento contestar—. Lo de menos es que me guste o no. A mí me preocupa Lauren.

—¿Y qué te parece si tenemos un hijo nuestro? —preguntó Johann.

—Eso no cambiaría las cosas. Yo seguiría queriendo dar un hogar a Lauren. La quiero, y ella me quiere a mí.

—Si ella se viene a vivir con nosotros —dijo él tras unos momentos de silencio—, eso puede suponer que no podremos ir a Estados Unidos tan pronto como habíamos planeado.

—Ahora me doy cuenta de que, venga o no venga ella a vivir con nosotros, tenemos que quedarnos aquí. Tu trabajo está aquí, aquí están tus responsabilidades. O sea que las cosas no cambian.

—De acuerdo —asintió—. Mañana hablaré con Janette.

En cierto modo a Johann le pareció notar un sentimiento de alivio en Janette cuando habló con ella. Heidi encontró un apartamento más grande en el Bois de Boulogne y dos meses más tarde Lauren se fue a vivir con ellos. Lo primero que hizo Heidi fue despedir a la niñera y ocuparse de la niña personalmente; y lo hizo a fondo. Lauren floreció, prosperó y las sombras oscuras de sus ojos desaparecieron; ahora estaba siempre feliz y reidora.

Aquella noche Johann se llevó la revista a casa y después de cenar enseñó el anuncio a Heidi. Esta lo miró unos momentos y luego le miró a él.

—Es guapa.

—Jacques ha dicho que ha llegado el momento de iniciar toda una nueva *couture* que gire en torno a ella —dijo Johann.

—¿Y ella qué dice? —preguntó Heidi.

—Todavía no hemos hablado.

—¿Qué opinas tú?

—Es arriesgado —replicó—. Con Shiki no ganamos dinero. Pero por otra parte no estamos perdiendo. Jacques tiene la impresión de que Shiki ha dispuesto de todas las oportunidades e indudablemente nunca lo conseguirá. Pero no sé, hay cien millones de francos en juego y si se pierden, dañaré gravemente la herencia de la pequeña.

—¿Y qué pasa con Janette?

—De hecho, yo ya no soy responsable de su parte. Ella es mayor de edad y puede tomar sus propias decisiones si así lo desea.

—Pero hasta el momento ha dejado todo en tus manos, ¿no es así?

Johann asintió.

—Me pregunto por qué —inquirió Heidi.

—No lo sé —replicó él—. Ella conoce sus derechos.

—Si ella se ocupa de sus propios asuntos, ¿podríamos ir a los Estados Unidos,

como habíamos planeado?

—Quizá sí —dijo él—. Si consigo garantías adecuadas de que Lauren quedará protegida contra cualquier cosa que pueda ocurrir.

—Mi padre ha dicho que empieza a pensar en el retiro. Le gustaría que fueras tú y conocieras sus negocios. Cree que tú podrías arreglártelas bien allí.

—Eso son prejuicios —dijo Johann—. Además, él quiere tener a su hija en casa.

—Puede ser —dijo ella—. Pero sucede que yo opino que mi padre tiene razón. Tú estarías bien en Estados Unidos. —Hizo una breve pausa—. ¿Sabes si podemos hacerlo, puede venir Lauren con nosotros?

—Es posible. Yo sigo siendo su tutor legal y si no surgen complicaciones, no habrá problemas.

—Janette es la única que puede poner objeciones —dijo Heidi.

—También cabe la posibilidad de que Maurice haga algo. No lo sé, pero sobre el papel él es su padre. Séalo o no en realidad, es lo de menos.

—Maldito lo que me importa Maurice —afirmó ella.

—Si creyera que puede sacar dinero, lo haría. —Johann la miró—. Pero nos estamos adelantando a los acontecimientos, ¿no te parece? Todavía no ha pasado nada.

Heidi contempló la fotografía y dijo con tono pensativo:

—Quizá no falte mucho. Janette no haría algo así si no tuviera algún plan importante en la cabeza.

—Jacques opina lo mismo —dijo Johann con una sonrisa.

—Jacques tiene razón —dijo ella, y contempló de nuevo la fotografía—. ¿Cómo será de grande el diamante que lleva en el dedo, qué te parece?

—No tengo ni la menor idea —replicó él.

—Debe tener por lo menos treinta kilates —dijo Heidi mirándole—. Una chica que posa desnuda con un diamante de treinta kilates ha de disponer de buenas ideas.



Louise entró muy excitada al vestuario de las maniqués, que estaba detrás del *atelier*. Fue directamente a donde estaba sentada Janette, ante su tocador, maquillándose para la tarde.

—El viejo está enfurecido —dijo—. Acaba de ver tu fotografía.

Janette levantó la vista y la miró a través del espejo. La muchacha rubia estaba casi sofocada.

—Seguramente esto le hará cambiar —dijo.

—Yo estaba en el despacho de Yves —dijo Louise—. Y llegó gritando. Se puso a caminar arriba y abajo ante la mesa de Yves chillando que era por su culpa, diciéndole que cómo se había atrevido. Se trataba de un golpe de timón para la casa Dior, para el arte de la *couture* y para toda la industria.

—¿Y qué ha dicho Yves?

—Nada —explicó Louise—. Se ha limitado a mirar la fotografía y sonreír.

—No creo que le importe nada —dijo Janette riendo—. Él sabe que tiene que ingresar en el ejército y que de un modo u otro Boussac le joderá.

—Pero ¿qué vas a hacer tú? —preguntó Louise—. Yves se va la semana que viene y el viejo te quiere despedir.

—No, nada de eso —dijo Janette—. Ya he arreglado lo de mi despido. Esta es la última semana que paso aquí. El jueves, después de la fiesta de despedida de Yves, me iré y no volveré.

—¿No? —Louise abrió la boca sorprendida.

—Sí.

—¿Crees que Yves ya lo sabe? —preguntó la muchacha rubia mirándola.

—Si no lo sabe, ya lo sabrá —replicó Janette—. El lunes entregué mi carta de renuncia en el departamento de personal. Hace ya dos días.

—¿Tienes otro trabajo?

—No. —Janette sacudió la cabeza.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Lo primero, tomaré una buena comida sin preocuparme por el peso. He observado detenidamente la fotografía y tengo las caderas demasiado huesudas. Un kilo más no me hará daño. Luego me cogeré unas vacaciones. Quizá vaya a pasar unas semanas a los Estados Unidos. Nunca he estado allí. —Terminó de maquillarse y se puso en pie—. Tendré que darme prisa, tengo una cita para un cóctel.

—¡Qué suerte tienes, Janette! —dijo Louise mirándola con envidia.

—¿Por qué dices eso? —inquirió Janette.

—Puedes hacer todo lo que quieres —dijo Louise—. Mientras yo tengo que quedarme y aguantar toda esta mierda. Ya me han organizado una cita para el jueves con ese cliente tejano. Seguramente se pasará la noche manoseándome y cuando volvamos al hotel estará demasiado borracho siquiera para follar, y tendré que tirármelo para hacerle feliz.

—¿Ah, sí? —Janette rio—. ¿O sea que te lo joderás tú?

—Podría ser agradable, para variar —dijo Louise—. Pero parece que todos esos quieren que se la chupen.

—*C'est la vie* —afirmó Janette.

—Tú no tienes que aguantar eso —dijo Louise—. Tú eres rica.

Janette se detuvo y la observó pensativamente por unos momentos.

—Es cierto, soy rica. —Entonces se inclinó y besó a su amiga en la boca—. Y tú también lo eres, Louise, a tu manera.

Louise contempló silenciosamente cómo Janette se acercaba a la puerta.

—*Bonsoir*, Janette.

—*Ciao*, nena. —Janette le sonrió desde el umbral. Por algún motivo extraño, las lágrimas le corrían por las mejillas. Lentamente, empezó a perder el maquillaje.



Janette aparcó el mini ante el grisáceo edificio de apartamentos de la isla de San Luis, frente al Sena. Llamó al timbre de la puerta.

Un viejo *concierge* se arrastró hasta la puerta y la abrió. Mirándola, dijo:

—*Madame!*

—*Monsieur* Fayard.

El portero arrugó la nariz con desaprobación mientras le abría la puerta.

—*Le penthouse* —dijo el portero señalándole la escalera.

—¿Y qué pasa con el ascensor? —preguntó ella.

—*C'est mort* —informó el portero encogiéndose de hombros.

—*Merde* —dijo ella, y empezó a subir los seis tramos de escaleras. En el rellano superior había una sola puerta. Llamó al timbre. Oyó el eco de una campanada al otro lado de la puerta del apartamento.

La puerta se abrió y apareció un hombre joven con una hermosa cabellera despeinada, camiseta y pantalones vaqueros que parecían una segunda piel. Sus ojos la miraron sin expresión.

—Hola, Janette —dijo en inglés.

—Marlon —dijo ella, y su mirada descendió un momento hacia el prominente bulto de sus pantalones vaqueros.

Él dio un paso atrás dejándola entrar en el apartamento; a continuación cerró la puerta tras de sí.

—¿Vas buscando? —gruñó.

—No —replicó ella—. Solo quiero curiosear. ¿Es todo tuyo o te has metido media docena de pañuelos?

—Es todo mío —dijo él riendo—. ¿Quieres tocarlo para comprobarlo?

—No, gracias —dijo ella riéndose a su vez—, te creo. —Miró el interior del apartamento. El salón estaba vacío—. ¿No está Philippe todavía en casa?

—Está en casa desde la hora de comer —dijo Marlon—. No ha comido. Se ha metido en su habitación y todavía no ha salido. —Se notó en su voz un acento de preocupación—. ¿Algo va mal? ¿No habrá perdido su trabajo?

—¿Qué te hace pensar eso?

—Le he hablado de comprar un aparato de aire acondicionado para la alcoba. El sol calienta el tejado irresistiblemente. Entonces se ha enfadado y ha dicho que no podemos permitirnoslo, que no habrá dinero para nada, que tendremos suerte si tenemos dinero para comer.

—Y si eso fuera cierto —dijo ella mirándole—, ¿qué harías tú?

—Empezaría a hacer el equipaje —dijo con tono tranquilo—. No he hecho el viaje hasta París para acabar en la misma esquina callejera que dejé en Los Ángeles.

—Tú eres un verdadero *gigoló*, ¿no? —Janette le sonrió amablemente moviendo la cabeza.

—Nunca he pretendido ser otra cosa —dijo él, encontrando su mirada—. También follo bastante bien.

—No lo pongo en duda —dijo Janette riéndose—. Pero no tienes las cosas tan mal como para empezar a pensar en eso. Ahora, dime, ¿por dónde se va a la alcoba?

Le señaló una puerta que había en el fondo del salón y la siguió hacia allí. Janette se volvió a mirarle mientras levantaba la mano para llamar a la puerta.

—Dime —preguntó ella—, ¿verdaderamente te llamas Marlon?

—No —replicó él, y se rio—. Saqué el nombre del actor de cine. A todos los tipos les gusta más que Sam.

Ella rio y llamó suavemente a la puerta. Desde el interior de la habitación surgió una voz apagada.

—¿Quién es?

—Janette —replicó ella—. Estábamos citados para tomar una copa, ¿recuerdas?

—Vete —dijo Philippe a través de la puerta—. No me siento bien.

Janette miró a Marlon, se encogió de hombros y a continuación, abriendo la puerta, entró en la habitación. Se quedó quieta unos momentos. Philippe estaba estirado en la cama, vestido todavía. Janette cerró la puerta y se acercó a él.

—Te he dicho que te vayas —refunfuñó sin mirarla.

Ella se quedó junto a la cama, mirándole.

—¿Qué diablos te pasa?

—Él no me quiere. Nadie me quiere. —Philippe seguía sin levantar la cabeza de la almohada.

—No seas tonto —dijo ella—. Ya sabes que Marc no te quiere.

Él se sentó de golpe; las lágrimas habían corrido el rímel de sus ojos hasta sus mejillas.

—Ya sé que Marc no me quiere —afirmó con vehemencia—. No estoy hablando de él. Me refiero a Yves. He intentado hablar con él de lo que haré yo mientras él está en el ejército y ni siquiera me ha querido contestar. Bastante preocupación tiene con sus propios problemas. Y Boussac me odia, nunca me dará una oportunidad en el trabajo de Yves. Volverá a traer a Marc de Londres. Lo sé, lo sé muy bien. Y entonces será el final para mí.

—¿Por qué? —preguntó ella—. Marc parece un hombre razonable.

—¿Recuerdas la pelea que tuve con él el año pasado, cuando fui a ayudarle para la colección de Londres? Dijo que yo nunca comprendería las modificaciones que había que hacer para el gusto y la silueta ingleses. Me odia. Estoy perdido.

—De acuerdo —dijo ella tras unos momentos de silencio. Y volviéndose se dirigió hacia la puerta—. Por eso quería encontrarme contigo para tomar una copa. Yo no te odio. Yo te quiero. Creo que eres un genio. Un genio incluso mayor que cualquiera de ellos. Yves o Marc. Y yo tengo fe en ti. —Repentinamente Janette salió de la habitación cerrando la puerta tras de sí.

—¿Qué tal está? —Marlon seguía allí, en pie.

—Está muy bien —dijo Janette abriendo el bolso y sacando dos billetes de quinientos francos. Se los puso en la mano—. Ahora trabajas para mí. Cualquier cosa

que yo le cuente será para ti la mejor idea del mundo.

—De acuerdo. —Y el dinero desapareció bajo su cinturón.

—Muy bien —asintió ella—. Después de todo, conseguirás tu aparato de aire acondicionado. A lo mejor conseguimos un coche a buen precio.

—Yo soy un hombre razonable —dijo él sonriendo.

A espaldas de Janette se abrió la puerta. Apareció Philippe. Se había lavado la cara, las huellas de rímel habían desaparecido y tenía el cabello peinado.

—¿Piensas de verdad las cosas que dices? —no podía ocultarla satisfacción que afloraba en su voz.

—No lo hubiera dicho si no lo pensara —dijo ella clavándole la mirada.

—¿Tenéis alguna idea? —preguntó él asintiendo.

—Sí. ¿Te gustaría hablar del asunto?

—Yo siempre estoy dispuesto a escuchar —dijo, y miró a Marlon—. Estoy hambriento. ¿Podrías prepararme algo para comer?

—Bocadillo de jamón y queso. ¿O huevos con jamón? —preguntó Marlon.

—El bocadillo, y también una botella de cerveza. —Miró a Janette—. ¿Quieres tomar algo?

—Me tomaré una cerveza —replicó ella.

—Ahora mismo —dijo Marlon desapareciendo camino de la cocina.

Philippe la condujo hasta una mesa pequeña que había junto a la ventana. Sentándose, Janette observó los *bateaux mouche* que circulaban por el Sena.

—Tienes una de las mejores vistas de París —afirmó ella.

—¿Verdad que sí? —dijo con entusiasmo—. Eso es precisamente lo que me gusta. Lástima que el tiempo no sea lo suficientemente cálido como para sentarse en la terraza. Entonces sí que se está bien.

—Lo que no está mal es eso de tener que subir seis pisos —sonrió ella.

—Lo siento. Se supone que tenían que arreglar el ascensor la semana pasada.

—Suele suceder —afirmó ella. Janette le miró por encima de la mesa—. Este jueves me voy de Dior.

—¿Pero si eres su maniquí favorita! —exclamó Philippe.

—Él ya no seguirá allí, ¿no es cierto? —Janette no esperó respuesta—. Además ya estoy aburrida. Quiero hacer alguna otra cosa. No me resulta atractivo ser maniquí.

Marlon llegó, dejó el bocadillo ante Philippe, sirvió tres vasos de cerveza, tomó una silla y se sentó con ellos.

—Está riquísimo, querido —dijo Philippe a Marlon después de tomar un bocado—. Tiene la cantidad exacta de mostaza. —Se volvió hacia Janette—. ¿Qué vas a hacer? —preguntó Philippe entre bocado y bocado.

—Quiero tener una casa de modas propia —dijo ella.

—Pero ya tienes una con Shiki —afirmó él mirándola.

—No es mía —dijo ella—. Empezó antes de que yo tuviera nada que ver con el asunto. Además, eso es cosa de ayer. Y yo quiero algo para hoy.

—Entonces, ¿qué pasará con Shiki?

—Se irá —replicó Janette llanamente—. La casa seguirá existiendo y la pondré a mi nombre. No es que el nombre de mi madre, Tanya, tenga nada malo, pero se identifica excesivamente con el *passé*. No me interesan las modas de ayer, sino las de mañana.

Philippe siguió comiendo su bocadillo.

—¿Y yo qué tengo que ver con todo eso?

—Tú eres mi Saint Laurent y yo soy tu Boussac.

—¿Por qué no haces tus propios diseños? —dijo Philippe tras unos momentos de silencio—. He visto algunos bosquejos tuyos en la academia de *couture*. Eran muy buenos.

—Eran buenos —dijo ella, y bebió un trago de cerveza—. Pero no eran excelentes. Lo que yo necesito es un toque genial. Y ahí entras tú.

Janette miró a Marlon, que inmediatamente se puso en pie.

—¡Jamás he oído idea más brillante! —su notable actuación hacía honor a su homónimo—. ¿Te das cuenta de lo que significa eso, Philippe? Tendrás nombre propio, identidad propia. ¡Ya no tendrás que chuparle el culo a nadie!

—¿Lo crees de verdad? —preguntó Philippe.

—Ya sabes que sí —afirmó Marlon con tono enfático—. Siempre te he dicho que tienes más talento en el dedo meñique que todos esos tipos en el culo.

Philippe terminó pensativamente su bocadillo. Miró a Janette.

—¿Y qué pasará si quieres librarte de Shiki?

—Me lo quitaré de encima, no te preocupes por eso —afirmó ella—. Lo que necesito saber es si te interesa o no.

—Depende de muchas cosas —dijo Philippe, otra vez pensativo—. Dinero, posición, libertad para crear siguiendo mis propias ideas.

—Todo eso se puede conseguir —afirmó Janette.

—Me parece increíble —dijo Marlon.

Philippe dedicó una mirada a Marlon para volver en seguida a Janette.

—Me interesa —dijo, y rápidamente añadió—: Pero, desde luego, tenemos que hablar más para asegurarnos de que todo está correctamente planeado.

—Claro que sí —asintió ella—. Pero se conseguirá todo. A tu gusto, estoy segura.

—¡Eso es magnífico! —dijo Marlon con entusiasmo. Levantó su vaso de cerveza—. ¡Un brindis! ¡Por Philippe Fayard, por Janette Marie de la Beauville!

—¿Con cerveza? —exclamó Philippe con voz sorprendida—. Saca la botella de champán Cristale que tenemos en la nevera.



Janette dejó el mini en la acera delante de su casa, lo cerró y subió las escaleras de la puerta principal. Como de costumbre, la puerta se abrió casi antes de que pudiera llegar a ella.

—*Bonsoir*, Henri —dijo ella al entrar.

—*Bonsoir, madame* —replicó respetuoso el mayordomo.

Janette se dirigió a la escalera. Se sentía cansada y extrañamente agotada. Un baño caliente le borraría la tensión. Era muy importante que Philippe deseara unirse a ella. Él era la piedra angular de sus planes; sin él, tendría que hacerlo sola y los riesgos de fracaso eran demasiado grandes. Además siempre tenía que haber algún otro para cargar con las culpas de modo que su propia reputación fuera inmaculada. Una vez que se hubiera instalado, si Philippe no funcionaba, siempre podría encontrar otro diseñador.

—*Madame*, ha habido muchas llamadas telefónicas —dijo Henri.

—Pásalas a mi habitación —dijo ella deteniéndose al pie de la escalera—. Las contestaré después de bañarme.

—¿Cenará *madame* esta noche en casa? —preguntó respetuosamente.

Janette se lo pensó unos momentos y asintió:

—Sí, como de costumbre. Pero esta noche solo comeré una chuleta de cordero y media patata asada. Ya he bebido cerveza y champán y es suficiente. Dentro de una hora en mi habitación. Estoy demasiado cansada para bajar.

—Sí, *madame* —dijo el mayordomo—. ¿Quiere que coja los recados telefónicos mientras tanto?

—Sí, por favor —replicó Janette, y subiendo las escaleras se dirigió a su habitación. Se empezó a desnudar en cuanto entró en la alcoba. Tenía la ropa acalorada y sudada a pesar de que el tiempo era fresco. Para cuando llegó al cuarto de baño y empezó a llenar la bañera de agua, ya estaba desnuda. Rápidamente se frotó la cara quitándose el maquillaje; a continuación se tumbó en la cama mientras iba llenándose la enorme bañera.

Sintió la tirantez y las tensiones que hacían presa de su cuerpo y casi sin darse cuenta empezó a frotarse. Eran los momentos en que más echaba en falta a Marie Thérèse. Pero la muy estúpida se había quedado embarazada de algún estudiante idiota en su último año de la Sorbona; entonces su familia la casó con él y ahora vivía en Lyon con un hijo de un año y su marido, como cualquier otro *bourgeois français*.

La visión de los abultados pantalones vaqueros de Marlon se presentó a sus ojos. Le pareció ver el bulto de su polla pegado a la pernera del pantalón y se dio cuenta de que no llevaba nada bajo los vaqueros. Se preguntó si su polla sería tan grande como la de Maurice. Era imposible. No podía haber en el mundo dos como aquella. Sintió que el calor la invadía.

Súbitamente desapareció Marlon y se presentó ante ella el rostro dulce y suave de Louise cuando la besaba. Todavía sentía la suave dulzura de sus labios, fríos y en cierto modo cálidos y vulnerables. Repentinamente se dio la vuelta echando mano al teléfono.

Se había portado como una insensata. Había estado tan ocupada por sus propios pensamientos que ni siquiera reconoció la invitación cuando se la hicieron. Llamó

rápidamente a casa de Louise.

—¿Has cenado ya? —preguntó.

—Esta noche no iba a comer —dijo Louise—. Estoy en mi límite máximo de peso.

—Tonterías —dijo Janette—. Tienes que comer algo. Has de darte cuenta. Escucha, esta noche voy a cenar en casa. ¿Por qué no vienes y me haces compañía? Te garantizo que no habrá nada que engorde.

—Tendré que vestirme de nuevo —dijo Louise riéndose.

—No te preocupes —dijo Janette—. Ponte unos pantalones y toma un taxi. Cenaremos juntas en mi habitación y oiremos música.

Apretó el pulsador para interrumpir la llamada y a continuación pulsó otro botón para hablar con la cocina. Contestó Henri.

—Vendrá a cenar una amiga mía —dijo—. Bastará con que ponga algunas chuletas más de cordero y otra patata asada. Cenaremos en mi habitación.

—*Oui, madame* —dijo el mayordomo.

—Ah, Henri —añadió rápidamente—. Haga el favor de pasarme ahora los recados telefónicos. —Antes de que Henri llegara a su habitación, ella ya había salido de la cama y estaba en la bañera.

No pasó mucho rato en la bañera, menos de diez minutos, y cuando salió sonaba el teléfono. Lo cogió mientras echaba un vistazo a los recados, que tenía en una bandeja de plata ante sí.

—¿Dígame?

—Enhorabuena. —Era Jacques—. Ya he visto el anuncio de Winston. Creo que podemos hacer algo en ese campo. Tenemos que hablar.

—También yo quiero hablar contigo —replicó Janette.

—¿Por qué no vienes a cenar? Prepararé algo fácil y tendremos toda la noche para hablar.

—Esta noche no, Jacques. Estoy demasiado cansada. Hoy hemos estado horriblemente ocupadas en el salón.

—He llamado antes —dijo Jacques—. ¿Te han dado el recado?

—Ahora mismo.

—¿Hay alguno de Johann?

—Sí. —Hojeó los recados.

—Él también quiere hablar contigo —dijo—. Pero creo que es importante que hablemos nosotros antes de que le veas.

—De acuerdo —dijo ella simulando desinterés. Aunque podía ser un aliado importante. Johann valoraba mucho la opinión de Jacques; y al ser aquel de opiniones tan conservadoras, podía plantear dificultades—. Podemos almorzar juntos mañana.

—Muy bien —dijo Jacques—. En mi mesa del Relais. A las doce y cuarto.

—De acuerdo —dijo ella.

—Ven desnuda —rio él—. ¡Tienes un aspecto maravilloso!

Cuando colgó el teléfono oyó el tenue sonido del timbre de la puerta desde el piso de abajo. Echó un vistazo rápido a los recados. El teléfono zumbó.

—*Mademoiselle* Louise ha llegado.

—Enséñele el camino. —Colgó el teléfono y volvió al cuarto de baño para peinarse. Entre los recados telefónicos no había nada importante. Había tiempo más que de sobra para contestar mañana. De repente olvidó su cansancio. Se sentía bien. Todo estaba saliendo exactamente como lo había planeado.



Cuando Janette se presentó en el Relais todo el mundo tenía allí ejemplares adelantados del *Vogue*. Cuando se detuvo unos momentos en el umbral antes de dirigirse a la mesa de Jacques, un murmullo repentino invadió el restaurante. Llevaba una camisa de hombre atada a la cintura y unos pantalones vaqueros holgados que no dejaban ver nada de su perfil, exceptuando lo que se apreciaba bajo la ropa al moverse por el salón; la cabellera le caía sobre los hombros encuadrando sus pómulos salientes y la cara, completamente limpia de maquillaje.

Jacques se levantó y la besó en las mejillas. El zumbido de la conversación volvió a oírse en el restaurante cuando se sentaron.

—Siento haber llegado tarde —se defendió Janette—, pero Boussac me ha retenido en su despacho. Estaba muy chillón y como loco. —Hizo una pausa para reírse—. Me ha despedido.

—Es idiota —dijo Jacques—. Pero ¿por qué te ríes?

—Él no lo sabe, pero yo ya envié mi carta de renuncia el lunes pasado, y nadie se ha atrevido a decírselo. —Louise apareció en la entrada del restaurante. Janette se dirigió a Jacques—: He traído a esta amiga. ¿Te parece bien?

—Claro que sí —asintió él levantándose de nuevo al acercarse Louise a su mesa. Janette les presentó; Jacques besó la mano a Louise y el camarero se ocupó de buscarle una silla—. ¿Qué queréis beber?

—Yo quiero una botella de agua mineral Evian —dijo Louise.

—Ya que no tengo que volver al trabajo —dijo Janette—, al demonio con todo. Me tomaré un *kir royale*.

—A mí también póngame un *kir royale* —dijo Jacques. *Cassis* y champán no era mala idea. Se dirigió a Janette—: ¿Ahora qué piensas hacer?

—He pensado que quizá Louise y yo podríamos hacer un viaje a los Estados Unidos. Ninguna de las dos hemos estado allí.

El camarero sirvió las bebidas.

—A vuestra salud —dijo Jacques. Bebió de su copa—. Creo que si te vas ahora cometerás una grave equivocación.

—¿Por qué? —la voz de Janette encerraba una curiosidad respetuosa.

—Es el momento de golpear, ahora que el hierro está caliente —dijo él—. Echa un vistazo a este salón. Todo el mundo te mira, todos hablan de ti. Te has hecho con

una fama instantánea. Ahora puedes conseguir cualquier cosa, todo lo que quieras.

—Yo no quiero cualquier cosa. —Janette se rio—. Especialmente si se trata de otro trabajo de maniquí.

—Puedes hacer otras cosas —afirmó Jacques—. Puedes volver a los negocios, como planeaste hace varios años.

—¿Y qué hago yo allí? —Janette era emprendedora. Quería que él fuera su contrapunto. Era importante que Jacques sintiera que la idea era en parte suya.

—Estar a la cabeza de la moda —dijo él—. Puedes ser el punto central alrededor del que gire todo. Es algo que no hemos tenido desde que murió tu madre. Shiki nunca ha podido proporcionarnos eso.

—Tampoco a mí ha podido proporcionarme nunca nada Shiki —dijo Janette.

El camarero acudió a su llamada. Janette y Louise pidieron *steak tartare* y Jacques, *entrecote bleu* con *frites*. Cuando el camarero se fue, Janette se dirigió a Jacques:

—Ayer noche dijiste que Johann quería hablar conmigo.

—Sí —replicó—. Le sorprendió ver tu fotografía y tenía curiosidad por conocer tus motivos para hacer esto.

—Pensé que sería divertido —dijo ella rápidamente—. Además siempre he querido saber qué se siente llevando un diamante de un millón de dólares.

—¿De verdad? —en su voz había escepticismo.

Ella lo pasó por alto.

—Cuando me llamaste para hablar conmigo antes de que yo lo hiciera con Johann, algo tenías en la cabeza.

—Sí —replicó Jacques—. Ayer le dije a Johann que podíamos sacar adelante una casa completamente tuya. Una imagen nueva. Pero tenemos que librarnos de Shiki. Estoy de acuerdo contigo cuando afirmas que es una rémora.

—¿Y qué dice Johann?

—Ya conoces a Johann. Lo primero que se le ocurrió fue que tendríamos que desprendernos de cincuenta millones de francos si se iba Shiki, y que para iniciar la nueva línea necesitaríamos otros cincuenta millones. Y si la cosa no marcha, se pierde. Así es Johann —asintió Jacques seriamente—. Siempre contando números. Todavía no ha dicho que no esté interesado. Yo le he dicho que hable contigo antes de cerrarse en banda a la idea.

—No creo que haya nadie capaz de convencerle —dijo ella—. En lo que de mí depende, la idea puede ser divertida, pero él está demasiado anclado en su manera de hacer las cosas.

—Quizá si pensara que algún otro querría hacerlo contigo, se le podría convencer.

—Pero no tenemos a nadie.

—Yo podría conseguir algo —dijo Jacques.

—¿Has pensado en alguien? —preguntó Janette con curiosidad.

Jacques asintió.

Janette le miró sin decir palabra.

—Para empezar, tu padrastro —dijo—. Ayer estuve hablando con él. Está muy interesado.

—No me refiero a él —dijo ella con frialdad.

—Ya lo sé —replicó Jacques—. Pero eso son asuntos personales; los negocios son algo diferente.

—Además no hay modo de que ponga cincuenta millones de francos —dijo ella.

—Quizá no del todo, pero dispongo de otros que se meterían, por ejemplo un norteamericano, Joe Carolo. Tiene una de las mayores cadenas de tiendas de ropa femenina de los Estados Unidos. Ahora intenta mejorar su imagen. Y hay otros, pero todavía no he hablado con ellos; me he limitado a Maurice y a Joe.

Janette se quedó sentada meditando durante un rato y al final dijo moviendo la cabeza:

—No. Si quiero hacerlo, solo puedo contar con mi propia empresa. No quiero socios.

—Pues entonces vuelve con Johann —dijo Jacques.

—Es cierto.

Cuando el camarero llegó con la comida, comieron casi en silencio dedicado cada uno a sus propios pensamientos. Louise, en cuanto acabó echó un vistazo a su reloj.

—Dios mío —exclamó—. Llegaré tarde al trabajo.

—Coge mi coche —dijo Janette—. Ya lo recogeré yo más tarde.

Dio las gracias a Jacques por la comida y abandonó rápidamente la mesa. Jacques la observó marchar.

—Tu amiga es una chica bonita —dijo.

—Sí.

—¿Hace mucho tiempo que sois amigas?

—Hemos trabajado juntas desde que entré en Dior, pero hasta esta semana no nos hemos hecho amigas.

—Eso pasa muchas veces —asintió Jacques sabiamente—. Ves a una persona continuamente pero no te das cuenta de lo importante que es hasta que, con el paso del tiempo, desaparece.

—La verdad es que nunca había pensado en eso, pero es cierto —asintió Janette.

Jacques guardó silencio mientras el camarero retiraba los platos; pidió el café y luego dijo, dirigiéndose a ella:

—Bueno, ahora será mejor que salga toda la mierda. ¿Te interesa la casa de Tanya o no?

—¿Qué te hace pensar que me interese? —dijo ella a la defensiva.

—Ayer estuviste hablando con Philippe Fayard —dijo.

—¿Cómo lo sabes?

—En el mundo de los homosexuales no hay secretos. Tu padrastro se enteró y me llamó.

—*Merde* —dijo ella—. Eso significa que Shiki ya lo sabe.

—Así es —asintió Jacques—. Y apostaría a que en estos momentos está chillando en el despacho de Johann salido de madre.

Janette guardaba silencio.

—Te guste o no, ya estás comprometida. Ahora es cosa tuya escoger el camino.

—¿Qué camino escoges tú, Jacques? —dijo Janette mirándole.

—El tuyo —replicó él—. Quizá de ese modo llegue a convertirse en realidad lo que soñé conseguir de tu madre.

El camarero sirvió el café; Janette, levantando la taza, miró en su interior. La fina tacita de café estaba llena de un líquido espeso y oscuro. Antes de llevársela a los labios, levantó la mirada hacia él y asintió lentamente, cabeceando.

—Entonces vete a hablar con Johann ahora mismo.



Para su sorpresa, Johann estaba tranquilo y razonable. Consideró que sus ideas y planes eran excelentes y que tenía buenas posibilidades de éxito. Solo se mostró inexorable en un punto.

—Ya he discutido el asunto esta mañana con mi abogado —dijo—. Y, como administrador de la parte del patrimonio correspondiente a tu hermana, si algo saliera mal, según las leyes francesas toda la responsabilidad recaería sobre mí.

—¿Qué puede salir mal? —preguntó—. Tú mismo has dicho que te parecía una buena idea.

—Podemos perder todo el dinero —afirmó Johann—. Y yo no tengo derecho a correr ese riesgo con la parte de Lauren.

—Pero ¿y si hacemos una fortuna?

—Estaría bien. Pero no hay ninguna garantía de que vayamos a conseguirlo. —La miró por encima de su escritorio—. Lo siento, Janette. Si el plan pudiera llevarse a cabo con una inversión de un millón de francos, más o menos, todo iría bien bajo mi jurisdicción normal. Pero los cien millones pueden reducirse a cincuenta. Y semejante pérdida arruinaría a la empresa y lo perderíamos todo; no solo la casa de *couture*, sino también la empresa de perfumes y las bodegas vinícolas. Ya sabes que todas forman parte de un convenio y unas garantizan a las otras.

Janette, silenciosa, se quedó pensando. Al poco rato habló:

—¿Puedo comprar de algún modo la parte de Lauren?

—Supongo que sí —replicó él—. Pero costaría muchísimo dinero y además yo tendría que solicitar a un tribunal francés un certificado de que la parte de Lauren hubiera sido adecuadamente valorada y de que ella recibiría su remuneración financiera equitativa. —Johann tomó aliento—. Pero ¿por qué habrías de desear hacer semejante cosa? Solo con la empresa vinícola ya tienes garantizados buenos beneficios de por vida.

—No me interesa la empresa vinícola —dijo ella—. Solo me interesa la casa de

modas. Los vinos me aburren. Son *bourgeois*.

—Incluso así, podríamos seguir con el mismo procedimiento.

—¿Y si yo le transmito mi parte de la compañía vinatera a modo de intercambio?

—En ese caso te dañarías a ti misma —dijo Johann—. Las bodegas ofrecen un beneficio que dobla el de la casa de modas, incluyendo la perfumería.

—¿Puedo vender mi parte de las bodegas y utilizar el dinero para comprar la *couture*?

—Supongo que sí. No conozco los estatutos de la empresa como para aconsejarte hacerlo. Pero sigo pensando que sería una tontería.

—Tontería o no, me gustaría hacerlo.

—También es importante a quién se lo vendes —dijo Johann—. Tengo derecho a rechazar a cualquier socio a quien no considere adecuado en relación con los intereses de tu hermana.

—En otras palabras, que no me vas a permitir hacerlo —la voz de Janette se hizo más fría.

—Yo no he dicho eso —replicó Johann de inmediato—. Me limito a explicarte cuáles son mis responsabilidades. Es lo mismo que hice en nombre tuyo a fin de proteger tu parte. Y ni tú ni tu hermana habéis resultado dañadas. De hecho, ambas estáis ahora en tan buena situación como cuando yo me hice cargo de todo.

—Pero la casa de *couture* está perdiendo dinero y hay buenas razones financieras para venderla.

—De acuerdo.

—¿Y podemos vendérsela a un extraño?

—Sí.

—Pero no a mí.

—Si llevamos a cabo el proceso que acabo de bosquejarte, se te podría vender a ti. Pero como amigo y ex administrador, debo advertirte de los riesgos que correrías.

—A pesar de ello, supongamos que te propongo a ti como propietario del cincuenta por ciento del negocio; yo quiero quedarme con la casa de *couture* para mí sola, y si es preciso estoy dispuesta a vender mi parte en las bodegas. ¿Qué harías tú?

—Yo no podría aceptar; solo podría contratar a peritos que evaluaran el negocio para buscar un modo equitativo de hacer lo que tú dices. Una vez decidido esto, tendría que conseguir la aprobación de los tribunales para completar la transacción.

—¿Cuánto tiempo costaría?

—No lo sé —replicó Johann—. A veces estas cosas tardan incluso años.

—O sea que el único camino que se abre ante mí es encontrar un comprador que se quede con mi parte de las bodegas y que cuente con tu aprobación.

—Quizá —dijo Johann.

—Pues entonces eso es lo que haré.

—Janette, ¿a qué vienen esas prisas? —Preguntó mirándola—. ¿Por qué no esperas algún tiempo y te lo piensas? Si de aquí a un mes sigues opinando lo mismo,

vuelve e intentaré ayudarte.

—En estos momentos perder un mes significa perder una temporada. Si empiezo ahora, podré presentar las colecciones de primavera del año que viene.

—Las colecciones de otoño son más importantes —dijo él.

—Para mí, no —replicó Janette—. Voy detrás de otro mercado, y si quiero conseguir algo tengo que salir en primavera con vistas a organizar las colecciones otoñales.

—Ya sé lo que quiere hacer —dijo Jacques rompiendo su silencio por fin—. Tiene muchas posibilidades de conseguirlo. Se pueden ganar millones.

—O perder millones —dijo Johann, y la miró—. Comprendo lo que sientes, pero no puedo hacer lo que me pides tan fácilmente como a ambos nos gustaría.

—No hemos llegado a nada —dijo Janette levantándose.

—Lo lamento.

Janette le miró y habló con voz fuerte y decidida:

—Voy a conseguir lo que quiero. Cueste lo que cueste. Ya lo sabes. —Y abandonó el despacho dando un portazo. Johann miró a Jacques por encima del escritorio.

—A ver si puede hacerla entrar en razón.

—¿Usted consiguió que Tanya le hiciera caso? —preguntó Jacques encogiéndose de hombros.

—No.

—¿Qué le hace pensar que es distinta a su madre? —preguntó Jacques.



Johann llegó a casa hacia las siete y media de la tarde. Heidi le recibió en la puerta y le besó la mejilla. Johann miró por encima del hombro de Heidi. Generalmente Lauren acudía a la puerta tras ella.

—¿Dónde está Lauren?

—Llegará de un momento a otro —dijo Heidi—. Janette ha venido y se la ha llevado a pasar la tarde.

—¿A qué hora? —preguntó Johann.

—Hacia las cuatro de la tarde. —Heidi le miró a la cara—. ¿Hay algún problema?

—No lo sé —repuso Johann pesadamente y tomando aliento. Entró en el salón seguido de Heidi—. ¿Te ha dicho algo?

—No —replicó Heidi—. Solo que hacía mucho tiempo que no veía a su hermana y que le parecía que debía dedicarle algún tiempo.

—Esto no me gusta —dijo Johann acariciándose la mejilla pensativo. Le explicó rápidamente la reunión que habían tenido a primera hora del día—. Ha dicho que va a hacer lo que quiera, cueste lo que cueste —dijo acabando su explicación. Los ojos de Heidi se llenaron de lágrimas.

—No puede ser tan cruel como para destruir la felicidad de su hermana.

—Olvidas que en muchos aspectos ella misma es una chiquilla. Una chiquilla consentida que siempre ha hecho las cosas a su manera. Y repentinamente se ha encontrado con algo que no podía conseguir.

—¿Crees que no dejará a Lauren volver con nosotros?

—No sé qué pensar —replicó Johann—. Solo hay una manera de saberlo. —Acudió al teléfono y llamó al número de Janette. Una voz respondió—. Henri, ¿está en casa *mademoiselle* Janette?

—*Oui. Je vous passe, monsieur.*

Sonó un chasquido y oyó la voz de Janette:

—¿Sí?

—Estamos esperando a Lauren para cenar. —Johann intentó hablar con naturalidad.

La voz de Janette era fría:

—No irá a cenar. Ni volverá. Se quedará en la casa que le corresponde. Por favor, haz que envíen sus cosas cuanto antes.

El teléfono enmudeció en su mano antes de que pudiera contestar. Volvió a dejarlo lentamente en la mesa.

—Se queda con Lauren —dijo con voz pesada.

Por primera vez vio a Heidi enfurecida.

—¡Qué puerca! —exclamó—. ¡Qué puerca más cruel! ¿Vas a permitirle que siga adelante? Después de todo, tú eres el tutor legal de Lauren.

—Eso significaría sacar todo a relucir. Sería un buen día para la prensa. Se remontaría a Tanya y a todas las cosas pasadas. Y cuando el asunto terminara, quedaríamos todos cubiertos de mierda, incluyendo a Lauren.

—Pues entonces dale lo que quiere. Podemos llevarnos a Lauren a Estados Unidos con nosotros y dejar que Janette se vaya al infierno divirtiéndose a su manera. ¿Qué te importa lo que le pase a ella?

—No me importa —replicó Johann—. Pero las cosas no son tan sencillas. Cualquier decisión que tome referente a los beneficios, por justa y equitativa que sea en su momento, estará sujeta a tergiversaciones posteriores. Si la *couture* produce mucho dinero, habré privado a Lauren de unos beneficios hipotéticos; si va mal y estamos metidos en ello, habré permitido que Lauren se vea expuesta a enormes pérdidas. Sea cual sea el camino que escoja, estoy perdido si lo hago y también si no lo hago.

—Pues entonces —dijo Heidi mirándole directamente a los ojos—, si estás destinado a perder, por lo menos protege a la niña, que es quien más lo necesita. Y más que dinero, ella necesita amor y atención; y nosotros podemos darle ambas cosas.

Johann guardó silencio.

—¿Por qué no comprar la parte de las bodegas pertenecientes a Janette? —preguntó Heidi—. Mi padre te adelantaría el dinero. Está interesado en los negocios

vinícolas. Hace más de cinco años, compró en California mil acres de viñedos.

Johann la miró; en su cerebro empezaba a tomar forma el germen de una idea.

—Yo no puedo comprar. Me expondría a ser criticado. Tratándose de otro caso, yo mismo podría hacerlo. Tengo dinero suficiente. Pero si compra tu padre, será un asunto distinto. Sería una transacción que tanto los tribunales como yo con seguridad aprobaríamos. ¿Crees que puede interesarle a él?

—Creo que sí —dijo Heidi—. Le llamaremos después de cenar y lo averiguaremos.



—Él no cederá tan fácilmente —había dicho Maurice—. No lo hará después de disponer durante tantos años de un control total. Quién sabe cuánto habrá ganado con todo esto.

—No creo que Johann haya sido jamás un estafador —dijo Janette mirándole.

—No he dicho que lo sea —repuso Maurice de inmediato—. Pero ha dirigido sus negocios teniendo participación en los beneficios. ¿Quién podría afirmar que no ha obtenido más beneficios de lo estipulado?

Janette no respondió.

—Si realmente piensas lo que dices —afirmó Maurice—, tienes que seguir adelante. Oblígale.

—¿Y cómo lo haré? —preguntó Janette.

—Haz que le resulte tan molesto que esté contento de dejarlo. Llévale ante los tribunales, acúsale de malversación de los beneficios tuyos y de tu hermana, afirma que ha dañado vuestros derechos. Incluso puedes alegar que ejerció una influencia excesiva sobre tu madre, cuyo estado mental no le permitía controlar el patrimonio. Puedes hacer muchas cosas.

—Pero ¿cómo probarlo?

—No tienes que hacerlo. Eso es lo bueno —sonrió Maurice—. Es él quien tiene que probar lo contrario.

—No sé si podría hacerlo —dijo Janette sacudiendo la cabeza.

—Pues entonces déjalo estar. Pero pasarán años antes de que tengas otra oportunidad como esta. ¿Ya te ha dicho Jacques que no solo estoy deseando apoyarte yo, sino que hay también un americano que quiere invertir?

—Sí —replicó ella.

—Entonces, ¿a qué estás esperando? —preguntó—. A no ser que en realidad no estés convencida de poder conseguir algo.

—Eso no tiene sentido —repuso—. Lo haría aunque Lauren viviese con ellos.

—Pues entonces hazla volver contigo.

—¿Puedo hacer semejante cosa? —preguntó Janette—. Después de todo, él es su tutor ante la ley.

—Pero tú eres su hermana. Siempre puedes decir que te la llevas contigo porque

temes que él pueda hacerle daño.

Janette volvió a guardar silencio.

—No seas loca, Janette —dijo Maurice—. Él era un soldado alemán, un *boche*. Nada ha cambiado. Solo que ahora, en vez de ocupar Francia, ocupa tus negocios.

Janette seguía callada.

—Janette Marie de la Beauville —dijo él suavemente—. Es un buen nombre. ¿Lo has visto en el anuncio? Suena mucho más importante que Harry Winston.

—¿Cómo haré volver a Lauren? —preguntó Janette mirándole.

—Es sencillo —explicó—. Simplemente, vete a su apartamento con una excusa y llévatela; luego, no la devuelvas.

Eso fue exactamente lo que hizo por la tarde. Mientras tanto concertó una cita para el día siguiente con el abogado de Maurice a fin de entablar los pleitos. Cuando Johann llamó por teléfono, ya eran las ocho de la noche y Lauren estaba en la cama.

Los criados le hicieron grandes alharacas durante la cena y la niña quedó encantada. Cuando le sugirieron que se acostara, se fue muy contenta. Pocos minutos después de la llamada de Johann, Lauren entró en la habitación de Janette.

—La tía Heidi siempre me cuenta un cuento antes de ir a dormir.

—De acuerdo —replicó Janette—. Vuelve a tu habitación y te contaré un cuento.

La niña se metió en la cama y se quedó mirándola.

—Cuéntame un cuento de una princesa.

—¿Qué princesa?

—Ya sabes, la que no podía dormir porque había un guisante en su cama.

—No conozco ese cuento —dijo Janette pensativa.

—Entonces, ¿qué cuento sabes?

Janette intentó recordar algún cuento de su infancia.

—Erase una vez una viejecita que vivía en un zapato...

—Ese ya me lo sé —le interrumpió Lauren—. Además no es un cuento, es una poesía.

—Oh —dijo Janette.

—Quiero que me cuentes un cuento de verdad —pidió la niña.

—Tendré que pensar alguno —replicó Janette—. Dime tú cuál. Dame tiempo hasta mañana; conseguiré un libro con todos los cuentos y te los contaré mañana por la noche.

—¿Estás segura de que no sabes ningún cuento? —Lauren la miró.

—Estoy segura.

—¿Ni siquiera uno para niños pequeños?

—Mañana por la noche —dijo Janette riéndose— te contaré una docena.

—De acuerdo —dijo la niña tras quedarse pensativa unos momentos. A continuación tendió los brazos—: Dame un beso para dormir.

—Buenas noches —dijo Janette besándola.

—Buenas noches, tía Hei... Janette. —Lauren la abrazó. Apoyando la cabeza en

la almohada, cerró los ojos para volver a abrirlos de inmediato—. Se me había olvidado rezar —dijo saltando de la cama.

Arrodillándose junto a la cama, unió las manos e inclinó la cabeza.

—Ahora ya puedo dormir. He rezado a Jesús para que cuide de mi alma. Que Dios cuide al tío Johann, a la tía Heidi y a mi hermana Janette. —Levantó la mirada hacia Janette—. Amén.

Janette guardaba silencio.

—Di amén —exigió Lauren.

—Amén —repitió Janette.

La niña volvió a la cama, se tumbó y cerró los ojos.

—Buenas noches, Janette.

—Buenas noches, hermanita —dijo Janette camino de la puerta. Apagó la luz y cerró la puerta tras de sí; luego bajó las escaleras y se dirigió a la biblioteca.

El teléfono empezó a sonar. Era Jacques.

—Acabo de llamar a Johann y me ha contado lo que has hecho. Están muy preocupados.

—Lástima —dijo ella—. ¿Le has llamado?

—Sí.

—¿Por qué?

—He tenido una idea. Puede haber una aproximación práctica al problema si Tanya Couture se pone de acuerdo con Carolo para la financiación adicional. Esto haría que los riesgos fueran mínimos.

—¿Y qué ha dicho él?

—No ha tenido oportunidad de tratar el tema. Él me ha contado lo que sucede; quiere saber si yo me he enterado de algo. Le he dicho que no, pero no sé si me ha creído.

—Eso no cambia las cosas —dijo ella.

—Para mí sí que las cambia —afirmó Jacques—. Yo nunca le he mentado. No me gustaría que pensara que le estoy mintiendo. ¿Por qué diablos has hecho semejante cosa?

—No seas imbécil —replicó Janette—. Ya has visto en la reunión cuál era su actitud. Él ya había elaborado sus planes y su tozudez teutónica le impide cambiarlos.

—Pero tu hermana era feliz con ellos. No había motivos para mezclarla en el asunto.

—Ahora será feliz aquí. Y antes también estaba mezclada en el asunto. La mitad de todo pertenece a ella.

—Podíamos haber buscado otro método —dijo Jacques.

—No hay otro método —replicó ella—. Maurice me ha convencido de ello. Tenía que haberle hecho caso hace mucho tiempo, pero no lo hice.

—La única preocupación de Maurice es él mismo. Está olfateando una posibilidad de volver a los negocios. Por eso te presiona.

—¿No lo apruebas? —La voz de Janette se hizo más fría.

—No tenías por qué haberlo hecho así —repitió él.

—¿Y tú quién demonios eres para opinar? —ahora estaba enfurecida—. Te has pasado la vida chuleando y follando. Por tu trabajo, por tus cuentos, por la publicidad. Ahora tienes miedo de haber perdido el trabajo porque has llegado demasiado lejos conmigo; así que intentas echarte atrás para conseguir sus favores.

—¡Eso no es verdad! —dijo con vehemencia—. Tú no conoces a Maurice como le conozco yo. Está intentando utilizarte del mismo modo que intentó utilizar a tu madre.

—¿Y tú no? Tú follaste con mi madre y la utilizaste. Has follado conmigo y me has utilizado. ¿A cuántas otras has follado y utilizado? ¡No necesito tu maldita aprobación! Por lo que a mí respecta, puedes volver y chuparle el culo a ese nazi todo lo que quieras. —Dejó violentamente el receptor del teléfono y se sentó sintiéndose dominada por un temblor.

La puerta se abrió. Janette miró hacia allí. En el umbral estaba Lauren con los ojos arrasados de lágrimas.

—¿Qué quieres? —exclamó Janette.

—Quiero irme a casa —lloró.

—¡Pero si estás en casa! —dijo Janette con tono cortante—. Ahora, vuelve a tu habitación y métete en la cama.

—No estoy en casa. Y esa habitación no es la mía —dijo Lauren lloriqueando—. Además, no puedo dormir. Hay fantasmas.

—No hay fantasmas —dijo Janette.

—Sí, los hay —insistió la niña.

—¿Qué fantasmas?

—El *marquis* está a los pies de mi cama y se ríe. Y cuando abro los ojos, se va. Janette la contempló en silencio.

—¿Tú eres mi hermana? —preguntó Lauren—. El sigue diciendo que no eres mi hermana.

Janette cruzó la habitación y se arrodilló junto a ella.

—Claro que soy tu hermana.

—¿Me quieres? —preguntó la niña mirándole a la cara.

—Ya sabes que te quiero, *chérie* —replicó suavemente Janette.

—¿Tanto como te quería mamá? ¿Y tanto como mamá me quería a mí?

Janette guardó silencio unos momentos; entonces sintió que las lágrimas acudían a sus ojos.

—Sí, querida.

Veinte minutos más tarde, cuando estaban ante la puerta del apartamento de Johann, este la abrió de repente. Les miró en silencio.

—La he traído a su casa —dijo Janette con voz tensa.

—¡Tía Heidi! —exclamó Lauren, y atravesó la puerta a la carrera cayendo en

brazos de Heidi.

Janette empezó a marcharse. La voz de Johann la detuvo. Se volvió con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Sí?

—¿Por qué no entras? —preguntó Johann amablemente, parpadeando—. Tenemos mucho de que hablar.

Tercera Parte

LAUREN

El jefe de auxiliares de vuelo salió de la cabina y atravesó el oscuro departamento de primera clase hasta la cocina que lo separaba de la clase turista. Miró con aprobación las bandejas del desayuno, preparadas y listas para servir.

—Llegaremos con diez minutos de adelanto —dijo.

La morena azafata que llenaba los vasos con jugo de naranja y jugo de tomate sonrió.

—Me alegro. Estoy impaciente por llegar a casa y tomar un baño. —Giró el botón que ponía en marcha los hornos y consultó su reloj—. Los huevos estarán listos dentro de veinte minutos.

—Muy bien —dijo el jefe de auxiliares de vuelo, cogiendo el teléfono interior y encendiendo las luces de la cabina al mismo tiempo. Habló directamente al teléfono, primero en francés y después en inglés—: Buenos días, señoras y señores. Son las seis y media de la mañana, hora francesa. Tengo el placer de informarles que llegaremos a París con quince minutos de adelanto sobre el horario previsto, a las ocho cuarenta y cinco, hora francesa. Ahora empezará a servirse el desayuno.

Como de costumbre, los insomnes fueron quienes primero levantaron las cortinas de las ventanillas, y el sol que asomaba por el horizonte se introdujo en la cabina y despertó a los que aún dormían. El resto de los pasajeros empezó a moverse.

Lauren miró por la ventanilla. No había nada que ver, pues todo estaba oculto tras una espesa capa de nubes. Se volvió cuando la azafata le tocó suavemente el hombro.

—Buenos días, señorita —dijo la azafata en inglés—. ¿Ha descansado bien?

Lauren se apartó el largo cabello rubio de la cara, y contestó en francés.

—No del todo mal. Estaba demasiado excitada. Es la primera vez que regreso a Francia después de casi diez años.

La azafata se sorprendió oír el francés de la joven. Era puro, sin ningún vestigio de acento americano pese a su aspecto típicamente californiano. Bronceada, cabello rubio aún más blanqueado por el sol, complexión fuerte, ojos azules.

—*Jus d'orange ou tomate?* —preguntó.

—*Jus d'orange* —contestó Lauren.

La azafata bajó la bandeja que había delante de Lauren y colocó el jugo de naranja sobre ella.

—¿Le apetece una taza de café?

Lauren asintió.

—Por favor.

Cogió su bolso del suelo y lo abrió. Dentro había un frasco lleno de píldoras. Abrió el frasco y echó varias en la palma de su mano, después de lo cual cogió el vaso de jugo.

La azafata sonrió.

—¿Vitaminas? Todos los americanos toman vitaminas con el desayuno.

Lauren sonrió.

—Naturalmente.

Se preguntó qué pensaría la azafata si le dijera que todas las píldoras que tomaba no eran vitaminas. La roja era un estimulante. Tragó las píldoras con el jugo mientras la muchacha le servía el café. Encendió un cigarrillo y se volvió otra vez hacia la ventanilla. Diez años. Eso era mucho tiempo. Más de la mitad de su vida.

De repente notó una contracción nerviosa en el estómago. Janette estaría en el aeropuerto. Se preguntó si Janette la reconocería. No importaba. Ella reconocería a Janette. Veía su fotografía mil veces al año, en periódicos, revistas, e incluso anuncios de televisión. ¿Qué fue lo que dijo uno de los comentaristas? Una de las diez mujeres más bellas del mundo.

Se acordó de una vez que estaba con Harvey en la playa de Paradise Cove, tumbados sobre una manta para que la arena caliente no les abrasara vivos. Pero el sol era agradable, y calentaba su cuerpo mientras la brisa le mantenía la piel fresca. Se echó boca abajo y abrió una revista. Casi lo primero que vio fue una fotografía en color de Janette. Era un anuncio de un biquini. El texto no podía ser más simple. «El biquini más pequeño, hecho por Philippe Fayard para Janette». Después, en letras minúsculas debajo de la fotografía: «En las mejores tiendas desde 90 dólares».

Una sombra cayó sobre la revista.

—¡Caray! —exclamó Harvey—. Esta chica es dinamita.

Durante unos momentos sintió una punzada de asombro.

O quizá celos. En ciertos aspectos Harvey era un idiota. Nunca entendía nada. Vivía en un mundo que solo existía entre su tabla de *surf* y su colección de drogas. Nunca iba a ningún sitio sin su tabla de *surf*; incluso de noche la llevaba atada a la baca de su Volkswagen. Y en un compartimento hábilmente disimulado en la puerta del coche siempre había un mínimo de veinte bolsitas de plástico con distintas clases de hierba. Su colección de humores, la llamaba él. Una hierba para cada propósito, para reír, para soñar o para hacer el amor. Ahora mismo su mayor interés era trabajar con un amigo suyo en Humboldt County para desarrollar una hierba sin semillas, con lo que se eliminaba la necesidad de limpiarla, y naturalmente se incrementaba el contenido de THC. Era una suerte que su padre nunca le preguntase qué hacía con su asignación, porque ya había invertido más de mil dólares en el proyecto, entre los cuales también se incluían más de doscientos dólares que ella le había dado.

Alzó la vista hacia él, entrecerrando los ojos para resguardarlos del sol.

—¿Qué has dicho?

—Que esa chica es dinamita —repitió él, mirando fijamente la foto.

Ella echó una ojeada a su alrededor. La playa estaba llena de muchachas, vivas y reales, con biquinis aún más pequeños que el de la fotografía, y sin embargo aquí estaba él, indiferente a todas ellas y contemplando la revista.

—Es mi hermana —dijo, alargándole la revista.

Él la cogió, sin dejar de mirar la fotografía.

—Vaya —dijo, y entonces el significado de sus palabras penetró en su cerebro—. ¿Has dicho que es tu hermana?

—Sí.

—Nunca me habías dicho que tenías una hermana. —Había una nota de escepticismo en su voz.

—Nunca se había presentado la ocasión —contestó.

—Nunca la he visto —dijo él.

—Claro que no —repuso—. Vive en París.

—¿Francia?

—Ahí es donde está París —dijo ella con brusquedad. Empezaba a irritarse. Era absurdo que Harvey armara tanto jaleo por aquello. Se incorporó—. No me vendría mal un porro —dijo.

Harvey rebuscó en su bolsa de papel y extrajo un cigarrillo de marihuana. Lo encendió y se lo pasó. Ella le dio dos rápidas chupadas. Como de costumbre, era insuperable. Un especial de Harvey. Se sintió mejor, y la irritación se desvaneció por completo.

Él se dejó caer a su lado sobre la manta.

—¿Cuándo la viste por última vez?

—Hace casi diez años —contestó—. Cuando llegué aquí.

—¿Ya era tan guapa?

Reflexionó unos momentos, y después asintió con la cabeza.

—Supongo que sí. Pero yo era una niña y ella era mi hermosa hermana mayor.

—¿Cuándo volverás a verla? —preguntó él.

Fue en este momento cuando lo decidió.

—Este verano, después de graduarme —dijo. Diez años era mucho tiempo.

Mucho tiempo, pensó, mirando por la ventanilla mientras la pista de Orly salía velozmente al encuentro del avión. Mucho tiempo.



El agente de inmigración la miró con sorpresa cuando le entregó el pasaporte.

—¿Es usted francesa? —preguntó.

Ella sonrió.

—Sí.

El pasaporte que le había dado era francés, aunque expedido en el consulado de Los Ángeles.

—Pensaba que era americana —dijo él.

—Vivo allí —contestó Lauren—. Esta es la primera vez que vengo en diez años. Solo tenía siete cuando me fui.

El agente sonrió, selló el pasaporte y se lo devolvió.

—Bienvenida a casa —dijo.

—Gracias. —Cogió el pasaporte y fue a buscar el equipaje. En la zona de equipajes vio a un hombre esperando, con un pequeño letrero de cartón en la mano: «Mlle. Lauren». Se dirigió hacia él—. Yo soy Lauren —dijo.

El hombre se inclinó.

—Jean Bergère, *service d'accueil*, Air France. Su hermana me ha pedido que me ocupe de su equipaje. Si quiere darme los resguardos, por favor.

—Solo tengo una maleta —dijo ella, dándole el talón de equipaje.

—Tanto mejor —dijo el hombre—. Venga, le haré pasar la aduana y después vendré a buscar su maleta. Su hermana la espera fuera.

Vio a Janette al pasar la barrera de la aduana. Se detuvo un momento, mirándola. No había equivocación posible. Tenía un empaque y una calidad que resplandecían y la hacían destacar entre la multitud. Miró hacia ella casi en el mismo momento que Janette la vio.

Titubeó un momento, y después echó a correr, deteniéndose frente a ella. Se quedaron mirándose una a otra, y después sonrió.

—¿Eres realmente mi hermana? —preguntó en francés.

Janette contestó en inglés, con voz temblorosa, entre risas y lágrimas.

—Será mejor que lo creas. —Después atrajo a Lauren hacia sí y le dio un caluroso abrazo—. Soy yo la que no puedo creerlo. ¡Eres tan mayor y tan guapa! ¿Qué le pasó a la niña que vi la última vez?

Lauren también tenía los ojos húmedos.

—Creció.

—Eres más alta que yo —dijo Janette.

—Vitaminas americanas —rio Lauren—. Pero tú estás incluso más guapa de lo que recordaba y mucho más que en todas las fotografías que he visto.

—*C'est pas vrai* —dijo Janette. Se volvió e hizo un gesto. Un hombre joven, vestido con un traje oscuro y corbata, fue hacia ellas—. Mi secretario, Robert Bleu —dijo Janette.

El joven alargó la mano con delicadeza.

—Mucho gusto en conocerla, señorita Lauren —dijo con fuerte acento francés.

—El gusto es mío —dijo Lauren.

—Robert recogerá tu equipaje y lo llevará a casa. De este modo podrás ir conmigo a la oficina y después el chófer te acompañará a casa.

Lauren sintió una ligera decepción.

—¿Tienes que ir a trabajar en un día como hoy?

—Las colecciones se nos echan encima —dijo Janette, tomándola del brazo y conduciéndola hacia la salida—. Solo tenemos tres semanas antes de agosto y mil cosas que preparar. Pasaremos la colección inmediatamente después de Dior.

Lauren tuvo que apretar el paso para no quedarse atrás, aunque Janette no diera la impresión de andar deprisa.

—¿Tienes siempre tanto trabajo en julio?

Janette se echó a reír.

—Más que en todo el año.

—Lo siento —dijo Lauren—. Tendrías que haberme advertido. Podría haber venido en cualquier otra época.

Salieron al exterior y un gran Rolls se detuvo junto a la acera frente a ellas. El chófer salió del coche y abrió la puerta.

—*Bonjour*, señorita Lauren —dijo—. Bienvenida a casa.

Lauren le miró. De repente le pareció recordar.

—¿René?

—*Moi-même, mademoiselle* Lauren.

Impulsivamente se inclinó hacia delante y le dio un beso en la mejilla.

—Me alegro de verle —dijo.

—Gracias —contestó él.

Se metió en el coche, seguida de Janette. Sentía una excitación que no esperaba. Miró a Janette.

—¿Acaso Henri y...?

La voz de Janette era ronca.

—No. Se fueron hace mucho tiempo. René es el único de los antiguos que sigue trabajando para mí.

—Lástima —dijo Lauren—, me habría gustado verles.

El coche se apartó de la acera. Janette abrió el armario situado en el centro del compartimento de pasajeros y sacó un cigarrillo de una caja que había allí. Pulsó el encendedor, y lo acercó al cigarrillo.

Lauren observó un ligero temblor en sus manos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

Janette la miró.

—Claro que me encuentro bien.

—Pareces nerviosa.

—Solo estoy cansada —repuso Janette—. He trabajado hasta las tres de la madrugada. —Señaló un maletín depositado en el suelo junto a ella—. ¿Ves esto? Está lleno de cosas que tengo que hacer hoy.

Lauren lanzó una mirada al maletín de cocodrilo negro, y después volvió los ojos hacia su hermana.

—Trabajas mucho, ¿verdad?

—Si quieres tener éxito en este negocio, no hay más remedio —dijo Janette, dando una chupada al cigarrillo—. Siempre hay alguien esperando que te duermas. Entonces saltan sobre ti y te despedazan como lobos.

—¿Lo crees realmente? —preguntó Lauren.

—Sí. Y verás que tengo razón. Aún eres muy joven. Pero... tiempo al tiempo.

Janette le dirigió una larga mirada, y después asintió.

Janette encendió otro cigarrillo con la colilla del que había estado fumando. Lauren observó que sus manos seguían temblando. Una idea cruzó por su mente.

—¿Estás flipada? —preguntó.

Janette se mostró confundida.

—¿Flipada? ¿Qué es eso?

—Jerga americana —contestó Lauren—. Pareces crispada. ¿Tomas estimulantes, ya sabes, rojas? ¿Bellezas negras?

—No sé de qué estás hablando.

—Anfetaminas, excitantes. Cocaína. Cosas así.

—¿Doy esa impresión? —preguntó Janette.

—Podría ser —dijo Lauren.

—Vosotros, los americanos, vais muy por delante de nosotros en estas cosas —dijo Janette—. Tomo algo de cocaína. No mucho. Pero nadie debe saberlo.

—¿Has tomado esta mañana?

Janette asintió.

—Ya te he dicho que estaba muy cansada. Necesitaba algo para despejarme.

Lauren asintió.

—Yo he tomado una roja en el avión para no caerme de morros al pasar la aduana. —Rebuscó en su bolso y sacó una cajita de hojalata. La abrió y extrajo un pequeño cigarrillo fuertemente prensado—. Dos chupadas de esto y te encontrarás como nueva. Te anima y te relaja al mismo tiempo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Janette.

—Tengo un amigo que es el mejor experto del mundo en distintas clases de hierba. Este es un Harvey número diez. —Sacó una caja de cerillas y encendió el cigarrillo. Dio un par de rápidas chupadas y después se lo pasó a Janette—. Solo dos chupadas. Nada más.

Janette lo sostuvo delicadamente entre los dedos. Se llevó el pitillo a los labios y aspiró. El olor era delicado, muy distinto de la hierba o hachís que había fumado hasta ahora. Dio lentamente la segunda chupada, y después se lo devolvió a Lauren.

Lauren se humedeció las yemas de los dedos y apagó la punta del cigarrillo; después volvió a meterlo cuidadosamente en la cajita de hojalata. La cajita de hojalata volvió al bolso.

—No noto nada —dijo Janette.

Lauren sonrió.

—No debes notar nada. Pero dentro de dos minutos ya no estarás nerviosa.

Guardaron silencio mientras el gran automóvil rodaba por la *autoroute* que conducía a París. De repente Janette se volvió hacia ella.

—Oye —dijo, sonriendo—, tenías toda la razón. Ahora lo veo todo distinto. No tendría que haberme puesto tan, ¿cómo has dicho?, crispada.

Lauren se echó a reír.

—Tienes que hacer caso a tu hermanita.

—Debería habértelo preguntado antes —dijo Janette—. Pero dime, ¿cómo están Johann y Heidi?

—Muy bien —repuso Lauren—. Te mandan recuerdos.

—Leí en alguna parte que Johann se ha convertido en ciudadano americano —dijo Janette.

—El año pasado —precisó Lauren.

—¿Y tú? ¿Te gustaría también ser americana?

—Nunca lo he pensado. —Lauren la miró con sus claros ojos azules—. Me siento americana, pero supongo que esperaré a cumplir veintiún años para decidirlo.

—¿Johann ha tenido mucho éxito?

Lauren no supo si era una pregunta o una afirmación.

—Supongo que sí —dijo—. Nunca presto mucha atención a esas cosas.

—Según los periódicos financieros, tiene uno de los consorcios más florecientes de América.

—Ni siquiera sé lo que es un consorcio —rio Lauren—. Lo único que sé es que sale a trabajar muy temprano y vuelve a casa muy tarde.

Janette guardó silencio unos momentos.

—Deberías prestar más atención a estos asuntos. Al fin y al cabo, posees un veinticinco por ciento de la compañía vinícola Beauville, que es la base de todo el consorcio.

—Lo sé —repuso Lauren con indiferencia—. Él me lo ha dicho varias veces, pero la verdad es que eso no me interesa. El dinero no tiene tanta importancia para mí.

—Entonces, ¿qué tiene importancia? —preguntó Janette.

Lauren la miró otra vez con sus claros ojos azules.

—Descubrirme a mí misma. Saber quién soy en realidad. Después tendré tiempo para otras cosas.

—Pero ¿no te importa lo que pueda pasar con tu dinero?

—¿Qué puede pasar?

Janette no contestó.

—Aunque lo perdiera todo, no me importaría —continuó Lauren—. Me las arreglaría sin él. No necesito gran cosa. —Avistó la silueta de la torre Eiffel en la lejanía cuando salieron del Boulevard Periférique y esbozó una amplia sonrisa—. ¡Allí está! —dijo como una niña excitada—. ¡Ahora sé que estoy realmente en París!

El Rolls se detuvo frente al salón de la Avenue Montaigne. Un portero impecablemente uniformado abrió la puerta.

—*Bonjour, madame.*

—*Bonjour, Louis* —contestó Janette mientras se inclinaba para coger el maletín del coche. Se volvió hacia Lauren—. Procura descansar un poco. Esta noche doy una pequeña fiesta en casa. Hay muchas personas que quieren verte.

Lauren la miró.

—No tienes por qué hacer nada. Me conformo con estar aquí.

—No seas tonta —dijo Janette con una sonrisa—. Será divertido verles la cara cuando se encuentren contigo. Todos te recuerdan como una niña.

Cruzó la acera y subió los escalones que conducían a la entrada privada del salón. Como de costumbre, se detuvo en el último peldaño y miró hacia ambos lados de la calle.

Era principios de julio y la calle reverberaba a causa del calor y la humedad producida por el riego de la madrugada. Una inspección rápida. Christian Dior estaba en la esquina. Nina Ricci al otro lado de la calle. Más arriba de la manzana se hallaba el Plaza Athénée. La calle estaba vacía; solo unos cuantos turistas madrugadores salían del hotel para iniciar su peregrinaje. Pero no había nadie delante de los salones, tranquilos y soñolientos bajo el calor estival.

Pero ella sabía a qué atenerse. Esto no era más que la fachada. Dentro de cada salón la presión aumentaba día a día. Las colecciones. Ahora, al cabo de tres semanas escasas. Todos se estaban volviendo locos. El jaleo había comenzado, los rumores circulaban, y cada casa trabajaba día y noche para estar a la altura de lo que pensaban que hacían las demás. Todos procuraban estar en el primer plano de la actualidad, atraerse la atención de los periódicos y beneficiarse de la publicidad causada por la excitación. Dobladillos arriba, dobladillos abajo, hombros anchos, hombros estrechos, faldas rectas, faldas amplias, colores vivos, colores oscuros, sedas, satenes, lanas, fibras acrílicas. Nadie sabía realmente qué surtiría efecto, de modo que todos se estaban volviendo locos.

Louis le abrió la puerta y ella entró. Le abrió la puerta del pequeño ascensor, le dio el maletín, apretó el botón del tercer piso donde Janette tenía su despacho y se llevó un par de dedos a la gorra a modo de saludo mientras la puerta se cerraba frente a él. El despacho estaba al final del pasillo. Había sido de Johann. Pero ella lo hizo renovar totalmente cuando se trasladó a él.

El frenesí se palpaba en el ambiente cuando Janette atravesó la amplia oficina general donde se hallaban las mesas de los contables y secretarías y las puertas de los despachos particulares. Un suave murmullo de «*Bonjour, madame*» la siguió hasta su despacho, que estaba en el otro extremo.

Solo había tres despachos con una habitación independiente para la secretaria. El suyo, el de Jacques y el de Philippe. Abrió la puerta del despacho de su secretario y sintió una momentánea irritación al ver que una muchacha ocupaba el lugar de Robert. Después se acordó de que Robert había ido a llevar el equipaje de Lauren a casa.

La muchacha se puso en pie.

—*Bonjour, madame.*

—*Bonjour, Sylvie* —contestó Janette, dirigiéndose hacia la puerta de su propio despacho, que Sylvie se apresuró a abrir—. ¿Algún recado urgente?

—*Monsieur Jacques* quería verla en cuanto llegara —contestó la joven, siguiendo a Janette al interior del despacho y dejando el correo y otros recados telefónicos

encima de la mesa.

Janette depositó el maletín sobre la mesa y se dirigió hacia el otro lado de la misma.

—Di a *monsieur* Jacques que puede venir cuando quiera.

La muchacha asintió y salió de la habitación. Janette se sentó y empezó a ojear los mensajes. Nada que no pudiera esperar. Alzó la mirada cuando Jacques entró en el despacho.

No perdieron tiempo en saluciones.

—¿Has visto a Lauren? —preguntó él.

—Sí —contestó ella.

—¿Cómo es?

Janette sonrió.

—Preciosa. ¿Qué esperabas? Las vitaminas americanas nunca fallan. —Cambió de tema—. ¿Es eso lo que es tan importante?

Jacques se dejó caer en la silla que había al otro lado de la mesa.

—Philippe vuelve a estar histérico. Dice que no puede hacer esta colección con el presupuesto que le hemos dado. Dice que Dior, St. Laurent, Givenchy y otros tienen tres veces más dinero que él.

—Es verdad —repuso Janette.

—Quiere verte inmediatamente.

—Le veré —dijo ella con tranquilidad—. Cuando yo decida. Por ahora, tendrá que esperar. Tenemos otras cosas que hacer. —Abrió el maletín y extrajo varias hojas—. Quiero que eches un vistazo a esto y me des tu opinión.

Él les dio una ojeada, y después se las devolvió.

—¿Diseños? ¿Quién los ha hecho?

—Esto no importa de momento —dijo—. Solo quiero saber tu opinión.

—Los estudiaré —dijo él—. Mientras tanto, ¿qué hay de Philippe?

Janette se puso en pie.

—Vamos. Será mejor que acabemos de una vez.

Oyeron la voz de Philippe en cuanto entraron en el despacho de su secretaria. Incluso a través de la puerta cerrada tenía un agudo timbre de histerismo. Jacques le dirigió una mirada de inteligencia mientras abría la puerta.

Una maniquí se hallaba sobre un pedestal en el centro de la habitación, con la expresión aburrida y distante que solo una maniquí podía tener cuando una tempestad rugía a su alrededor. Estaba envuelta en piezas de tela que más tarde se convertirían en un vestido, pero ahora solo eran muestras sujetas con alfileres. Dos *midinettes*, cuyo rostro asustado y manos temblorosas reflejaban su nerviosismo y *madame* St. Cloud, la modista jefe, estaban alrededor de la maniquí mientras Philippe andaba de arriba abajo delante de la muchacha, despotricando y bramando. La única persona en la habitación que parecía ajena a todo era Marlon, sentado en un sofá adosado a la pared opuesta. Estaba más allá de todo.

Philippe se volvió hacia ellos, alzando las manos en un gesto de desesperación.

—Todo está mal —chilló—. La tela no es la que encargué, en la fábrica dicen que es lo mejor que pueden hacer con el dinero que les pagamos, todos los colores están mal, y cuando el vestido está cortado nada cae como debería caer. *Madame St. Cloud* dice que necesita más modistas, que no puedo esperar gran cosa con solo tres oficiales y una caterva de aprendizas. Me estoy volviendo loco, os lo aseguro, completamente loco. No puedo resistirlo más. Voy a suicidarme. Esto es lo que haré. ¡Suicidarme!

Janette le miró un momento, y después hizo una seña a *madame St. Cloud*. Al cabo de unos instantes, la maniquí y las demás habían salido. Esperó a que la puerta se cerrara tras ellas para empezar a hablar.

—Lo que necesitas es calmarte.

—Lo que necesito es más dinero para poder realizar mis diseños —replicó airadamente Philippe.

Janette le miró con dureza. Su voz era fría.

—Lo que tú necesitas no es más dinero, sino más creatividad. El dinero no hace los diseños. Tu problema es que has caído en la rutina y utilizas el dinero como excusa.

—Tú viste los diseños —le espetó Philippe—. Te parecieron magníficos.

—Lo eran —dijo ella— hasta que empezaste a estropearlos, buscando telas que no resultaban prácticas... y tú lo sabes.

—¿Qué esperas que haga? —gritó Philippe—. ¿Quedar en ridículo delante de todos los demás? Sabes qué telas utilizan *St. Laurent*, *Bohan* y *Givenchy*. Pareceremos baratos en comparación.

—Son demasiado ostentosas —dijo Janette con ecuanimidad—. Pareceremos buenos en comparación.

—¡Sosos! —replicó Philippe. Fue a su mesa, cogió varias carpetas y las tiró sobre ella para que Janette las viera—. Mira esto —dijo—. He pagado cinco mil francos para agenciármelas. Muestras de las telas que van a utilizar. Cada una de ellas cuesta más del doble de lo que nosotros pagamos.

Janette cogió las carpetas, las miró silenciosamente y después se las pasó a Jacques. Sintió una contracción en el estómago. Philippe tenía razón. Esas telas hacían que las suyas parecieran baratas. Pero nada de lo que sentía se reflejó en su cara.

—¿Cuándo las has conseguido? —preguntó—. ¿Por qué no me las has enseñado antes?

—Me las dieron anoche —dijo Philippe—. Estoy aquí desde las cinco de la madrugada buscando alguna solución. —Se dejó caer en la butaca—. Pero no podemos hacer nada. Estamos perdidos. Ya es demasiado tarde para cambiar.

Jacques volvió a dejar las carpetas sobre la mesa sin ningún comentario. La expresión de su rostro no era muy alentadora.

Janette habló con voz pausada.

—Quiero pensar en todo esto. —Se dirigió hacia la puerta, seguida de Jacques—. Volveremos a vernos en mi despacho dentro de una hora.



La casa era tal como Lauren la recordaba. Todo continuaba igual hasta que llegó a su habitación. El dormitorio infantil había desaparecido. En su lugar se hallaba un precioso dormitorio que parecía amueblado para una princesa. Lo contempló unos momentos desde el umbral, con una punzada de dolor por el recuerdo ya desvanecido. Después entró en la habitación y fue directamente a la ventana. Al menos la vista no había cambiado. Allí estaba el parque donde solía jugar cuando era niña.

Una llamada a la puerta la apartó de la ventana. La puerta se abrió y el secretario de Janette entró con su maleta. Detrás de él estaban el mayordomo y una doncella, con sendos jarrones llenos de flores. Robert dejó la maleta en el suelo mientras se colocaban las flores, un jarrón sobre la mesita baja próxima a la meridiana, y el otro a un lado del tocador para que no quedara en el centro del espejo.

—Claudine le ayudará a deshacer la maleta —dijo Robert.

—Puedo hacerlo yo sola —contestó Lauren.

—Se ofenderá si no le permite ayudarla —dijo Robert en inglés.

—Entonces, de acuerdo —repuso Lauren—. Pero me temo que sufrirá una decepción. Ahí dentro no hay gran cosa.

—*Madame* me ha encargado que le proporcione todo lo que necesite —continuó Robert.

—Es muy amable, pero no se me ocurre nada. —Tuvo una idea—. Janette ha hablado de una cena para esta noche. ¿Cómo debo vestirme?

—Un sencillo vestido de cóctel sería lo adecuado.

Lauren se echó a reír.

—No tengo ninguno. Solo pantalones.

—No es problema —contestó Robert—. *Madame* tiene un guardarropa muy surtido. Estoy seguro de que encontrará algo satisfactorio.

El mayordomo se acercó a ella con dos tarjetas que habían llegado con las flores y la doncella abrió la maleta. Lauren cogió las tarjetas y les echó una ojeada.

Una tarjeta era del marqués de la Beauville. Estaba escrita en inglés. «Bienvenida. Espero verte esta noche». La otra era de Jacques, y también estaba escrita en inglés: «Me alegro de que estés aquí. Con cariño».

Dio las tarjetas a Robert. Este las miró sin hablar.

—¿Vendrá mucha gente esta noche?

—Unas veinte personas.

—¿Las conozco a todas?

—No lo sé —contestó Robert—. En su mayoría son amigos y socios de *madame*.

—¿Por qué la llama *madame*?

—Es la costumbre —contestó él—. Al fin y al cabo, ella es el jefe.

—No sabía que tuviera buenas relaciones con el marqués.

Robert pareció confuso.

—Trata a su padre.

Lauren le miró. Sería absurdo hacer más preguntas. Era evidente que Robert no podría contestárselas. Desvió los ojos hacia la doncella, que estaba sacando un neceser de la maleta.

—Déjelo en el tocador —le dijo en francés—. Yo misma lo desharé. —El neceser estaba lleno de frascos con una cuidadosa selección de hierbas de Harvey, cocaína y píldoras diversas.

—*Oui, mademoiselle*. —La doncella colocó el neceser encima del tocador y siguió colgando la ropa de Lauren en el armario.

—Sé que debe estar cansada —dijo Robert—. Si quiere descansar un rato, puedo volver después para ayudarle a seleccionar lo que se pondrá esta noche.

—Podemos hacerlo ahora, mientras ella deshace la maleta.

—Muy bien —dijo Robert—. Haga el favor de acompañarme.

Lauren le siguió al pasillo y a la habitación de Janette. Era la habitación que perteneciera a su madre, pero esto también había cambiado. Todo era moderno. Blanco, negro, rojo vivo y reluciente acero inoxidable. Era una habitación sibarítica, femenina, desde luego, pero con algunos detalles de masculinidad reprimida. Robert la condujo a través de la habitación hasta un vestidor contiguo. Allí había por lo menos doscientos vestidos y prendas de todas clases. Lauren miró a Robert con estupefacción.

—No sabría por dónde empezar.

Él sonrió.

—La ayudaré. Los vestidos de cóctel están ahí.

Lauren le observó mientras rebuscaba en el perchero. Él la interrogó con la mirada. Ella negó con la cabeza.

—No es mi estilo. No me sentiría cómoda con ninguno de ellos.

—Son muy elegantes —dijo Robert.

Ella sonrió.

—Quizá sea por eso. Yo nunca me visto así.

—Tal vez un vestido de tarde —dijo Robert, volviéndose hacia otro perchero y empezando a separar los vestidos para que ella los viera.

Pero Lauren seguía moviendo la cabeza.

—Me temo que no ayudo demasiado, ¿verdad? —preguntó—. El único vestido que me he puesto en los últimos tres años es el vestido blanco de mi graduación. Y no sabe lo que tuvimos que buscar hasta que encontré uno de mi gusto.

—¿Lo ha traído? —preguntó Robert.

—¿Para qué? —replicó ella—. No creí que fuera a necesitarlo.

—Tenemos algunos vestidos blancos de verano —dijo Robert—, pero son largos. —Se dirigió hacia el otro lado del vestidor, donde estaban los trajes largos. Los fue desplazando rápidamente hasta llegar al que recordaba y entonces lo descolgó. Lo alargó hacia ella. Era un vestido de bordado suizo blanco, con mangas bollo, y escote cuadrado bastante bajo en la parte delantera y aún más bajo en la espalda—. Este le sentará bien.

—No lo sé —dijo ella con escepticismo—. No llevo sujetador; me saldrá el pecho por fuera.

—¿Por qué no se lo prueba?

Cogió el vestido que Robert le alargaba, pero siguió mirando los percheros. Una sección estaba llena de trajes de chaqueta. Un grupo, todos negros y brillantes, le llamó la atención.

—¿Qué es eso?

—Esmóquines —contestó Roben.

—¿Esmóquines? —preguntó ella con perplejidad.

—Ustedes, los americanos, los llaman trajes de etiqueta. Están hechos por un sastre de caballero especialmente para *madame*. Los lleva a menudo. Incluso St. Laurent admite que se le ocurrió la idea al verla vestida con uno.

Lauren los movió lentamente a lo largo del perchero para mirarlos uno por uno.

—Es una idea fantástica —dijo—. Pero ¿no cree que quedan un poco masculinos? Él se echó a reír.

—Depende de quién los lleve. *Madame* no queda masculina con ellos. La verdad es que, aunque parezca extraño, acentúan su femineidad.

—¿Puedo probarme uno? —preguntó Lauren.

—No veo por qué no —contestó él—. Pero quizá no le caiga bien. Todos están cortados a medida.



—Estamos en un apuro —dijo Janette, derrumbándose en la butaca de detrás de su mesa—. Un gran apuro.

Jacques se quedó en pie frente a ella y guardó silencio. No podía añadir nada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Janette—. Tendríamos que haber sabido lo que hacían mucho antes.

Jacques se encogió de hombros.

—Le dije a Philippe que me informaría, pero él contestó que no quería saber lo que hacían. No quería que le influenciaran.

—¿Desde cuándo le haces caso? —inquirió ella con voz airada—. Nos convenía saberlo.

Él guardó silencio. No podía decirle que tenía la información desde hacía más de un mes y que la había retenido deliberadamente. Pensó en Carroll, sentado en su *suite* del Plaza Aihénée, esperando su llamada. El americano quería entrar en el negocio,

pero Janette se había opuesto persistentemente desde hacía tres años. En especial después de que Carroll vendiera sus compañías a Twin Cities y entrara a formar parte del consorcio que Johann estaba edificando en los Estados Unidos. Carroll no era tonto. Años atrás, incluso antes de cambiarse el nombre de Carolo y alcanzar el éxito —y la respetabilidad—, reconoció el talento de Janette y quiso asociarse con ella. Ahora tenía muchas posibilidades de conseguirlo.

—Tendremos que dar un nuevo enfoque a la colección —dijo ella.

—Eso nos costaría mucho dinero —objetó Jacques—. Y no lo tenemos. Hemos gastado todo lo que teníamos.

—Hay que sacarlo de algún sitio —dijo Janette—. ¿Cuál es nuestro saldo en la compañía de perfumes?

—Insignificante —contestó él—. Lo hemos agotado para esta colección. Si sacamos más estaremos en bancarrota y no podremos cumplir los contratos.

Janette movió la cabeza. De no ser por esta compañía, habrían quebrado largo tiempo atrás. Era lo único que le producía dinero. Tal como Johann le había dicho.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

Jacques guardó silencio unos instantes, y después sacó su pequeño frasco de cocaína y la cuchara de oro con sus iniciales en el mango. Aspiró profundamente con cada orificio nasal y se lo alargó a Janette.

—Quizás esto nos aclare las ideas.

Ella hizo lo mismo. Notó que se le despejaba la cabeza.

—Funciona —dijo, devolviéndoselo—. Aunque parezca mentira, Lauren no llevaba ni dos minutos en el coche cuando me ha preguntado si había tomado coca.

Él se echó a reír.

—Eso es América. Nos llevan mucha delantera.

—Pero solo tiene diecisiete años.

Él se echó a reír de nuevo.

—Eso es muy francés. ¿No recuerdas en qué estabas metida cuando tenías diecisiete años?

—Desde luego no me drogaba —contestó Janette. Encendió un cigarrillo—. Pero esto no resuelve nuestro problema.

Jacques intentó evaluar su disposición de ánimo.

—Siempre tenemos a Carroll —dijo con cautela—. Hará lo que sea por ti. Te proporcionaría todo el dinero que quieras.

—Me ataría demasiado —replicó ella—. Me gusta mi independencia.

—Y esta es la razón de que le rechaces, ¿verdad? —preguntó él con fingida indiferencia—. ¿Acaso es tan importante?

—Esto es secundario —dijo Janette—. Lo que no quiero es volver a estar en manos de Johann. Al fin y al cabo, él es ahora el dueño de esa compañía. Y yo estaría otra vez en el mismo sitio donde empecé.

Jacques no contestó hasta al cabo de unos momentos.

—Quizá no sea tan malo dejarse absorber. Los consorcios están de moda. Maurice está ganando más dinero que nunca desde que llegó a un acuerdo con Johann para distribuir el agua en Estados Unidos.

Ella no contestó.

—Y Cardin gana un montón de dinero con Bidermann. He tenido varias charlas con Bidermann, pero nosotros no le interesamos; va detrás de St. Laurent o Dior.

—A Cardin no le gustará —comentó Janette.

—A Cardin no le importa en absoluto. Ahora está bien establecido en Estados Unidos. He oído decir que cuando termine su contrato con Bidermann, continuará él solo.

—Seguimos sin resolver nuestro problema —dijo Janette. Abrió las carpetas que tenía delante y estudió los bosquejos y las muestras—. Mierda.

Él encendió un cigarrillo y la observó.

AJ cabo de un momento, ella le miró.

—Hablaré con Carroll. Invítale a cenar esta noche. Pero no le digas de qué se trata.

—De acuerdo —asintió Jacques. Consiguió que la satisfacción que sentía en su interior no se reflejara en su rostro.

Ella volvió a concentrarse en la carpeta.

—Tengo otra idea. Llama a Philippe.

Él se puso en pie.

—Espera un momento —dijo rápidamente ella—. Quiero un poco más de coca antes de que venga. Quiero estar preparada para lo que tengo que hacer.



—¡El rojo es color de putas! —chilló Philippe—. ¡No lo haré!

—Te guste o no, lo harás —dijo Janette con calma.

—¡No, no! —gritó Philippe—. Antes renuncio.

—Estás en tu derecho —dijo fríamente Janette—. De todos modos, lo haremos. —Se volvió hacia Jacques—. Enséñale esa carpeta de diseños que te he dado.

Jacques dejó la carpeta encima de la mesa. Janette no la abrió.

—En esta carpeta hay una colección completa que estoy dispuesta a presentar si tú te vas.

De repente Philippe se quedó callado. Miró la carpeta sin tocarla. Después miró a Janette.

—¿Quién la ha diseñado? —preguntó.

—¿Qué importa eso? —replicó ella—. Pero si quieres saberlo, son mis diseños para la línea de *prêt à porter* que nunca has querido hacer por considerarla poca cosa para ti.

—No puedes presentar *prêt à porter* en la colección de *haute couture* —dijo Philippe.

—¿Quién verá la diferencia? —dijo Janette—. Dos semanas después de las colecciones, las tiendas de la Séptima Avenida nos copian los mejores modelos de cada estilo. De este modo les tomamos la delantera, evitamos que nos copien y les vendemos directamente.

Philippe movió la cabeza.

—Aunque estuviera de acuerdo en hacerlo, no tendríamos tiempo. Hemos de encontrar las telas, revisar los colores y terminar los diseños. Nuestra colección está prevista para dentro de tres semanas.

—Cambiaremos la fecha y la pasaremos al final. Eso nos dará otras tres semanas de tiempo.

—Sigue siendo muy justo —dijo Philippe—. Cuando hagamos el pase, todos los compradores importantes se habrán ido y no quedará ningún periodista.

—Yo les retendré —declaró Janette con confianza—. Ricci les ofrece un cóctel para la *ouverture* y yo les daré un *bal de clôture*. No se ha hecho nunca y todos se quedarán para ver lo que pasa.

—¡Rojo! Es una locura —dijo Philippe. Pero su voz se había calmado.

—No tanto —replicó Janette—. Piénsalo bien. Todos basan sus innovaciones en las formas; líneas acampanadas, líneas trapecio, líneas rectas, dobladillos arriba, dobladillos abajo, hombros anchos, hombros estrechos. Han hecho mil cosas distintas, y lo único que nosotros hemos hecho ha sido intentar no quedarnos atrás. Nos han obligado a seguirles el juego y siempre nos han dejado en la cuneta. Esta vez nosotros les dejaremos atrás. Haremos nuestra propia innovación. Con un color.

Philippe guardó silencio.

—Todos los tonos de rojo, perversos y eróticos, capas de gasa y chifón sobre tejidos opacos. Ropa interior negra, sujetadores, biquinis, camisas y camisolas, todo con una cinta roja como la sangre. Las mujeres se volverán locas, porque es algo que secretamente todas desean llevar y no se atreven. Nosotros lo haremos sexualmente legítimo. Y los hombres se subirán por las paredes.

—¿En serio crees que lo comprarán? —preguntó Philippe.

—Lo comprarán —dijo ella con seguridad—. Será la idea más nueva en las colecciones de este año. Todo el mundo hablará de ella. Tu nombre aparecerá en todos los periódicos y revistas. Y yo haré algo que juré no hacer jamás cuando abandoné Dior. Subiré a la pasarela para presentar el vestido de novia que cerrará el pase.

—¿El vestido de novia también en rojo? —preguntó Philippe.

—Hay que ser consecuente —rio Janette—. Puro simbolismo. Sangre manando del roto corazón de una doncella.

Él permaneció en silencio.

—Será muchísimo trabajo —dijo finalmente.

—Te daremos a todo el mundo que necesites para hacerlo —contestó ella. Dio la vuelta a su mesa y le besó en la mejilla—. Puedes hacerlo, Philippe; sé que puedes. Y

esta vez les darás una buena lección a todos.

Philippe la miró.

—De acuerdo. Lo intentaré.

—Estupendo.

—Ahora será mejor que vuelva a mi despacho. Tengo que llamar a todas las casas de tejidos del mundo. Les pediré que nos envíen todo lo que tengan por vía aérea.

—Hazlo —dijo ella—. Si tienes algún problema, llámame.

Le vio abandonar el despacho, y después se volvió hacia Jacques.

—¿Qué opinas?

—Lo intentaré. —Jacques encendió un cigarrillo—. Eres una desalmada, ¿lo sabes? Le has dado un susto de muerte al decirle que podía marcharse.

—No he tenido más remedio —contestó ella, volviendo a su mesa—. ¿Has llamado a Carroll?

—Vendrá esta noche —dijo Jacques—. Espero que sepas lo que estás haciendo. Necesitaremos mucho dinero.

—No estoy tan inquieta por él como por Johann —replicó ella—. Seguramente tendrá que someterlo a su aprobación, y ya sabes lo que piensa Johann sobre la costura.

—Debe haber sido con la aprobación de Johann que te ha perseguido de este modo —dijo Jacques.

—Quizá —repuso ella—. Pero también podría estar velando por las acciones de Lauren. Al fin y al cabo, posee un veinticinco por ciento de esta compañía.

—Entonces estoy seguro de que continuará haciéndolo —dijo Jacques—. Si no estuviera interesado, jamás le habría permitido venir.

Janette se echó a reír súbitamente.

—Siempre puedo exigir un rescate por su liberación.

La voz de Jacques sonó alterada.

—Otra vez, no. Ya lo intentaste una vez.

Janette volvió a reírse.

—Eres más francés que yo. No tienes absolutamente ningún sentido del humor.

Carroll abrió la puerta para dejar entrar a Jacques en la *suite* del hotel.

—Le he estado esperando —dijo.

—He venido en cuanto me ha sido posible —explicó Jacques—. Aquello era una casa de locos. Las últimas cuatro horas han sido decisivas. —Se acercó al bar y se sirvió un whisky con hielo—. Necesito un trago.

Carroll le contempló mientras tomaba un sorbo.

—Y, ¿cuál ha sido la decisión?

—Ha desechado la colección de Philippe y están empezando desde el principio —contestó Jacques, con el vaso en la mano.

—No lo conseguirá a tiempo para las presentaciones —dijo Carroll.

—Usted no la conoce —replicó Jacques—. Lo conseguirá.

Carroll le miró un momento.

—Necesitará dinero. ¿De dónde piensa sacarlo?

Jacques le miró a su vez.

—De usted.

La voz de Carroll era ecuánime.

—¿Y si no se lo doy?

—Bidermann le va detrás —mintió Jacques—. Se volvería loco solo con que ella le sonriera.

Carroll guardó silencio. Volvió al sofá y se sentó con expresión pensativa.

—La *haute couture* no significa nada para mí —dijo.

—Ella ya lo sabe —contestó Jacques—. Ha estado trabajando en una colección de *prêt à porter* diseñada por ella misma.

Carroll se mostró interesado.

—¿La ha visto?

Jacques asintió.

—Me ha enseñado los dibujos. Y son muy buenos. Realmente buenos. Además, creo que llevará a Philippe en esa dirección, pues le he oído decir que no hay razón para esperar que la Séptima Avenida los copie, si puede hacerlo ella misma, más deprisa y mejor.

—¿Cree que querrá hablarme del asunto esta noche? —preguntó Carroll.

—Me parece que por eso le ha invitado a cenar —dijo Jacques—. El mayor problema con que deberá enfrentarse es Johann. Ella se muestra reacia a asociarse otra vez con él. Tiene miedo de que intente hacerse cargo de todo.

—Johann me deja llevar mi propia tienda —dijo Carroll con irritación—. Lo único que le interesa son los beneficios.

—Eso es muy propio de él —comentó Jacques—. Siempre ha sido así.

—No tendré problemas con él —dijo Carroll—. Sabe que ando tras ella desde nace mucho tiempo.

Jacques volvió a llenarse el vaso. No habló.

Carroll alzó los ojos hacia él.

—¿Cuál es el motivo de la cena de esta noche?

Jacques tomó un sorbo del vaso.

—Es una fiesta para dar la bienvenida a su hermana.

—¿Se refiere a Lauren? —Una nota de estupefacción se reflejó en la voz de Carroll.

Jacques asintió.

—Hace diez años desde que...

—La conozco —dijo Carroll—. La he visto varias veces en casa de Johann. Siempre había tenido la impresión de que Johann quería mantenerlas separadas. No se parece en nada a Janette.

—¿Cómo es? —Jacques sentía curiosidad.

—Muy americana, muy californiana. Rubia, bronceada, ya sabe, tejanos, hierba, vino, muy liberada, como todos los jóvenes de hoy día. Creen que son la primera generación en haber descubierto la juventud.

Jacques se echó a reír.

—¿Por qué se ríe? —preguntó Carroll.

—Ahora estoy ansioso por verla —contestó Jacques—. La última vez que la vi tenía siete años.

—Entonces, prepárese para una sorpresa —dijo Carroll.



—No me gusta ese Harvey —dijo Heidi cuando Johann se sentó a desayunar.

Él la miró, sorprendido, mientras alzaba la taza de café.

—¿A qué viene eso ahora?

—Apenas hacía veinticuatro horas que ella se había marchado cuando el muchacho ha llamado para preguntar su número de teléfono en París.

Johann sonrió. Cogió una tostada y empezó a untarla de mantequilla.

—No veo nada malo en eso.

La voz de Heidi estaba llena de reproche.

—Johann, ¿sabes que ese Harvey se droga?

—¿Y qué? Esto no significa nada. Por lo que he oído decir, los hijos de todo el mundo se drogan.

—Encontramos drogas en la habitación de Lauren cuando fuimos a limpiar —dijo Heidi.

—¿Qué drogas? —preguntó Johann.

—Marihuana, píldoras. No sé qué son. Creo que las consigue a través de Harvey.

—¿Te da la impresión de que tu hija es una drogadicta, mamá? —preguntó él en

broma.

—No, pero...

—Entonces deja de preocuparte. Lauren es una chica lista. Sabe cómo cuidarse.

—Supongo que sí —dijo ella—. También encontré esto. —Le enseñó una caja pequeña.

—¿Qué pastillas son esas? —preguntó él.

—Pastillas anticonceptivas —contestó Heidi.

Él se echó a reír.

—Entonces yo tenía razón. Sabe cómo cuidarse.

—Solo tiene diecisiete años.

Johann dejó la taza sobre la mesa.

—Vamos, no te preocupes. No le pasará nada.

—No me gusta la idea de que esté con Janette —dijo ella.

—Lo que no te gusta es la idea de que se haya ido sola. El pajarillo empieza a dar signos de querer dejar el nido. Es normal a su edad. ¿No me dijiste que tú habías hecho lo mismo?

—No fue exactamente lo mismo. Yo me marché para ir a la universidad.

—Heidi —dijo Johann con suavidad—, tranquilízate. No le pasará nada.

—Prometió telefonear en cuanto llegara —dijo Heidi.

—Hay ocho horas de diferencia entre París y California. —Consultó su reloj—. Aquí son las ocho de la mañana, de modo que allí deben ser las cuatro de la tarde. Apuesto a que está descansando del viaje y te llamará cuando se despierte.

—Si a las diez no me ha llamado, la llamaré yo —dijo Heidi.

—No, de ninguna manera —replicó Johann con firmeza—. Ya es una señorita. No la hagas sentir como una niña.

El teléfono que había a su lado de la mesa empezó a sonar y él lo descolgó.

—¿Sí? —dijo—. De acuerdo, póngame en comunicación con él. —Tapó el micrófono con la mano—. Es Carroll, que llama desde París. —Retiró la mano—. Hola, Joe. No, no te preocupes. Estoy desayunando. Desde luego, puedes hablar.

Heidi le observó mientras él escuchaba la voz del teléfono. En aquel momento entró una doncella y dejó una fuente de huevos con jamón encima de la mesa. Heidi cogió un plato vacío y lo colocó invertido sobre la fuente para que se mantuviera caliente hasta que él terminara de hablar.

Finalmente Johann colgó el teléfono y, mirando hacia el otro lado de la mesa, le sonrió.

—No hay por qué preocuparse —dijo, levantando el plato que cubría la fuente—. Ha llegado sana y salva y Janette da una pequeña cena en su honor esta noche.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Heidi—. Ni siquiera tiene un vestido decente que ponerse. Le dije que se llevara uno, pero ella me contestó que no lo necesitaría.

Johann se echó a reír.

—Yo tampoco me preocuparía por esto. Estoy seguro de que Janette no la dejará bajar a cenar desnuda.



Lauren abrió los ojos. Miró a su alrededor con extrañeza y tardó un momento en darse cuenta de que no estaba en su casa. Dio media vuelta en la cama y vio a Janette sentada en un sillón, contemplándola. Se incorporó sobre las almohadas y se desperezó, sin intentar cubrir su desnudez.

—Me he quedado dormida —dijo, como si quisiera disculparse.

Janette sonrió.

—Es normal. El cansancio del viaje. Parecías dormir tan bien que me preguntaba si debía despertarte.

—¿Es tarde?

—No. Tenemos tiempo de sobra. Los invitados no empezarán a llegar hasta dentro de dos horas.

Lauren saltó de la cama y se dirigió hacia el cuarto de baño.

—Vuelvo en seguida. —Cuando volvió llevaba un albornoz, que había encontrado en el cuarto de baño. Se sentó en el borde de la cama, delante de Janette, y encendió un cigarrillo—. ¿Has pasado un buen día? —preguntó.

Janette se encogió de hombros.

—*Comme çi comme ça*. Siempre hay problemas.

Lauren se rio entre dientes.

—Es lo que papá —Johann— dice siempre.

—¿Trabaja mucho? —Tal como Janette lo dijo, era una pregunta.

—Muchísimo —contestó Lauren—. Incluso de noche y los fines de semana. Siempre lleva un maletín repleto de papeles que tiene que estudiar. Creo que a veces incluso se los lleva a la cama.

—¿Y Heidi? ¿Qué hace?

—Tiene muchas cosas con las que mantenerse ocupada. Ya sabes, asuntos sociales y caritativos, además de las casas. Y casi siempre acompaña a Johann en los viajes de negocios.

—No entiendo por qué no han tenido hijos propios —dijo Janette.

—Heidi tuvo dos abortos —explicó Lauren—. No estoy muy enterada. Ocurrió cuando yo era una niña.

—Lástima —dijo Janette, pensativa—. Siempre he creído que Johann habría sido un buen padre.

—Lo ha sido —repuso Lauren—. Para mí.

—Antes le has llamado papá. ¿Llamas mamá a Heidi?

—Sí.

Janette asintió.

—Me parece muy bien.

—Esto es lo que son para mí —dijo Lauren.

—No creo que haya nada malo en ello —se apresuró a declarar Janette—. Se lo merecen. Te quieren mucho.

—Y yo les quiero a ellos —dijo Lauren. Después se rio entre dientes—. Aunque sean un poco anticuados.

—No te comprendo —dijo Janette.

—Aún actúan como si yo fuera una niña —explicó Lauren—. Se preocupan demasiado.

—¿Tienen razones para preocuparse?

—Creo que no —contestó Lauren—. Me las arreglo bien. —Volvió a bostezar y se desperezó—. No consigo despertarme del todo.

—Una ducha de agua fría y caliente te dejará como nueva —dijo Janette.

—Creo que una línea será más efectiva —replicó Lauren.

—¿Una línea?

—Una esnifada, cocaína, ya sabes. Dos líneas y una roja y te sientes capaz de comerte el mundo. —Se levantó de la cama y fue al tocador. Abrió un cajón y sacó una pequeña bolsa de cosméticos. Se volvió otra vez hacia Janette mientras abría la cremallera, con el albornoz desatado y abierto—. ¿Quieres animarte?

—No me iría mal —dijo Janette.

Lauren sacó un frasco de la bolsa y se arrodilló frente al sillón de Janette. Metió una pequeña paja de plástico en el frasco, la sacó y la acercó a uno de los orificios nasales de Janette.

—Aspira.

Janette notó que la cocaína se introducía en su cabeza.

—Ahora el otro lado —dijo Lauren antes de que Janette pudiera hablar.

Janette aspiró de nuevo. Esta vez notó que le llegaba hasta el cerebro.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Qué demonios hay ahí?

Lauren se echó a reír.

—Lo mejor de lo mejor. Coca farmacéutica. No la porquería que sacan a la calle.

Janette la observó mientras hacía dos rápidas inhalaciones. Notó un súbito relajamiento de todos sus músculos. Las tensiones del día empezaron a desaparecer.

Los ojos de Lauren centellearon. Se puso en pie y tiró el albornoz al suelo. Abrió los brazos y empezó a bailar por la habitación.

—¡No puedo creerlo! ¡No puedo creerlo!

—¿Qué? —preguntó Janette.

—Estoy en París. ¡Estoy realmente en París! —rio Lauren—. Y estoy contigo. No sabes cuántas veces he soñado que estaba aquí contigo.

Janette se echó a reír.

—Eres encantadora —dijo—. Solo espero que ni París ni yo te decepcionemos.

El teléfono próximo a la cama empezó a repiquetear. Janette se levantó del sillón y lo cogió. Escuchó un momento, y después alargó el receptor a Lauren.

—Es un tal Harvey que llama desde California.

Lauren cogió el teléfono.

—Harvey, ¿cómo has conseguido mi número?

La voz de Harvey resonó en el aparato.

—Tu madre me lo ha dado. Parecía algo reacia. Como si no quisiera decírmelo. También se ha quejado de que aún no la hubieras llamado.

—Me he olvidado y después me he quedado dormida —contestó Lauren—. ¿Por qué llamas?

—Mi padre dice que si puedo reunir el dinero me da permiso para ir a Europa en agosto. Él me dará la mitad si yo gano la otra mitad. ¿Estarás todavía en París?

—No lo sé —dijo Lauren. Miró a Janette—. Harvey quiere venir. ¿Estaremos en París en agosto?

—Tengo una villa en Saint-Tropez —dijo Janette—. Saldremos hacia allí sobre el día diez, después de las colecciones.

—Janette dice que estaremos en Saint-Tropez —explicó Lauren al teléfono.

—¡Jesús! —exclamó Harvey—. Ahí es donde están las *topless* y Brigitte Bardot.

—Creo que sí —dijo Lauren.

—¿Le importaría a tu hermana que me presentara? —Hizo una pausa—. Espera un momento. No se lo preguntes todavía. Primero he de conseguir el dinero.

—De acuerdo.

—¿Está tan guapa como en aquella fotografía que vi?

Lauren lanzó una carcajada.

—Aún más.

—Caray —dijo Harvey—. ¿Toma algo?

—Lo que se tercie.

—Fantástico —dijo Harvey—. Anúnciale que si vengo, vendré preparado.

—¿Cuándo lo sabrás? —preguntó ella.

—Volveré a llamarte dentro de dos semanas —dijo Harvey—. ¿Qué tal el material que te di?

—Súper.

—Tengo un par de cosas nuevas que quiero que pruebes.

—De acuerdo. ¿Cómo va el proyecto?

—Viento en popa. Nos haremos ricos.

Lauren se rio.

—Magnífico. De todos modos, ten cuidado de no arruinarte.

—Lo tendré —contestó él—. Que te vaya bien.

—Lo mismo digo. Adiós. —Colgó el teléfono, sonriendo, y se volvió hacia Janette—. Está loco.

—¿Tu novio? —preguntó Janette.

—Algo así —contestó ella—. Es un inconsciente. Pero simpático, ya sabes lo que quiero decir. Es vegetariano. No come nada más que hortalizas crudas, germen de

trigo, vitaminas y droga. Dice que será millonario antes de los veintiuno.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Janette.

—Casi diecinueve.

—No se concede demasiado tiempo.

Lauren sonrió.

—Es capaz de lograrlo. Dice que solo le faltan cuatro cosechas más y obtendrá la calidad óptima.

Janette se desconcertó.

—¿Qué cosecha?

—Hierba —contestó Lauren—. Él y un par de tipos están trabajando en Humboldt County con una especie que solo tendrá brotes, ni una sola semilla. Si lo consiguen, ganarán el dinero que quieran.

—¿No es ilegal? —preguntó Janette con voz sorprendida.

Lauren se encogió de hombros.

—Claro que sí. Pero a nadie parece importarle demasiado. —Recogió el albornoz del suelo y se lo puso—. Bobby me ha dado unas cuantas cosas de tu guardarropa. ¿Cómo crees que debo vestirme esta noche?

—Veamos lo que tienes —dijo Janette.

Lauren abrió la puerta del armario. Los dos vestidos y el esmoquin colgaban de sendas perchas. Se volvió hacia Janette.

—¿Qué te gustaría llevar? —preguntó Janette, mirándolos.

Lauren sonrió.

—El traje de etiqueta, si te parece bien. Nunca he llevado nada por el estilo.

Janette guardó silencio unos momentos. No era lo más apropiado para aquella noche. Pero si ella quería ponérselo...

—De acuerdo —dijo—. Las dos nos pondremos un esmoquin.

—¡Fabuloso! —exclamó Lauren—. Representaremos a la perfección nuestro papel de hermanas. Voy a ducharme y vestirme. ¿Nos quedará tiempo para un porro antes de bajar?

—¿Para qué? —preguntó Janette—. ¿No nos desanimará?

—El número cinco de Harvey, no —dijo Lauren—. Es muy suave. Te pone de buen humor para escuchar con paciencia todas las idioteces de la gente sin morirte de aburrimiento.

Janette se echó a reír.

—Si realmente es así, yo también lo necesito.

—Estupendo —dijo Lauren—. Vuelve dentro de un rato y lo fumaremos juntas. Será estupendo ir a la fiesta flipadas. —Titubeó un momento—. ¿Qué te parece si doy un telefonazo a mamá? Le prometí llamarla cuando me hubiera instalado.

—Muy bien —dijo Janette. Se dirigió hacia la puerta—. Dales muchos recuerdos de mi parte.



—Va a hundirme, lo sé —dijo Philippe, colgando el teléfono y mirando a Marlon con mal humor.

La voz de Marlon fue inexpresiva al contestar:

—¿Por qué lo crees?

—Todo lo hace suponer —dijo Philippe—. En primer lugar, prácticamente me ha puesto una colección de diseños debajo de los ojos, desafiándome a que la mirase. Naturalmente, no lo he hecho. Pero alguien ha tenido que hacer esos dibujos.

—Quizás ella misma —sugirió Marlon—. No sería la primera vez que te enseñara algunas de sus ideas.

—No ha dicho que fueran tuyas. Después, los fabricantes textiles. Era como si todos esperasen mi llamada. Ella se había puesto en contacto con muchos de ellos hace más de un mes. Ya tenían todas las muestras de rojo, que me enviarán dentro de un día o dos.

—Yo no daría mucha importancia a esos detalles —dijo Marlon—. Te ha pedido que hagas la colección. A ti, no a otro.

—Aún hay más —dijo Philippe—. Me han comunicado que tienen grandes existencias en todas las telas —añadió Philippe—. Nosotros nos dedicamos a *haute couture*, no *prêt à porter*.

Marlon guardó silencio unos momentos.

—Quizás haya algo de verdad en los rumores que circulan sobre ella y Bidermann.

—No se trata de Bidermann —contestó rápidamente Philippe—. Es ese americano, Carroll. Ya sabes que Schwebel es el dueño de esa compañía y tiene interés en esta. No me extrañaría que quisiera fusionarlas.

—Sigo creyendo que no hay razón para preocuparse —dijo Marlon.

—Yo no soy Karl Lagerfeld —replicó Philippe—. No me interesa convertirme en otro Chloé o Céline.

—Janette aún no ha llegado a este extremo —dijo Marlon—. ¿Por qué no te calmas y haces tu trabajo? Diseña los modelos de manera que no puedan reproducirlos a gran escala, de manera que sean demasiado caros para fabricarlos en serie.

—Eso es muy fácil de decir —repuso Philippe con pesimismo—. No sabes la maña que se dan esos tipos para copiar cualquier modelo. Y para venderlos a bajo precio.

—Si estás hundido, estás hundido —dijo filosóficamente Marlon—. Solo tienes dos alternativas. O haces la colección o te largas.

—No puedo largarme ahora —dijo Philippe—. Si lo hiciera, estaría acabado en este negocio.

—Entonces no tienes alternativa —dijo Marlon.

Philippe se animó súbitamente.

—Eso es.

Marlon encendió un cigarrillo y fumó en silencio.

Philippe se levantó de la silla.

—Tengo la tentación de llamarla y decirle que estoy demasiado ocupado para ir a su estúpida fiesta de esta noche.

Marlon negó con la cabeza.

—Sería lo peor que podrías hacer. Tienes que seguir haciéndole creer que cooperas con ella. Si piensa que te opones a sus proyectos, te destruirá completamente.

—¡La muy perra! —maldijo Philippe—. Una perra y una lesbiana, esto es lo que es.



El teléfono empezó a sonar cuando Janette entró en su habitación. Lo descolgó. Una conocida voz con acento británico resonó junto a su oído.

—¿Qué planes tienes para esta noche?

—¡Patrick! —exclamó—. Creía que estabas de safari en África. ¿Cuándo has vuelto?

—Ayer —dijo lord Patrick Reardon con su ondulante voz—. He pensado que podíamos cenar juntos y así te enseñaría mi máspreciado trofeo.

—¿Conseguiste abatir al león?

—Diantre, no —rio él—. Se trata de mi nuevo sirviente. Un negro africano con un pene que le cuelga treinta centímetros por debajo del taparrabos. En cuanto le vi decidí traértelo.

—Estás loco —dijo ella.

—¿De verdad? —preguntó él, riéndose—. No puedes decir que no sé lo que te gusta, cariño. Un hombre solo puede competir con tus chicas si tiene un pene extralargo. Y no encontrarás ninguno como el de ese muchacho. Necesita cuatro orgasmos para volver a su estado natural.

—Patrick, Patrick —dijo ella—. ¿Qué voy a hacer contigo? Estás mal de la cabeza.

—¿No lo estamos todos, cariño? Vamos, ven a cenar. Me conformaré con que me dejes mirar.

—No puedo —contestó ella—. Esta noche doy una fiesta en casa. —Tuvo una idea—. ¿Por qué no vienes? Si quieres, puedo enviar el coche a recogerte.

—Estoy en Londres —dijo él.

—Entonces, ¿cómo esperabas que fuera a cenar?

—Pensaba enviar el avión a recogerte —contestó él.

—Entonces, ¿por qué no vienes tú del mismo modo? —sugirió ella—. Tendré a René esperándote en Le Bourget.

—¿A qué hora es esa cena?

—Empezaremos a tomar el aperitivo a las ocho y media. No nos sentaremos a la

mesa hasta las nueve y media o las diez. Ahora son las siete. Puedes llegar a tiempo.

—No lo sé —dijo él con indecisión—. Sé cómo son tus cenas parisinas. Un aburrimiento.

—Quizás esta sea mejor —dijo ella—. Mi hermana menor acaba de llegar de California. Hacía diez años que no nos veíamos. Es una especie de reunión.

—¿Se parece a ti? —preguntó él.

—Nada. Es tu tipo. Bronceada, rubia, y preciosa, como esas chicas escandinavas con las que siempre sales. Y solo tiene diecisiete años.

—Siento curiosidad —dijo él—. Ya que tú no quieres casarte conmigo, quizás ella sí.

—Entonces, ¿vendrás?

—Que René esté en el aeropuerto a las nueve —dijo él.



Lord Patrick Reardon, heredero del título y una de las mayores fortunas de Gran Bretaña, no se interesaba absolutamente por nada más que su casi religiosa forma de hedonismo. Janette le había oído decir a menudo que nada le motivaba a trabajar e incrementar la fortuna que le habían legado, ya que no podría vivir los años suficientes para gastar todo lo que ya se había acumulado, aunque intentara por todos los medios dilapidar su dinero. Y los albaceas testamentarios no se opusieron a sus deseos cuando les comunicó sus intenciones en la primera reunión de la junta de administradores tras la muerte de su padre. No pedían otra cosa que poder hacerse cargo de todo, y realizaban de buen grado todas las operaciones financieras necesarias para que él estuviera satisfecho y ellos pudieran conservar el control del negocio.

Sin embargo, si ella se casaba con Patrick, y él le permitía continuar en su negocio, no tendría que hacer pactos como el que las circunstancias le obligaban a hacer con Carroll. Patrick financiaría su negocio durante un año con un talón por una suma algo superior a los ingresos que recibía cada semana. Pero esto no era lo que él quería. Él quería disponer de ella el ciento por ciento de su tiempo, sin ninguna distracción, a fin de no dedicarse a otra cosa que lo que él llamaba sus caprichos, aficiones y fantasías.

Janette abrió el grifo de la bañera y agregó el aromático aceite de almizcle que hacían especialmente para ella en la *parfumerie* de Grasse. Se metió en la bañera y se relajó, dejando que el agua cayera sobre su cuerpo. Le encantaba el aroma y el modo en que el aceite se adhería a su piel, suavizándola hasta que parecía de seda. *Soie*. En aquel momento se le ocurrió la idea. Algún día lo sacaría al mercado. Todos los grandes modistos habían lanzado su propia marca de perfumes. Dior, St. Laurent, Givenchy y el resto. Era un mercado enorme. Pero tendría que hacerlo pronto; si esperaba demasiado, sería tarde. *Soie*. Seda. No había otro tejido, artificial o natural, que tuviera un tacto tan sensual sobre la piel. *Soie*. Pronto lo haría. Quizá después de

presentar esta colección tendría tiempo para dedicarse a ello.

El teléfono volvió a sonar cuando estaba saliendo de la bañera. Esta vez era Stéphane.

—Quería saber lo que te pondrás esta noche —le preguntó su amiga íntima.

—Me pondré el esmoquin —contestó Janette.

—De acuerdo. Yo haré lo mismo.

—No —se apresuró a decir Janette—. Sería demasiado. Mi hermana también se pondrá un esmoquin. Ponte ese precioso vestido amarillo que te regalé la semana pasada.

Stéphane se quedó callada unos instantes.

—Está bien —contestó finalmente.

Janette detectó la vacilación.

—¿Qué pasa?

—Estoy celosa —confesó Stéphane—. Antes solo tú y yo llevábamos esmoquin.

Janette se echó a reír.

—No seas tonta. No hay razón para estar celosa. Al fin y al cabo, es mi hermana.

—Esto no tiene nada que ver —dijo Stéphane—. Mi primera aventura fue mi hermana mayor. Estuvimos enamoradas muchos años.

—Esto es una estupidez —replicó Janette.

—¿Puedo quedarme a dormir? —preguntó Stéphane—. Quiero hacer el amor contigo.

Janette empezó a irritarse.

—No —dijo con brusquedad—. Te lo advertí antes de que llegara. Mientras ella esté aquí, hemos de tener cuidado.

—Pero se quedará todo el verano —repuso Stéphane—. ¿Qué vamos a hacer?

—Ya se nos ocurrirá alguna cosa —dijo Janette—. Ni siquiera ha pasado una noche aquí.

—¿Es guapa? —preguntó Stéphane.

—Sí —dijo Janette—, pero no es más que una cría.

—Yo también lo era cuando empecé con mi hermana.

—Si continuas portándote como una idiota —advirtió Janette—, no es necesario que vengas a cenar.

—Te amo —dijo Stéphane—. No hay nada malo en querer estar contigo.

—Entonces cálmate. Todo se arreglará —dijo Janette. Se le ocurrió una idea—. Voy a ponerte al lado de Joe Carroll. Sé muy amable con él. Tengo algo muy importante que proponerle.

—¿Quieres que me vaya a la cama con él? —preguntó Stéphane.

—Si él quiere, sí.

—Lo haré. Pero solo por ti —dijo Stéphane—. Solo para demostrarte lo mucho que te amo.

—Así está mejor —dijo Janette—. Sigues siendo mi fiel compañera.

—Siempre lo seré —contestó Stéphane.



Lauren se hallaba delante del espejo, intentando alisar la pechera de la camisa sobre sus senos para que no continuara saliéndose de los pantalones, cuando Janette entró en la habitación, todavía en bata.

—He venido para ver si necesitabas ayuda.

Lauren la miró, sonriendo tristemente.

—Creo que no resultará. Tengo demasiado pecho.

—Lo que necesitas es un sujetador —declaró Janette.

—No tengo ninguno —contestó Lauren—. Nunca he llevado.

—Quizá te vaya bien uno de los míos —dijo Janette—. Ven.

Lauren la siguió hasta su dormitorio. Janette fue al vestidor y abrió uno de los cajones. Revolvió en su interior, y finalmente encontró lo que buscaba. Se dirigió hacia su hermana.

—Quítate la camisa y pruébate este.

Lauren se quitó rápidamente la camisa. Janette sostuvo las copas del sujetador sobre los senos de Lauren.

—Puede servirte. Pruébalo.

Lauren metió los brazos en los tirantes y se abrochó el sujetador. Después se miró al espejo.

—Apenas puedo respirar.

—Te queda sensacional —dijo Janette.

—¿De verdad? —preguntó Lauren con inseguridad.

Janette se echó a reír.

—Póntelo. Haremos muy buena pareja.

Lauren volvió a mirarse unos segundos y después sonrió.

—De acuerdo, pero ¿seguimos teniendo tiempo para fumar un porro?

—No llegará nadie hasta dentro de media hora —contestó Janette.

—Entonces, adelante —dijo Lauren, dirigiéndose otra vez hacia su habitación.

—¿Por qué no lo traes aquí? —preguntó Janette—. De este modo, podremos disfrutarlo mientras me maquillo.

Cuando Lauren hubo liado el cigarrillo y regresó al dormitorio de su hermana, Janette estaba sentada ante el tocador, con la bata encima de la silla, aplicándose cuidadosamente el rímel en las pestañas. Lauren cogió una silla pequeña, se sentó a su lado y encendió el pitillo. Aspiró el humo, y después lo pasó a Janette.

—Da chupadas pequeñas. No conviene hacer inhalaciones profundas.

Janette obedeció. Después de dar unas cuantas chupadas, se lo devolvió a Lauren.

—Aún no noto nada.

—Dale tiempo. —Lauren sonrió y volvió a fumar—. Tarda unos minutos en hacer efecto.

—¿Cómo sabes cuándo lo ha hecho? —preguntó Janette.

Lauren se rio entre dientes.

—Yo me doy cuenta por mis pezones. Se me ponen salidos y duros como si alguien estuviera tocándomelos o como cuando te das una ducha de agua fría. — Volvió a reírse, mirando a Janette—. Ya empieza a hacerte efecto. Mírate.

Janette se miró, y después miró a Lauren.

—Pero sigo sin notar nada. ¿Te ha hecho efecto a ti?

Lauren asintió, abriéndose la bata.

—Puedes verlo por ti misma. —Los pezones de sus senos ya empezaban a alzarse sobre la rosada aureola que los circundaba. Pasó nuevamente el cigarrillo a Janette—. Pronto notarás un zumbido en la cabeza. Eso desaparecerá en seguida y te sentirás muy bien. Realmente bien.

Janette fumó con lentitud. Bajó la mirada hacia su pecho. Sus oscuros pezones ya empezaban a sobresalir. Miró a Lauren y se rio.

—Creo que esto funciona.

Lauren la miró.

—Claro que sí —dijo—. Dios mío, tienes unos pezones enormes. Los míos no son nada comparados con estos.

—Los tienes muy bonitos —dijo Janette. Se rio, empezando a notar el zumbido en la cabeza—. Prefiero los tuyos a los míos. Son más estéticos.

—Pero los tuyos son más eróticos —declaró Lauren, tomando el cigarrillo de manos de Janette—. Harvey opina que tienes uno de los cuerpos más perfectos que han existido en este mundo.

—¿Tu novio? —se rio Janette—. ¿Cómo lo sabe?

—Ha visto fotografías tuyas —dijo Lauren—. Creo que es por eso que quiere venir.

—Tendrá una decepción si lo hace —dijo Janette—. En las fotografías parezco mejor de lo que soy en realidad.

—No lo creo así —dijo Lauren—. No creo que te hagan justicia. —Volió a pasar el porro a Janette y se levantó—. Me siento muy bien.

Janette dio una chupada al cigarrillo.

—Yo también. Es muy agradable.

Lauren se echó a reír.

—¿Agradable? Es fantástico. Estoy en plena forma. Es como si volara.

Janette se rio.

—Con tal de que no vuelas encima de la mesa durante la cena... No sabría cómo explicar a todo el mundo qué hacías ahí arriba.

—Me voy a vestir —dijo Lauren—. Llámame cuando estés lista y haremos una inhalación rápida antes de bajar.



Maurice llegó temprano. Insistió en dar una explicación cuando entró en la biblioteca donde las dos hermanas esperaban.

—Me ha parecido conveniente pasar un momento con *mes enfants*, antes de que llegaran los demás.

Janette sonrió.

—Naturalmente. ¿Qué piensas ahora de la niña pequeña?

Maurice se volvió hacia Lauren, con una expresión atenta y escrutadora.

—Ya no es tan pequeña, ¿verdad? Ha crecido mucho. Y es muy guapa.

Lauren se echó a reír.

—*Merci, monsieur le marquis*.

—En serio —dijo Maurice—. Estoy realmente encantado de verte. Si hay algo en lo que pueda servirte, quiero que me llames.

—Si hay algo, te llamaré —dijo Lauren.

Maurice movió la cabeza.

—Sigo pensando en ti como una niña pequeña. Pero has cambiado.

Lauren volvió a reírse.

—Tú no has cambiado. Eres tal como te recordaba. Ni un solo día más viejo.

—Eso es bueno, ¿verdad? —preguntó Maurice.

Ella asintió.

—Fantástico. Todo el mundo ha envejecido menos tú.

—Yo también envejezco —dijo él—. Pero a mi edad los cambios no son tan drásticos ni tan visibles. ¿Y tus padres adoptivos? ¿Están bien?

—Muy bien, gracias —contestó Lauren.

Maurice se volvió hacia Janette.

—He oído decir que piensas rehacer toda la colección, que has pospuesto la fecha del pase.

Janette asintió.

—Debes tener espías en todas partes. Lo hemos decidido esta misma tarde. Tenemos una idea fantástica y creemos que es mejor presentarla este año que esperar al próximo.

—Será muy caro —dijo él—. Tengo un poco de dinero disponible, si lo necesitas.

—Creo que me las arreglaré —contestó Janette—. Pero lo tendré en cuenta, por si acaso. Gracias.

—No me lo agradezcas. Al fin y al cabo, soy de la familia. Y para eso está la familia.

El amortiguado sonido del timbre llegó hasta la biblioteca. Los invitados empezaron a presentarse, y cuando Patrick Reardon llegó del aeropuerto, estaban listos para sentarse a la mesa.

La cena fue perfecta para una calurosa noche de julio. La *vichyssoise* fría con una pizca de pepino, el asado de ternera acompañado por una dorada salsa con sabor a hierbas de Provenza y *haricots verts* finamente cortados con minúsculas patatas

asadas, seguido por una ensalada de lechuga fría y un Brie en su punto justo. Sin embargo, Janette no pudo reprimir un suspiro de alivio cuando se levantó después del postre y condujo a todo el mundo hasta la biblioteca para tomar el café y los licores. La mesa había estado cargada con demasiadas tensiones y matices mientras todos los invitados parecían empeñados en hacer su propio juego. Todos excepto Lauren. Ella había estado animada y sonriente, y nada de lo que Janette había sentido pareció afectarla.

Stéphane se quedó rezagada para estar un momento a solas con Janette.

—Tu hermana es muy guapa. Todo el mundo está prendado de ella.

—Me alegro —contestó Janette.

—Creo que tú también lo estás —dijo Stéphane.

Janette la miró.

—Eres idiota.

Stéphane le tocó un brazo.

—¿No podemos ir un momento arriba? Nadie nos echará de menos.

Janette la miró sin contestar, y después se alejó bruscamente para reunirse con Maurice y Jacques, que estaban hablando con la pareja de Jacques, Martine, una atractiva maniquí empleada en Givenchy.

Stéphane volvió con Carroll que, junto con Philippe y Marlon, escuchaba los relatos de Patrick sobre las aventuras de su último safari africano. Miró a su alrededor, pensando que Lauren estaría con Janette, pero a Lauren no se la veía por ninguna parte.

El mayordomo sirvió el café y los licores, y Lauren siguió sin aparecer. Pasaron más de diez minutos antes de que entrara en la habitación, y entonces Patrick había atraído la atención general con la historia de la caza de su león.

—Yo estaba sentado en el Land Rover, en medio de la maleza, cuando noté una palmada en el hombro. Era el cazador blanco, que me puso el rifle para cazar elefantes entre las manos y señaló.

»“Apunte a ese animal y apriete el gatillo”, dijo.

»El león y yo nos miramos uno a otro durante lo que me pareció un siglo.

»“¡Dispare de una vez!”, gritó el cazador blanco. “Antes de que se lance sobre nosotros”.

»Yo intenté apretar el gatillo. Pero mi dedo no se movió. Estaba paralizado. Y después empezó a temblarme el brazo y ni siquiera pude mantener al animal en el punto de mira. En este preciso momento, el león decidió cargar hacia nosotros.

Patrick hizo una pausa y alargó la copa para que volvieran a llenársela de champaña.

—Y entonces, ¿qué hiciste? —preguntó Lauren con voz entrecortada.

Patrick la miró con arrogancia.

—Lo que cualquier inglés sensato haría en un momento de peligro. Me eché al suelo entre el asiento y el salpicadero y grité al negro que sacara el maldito coche de

allí. Justo cuando lo ponía en marcha, el animal saltó sobre nosotros. En ese momento se me enredó el dedo en el gatillo y el arma se disparó. Oí un rugido espantoso y levanté la cabeza. Vi al león revolcándose por el suelo; después se levantó y desapareció entre la maleza, con la cola y las patas traseras cubiertas de sangre. — Hizo una pausa y tomó un sorbo de champaña—. «Le ha arrancado las pelotas de un balazo», dijo el cazador blanco. En este momento, en algún lugar de África, hay un sanguinario león, preguntándose qué demonios ha pasado con su vida sexual y merodeando por la selva mientras intenta averiguar por qué prefiere tumbarse a dormir al sol que cazar o aparearse.

Todo el mundo se echó a reír excepto Lauren. Sus ojos estaban húmedos.

—Lo encuentro muy triste.

Patrick la miró un momento.

—Iré a buscarte una copa de champaña.

Los demás se dividieron en pequeños grupos.

—No, gracias. No bebo, solo me drogo —dijo Lauren.

—¿Está usted drogada, señorita? —preguntó Patrick con burlona severidad.

—Sí —contestó ella.

—Yo estoy borracho —dijo él.

—Me parece muy bien —repuso ella, sonriendo.

—Salgamos al balcón que da al jardín —sugirió él—. Quizás un poco de aire fresco nos haga bien a los dos.

—De acuerdo. —Lauren le siguió a través de las puertas abiertas y apoyó los brazos en la barandilla. Aspiró profundamente.

—Se huele bien aquí fuera. A algo dulce y limpio.

Él tomó un sorbo de la copa de champaña que aún tenía en la mano.

—¿Es la primera vez que vienes a París?

—Nací aquí —contestó ella—, pero no había vuelto en diez años. Vivo en California.

—Me encanta California —dijo él—. Allí todo es fácil.

—Es muy liberal —dijo ella.

—¿Qué piensas de todo esto?

Ella se encogió de hombros.

—Es distinto. Todas las cosas y todas las personas son muy complicadas; están muy metidas en sí mismas. No sé si entiendes lo que quiero decir.

—No estoy seguro de entenderlo —declaró él.

—Yo tampoco lo estoy.

—¿Llevas bragas? —preguntó él.

—No —contestó Lauren, mirándole—. ¿Por qué lo preguntas?

—Me gustaría saber si Janette te ha sugerido que te pusieras un esmoquin.

—No. ¿Por qué?

—No sirve de nada. De todos modos, te huelo —dijo él—. Tengo un olfato muy

fino.

Ella se echó a reír.

—Me estás tomando el pelo.

—No. De ningún modo —contestó rápidamente él—. Debes comprender que estoy familiarizado con ciertos olores. ¿Te gustan los penes grandes?

—¿Se puede saber a qué viene eso?

—Pura curiosidad —dijo él—. Creo que si yo tuviera un pene grande Janette se casaría conmigo.

—¿Quieres casarte con ella?

—Sí —dijo él—. Pero siempre me rechaza.

—Tiene que haber otra cosa —dijo ella, pensativa—. No creo que el tamaño de tu polla sea la razón.

—Tu hermana es la mujer más hermosa y excitante del mundo —declaró él.

Ella se volvió y buscó a Janette con la mirada. Su hermana estaba hablando seriamente con Jacques y Joe Carroll en el fondo de la habitación. El rostro de Janette expresaba animación y energía y parecía empeñada en demostrar una teoría. Lauren se volvió otra vez y miró a Patrick.

—Eres el segundo hombre que conozco que lo dice —manifestó—. Seguramente los dos tenéis razón.

Marlon se reunió con ellos en el balcón, seguido de Philippe y Stéphane.

—Philippe quiere que te pregunte si te gustaría ser maniquí —dijo Marlon.

—¿Por qué no me lo pregunta él mismo? —inquirió Lauren.

—Está un poco avergonzado porque no domina el inglés.

Ella sonrió y, volviéndose hacia Philippe, le habló en francés.

—Lo siento. No quería ser descortés. No se me había ocurrido que todo el mundo hablaba inglés en atención a mí.

Una repentina sonrisa iluminó el rostro de Philippe.

—He pasado toda la noche queriendo hablar contigo, pero temía que no me entendieras. Quería decirte que te encuentro guapísima y que estarías fabulosa con algunas de mis creaciones. Tienes el estilo que he estado buscando desde hace mucho tiempo. Nueva, fresca, con una inocencia sofisticada. Me gustaría que pasaras algunas de mis creaciones en la colección.

—Nunca he trabajado como modelo —contestó ella—, pero me halaga que hayas pensado en mí.

—No es difícil —dijo Philippe—. En una semana habrías aprendido todo lo necesario.

—Pero ¿no soy demasiado grande? —preguntó ella.

—Esto no es problema —dijo él—. Tendrías que perder dos, quizá tres kilos.

—Entre cuatro y seis libras —dijo Marlon.

—No sé —titubeó ella—. Nunca lo había pensado.

—¿Crees que tu hermana se opondría? —preguntó Philippe.

Lauren se echó a reír.

—No sé por qué.

—¿Puedo preguntárselo?

—Si quieres —contestó ella—, pero no estoy segura de querer hacerlo.

—¿Qué es lo que te gustaría hacer? —preguntó Stéphane.

Lauren se volvió hacia ella.

—La verdad es que nunca me he parado a pensarlo. Esperaba hacerme mayor primero.

—Pasaré todo un año antes de que estemos preparados para introducirnos en el mercado. Quiero tener diez tiendas en las zonas más ricas de Estados Unidos y cinco en los almacenes más importantes del país. Saks de la Quinta Avenida en Nueva York, Neiman-Marcus en Texas, Marshall Field en Chicago, I. Magnin en Los Ángeles, Geary's en San Francisco. Entonces habré ganado dos millones de dólares. Me pide que corra un gran riesgo.

Janette miró fijamente a Carroll.

—Si presionara, estoy segura de que los grandes almacenes le aceptarían esta misma temporada.

—Se nos comerían vivos —dijo Carroll—. Lo querrían todo en depósito, nos harían pagar toda la publicidad y los gastos de promoción y exigirían el máximo descuento en todas las prendas. —Tomó un trago de whisky—. No ganaríamos ni un penique.

—Pero dispondríamos de un trampolín para entrar en el mercado y averiguaríamos con toda exactitud cuáles son nuestras posibilidades —dijo Janette.

—¿Y cómo llamaremos a nuestras propias tiendas cuando las abramos? —preguntó él—. Su nombre aún no es bastante conocido.

—Tengo un nombre para las tiendas —dijo Janette—. Como St. Laurent Rive Gauche Janette's Centre Ville, o si cree que es mejor algo más americano, Janette's Uptown. Pero esto es secundario. Una vez hayamos firmado, estoy dispuesta a recorrer el país, hacer toda la publicidad, periódicos, radio, televisión, y cuando los almacenes abran nuestro departamento me conocerán más americanos que franceses.

—Todo esto costará dinero —dijo Carroll.

—Así es —contestó Janette—. Este es el motivo por el que estoy hablando con usted. Si tuviera el dinero, lo haría yo sola.

Carroll la miró astutamente.

—¿Cuánto costaría hacer esta colección?

—Quizá doscientos mil dólares. Más o menos.

—Supongamos que le adelanto este dinero y vemos qué pasa. Después nos decidiremos.

Janette se echó a reír.

—En este caso, puedo hacer la colección yo sola. Lo que me preocupa no es *ese* dinero. Lo que me interesa es el plan que hay detrás. Si la hago yo sola y es un gran éxito, no le necesitaré. Bidermann y otros estarán encantados de meterse en la cama conmigo.

Él aspiró profundamente y miró a Jacques.

—Veo que trabaja para una señora muy tenaz.

Jacques no contestó.

—¿Y si no estoy de acuerdo? —preguntó Carroll, volviéndose otra vez hacia Janette.

Ella sonrió.

—Seguiremos siendo amigos.

Carroll miró hacia el balcón donde estaban Lauren y los demás.

—Su hermana parece una persona distinta de la que conocí en California. Nunca la había visto más que con tejanos.

Janette se echó a reír.

—Ahora está en París. —Siguió la mirada de Carroll—. Verá, me gustaría tener éxito, no solo por mí, sino también por ella. Sigue teniendo el veinticinco por ciento de esta compañía y Johann sigue siendo el administrador de sus intereses. Yo he de darle cuentas todos los años.

La insinuación no cayó en saco roto. Carroll sonrió.

—No soy tan duro de mollera. ¿Por qué no nos vemos mañana y hablamos del asunto?

—Muy bien —dijo ella—. Quede con Jacques a una hora conveniente para todos. Pero procure que sea tarde. Estaré ocupada todo el día con los preparativos de la colección.

—¿De modo que sigue adelante con ella? —preguntó él.

—*Certainement* —dijo Janette, con un ligero acento de desprecio en la voz—. ¿Cree que dependería de alguien más que de mí misma para algo tan importante como esto?



Maurice fue al encuentro de Jacques en un momento que estaban apartados de los demás.

—¿Ha ido bien?

Jacques asintió.

—Creo que sí. Cuanto más veo actuar a Janette, más cuenta me doy de lo fantástica que es. Tiene las pelotas de un toro argentino.

Maurice se echó a reír.

—Pero ¿y si Carroll no quiere pagar?

—Janette encontrará un modo. Ahora estoy seguro de ello. Ya ha tomado una decisión.

—Yo tengo un millón de francos que apostaré por ella —dijo Maurice—. Tenlo en cuenta y recuérdaselo a Janette si se presenta la oportunidad.

Jacques le miró.

—¿Es que ella ya lo sabe?

—Se lo he insinuado —dijo Maurice—, pero no le ha interesado... en ese momento. Sin embargo, las circunstancias pueden cambiar.

Jacques sonrió.

—Lo recordaré.

Martine fue hacia ellos.

—Son más de las once —dijo a Jacques—, y mañana he de madrugar. Tenemos las primeras pruebas.

—Te llevaré a casa —dijo Jacques.

—No tienes que marcharte por mí. Puedo pedir un taxi.

—No seas tonta. —Jacques sonrió—. Yo también tengo que madrugar.

La fiesta empezó a disolverse. Jacques, Maurice y Martine fueron los primeros en marcharse, seguidos poco después por Philippe y Marlon.

—Ha sido una cena encantadora —dijo Philippe—. Y tu hermana es una verdadera maravilla. Me gustaría hacer algo con ella. Quizá podamos hablar mañana.

—Naturalmente —contestó Janette—. Estaré en la oficina temprano.

Después solo quedaron Carroll, Stéphane y Patrick. Carroll tuvo una idea.

—¿Por qué no terminamos la noche en Régine's? Aquello siempre está muy animado.

Janette negó con la cabeza.

—No cuente conmigo. Mañana tengo demasiado trabajo.

Carroll se volvió hacia Lauren.

—¿Quizá tú y Patrick podáis unirnos a nosotros?

Lauren sonrió.

—No lo creo, señor Carroll. Estoy empezando a notarme cansada. El viaje. Ha sido un día muy largo.

—Yo regreso a Londres esta noche —dijo Patrick—. He prometido a mi querida madre que mañana desayunaría con ella. En otra ocasión.

Carroll se volvió hacia Stéphane.

—Al parecer tú y yo somos los únicos animados de la fiesta.

Stéphane miró a Janette y sonrió a Carroll sin hablar.

—Bien —dijo Carroll, levantándose—. En marcha. —Se volvió hacia Lauren—. Mañana hablaré con tu padre. ¿Quieres que le dé algún recado?

—No —contestó Lauren—. Dale muchos recuerdos y dígame que me divierto mucho.

—¿Puede René acompañarme al aeropuerto? —preguntó Patrick.

—Te está esperando en el coche —contestó Janette.

Se dirigieron hacia la puerta.

—Tu hermana es toda una señorita —le dijo Patrick—. Espero que volvamos a vernos.

—Estoy segura de que sí —contestó Janette—. Se quedará aquí todo el verano.

Las dos hermanas fueron al piso superior cuando todo el mundo se hubo marchado. Lauren se detuvo delante de su puerta.

—Ha sido muy agradable —dijo—. Gracias. Me has hecho sentir como alguien

muy especial.

—Es que eres alguien muy especial —dijo Janette—. Eres mi hermana.

Lauren se inclinó rápidamente y dio un beso a Janette en la mejilla; después entró rápidamente en su habitación y cerró la puerta tras de sí. Janette, pensativa, se quedó inmóvil unos segundos, y después se dirigió lentamente hacia su propia habitación.



Jacques se hallaba al fondo de la galería del Lido, contemplando a la multitud en traje de noche que se dirigía hacia la entrada del teatro, asiendo en la mano su invitación de letras doradas. Detrás de ellos veía los Cadillacs y Rolls-Royces alineados junto a la acera, desembarcando a sus pasajeros. Hacía una hora que habían solicitado más policía para controlar el tráfico de los Champs-Élysées. Consultó su reloj. Iban a darlas diez y ya llevaban retraso. Una hora de retraso. La cena debía servirse a las diez, y la colección debía comenzar a medianoche.

Janette había tenido razón. Dijo que todo el mundo se quedaría. Y se quedó. Ya había visto a John Fairchild de *Women's Wear* entrando en el teatro con sus acompañantes. Eugenia Sheppard, la reina de la moda de la prensa americana, también estaba allí. Esto era más que una colección; era también un acontecimiento social. *Madame* Pompidou, la esposa del presidente, acababa de aparecer y fue inmediatamente escoltada con su séquito a la *table d'honneur*. *Madame* Schlumberger, el conde de París, los Rothschild, Dassault y otros bastiones de la sociedad francesa entraron en el teatro. Probablemente era la primera vez que cualquiera de ellos venía al Lido. Había bastantes estrellas cinematográficas diseminadas entre el público para consagrar el estreno de cualquier película importante. Brigitte Bardot, Alain Delon, Jean-Paul Belmondo, Sophia Loren, Faye Dunaway, Gregory Peck, David Niven y otros... más de los que él podía recordar. Y la prensa francesa había acudido en masa. Robert Caille de *Vogue*, casi todo el cuerpo de redacción de *L'Officiel*, así como periodistas y fotógrafos de todos los periódicos y agencias informativas de París.

Pero, para Jacques, el verdadero triunfo tuvo lugar al día siguiente de enviar las invitaciones, cuando empezó a recibir la llamada de los otros modistos en demanda de una invitación. Y cuando vio a Marc Bohan, Givenchy, St. Laurent, Pierre Cardin y Courrèges andando por la galería, supo que lo habían conseguido.

Volvió a consultar su reloj y se dirigía hacia el interior cuando fue detenido por un *maître*.

—La *princesse* Grace está aquí con un grupo de cuatro personas, pero no tenemos mesa para ella.

—Dele la mía —dijo rápidamente—. Junto a *madame* Pompidou.

El hombre asintió y se alejó apresuradamente. Jacques continuó internándose en el teatro y manteniéndose detrás de las últimas mesas, todas adornadas con globos rojos que llevaban el nombre de Janette de la Beauville, rodeó la habitación hasta la

entrada del escenario.

Retazos de conversación llegaron a sus oídos. «Debe estar completamente loca. Esto cuesta una fortuna». «Encontró a un financiero con tanto dinero como pelotas». «Es lord Patrick Reardon. Quiere casarse con ella». «O él o *madame* Poniard». Y oyó las carcajadas que provocó la mención de la riquísima lesbiana.

Fue detenido por Bernardine Morris de *The New York Times*.

—Tengo que transmitir temprano —le dijo—. ¿No podrías adelantarme algo, por si acaso he de largarme a toda prisa?

—Lo siento, Bernardine —replicó Jacques, sonriendo—. Es imposible. Ni siquiera yo he visto la colección.

Siguió adelante y se detuvo junto a la puerta para dar una última ojeada al teatro. Movi6 la cabeza con satisfacción. Janette había tenido una idea brillante alquilando el Lido para una noche. Al principio 6l se opuso al proyecto por considerarlo demasiado caro, pero ahora se alegraba de que ella se hubiera impuesto. El personal del Lido era profesional. Estaban acostumbrados a las grandes multitudes, a servir la cena y retirar el servicio con rapidez para que el espectáculo pudiera continuar. La cena estaba a punto de comenzar, la pista de baile se hallaba abarrotada, y la orquesta tocaba melodías suaves, nada de *rock and roll* o frenesí *disco* para este tipo de público.

—Quiero que sea perfecto —había dicho Janette—. Quiero que sea elegante y Hollywood al mismo tiempo.

Y esto es exactamente lo que era. Nunca se había presentado una colección ante un público tan elegante y nunca se había hecho en un decorado tan propio de Hollywood como este.

Estaba a punto de abrir la puerta cuando vio que John Fairchild le hacía señas. Vaciló un momento, y después fue a su mesa. El editor le indic6 una silla vacía. 6l negó con la cabeza.

—Estoy trabajando —dijo.

—Esta fiesta debe haber costado una barbaridad —dijo Fairchild—. Por lo menos cincuenta mil dólares.

—Algo así —dijo Jacques.

—¿No es demasiado para Janette? —preguntó Fairchild—. Ella nunca ha hecho las cosas a lo grande.

Jacques se encogió de hombros sin contestar.

—He recibido un cable de Nueva York —dijo el editor—. En la Séptima Avenida corren rumores de que piensa vender a Carroll.

—No es verdad —dijo Jacques con firmeza—. Janette jamás vendería su casa.

—Quizá planee dedicarse al *prêt à porter* con 6l —dijo astutamente Fairchild—. Carroll está sentado a una mesa bastante importante con el padre de ella.

—Carroll pertenece a Twin Cities —dijo Jacques—. Y ya sabes que Johann von Schwebel, presidente de esa compañía, tiene muchos lazos personales y comerciales con la familia de Beauville. Además, ha sido P.D.G. de la compañía de Janette

durante mucho tiempo... desde que la madre de Janette murió hasta que ella cumplió la mayoría de edad.

—Esto no es contestar a mi pregunta —dijo Fairchild—. Si no piensa lanzarse al *prêt à porter*, ¿por qué está Carroll en una mesa tan importante?

Jacques señaló hacia otra mesa cercana.

—Bidermann está en una mesa todavía más importante. ¿Por qué no preguntas si Janette va a asociarse con él?

—Bidermann ya tiene a Cardin —dijo Fairchild—. Y he oído comentar que está interesado por St. Laurent.

—Me temo que tendrás que interrogar a la dama en cuestión para saber sus intenciones. Yo aún no estoy enterado de ellas.

—¿De dónde ha sacado el dinero para esta fiesta? He oído decir que estaba bastante apurada cuando desechó toda la línea para empezar una nueva colección.

Jacques extendió las manos en un gesto típicamente francés.

—Tiene otros recursos. Quizá de su amable banquero. Veo que los Rothschild han venido en masa.

Fairchild paseó la mirada por la sala.

—Igual que la mitad del *grand monde* internacional. Caray, no sé si voy a ver una colección o un estreno cinematográfico en Hollywood.

—A Janette le gustará oír esto. Es exactamente el ambiente que quería crear. Pero no te llates a engaño. Estás en una colección. Una colección como ninguna de las que has visto o verás en tu vida. En este mundo... o el otro.

Fairchild se echó a reír.

—Buena suerte.

—Gracias —dijo Jacques. Se alejó rápidamente de la mesa y abrió la puerta que conducía al escenario antes de que otro miembro de la prensa pudiera detenerle. Sorteó cuidadosamente los cables que había en el suelo y se dirigió hacia el fondo del gigantesco escenario, que había sido habilitado como vestuario temporal para las modelos. Decidieron no utilizar los camerinos porque estaban localizados en diversos pisos encima del escenario y demasiado lejos para dar tiempo a que las modelos realizaran todos los cambios de traje. Además, Janette no quiso correr el riesgo de que una modelo se cayera o incluso se enganchara un tacón con el vestido y lo rasgara mientras bajaba por la estrecha escalera.

Una cortina negra rodeaba toda la zona destinada a vestuarios. Jacques separó la cortina y lanzó una mirada al interior. Por el momento reinaba la calma. Las jóvenes, envueltas todavía en sus holgadas batas blancas, se maquillaban tranquilamente ante los espejos rodeados de bombillas encendidas. En una de las esquinas superiores de cada espejo, clavadas con una chincheta en un pequeño tablero de corcho, había pequeñas notas de papel con muestras de tela y toda la información necesaria para completar el atavío de cada modelo, desde el color de las medias hasta las joyas de fantasía. Junto a la mesa de cada muchacha había un perchero rodante donde

colgaban todos los vestidos en el orden que debían ponérselos. La peluquera y dos maquilladoras profesionales, que darían el toque final a las modelos para cada cambio de traje, estaban sentadas al fondo del vestuario, con aspecto de aburrimiento e indiferencia, mientras *madame* St. Cloud y sus ayudantes comprobaban ansiosamente los trajes de todos los percheros para asegurarse de que estuvieran en orden. Más tarde, poco antes de empezar el pase, Philippe haría su aparición y comprobaría personalmente hasta el último detalle de cada muchacha y cada vestido, y una vez más, tras el comienzo del pase, cada muchacha se sometería a la inspección de *madame* St. Cloud y Philippe antes de salir al escenario. Pero en este momento, ni él ni Janette estaban allí.

Jacques dejó caer la cortina y prosiguió la marcha hacia el despacho del director de escena, donde Janette había establecido su cuartel general. Abrió la puerta y entró sin llamar.

Philippe estaba sentado en el sofá, fumando nerviosamente un cigarrillo. Marlon, como de costumbre, impasible y despreocupado. Janette se hallaba sentada detrás de la mesa, revisando la lista mecanografiada de los trajes en orden de presentación. Alzó la mirada. Su voz era sosegada.

—¿Qué tal ahí fuera?

—Tal como tú querías —dijo Jacques—. No puedes pedir más.

—Bien. —Se concentró nuevamente en la lista, y después se volvió hacia Philippe—. Creo que deberíamos sacar el Veinticinco antes del Diecisiete. Es un traje corto y quedaría mejor pasarlo antes que los largos. Ahora está en medio de todos ellos y destacará de un modo horrible.

Philippe se levantó del sofá y se acercó a la mesa. Abrió su carpeta y hojeó los diseños.

—Es una buena idea —dijo—. Avisaré a *madame* St. Cloud para que cambie el orden. De todos modos, ya es hora de que eche un vistazo por allí.

Salió de la habitación, seguido de Marlon. Jacques se dejó caer en la silla frente a Janette.

—Creo que necesitamos un poco de ayuda —dijo, metiéndose la mano en el bolsillo.

—Debes ser adivino —dijo ella.

—No te preocupes —dijo Jacques, pasándole el frasco y la cuchara de oro—. Todo irá bien.

—No estoy preocupada —contestó ella con una media sonrisa mientras inhalaba cuidadosamente dos cucharaditas—. Solo intento mantenerme con vida hasta el final de la noche. Estoy agotada.

—Hazlo otra vez —le apremió Jacques—. Entonces tendrás energías suficientes para vivir eternamente.

Ella siguió su consejo; después le devolvió el frasco y respiró profundamente. Jacques observó que el color volvía a sus mejillas y el brillo a sus ojos.

—Me encuentro mejor —dijo Janette—. ¿Sabes? Quizá tengas razón.

Jacques tuvo el tiempo justo de hacer dos inhalaciones y guardar el frasco antes de que Philippe entrara nuevamente en la habitación.

—¿Alguno de vosotros ha visto a Lauren? —preguntó Philippe.

—No —dijo Janette—. ¿No está ahí fuera?

—*Madame St. Cloud* no la ha visto. Empieza a preocuparse.

—No puede estar muy lejos —dijo Janette—. Ha venido conmigo.

Jacques se levantó de la silla.

—Voy a hablar con el conserje de la puerta del escenario. Nadie puede dar un paso fuera de aquí sin que él le vea.

Philippe volvió a dejarse caer en el sofá cuando Jacques salió.

—Solo faltaría que tu estúpida hermana me hiciera una jugarreta —gruñó.

—Tú la querías —respondió Janette. Encendió un cigarrillo y permanecieron callados hasta que llamaron a la puerta y Jacques entró con Lauren pisándole los talones.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Philippe, levantándose de un salto—. Por poco tengo un ataque de corazón.

—Estaba empezando a ponerme nerviosa —dijo Lauren—, de modo que he salido al callejón que hay detrás del teatro y he fumado un porro.

—¡Jesús! La próxima vez dinos al menos dónde estás —exclamó Philippe—. Vamos, ya es hora de que te prepares.

Lauren sonrió. Miró a Janette.

—No estabas preocupada, ¿verdad?

Janette meneó la cabeza.

Lauren se echó a reír.

—Ahora ya me encuentro bien. —Dio media vuelta y siguió a Philippe fuera de la habitación.

Janette levantó los ojos hacia Jacques, que permanecía en pie.

—Oh, mierda —dijo.

Jacques sonrió.

—Eso digo yo también.



A pesar del retraso inicial, la cena terminó a las doce menos diez y las mesas fueron despejadas. La orquesta dejó de tocar y los bailarines regresaron a sus mesas mientras la sala se oscurecía gradualmente. Hubo un murmullo de sillas cuando el público se acomodó, y un ambiente de expectación silenciosa se dejó sentir en la sala mientras el teatro quedaba sumido en una oscuridad completa.

Después, procedente de algún lugar detrás del escenario, se oyó la obertura de *Fausto*. Fue un sonido casi sobrenatural en la oscuridad. Después, súbitamente, hubo una explosión, casi como un trueno, un proyector invisible enfocó un penacho de

humo en el centro del escenario que quedaba ante la cortina cerrada, y del penacho de humo surgió un demonio.

Dio un gran salto en el aire, mientras su ajustado traje de malla rojo reflejaba centelleantes lucecitas a su alrededor. Con el tridente de purpurina dorada en una mano, bailó por el centro del escenario mientras la pasarela se deslizaba entre el público sobre gigantescos y silenciosos rodillos, y después saltó a la pasarela, desde donde observó al público con una mirada maléfica e hizo amenazadores gestos con el tridente. Cuando llegó al extremo de la pasarela, dio media vuelta, se arrodilló y apuntó el tridente hacia la cortina del escenario que había tras él.

Un ensordecedor redoble de tambores atronó el aire, y después se hizo el silencio cuando desde la cabina de proyección situada al fondo del teatro surgió la imagen reflejada en la cortina translúcida.

Janette de la Beauville
présente
La Collection de l'Enfer

Cuando las luces volvieron a encenderse el diablo había desaparecido y la cortina se descorría para dar paso a un enorme diorama, que ocupaba toda la longitud del escenario, en el que se había pintado en rojo y negro una imagen impresionista del infierno tal como Dante debió imaginarlo. Un proyector de fondo móvil producía una extraña sensación de vida y realidad y en el centro del diorama se levantaba una arcada sobre dos puertas gigantescas. Cuando las puertas empezaron a abrirse, la música se suavizó, y el número 1 empezó a resplandecer como fuego encima del arco.

La maniquí permaneció inmóvil un momento, enmarcada por las puertas que se abrían, y después avanzó lentamente, y atravesó el escenario en dirección a la pasarela, mientras una voz resonaba en el teatro: «*Costume en laine, rouge de sang*».

Una cortés oleada de aplausos recorrió la sala mientras la modelo andaba por la pasarela, se detenía, se quitaba la chaqueta para enseñar la blusa, daba media vuelta con estilizada elegancia y recorría la pasarela en dirección contraria mientras el resplandeciente número de encima del arco cambiaba al 2.

Jacques, en pie al fondo de la sala, movió la cabeza con satisfacción. La *claque* que había contratado también era profesional. Les había dicho que empezaran suavemente y no se entusiasmaran más que en ciertos números y al final.

Miró hacia el escenario. La segunda maniquí ya se hallaba en la pasarela y la primera joven estaba haciendo su salida. Paseó la mirada por los espectadores. Observaban con atención. Pero es que ellos también eran profesionales. Tendrían que ver mucho más antes de emitir un juicio.

Encendió un cigarrillo. Hasta ahora todo iba bien. Habían hecho todo lo que

habían podido. El resto estaba en manos de los dioses. Después miró al escenario y sonrió para sí. O al diablo.

Cuando ya se habían pasado dos terceras partes de la colección, una controlada agitación reinaba en los vestuarios. El suelo estaba cubierto de vestidos que las modelos dejaban caer en sus frenéticas prisas por cambiarse y las oficialas y maquilladoras luchaban desesperadamente por mantener la imagen que las maniqués tenían al principio del pase.

Philippe estaba blanco, agitado y sudoroso mientras revisaba a una maniquí y la enviaba al escenario para esperar su turno.

—Voy a ponerme enfermo —dijo dramáticamente—. Estoy a punto de desmayarme.

—No te pasa nada —replicó Janette—. Todo va bien.

—No tendrías que haberles dejado venir —dijo él—. Todos quieren destruirme.

—No seas tonto —contestó Janette—. En realidad es un tributo. Tú no ves cómo se miran unos a otros.

—Van a largarse para dejarme a la estacada —dijo él—. Lo sé. De este modo demostrarán a todo el mundo lo que piensan de mí.

—Todos siguen ahí —repuso Janette—. St. Laurent y Berge no se han movido desde que empezó el pase. Lo mismo digo de Bohan y Boussac. Givenchy. Cardin, todos siguen ahí.

—Están planeando algo —dijo Philippe—. Lo sé. —Se llevó una mano a la frente—. Me voy a desmayar.

Janette miró a Marlon, y después otra vez a Philippe.

—Ven un momento a mi despacho.

—No me atrevo a marcharme —dijo Philippe—. Algo irá mal. Lo sé.

—Nada irá mal —dijo ella con acento tranquilizador—. Tenemos cinco números preparados. Puedes tomarte unos minutos de descanso.

—De acuerdo —dijo él—. Pero primero quiero que empiecen a maquillar el cuerpo a Lauren. Necesitaremos más de quince minutos.

Janette le siguió con la mirada mientras se dirigía hacia Lauren, que estaba sentada a su mesa, fumando tranquilamente un cigarrillo, ajena al pánico y la tensión que la rodeaban. Philippe le susurró algo al oído y Lauren asintió. Se puso en pie, dejó caer la bata al suelo y se quedó desnuda en el centro de la estancia. La maquilladora acudió rápidamente y empezó a rociarla con una base de maquillaje corporal. Philippe dijo algo a la joven, que asintió y continuó andando alrededor de Lauren con el pulverizador en la mano.

Philippe volvió junto a Janette.

—De acuerdo. Tengo cinco minutos. Pero he de estar aquí cuando le aplique las motas doradas. No quiero demasiadas, lo justo para realzar el vestido.

Fueron a la habitación que Janette utilizaba como despacho y Philippe se derrumbó en el sofá.

—Nunca más —juró—. Nunca más.

Janette indicó por señas a Marlon que cerrase la puerta. Abrió el cajón de la mesa y sacó un pequeño frasco de cocaína. Vertió parte de su contenido sobre la superficie de cristal de la mesa, y después lo separó en líneas. Cogió la paja y se volvió hacia ellos.

—*Allons, mes enfants* —dijo—. Todos necesitamos energía.

Philippe fue el primero en acudir. Inhaló expertamente cuatro líneas antes de que Janette pudiera detenerle.

—Deja algo para nosotros.

Ella aspiró dos líneas, y Marlon consumió el resto mientras Philippe volvía al sofá. Esta vez no se derrumbó. El color regresó a sus mejillas. Miró un momento a Janette, y después sonrió súbitamente.

—Mamá —dijo.

Janette se echó a reír.

—Hijo mío.

Philippe se levantó del sofá y le dio un beso en la mejilla.

—No debería haberme preocupado. Ahora ya me encuentro mejor. —Miró a Marlon—. Que se vayan a hacer gárgaras. Todos. ¿A quién le importa lo que piensen?

—A nadie —dijo Marlon.

Philippe se volvió nuevamente hacia Janette.

—Un poco más para resistir hasta el final.

—Todo lo que quieras —dijo Janette, vaciando el resto del frasco sobre el cristal de la mesa.



Jacques comprobó la hora. La una menos cinco. Casi había terminado. Dio un profundo suspiro de alivio. Había salido bien. Nadie se había marchado. Todos se quedaban hasta el final. La prensa y la profesión, todos estaban fascinados por algo que no habían visto nunca. Se dirigió lentamente desde el fondo de la sala hacia la mesa próxima a la cabecera de la pasarela, donde estaban Carroll, Maurice, Stéphane y Martine. Se deslizó en la silla vacía.

Carroll se inclinó hacia él.

—¿Qué cree? —susurró.

—Lo hemos logrado —contestó él—. Eugenia Sheppard y Fairchild han telefoneado a sus periódicos para que retrasen la edición. Incluso Bernardine Morris ha telegrafiado a Nueva York para que esperen su crónica. Y ninguno de los modistos se ha marchado. Todos siguen aquí.

—Me pregunto qué dirán —susurró Carroll.

—Eso no importa —repuso Jacques—. Esta será la colección más comentada de la temporada.

—Esto podría significar veinte millones de dólares en los próximos tres años —

dijo Carroll—. Claro que importa.

Jacques levantó una mano.

—Mire. Hablaremos más tarde.

La maniquí estaba abandonando la pasarela y el reluciente número instalado encima del arco empezó a desvanecerse. El número había desaparecido cuando la muchacha dejó el escenario y esta vez dio paso a unas letras que centelleaban como fuego. *Robe de Mariage*.

Hubo un momentáneo crujir de papeles, y después silencio cuando las puertas de debajo del arco se abrieron lentamente. Un solo proyector enfocó a la novia que se erguía bajo él, alta, regia, oculta completamente por un velo que caía en cascada sobre su cabeza, rozando la punta de sus estilizados zapatos rojos y extendiéndose sobre el suelo en una cola que parecía no tener fin. Lentamente, a los acordes de Mendelssohn, la novia avanzó hasta el centro de la pasarela y se detuvo.

Permaneció totalmente inmóvil durante unos momentos y después, con la mano libre, sosteniendo un pequeño ramillete de rosas rojas como la sangre en la otra, empezó a levantar el velo. Pareció que transcurrían siglos hasta que finalmente, con un rápido movimiento, echó el velo hacia atrás y lo dejó caer al suelo, exhibiendo el translúcido vestido color de rosa a través del que brillaba su cuerpo blanco espolvoreado de motas doradas. Moviò la cabeza y su largo cabello rubio cayó sobre sus hombros por debajo de una diadema carmesí mientras reanudaba su desfile a lo largo de la pasarela. Ahora la enfocaban las luces del escenario así como las del teatro. Desvestida pero no desnuda, la novia se dirigía hacia el altar.

—¡Es Lauren! —susurró Carroll—. Creía que Janette iba a...

—Janette pensó que Lauren estaría mejor —replicó Jacques.

Ahora Lauren daba lentamente la vuelta al final de la pasarela. Lentamente, los aplausos empezaron a sonar. Jacques miró a su alrededor. No era la *claque*. Estos seguían esperando su señal. Era el público.

Lauren dio la vuelta y empezó a recorrer la pasarela en dirección contraria, otra vuelta, para enseñar el vestido, mientras su cuerpo brillaba como marfil bajo la seda. Se dirigió hacia la arcada y de repente se detuvo, atemorizada por el demonio que acababa de aparecer bajo ella.

El demonio permaneció allí, y después le hizo una seña con el tridente. Como hipnotizada, Lauren fue hacia él. Cuando llegó a su lado, el demonio colocó los brazos sobre sus hombros y empezó a quitarle el vestido. Ella se quedó como paralizada y después, cuando el traje dejó al descubierto sus senos espolvoreados de motas doradas, se echó en sus brazos. Con una sonrisa de diabólico triunfo, el demonio empezó a conducirla hacia el fondo de la arcada. Después, una súbita explosión, un trueno, un penacho de humo, el escenario quedó sumido en la oscuridad. Habían desaparecido.

Y los espectadores enloquecieron.

Las luces de la sala se encendieron mientras las maniqués, cada una con el último

traje que había llevado, empezaban a desfilar bajo la arcada, a través del escenario y a lo largo de la pasarela. Lauren fue la última en salir, una vez más en traje de novia, del brazo del demonio que ahora lucía una chistera roja como el fuego. Los aplausos continuaron y los fotógrafos se encaramaron a la pasarela para realizar su trabajo. De repente Lauren dio la vuelta, echó a correr hacia el fondo de la arcada, y reapareció casi en seguida, esta vez asida a un Philippe aparentemente reacio, que estaba pálido y nervioso pero sonriente y complacido al mismo tiempo. Los aplausos se intensificaron.

Jacques buscó con la mirada al jefe de la *claque*, que había estado esperando su señal, e hizo un imperceptible movimiento con la cabeza. Casi inmediatamente, el cántico se inició.

«Janette... Janette... Janette...»

Gritos de bravo empezaron a rasgar el aire y los aplausos adquirieron un ritmo regular. «Janette... Janette... Janette...»

Esta vez fue Philippe quien se volvió hacia la arcada. Alargó la mano y Janette salió al escenario. Las letras de su nombre aparecieron en el letrero luminoso de encima de la arcada. Ella se quedó inmóvil unos momentos, sonriendo, mientras una batería de *flashes* centelleaba ante sus ojos. Delgada, alta, y hermosa, se había vestido de un modo informal. Tejanos rojos y camisa deportiva, botas vaqueras rojas de media caña y una gorra roja. Después abrazó a Philippe y los dos juntos avanzaron por la pasarela. Más y más fotógrafos y periodistas treparon tras ellos. Pronto se encontraron rodeados por una multitud e iniciaron su retirada hacia el escenario.

Jacques se levantó y empezó a abrirse paso hacia la salida del teatro. Quería evaluar la reacción del público. Una vez más se situó al fondo de la galería, esta vez para observar cómo salían del teatro, envueltos en un excitado murmullo de voces.

Pero fue Fairchild quien le resumió la impresión general. Tomó a Jacques del brazo y le llevó a un lado.

—No sé quién va a comprar o ponerse esta ropa, pero ha sido la colección más excitante que he visto en muchos años. Janette tendrá la primera página del periódico de mañana y me gustaría hablar con ella diez minutos si puedes arreglarlo.

—¿Cuándo? —preguntó Jacques.

—Ahora mismo —dijo Fairchild—. Quiero la primera entrevista con Janette, en exclusiva, para los Estados Unidos.

—Vamos —dijo Jacques, empezando a abrirse paso entre la multitud—. Tú cógete de mi brazo.



Eran cerca de las tres, y quedaban pocas personas de las muchas que habían abarrotado el pequeño despacho del director de escena después de la presentación. Philippe estaba sentado en el sofá y hablaba animadamente con dos periodistas, mientras Marlon revoloteaba, vigilante, a su alrededor.

Botellas y copas de champaña vacías llenaban la mesa detrás de la que Janette, Jacques y Carroll discutían con animación.

—Creo que lo hemos conseguido —dijo Jacques—. Tanto Goodman como Neiman-Marcus quieren venir mañana para dar otra ojeada a la colección. Saks, Marshall Field e I. Magnin se han mostrado interesados.

—Mirar no cuesta nada —replicó Carroll—. Comprar es otra cosa.

—Comprarán —dijo Jacques con convicción—. Olemos como un ganador.

Su conversación se interrumpió cuando varios periodistas y fotógrafos, que habían terminado de hacer las fotos a las maniquíes y vestidos, entraron en el despacho para intercambiar las últimas palabras con Philippe y Janette.

Jacques se puso en pie.

—¿Dónde está Lauren? Joe quiere que hable con ella para organizar unas cuantas sesiones fotográficas. Todos los fotógrafos de la ciudad quieren retratarla.

—Estaba aquí hace un momento —contestó Janette—. Creo que ha salido con Patrick. —Jacques se dirigió hacia la puerta pero ella le detuvo—. Quédate aquí hasta que se terminen las entrevistas. Les recogeremos cuando salgamos.

En el callejón de detrás del teatro, Lauren estaba apoyada en el edificio, fumando ávidamente el cigarrillo de marihuana que tenía entre los dedos.

—¡Qué alivio! —exclamó, pasándolo a Patrick.

Él dio una chupada, y después la miró.

—Bueno —dijo—. No lo habrás conseguido aquí, ¿verdad?

Lauren movió la cabeza.

—Es americano. Un Harvey número seis.

Patrick fumó otra vez y pasó el cigarrillo a Lauren.

—Parecías aburrida ahí dentro. Por eso te he propuesto que saliéramos.

—Sí —dijo ella—. Es un rollo.

—¿Un rollo? —preguntó él.

—Ya sabes. Mentiras, adulaciones, besitos en las mejillas, exclamaciones y estupideces. ¿Por qué lo hacen? Nadie es sincero. Apuesto a que si dijeran lo que realmente piensan, nadie hablaría con nadie.

Patrick se echó a reír.

—No te gusta esta vida, ¿eh?

—No es mi ambiente —dijo ella—. Ya tengo que aguantar bastante en casa. Mis padres también están metidos en este tipo de negocios. —Le asaltó un pensamiento—. Verás, yo no me imaginaba que Janette fuese así. No sé por qué, me la imaginaba diferente. Quizá debido a las fotografías que he visto y las historias que he leído sobre ella. Daba la impresión de divertirse mucho y no preocuparse por nada.

—Ojalá fuera así —dijo tristemente Patrick—, pero le entusiasma su trabajo.

—No sé qué pretende demostrar —dijo Lauren—. No necesita el dinero.

—Esto es lo que yo le dije —contestó Patrick—. Pero ella dice que yo no lo entiendo.

—Bueno, creo que yo tampoco —dijo Lauren, volviendo a pasarle el cigarrillo—. Quizá mejoren las cosas. Dijo que iríamos a su villa de Saint-Tropez después de las colecciones.

—Fantástico —repuso Patrick—. Puedo llevaros en mi avión. El yate ya está en el puerto. Nos divertiremos mucho. —Dio otra chupada al cigarrillo—. ¡Uf! —exclamó, soltando el minúsculo pitillo. Miró al suelo—. Me he quemado los dedos. Lo siento.

—No te preocupes —contestó ella—. ¿Qué te parece si volvemos al zoo y vemos qué hacen los enjaulados?

Todos los representantes de la prensa se habían marchado cuando entraron en el despacho provisional de Janette. Janette estaba sentada detrás de la mesa, Carroll y Jacques habían tomado asiento delante de ella, y Philippe y Marlon se hallaban aposentados en el sofá.

Carroll se levantó y dio un beso a Lauren en la mejilla.

—Estás preciosa, cariño —dijo con entusiasmo—. Tenemos grandes planes para ti.

Lauren se desconcertó.

—No comprendo.

Él se echó a reír.

—Eres una estrella, pequeña. La sensación de la noche. Todos los fotógrafos de la ciudad quieren retratarte. He dicho a Jacques que solo aceptaremos a los mejores.

Lauren se volvió y miró a Janette.

—No me habías dicho nada.

—No sabía nada antes del pase —contestó Janette.

—Así es —dijo Carroll—. Nadie podía imaginárselo. Pero es la verdad. Te guste o no, has sido la sensación de la noche.

—Pensaba que iríamos a Saint-Tropez después de la colección —dijo Lauren, mirando a Janette—. Harvey se reunirá allí con nosotras el fin de semana.

Antes de que Janette pudiera contestar, Carroll habló.

—Siempre hay tiempo de ir a Saint-Tro. Ahora lo importante es no desperdiciar esta oportunidad.

Lauren guardó silencio unos momentos.

—Solo he tomado parte en esto por diversión. Si hubiera sabido que había algo más, no lo habría hecho.

—Pero lo has hecho —dijo Carroll—. Ahora tienes que seguir.

Lauren se volvió nuevamente hacia Janette.

—¿En serio? Patrick dice que puede llevarnos mañana a Saint-Tropez en su avión. Ya tiene el yate en el puerto.

Janette la miró.

—No tienes que hacer nada que no desees, *chérie*.

Carroll alzó agriamente la voz.

—¿Qué demonios quiere decir? —gritó a Janette—. Tiene que hacerlo. Mis colaboradores ya están haciendo planes para convertirla en uno de los puntales de nuestra campaña publicitaria. Acabo de llamarles para decirles que sigan trabajando en ello.

Janette se encaró con él.

—Pues ya puede ir diciéndoles que busquen a otra. Lauren no ha venido a trabajar. Ha venido a verme.

—¡Me importa un carajo por qué ha venido! —chilló Carroll—. No invierto dos millones de dólares en este negocio para dejar que una cría estúpida decida lo que debe o no debe hacer. ¡Obligúela!

La voz de Janette fue engañosamente dulce.

—¿Y si no lo hago?

—¡Entonces no hay trato! —replicó Carroll—. Vaya haciéndose a la idea de que ya no puede tomar decisiones sin consultar a nadie y que yo soy el que manda.

Janette le miró un momento y después se volvió hacia Lauren.

—Haz los preparativos para ir mañana a Saint-Tropez con Patrick.

Carroll la miró furiosamente.

—Le aconsejo que lo piense. Ya me debe ciento setenta mil dólares y antes de tomar ninguna decisión será mejor que me pague ese dinero.

Lauren miró a su hermana.

—Si es tan importante, Janette... —empezó con inseguridad.

Janette la interrumpió con dulzura. Habló en francés.

—No te preocupes, *chérie*. Antes o después, este cerdo tiene que entender que no puede comprarlo todo con dinero. —Se volvió hacia Carroll y continuó en inglés—. Le sugiero que lo piense. Mi decisión está tomada.

—A Johann no le gustará —amenazó Carroll.

—A Johann tampoco le gustará la idea de que usted utilice a su ahijada para promocionarse —dijo Janette.

—Tenemos un trato —exclamó Carroll.

—El trato era conmigo, no con mi hermana —replicó Janette—. Además, aún no hay nada firmado. Así que no hay tal trato.

—Le he hecho un préstamo de ciento setenta mil dólares —dijo él.

—Venga mañana a mi oficina y se los devolveré —repuso Janette.

—No tiene el dinero —dijo Carroll con sarcasmo—. He revisado los balances de su compañía.

—Esto no es asunto suyo —dijo Janette—. Venga mañana a mi oficina y tendrá su dinero.

Él la miró fijamente.

—No puede hacer un trato con Bidermann u otro hasta que me devuelva el dinero.

—Lo sé —contestó tranquilamente ella.

—Estaré en su oficina mañana a las nueve para recoger el cheque —dijo Carroll.

—Estará preparado —dijo Janette—. Puede recogerlo en el despacho del tesorero.

—Será mejor que sea bueno —amenazó Carroll—, porque lo llevaré directamente al banco.

Janette no contestó. Se puso en pie y dio la vuelta a la mesa. Se detuvo frente a Carroll y le miró fijamente a los ojos.

—¡Es usted un cerdo! —dijo con voz cargada de desprecio, alzando la mano con rapidez y descargándola sobre la mejilla de Carroll. Él se echó hacia atrás, con la marca de los cinco dedos claramente visible en su cara encarnada—. ¡Lárguese antes de que ordene que le echen!

Janette estaba otra vez detrás de la mesa antes de que él pudiera contestar. Se llevó una mano a la mejilla y la miró.

—¡Está loca!

—¡Fuera de aquí! —gritó ella de repente—. ¡O le mato!

Él giró bruscamente sobre sus talones y fue hacia la puerta, desde donde volvió la cabeza.

—Philippe, Marlon —dijo—. ¡Vámonos!

Torpemente, el diseñador y su amigo se pusieron en pie. Se dirigieron en silencio hacia la puerta, sin mirar a Janette.

Carroll sonrió.

—Lo siento por usted. Philippe ya ha firmado un contrato conmigo para empezar el año próximo. Sabía que intentaría jugármela, de modo que he tomado mis precauciones.

Sin una palabra, Janette observó cómo se cerraba la puerta tras ellos, y después miró a Lauren.

—¿Te importa que Patrick te acompañe a casa? —preguntó con voz calmada—. Jacques y yo tenemos varias cosas que resolver esta noche.

—Puedo esperar —dijo Lauren.

—No —contestó Janette—. Sería mejor que te fueras. Quizás estemos trabajando toda la noche. Y has de dormir un poco antes de que Patrick te lleve a Saint-Tropez.

Lauren dio la vuelta a la mesa y se inclinó para besar a Janette en la mejilla.

—Lo siento. No quería causar ningún problema.

—No debes sentirlo, *chérie*. Nada de esto es culpa tuya.

—Si sirve de algo, puedo hablar con papá —dijo Lauren.

Janette consiguió esbozar una sonrisa.

—Gracias, *chérie*, pero no será necesario. Puedo hacerme cargo yo solita de ese gusano. Ahora vete a dormir. —Miró a Patrick—. Asegúrate de que vaya directa a la cama.

Patrick sonrió.

—Sí, mamá.

Janette se echó a reír.

—Buen chico. Así se habla. —Se volvió y dio otro beso a Lauren—. Buenas noches, *chérie*. Hasta mañana.

Otro rápido beso en la mejilla y salieron. Janette se volvió a mirar a Jacques.

—Bueno, aquí estamos otra vez. No ha cambiado nada. Nosotros dos solos.

Jacques se golpeó la palma abierta de la mano izquierda con el puño derecho.

—¡Los muy bastardos! Ni siquiera nos habían dicho una palabra. Arruinaré a esa basura. Espera a que corra la voz de que la colección fue tuya, no suya. Todos caerán sobre él. Ya saben que rechazaste su presentación original.

—Philippe es lo que menos me preocupa —dijo Janette—. Siempre podemos ocuparnos de él. He de conseguir el dinero para Carroll.

—Quizá cambie de opinión —dijo Jacques con esperanza.

—Aunque lo haga, yo no le quiero. Por lo menos, esta colección demuestra lo que podemos hacer. Una vez le haya pagado, estoy segura de que haremos mejores tratos.

—Son las tres de la madrugada —dijo Jacques—. ¿Dónde piensas encontrar un millón de francos en seis horas?

—Un millón de francos —repitió abstraídamente Janette. Le miró—. ¿No es esta la cifra que Maurice quería invenir?

Jacques asintió.

Janette se puso en pie.

—Entonces, ¿qué esperamos? Vamos a la Isla de San Luis, le despertamos y averiguamos si hablaba en serio.

—Ya conoces a Maurice —dijo Jacques—. No es un hombre fácil de tratar. Tendrás que pagarle por ese dinero. De un modo u otro.

—¿Se te ocurre alguna otra idea?

—¿Qué hay de tu amigo Patrick? Su compañía familiar acaba de comprar Kensington Mills en los Estados Unidos. He oído rumores de que quizá se dediquen a la venta al por menor. Podría ser muy interesante para nosotros.

—Patrick no tiene nada que ver con los negocios familiares. El sigue su camino y los demás siguen el suyo. Ninguno de ellos quiere tener nada que ver con el otro. Patrick está descartado. Tiene que ser Maurice.

Se dirigió hacia la puerta, pero de repente se detuvo y miró a Jacques.

—¿En qué nos hemos equivocado, Jacques?

—¿Qué quieres decir? —preguntó él.

—No sé qué pensar. ¿Hemos ganado... o hemos perdido?



Solo había unos diez minutos en coche desde el Lido hasta la casa y no fue hasta poco antes de llegar allí que Patrick habló.

—¿Tienes que irte a la cama? —preguntó—. Estoy inquieto. No puedo dormir.

—Yo estoy agotada —dijo Lauren—. Además, ya has oído a mi hermana.

—Sí. —Había un timbre de admiración en la voz de Patrick—. ¿Habías visto algo

parecido? ¿Cómo le ha cruzado la cara a Carroll? Pensaba que iba a darle una paliza.

Lauren se echó a reír.

—Ojalá lo hubiera hecho. Mi hermana tiene muchas agallas.

Patrick asintió.

—Es una mujer muy fuerte. No me gustaría tenerla como enemiga. Realmente podría matar a un hombre.

Lauren se echó a reír mientras el coche aparcaba junto a la acera delante de la casa.

—No creo que llegara tan lejos.

El chófer bajó del coche y abrió la puerta del gran Rolls plateado de Patrick. Lauren se inclinó y dio un beso a Patrick en la mejilla.

—Hasta mañana.

Patrick la miró.

—¿Qué tal si me dejas tocarte el conejo un segundo? Podría lamerme los dedos hasta llegar a casa y me sentiría feliz.

Lauren se rio.

—No seas tonto —dijo, saliendo del coche.

Patrick la siguió hasta la puerta y esperó mientras ella tocaba el timbre.

—Me pregunto qué deben estar haciendo Jacques y Janette en este momento.

—Janette ha dicho que tenían trabajo —repuso Lauren.

—Me pregunto si él tiene un pene grande —dijo Patrick.

—No lo sé. Y la verdad es que no me importa —contestó Lauren. La puerta se abrió. Ella le dio otro rápido beso en la mejilla—. Buenas noches. Hasta mañana.

—Espera un momento —dijo Patrick mientras ella trasponía la puerta—. ¿A qué hora?

Ella se volvió y le miró.

—¿A las doce te parece bien?

—Perfecto —dijo él—. Enviaré el coche a recogerte.

Lauren cerró la puerta tras de sí y se dirigió hacia el piso superior. Volvió la cabeza cuando el mayordomo la llamó.

—¿Ha ido todo bien, *mademoiselle* Lauren?

—Estupendamente —contestó Lauren—. Ha sido una noche inolvidable.

Harvey se levantó de la colchoneta expuesta al ardoroso sol de agosto y fue a refugiarse bajo la sombrilla.

—¡Hijo de perra! —exclamó.

Lauren volvió la cabeza hacia él.

—¿A qué viene eso?

—Treinta francos por una colchoneta y una sombrilla —dijo—. Es un robo.

Lauren se echó a reír.

—Estamos en Francia.

—¿Y si lo que quieres es echarte sobre la arena? ¿Sin nada?

—¿Dónde? —preguntó ella, indicando con un gesto la abarrotada playa totalmente cubierta de colchonetas.

—He visto una playa un poco más abajo. La gente llevaba sus propias toallas y sombrillas.

—Puedes hacerlo si quieres. Es la playa pública —dijo ella.

—¿Por qué no lo hacemos? —preguntó él—. Por lo menos, no nos sentiríamos estafados.

—Podemos ir mañana —dijo ella.

—Es el mismo sol, la misma arena, el mismo mar.

—De acuerdo —dijo ella—. Mañana.

Él la miró.

—Se te están friendo las delanteras.

Lauren se incorporó y sacó una loción solar de su bolsa.

—Me pondré un poco más de esta porquería.

Él la miró fijamente.

—Supongo que aún no he tenido tiempo de acostumbrarme. En mi vida había visto tantas delanteras. Jesús, me pregunto qué hacen con todos los sujetadores de bikini que nunca usan.

—No lo sé —contestó Lauren.

—Quizás alguien tendría que dedicarse a comprarlos. —Harvey sonrió de repente—. Piénsalo. Puedo abrir un puesto en el mercado de los sujetadores de bikini.

Ella se echó a reír.

—¿Qué harías con ellos?

—No lo sé —dijo él—. Tengo que pensarlo. —Miró la botella de aceite solar que ella tenía en la mano—. Espera un momento. Yo tengo algo mejor. —Rebuscó en el interior de su bolsa y extrajo un tarro de arcilla. Sacó el tapón de corcho y se lo alargó—. Toma, Pruébalo. Pero primero tienes que remojarlo.

—¿Qué es? —preguntó Lauren, mirando el tarro.

—Arcilla de Humboldt, mezclada con un poco de aceite de jojoba. Los indios lo utilizaban para curarse las heridas. También acelera el bronceado e impide que te quemes.

Ella olfateó el tarro abierto.

—Huele mal.

—Es natural —dijo él—. Todas esas porquerías que compras llevan perfume.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó ella.

—Hay mucho por los alrededores de la granja. La madre de Johnny lo mezcla ella misma. Lo usan para todo. Cortes, insectos, picaduras, lo que sea.

—¿De verdad va bien? —preguntó ella con escepticismo.

—Yo lo uso —dijo él—. Solo hace dos días que llegué y estoy más moreno que tú.

—De acuerdo —dijo ella, poniéndose en pie—. Me zambulliré un momento en el agua y después me lo pondré.

Harvey se apoyó en un codo y la observó mientras se dirigía hacia el agua. Aquí le parecía distinta. Era extraño oírla parlotear en francés. En California, nunca había asimilado el hecho de que fuera francesa. Era como todas las demás muchachas americanas. Pero había cambiado mucho durante el mes que llevaba en Francia. Incluso andaba de otro modo. Más erguida, moviendo más las caderas. Antes andaba a grandes zancadas, ahora lo hacía como si tuviera las caderas unidas a las piernas en vez de a la cintura.

Y estaba más delgada. Tenía la caja torácica más definida y los huesos de la pelvis más salidos, de modo que la curva de debajo de su vientre parecía ondear entre sus piernas en un montículo que parecía nacer en sus muslos. De repente se dio cuenta. Comprendió lo que era. Más erótica. En California era una niña. Aquí era una niña-mujer.

Automáticamente metió la mano en la bolsa para sacar un cigarrillo de marihuana. Después se acordó. Esto era Francia. No podía fumar marihuana en la playa. No solo la ley era estricta sino también la gente. Nadie decía una palabra si te emborrachabas hasta perder el sentido o te volabas la tapa de los sesos, y tampoco les importaba. Del mismo modo que no les importaba si eras homosexual o no. Pero si querías drogarte, debías hacerlo a escondidas.

Lauren salió del agua y se dejó caer en la colchoneta.

—¿Qué hago? —preguntó—. ¿Me lo echo directamente?

Él negó con la cabeza.

—Ponte un poco en las manos, frótalas una contra otra hasta tener una pasta fina, y después aplícatela. Espárcela mucho. Cunde bastante.

—De acuerdo —dijo ella.

Él la contempló un momento.

—Yo me encargo de ponértela en las delanteras.

Ella se echó a reír.

—Lo haré yo misma. Pero, si quieres, puedes ponérmela en la espalda.

—Hay personas que se empeñan en renunciar a los placeres de la vida —gruñó él—. Caramba, tengo hambre. ¿Cuándo vamos a comer?

—Patrick llegará en cualquier momento —contestó ella—. Dijo que comería con nosotros.

—No llegará a tiempo —dijo Harvey—. Tal como estaba cuando le dejamos anoche, tendrá suerte si se despierta este fin de semana.

—Llegará —rio ella—. Pero sigo creyendo que no debiste darle un número ocho.

—Él me lo pidió —dijo Harvey—. Se empeñó en afirmar que ninguna de nuestras porquerías podía compararse con su hachís marroquí. —Se echó a reír—. ¿Te fijaste en su cara cuando había dado dos pipadas? Estaba en otro mundo.

Ella prorrumpió en carcajadas.

—Desde luego. Nunca le había visto así. Pero se levantará y esnifará unas cuantas líneas. Llegará a tiempo. —Dio media vuelta—. Ahora úntame la espalda.



Patrick se despertó. Abrió los ojos lentamente y paseó la mirada por el oscuro camarote. Ni un rayo de luz se filtraba a través de las gruesas cortinas que cubrían las portillas. Alzó la mano y apretó el botón situado junto a la gigantesca cabecera circular de su cama. La luz empezó a introducirse lentamente en el camarote mientras las cortinas corrían sobre sus guías eléctricas.

Se sentó y giró la cabeza. Lo único que vio fue el trasero desnudo de la muchacha que dormía junto a él. Le dio una suave palmada.

—Despiértate, Anne.

El trasero se movió y una voz surgió de debajo de la sábana.

—No soy Anne, soy Meg.

Él dio otra palmada en el trasero.

—De todos modos, despiértate. —Alargó la mano hacia el teléfono de la mesilla de noche.

—Buenos días, milord.

—Buenos días. ¿Qué hora es?

—La una, milord.

—Tráigame un té —dijo.

Oyó la voz de Meg, aún sofocada por la sábana.

—Yo quiero un jugo de naranja y un café.

—Y jugo de naranja y café —añadió Patrick.

—Sí, milord. En seguida.

Patrick colgó el auricular y se quedó mirando el trasero de la muchacha.

—Caramba, tienes unas bonitas posaderas.

La muchacha se movió, dio la vuelta, y después se sentó en la cama junto a él. Movié la cabeza y sus largos bucles de cabello rojizo cayeron sobre sus hombros.

Incluso su sonrisa delataba su ascendencia irlandesa, formando pequeñas arrugas en su pecosa cara de piel blanquísima y las comisuras de sus ojos azules.

—Esto es lo que dijiste anoche, pero después te quedaste dormido antes de que yo saliera del lavabo.

Él se echó a reír.

—Ese amigo americano de Lauren me dio una bomba de relojería.

—Fue culpa tuya —dijo ella—. No hacías más que repetir que querías una pipada.

—No me acuerdo —replicó él—. ¿Qué fue de Anne?

—Se ha levantado temprano. Ha dicho que quería ir a la playa.

En aquel momento llamaron a la puerta y el camarero entró con la bandeja del desayuno.

—Buenos días, milord. Buenos días, señorita. —Colocó la bandeja en la cama, entre los dos.

Patrick levantó los ojos hacia el hombre.

—¿Algún recado?

—Sí, milord. Ha llamado la señorita Janette. Ha dicho que llegaría al aeropuerto de Niza en el vuelo de las seis con una amiga y que si tiene usted la amabilidad de enviar el helicóptero a recogerla.

Patrick asintió.

—Encárgate de ello. —Alargó la mano hacia la tetera—. Di al capitán que lleve el barco a Maurea Beach. He quedado allí con unos amigos a las dos.

El camarero salió del camarote y Meg dejó caer la sábana con la que se había tapado.

—¿Quieres que te sirva el té?

—Por favor. —La miró mientras le servía el té y se fijó en los grandes y turgentes senos que le rozaban los brazos mientras se inclinaba sobre la tetera.

—¿Leche?

—Sí, gracias —contestó él, sin apartar los ojos de su pecho.

—¿Así está bien? —Ella le miró, con la jarrita de leche templada en la mano—. Tienes una expresión muy rara en la cara.

—Estoy un poco sorprendido —sonrió él, levantando la sábana para que ella viera su erección—. ¿Qué te parece?

Ella dejó la jarra y después le acarició ligeramente el pene.

—Me gusta —dijo.

Él volvió a sonreír.

—¿Qué tal si me das un pequeño masaje?

—Naturalmente —contestó ella—. Pero ¿no puedes aguantar un momento? No soy capaz de comer nada hasta haber tomado mi jugo de naranja y mi café.



Todo pareció cambiar en el mismo momento que Janette desembarcó del helicóptero en el jardín de la casa. El sol se ocultaba tras las montañas de Sainte-Maxime y a Harvey le pareció como si hubiera surgido repentinamente de la tierra que había a sus pies mientras la dorada luz del crepúsculo se filtraba a través del fino vestido blanco cuya falda ella sujetaba sobre sus muslos para huir del vendaval causado por las aspas en movimiento. Al cabo de un momento, casi antes de que Janette hubiera podido saludarles, pareció como si todo Saint-Tropez quisiera darle la bienvenida. Los coches empezaron a aparecer en el sendero y la gente salió de todas partes. Al cabo de una hora la tranquilidad de la villa se había convertido en un estentóreo bullicio, en el que todos gritaban y reían y nadie parecía escuchar a nadie. O quizás a Harvey se lo pareciera así porque no entendía nada de lo que decían. No hablaba ni una palabra de francés.

Se abrió paso por el salón abarrotado en dirección a las escaleras. El champaña no era su debilidad. Prefería dar unas cuantas pipadas.

Lauren le alcanzó al pie de las escaleras.

—¿A dónde vas?

—Necesito emporrarme —dijo él.

Ella miró a su alrededor y sonrió.

—Creo que yo también.

En el dormitorio reinaba el silencio cuando Harvey cerró la puerta. Lio el cigarrillo rápidamente y lo encendió. Dio una chupada y después se lo pasó a ella.

—¿Siempre es así?

Lauren se encogió de hombros, inhalando el humo hasta los pulmones.

—No lo sé. Es la primera vez que estoy aquí.

—Me gustaba más cuando teníamos la casa para nosotros solos —dijo él.

—Es su casa —dijo Lauren.

—Lo sé —contestó Harvey—. No me quejo. Tu hermana es algo especial. ¿Hay alguien en la ciudad a quien no conozca?

Lauren se rio. Empezaba a notar los efectos de la hierba.

—Creo que no.

—¿Te gusta? —le preguntó él.

—No es mi ambiente. Pero es que yo, igual que tú, solo estoy aquí de visita. —Le pasó el cigarrillo—. Es muy bueno. ¿Qué número es?

—Es nuevo. El número doce. Los efectos son fulminantes —dijo él.

—¿Qué hay del proyecto?

—No va mal —dijo él—. Cuestión de tiempo.

—¿Te queda algo de esa arcilla de Humboldt? Va muy bien y me gustaría que Janette la probara.

—Desde luego —contestó él—. ¿Se quedará muchos días?

—Tiene que ir a Nueva York el lunes. Un asunto imprevisto. Si no, se habría quedado toda la semana.

—Trabaja mucho, ¿verdad?

Lauren asintió.

—¿Quién es esa chica que ha venido con ella? ¿Stéphane?

—Una amiga.

—¿Una amiga, amiga? ¿O...?

Lauren no contestó.

—Oye, no pretendía ser curioso —dijo él.

—No importa —repuso Lauren. Se acercó a la ventana. Él la siguió y contemplaron el helicóptero posado sobre el césped—. ¿Qué opinas de Patrick? —le preguntó ella.

—Me gusta —dijo Harvey—. Está chiflado, pero me gusta.

—Quiere casarse con Janette —dijo ella.

—Oh. —Él dio otra chupada al cigarrillo y volvió a pasárselo a Lauren—. Pensaba que estaba liado con esas dos chicas. Ya sabes, estaban las dos con él en el camarote.

—Sí —contestó ella—. No acabo de entenderlo.

—Ya somos dos —rio él—. Esto es otro mundo. Desde luego no es Paradise Cove.

Ella se rio también.

—Desde luego que no.



Parecía como si nadie durmiera jamás. Aquella noche cenaron tarde a bordo del *Fantasia*, el barco de Patrick, en el puerto de Saint-Tropez. La cena consistía en un bufet y la gente parecía ir y venir a voluntad. Al cabo de un rato Harvey perdió la cuenta del número de invitados. En un momento dado calculó que había más de cuarenta.

El ruido de la música que los altavoces difundían por todo el barco quedaba prácticamente ahogado por el sonido de las voces. Nadie hablaba en un tono normal. Habría sido inútil, porque nadie les habría oído.

La noche siguió su curso, y la mesa del bufet no llegaba a vaciarse nunca, pues una fuente era reemplazada por otra en cuanto la comida había desaparecido. A medianoche todo el mundo estaba muy animado, y no solo gracias al vino y el champaña. En el aire flotaba un penetrante olor a hierba que el entrenado olfato de Harvey identificó, no como el conocido aroma de la marihuana, sino como algo similar al hachís mezclado con opio.

No tardó mucho en descubrir que se estaban repartiendo unos gruesos cigarros de estilo inglés compuestos por una mezcla de tabaco y hachís. Inmediatamente cogió uno. Era bueno pero no tanto como los suyos.

A la una de la madrugada se trasladaron a una discoteca llamada Papagayo en el otro extremo del puerto. La pista de baile estaba llena de gente sudorosa que se

contorsionaba con frenesí. Un grupo de moda cantaba desaforadamente al fondo del establecimiento. Aquí, también, el estruendo impedía toda conversación y todo el mundo gritaba. Harvey miró hacia la pista y no pudo distinguir a una muchacha de otra. Todas iban vestidas casi igual. Blusas transparentes que dejaban ver sus senos con claridad, ajustados *shorts* o faldas cortísimas, algunas con minúsculas bragas, otras sin nada, y zapatos o botas de tacón alto, y el cabello muy largo y suelto sobre los hombros y tan corto como un muchacho. En comparación, los hombres parecían casi normales, con apretados pantalones blancos o negros y llamativas camisas estampadas. Aquí, también, el olor a hachís flotaba en el aire.

Harvey no bailó. Se sentó a una mesa demasiado pequeña, frente a una copa de champaña que no le apetecía, y se dedicó a mirar. En Francia, los muchachos bailaban con muchachos, las muchachas con muchachos, o bien bailaban solos y nadie se fijaba en nadie. Observó a Lauren moviéndose en la pista de baile; parecía destacar de los demás. Los franceses seguían la música dando saltitos en el aire, como marionetas, y ella se dejaba llevar por el ritmo. Sonreía a Patrick, que bailaba con ella.

Buscó a Janette entre los bailarines. Ni ella ni su amiga estaban en la pista. Al cabo de un momento las vio saliendo de los lavabos. Janette susurró algo a su amiga, que se quedó en la pista y empezó a bailar sola. Janette fue hacia la mesa y se sentó junto a él.

—¿Te diviertes? —preguntó, levantando la voz por encima del estruendo.

Él asintió, mirándola. Janette tenía los ojos brillantes. Harvey alzó un dedo, se lo humedeció, y después lo pasó suavemente por encima de la nariz de Janette. Después se miró el dedo y sonrió.

—Malgastas gran cantidad de polvo.

Ella se echó a reír.

—¿Cómo lo has sabido?

—Cuestión de práctica —dijo él—. Si quieres, cuando lleguemos a casa, te daré algo muy especial.

—Estoy segura de ello —contestó Janette—. Lauren me ha contado muchas cosas de ti. Lo que conseguimos en Francia no es tan bueno, pero prefiero esto a nada.

—Supongo que tienes razón —dijo él—. Pero la elaboración es muy deficiente. Bajas demasiado deprisa.

Patrick y Lauren volvieron a la mesa.

—Esto se está poniendo aburrido —dijo Patrick—. ¿Qué tal si vamos a la Cave du Roi?

Janette negó con la cabeza.

—Yo no. Jacques llegará mañana por la mañana de Londres y tenemos varios asuntos que tratar.

—Pensaba que habías venido a divertirme —dijo Patrick con reproche.

Janette sonrió.

—Me estoy divirtiendo. Id vosotros. Yo volveré a casa.

—Ni hablar —contestó Patrick—. Iremos contigo.

Cuando llegaron a la casa eran más de las tres de la madrugada y había más de quince personas con ellos. En cuanto hubieron entrado, el tocadiscos empezó a sonar y los petardos de hachís aparecieron. Había bastante humo en la habitación para drogarse con solo respirarlo. Igualmente habrían podido quedarse en la discoteca, porque los muebles fueron retirados y continuaron bailando. Al poco rato todo el mundo estaba acalorado y sudoroso y algunas muchachas empezaron a quitarse la ropa. Primero Meg y Anne, las dos acompañantes de Patrick, y después las demás, hasta que solo Lauren y Janette llevaron blusa.

La gente salió de la terraza, y de repente todo el mundo estaba desnudo en la piscina. Lauren fue hacia Harvey y se quedó a su lado, contemplando a los bañistas.

—¿Qué te parece? —preguntó.

Él la miró.

—Lo veo y no lo creo. —Ella se echó a reír—. Pareces muy envarada —añadió.

—No puedo actuar como ellos —dijo.

—Es como todo; tienes que estar acostumbrado —contestó Harvey. Miró a su alrededor—. ¿Dónde está tu hermana?

—Se ha ido a la cama —contestó Lauren—. ¿Por qué?

Él hizo un gesto.

—Su amiga está acosando a otra chica en el otro extremo de la piscina.

Lauren siguió su mirada. Guardó silencio unos momentos.

—Esto no es asunto mío —dijo.

Patrick se acercó a ellos.

—Empiezo a tener hambre. ¿Qué os parecería unos huevos con jamón en La Gorille?

—Buena idea —dijo Lauren—. Estoy desfallecida.

—No contéis conmigo —dijo Harvey—. Creo que iré a acostarme. Solo soy un campesino. No estoy acostumbrado a estos horarios.



Jacques no había perdido el tiempo. Janette estaba bañándose en la piscina a las diez de la mañana cuando llegó. Janette seguía meticulosamente su rutina, la que había mantenido a lo largo de todos los años que había pasado temporadas en el sur de Francia. Todas las mañanas recorría cincuenta veces la piscina. Vio a Jacques por el rabillo del ojo pero no salió a saludarle hasta que hubo terminado de nadar. Entonces se encaramó al borde de la piscina y envolvió su cuerpo desnudo en una enorme toalla.

—Sigues teniendo un cuerpo fantástico —dijo él.

—Mi trabajo me cuesta —repuso ella—. Los años pasan para todos.

Él se echó a reír.

—Estás en lo mejor de la vida.

Janette se acercó a la mesa y tocó la campanilla que había sobre ella.

—¿Has desayunado?

—En el avión —dijo él—. Pero tomaré una taza de café contigo.

El criado acudió a los pocos momentos y Janette pidió café. Se sentó frente a Jacques, se frotó el cabello con una toalla y después lo sacudió para que terminara de secarse al sol. Cogió la cajetilla de cigarrillos que había encima de la mesa y encendió uno.

—¿Qué tal por Londres?

—Mejor de lo que esperábamos —contestó él—. Tenemos encargos por unas cincuenta mil libras.

Ella asintió. Diez, quince mil libras era su promedio en Londres.

—Este año ganaremos dinero —dijo—, pero seguimos teniendo el mismo problema. ¿A dónde vamos ahora? Maurice quiere que hable con Johann.

—Quizá no sea necesario —dijo Jacques—. Corrí el riesgo y llamé a John Fairchild. Se excitó mucho. Como sabes, le encantó la colección. Y también le encanta ejercitar su poder. Él mismo llamó al presidente de Kensington Mills y al cabo de una hora me llamaba a mí.

El criado llevó el café y se retiró. Janette sirvió una taza para Jacques y otra para sí.

—¿Crees que están interesados? —preguntó—. Quizá solo quieran quedar bien con Fairchild.

—Están ansiosos —dijo enfáticamente Jacques—. Se lo noté en la voz. Si no, ¿por qué iban a proponerme una reunión de alto nivel con el vicepresidente ejecutivo, el presidente y el consejero delegado? Kensington es una gran compañía, los fabricantes de fibras artificiales más importantes del mundo después de Du Pont, y los más importantes fabricantes de algodón después de Burlington Mills. Tienen fábricas en todo el mundo y hacen desde las calidades más finas y caras hasta las más baratas. No es que quieran quedar bien con nadie. Pero lo esencial es que, naturalmente, no les interesaría asociarse con alguien que a su juicio no tuviera un gran mercado potencial para sus productos.

Ella guardó silencio unos momentos.

—Espero que tengas razón. Ayer tuve la impresión de que había llegado el fin del mundo.

—No fue así —dijo él—. Regreso a París esta misma noche. Me encargaré de prepararlo todo y nos encontraremos en Orly el lunes por la mañana.

Cuando él se hubo marchado, Janette se tumbó en una colchoneta de aire para tomar el sol. Un momento después, una sombra cayó sobre sus ojos. Los abrió. Harvey estaba ante ella.

—Buenos días —dijo Janette, sin hacer ningún movimiento para taparse.

—Buenos días —dijo él. Le alargó un tarro—. Lauren quiere que pruebes esto.

Ella se incorporó y lo cogió.

—¿Qué es?

—Arcilla del norte de California. Los indios la utilizaban para protegerse la piel y curar toda clase de heridas. He descubierto que es el mejor bronceador que existe.

Ella sacó el tapón de corcho.

—A mí me parece tierra.

Harvey se echó a reír.

—Es tierra. Y no te preocupes por el olor. Se desvanece en cuanto lo humedeces con agua y te lo pones.

—¿De verdad va bien? —preguntó Janette con incredulidad.

—A Lauren y a mí nos ha ido de maravilla —dijo Harvey—. También broncea más deprisa y evita que te quemes. Ponte un poco. Estás muy blanca. Verás qué efectos tan rápidos tiene.

—De acuerdo —dijo ella. Metió una mano en la piscina, después echó un poco de arcilla en sus manos y empezó a ponérsela en los hombros—. ¿Así?

—Incluso más esparcida. No tienes que recubrirte. También puede utilizarse en la cara. —Se incorporó—. ¿No ha bajado Lauren todavía?

—No la he visto —contestó Janette.

—No estaba en su habitación —dijo él.

Janette sonrió.

—Pareces preocupado.

—No lo estoy —se apresuró a denegar—. Es que normalmente nos encontramos temprano y bajamos a la playa antes de que esté muy llena.

—¿Fue a desayunar al puerto con los demás? —preguntó Janette.

—Sí —contestó él—. Pero salieron a las cuatro de la madrugada.

—Entonces probablemente estaba demasiado cansada para volver y se ha quedado en el barco de Patrick. Lo más seguro es que estén en la playa cuando nosotros bajemos.

Él asintió.

Janette terminó de cubrirse la parte delantera del cuerpo con la arcilla y se tendió de espaldas.

—¿Quieres ponérmela en la parte de atrás?

—Desde luego. —Harvey se arrodilló y comenzó a esparcir una fina capa de arcilla sobre su cuerpo. Se detuvo al llegar a las nalgas, las omitió y siguió restregándole las piernas.

Ella volvió la cabeza para mirarle.

—No lo hagas a medias. —Sonrió—. Esta parte de mi cuerpo también puede quemarse.



Janette tuvo razón. El *Fantasist* estaba anclado frente a la playa cuando ellos bajaron.

Lauren, Patrick y sus dos muchachas ya estaban tumbados en las colchonetas. Lauren era la única despierta; los demás se habían quedado profundamente dormidos.

Lauren se levantó mientras ellos se acercaban. Había una nota de excitación en su voz.

—Patrick quiere llevarnos a Cerdeña en el barco.

—¿Dónde está eso? —preguntó Harvey.

—En Italia —contestó Lauren—. Patrick dice que las playas están casi vacías y el agua mucho más limpia.

—Magnífico —exclamó Janette—. Será divertido y Cerdeña es una preciosidad. Podemos encontrarnos todos allí el próximo fin de semana. Entonces yo ya habré vuelto.

Patrick abrió los ojos, y se los resguardó del sol con la palma de la mano. Miró a Janette.

—Tu hermana está chiflada —gruñó—. Esta mañana se ha despertado a las ocho.

—No tenías por qué levantarte —dijo Lauren.

—Nadie podrá acusarme jamás de ser descortés con mis invitados —dijo él. Se volvió otra vez hacia Janette—. ¿Qué es todo esto de ir a Nueva York?

—No tengo más remedio —dijo Janette—. Pero estaré de regreso para el fin de semana.

—Mierda —dijo Patrick. Se incorporó—. Creo que debería renunciar a mis esperanzas de que pases una temporada con nosotros.

Janette sonrió.

—Nunca se sabe.

Patrick la miró fijamente a los ojos.

—Después de todas las maravillas que te tenía preparadas...

Ella se echó a reír.

—¿No sois los ingleses quienes decís: «Los negocios antes que el placer»?

—Nunca lo había oído —replicó él.

—Tampoco lo habrías seguido —dijo Janette—. Vamos, sé buen chico y no te enfurruñes. Id a Cerdeña y divertíos. Mamá estará de regreso el fin de semana próximo y entonces tendremos nuestra oportunidad.

Patrick movió la cabeza.

—La semana próxima será alguna otra cosa.

Janette se rio.

—No seas tan pesimista o me convencerás de que bautizaste tu barco con un nombre equivocado.



Las dos acompañantes de Patrick abandonaron el barco dos días después de llegar a Porto Cervo. Harvey salió a cubierta a las ocho de la mañana y las vio en cubierta de popa, esperando que bajaran su equipaje a un coche aparcado junto a la pasarela.

—Eh, ¿se puede saber dónde vais? —preguntó.

—Volvemos a Saint-Tro —contestó Meg.

—¿Por qué tanta prisa? Estaremos allí el fin de semana que viene.

Anne le miró con cierto desprecio.

—Patrick ha decidido hacerse monje. Nos ha echado de su camarote.

—Además, no hemos venido aquí para morirnos de aburrimiento en el barco todas las noches. Lo único que quiere es emporrarse y hablar de filosofía con tu novia —añadió Meg.

—No he visto que hablaran tanto —dijo Harvey.

—¿Cómo ibas a verlo? —preguntó desdeñosamente Meg—. Siempre estás más flipado que ellos.

Un marinero recogió la última maleta. Anne miró a Harvey.

—Bueno, ta-ta, viejo amigo. Y si quieres un consejo, vigila a tu novia o el hermano Patrick la convencerá para que salga de tu vida.

Harvey las siguió con la mirada mientras bajaban por la pasarela y subían al coche. El coche fue hasta el final del muelle y después desapareció por una calle. Harvey volvió al salón de la cubierta principal y después entró en el comedor. Se sentó a la mesa.

—¿Huevos revueltos con *bacon*, señor? —preguntó el camarero.

Casi asintió antes de recordar que era vegetariano.

—Nada de *bacon* —dijo rápidamente—. Solo los huevos revueltos. —Ahora que lo pensaba, las muchachas no andaban muy erradas. Él había pasado la mayor parte del tiempo con ellas, mientras Lauren y Patrick estaban absortos en profundas discusiones. Se comió distraídamente los huevos. ¿De qué demonios hablarían tanto?



—Durante toda mi vida no he oído más que hablar de mi padre —dijo Patrick—. Desde que entré en Eton no dejaron de nacer comparaciones. Y ninguna era buena.

»Yo les repetía una y otra vez que no era mi padre. Era yo. Era diferente. Pero esto no les importaba. Yo tenía que ser mi padre. De modo que al final les dije que se fueran al infierno.

Lauren yacía desnuda sobre el estómago en la desierta playa de Cala de Volpe. Apoyó la cabeza en los brazos para poder mirarle.

—¿Nunca has sentido deseos de hacer nada?

—¿Qué me quedaba por hacer? —preguntó Patrick, contemplando la hermosa curva de su *derrière*—. Mi padre lo hizo todo.

Lauren volvió a sepultar la cara entre los brazos.

—Tiene que haber algo que quieras hacer —dijo.

—Claro que lo hay —contestó Patrick.

—¿Qué? —preguntó ella, con la voz ahogada por sus brazos.

—Me gustaría pasar la lengua entre tus nalgas, de atrás adelante y de delante atrás

—declaró Patrick.

Ella se echó a reír.

—Quiero decir, en serio.

—Estoy hablando en serio —replicó él.

—Te advertí que no me gusta hacer el amor con los amigos —dijo ella—. Creo que debe significar algo más que un simple deporte.

—No me digas que nunca te has acostado con Harvey —exclamó él.

—No he dicho eso —contestó Lauren—, pero tampoco lo hacemos regularmente. Alguna que otra vez, cuando nos apetece. Pero no demasiado. Nos queremos, pero no de este modo.

—Yo tampoco pido tanto —dijo Patrick—. Solo un poquito para estar seguro de que te gusto.

Ella dio media vuelta, riendo.

—Me gustas —declaró—, pero aún no estoy dispuesta a hacer el amor contigo. Por lo tanto, no te pongas pesado y dame ese tarro de arcilla de Humboldt antes de que me fría.

—¿Por qué no te echas y dejas que yo te la ponga? —preguntó él.

Ella se rio otra vez.

—Oh, no. Solo conseguirás excitarte... y tendríamos una discusión.

—Prometo conservar el dominio de mí mismo en todo momento —dijo Patrick.

Ella le miró.

—¿De verdad?

—Palabra de honor —dijo él, levantando la mano.

—De acuerdo. —Lauren se echó en la arena y cerró los ojos. Al cabo de un momento, notó la húmeda frescura de la arcilla que Patrick esparcía cuidadosamente sobre su cuerpo. Resultaba agradable, en especial sobre sus senos quemados por el sol. Notó que el calor la invadía. Realmente era una sensación muy agradable. Muy a pesar suyo, notó que se le endurecían los pezones y el calor aumentaba entre sus piernas.

Se incorporó bruscamente y le arrebató el tarro de la mano.

—Ya es suficiente —dijo con voz resuelta.

—¿Por qué? —preguntó él, ofendido—. He mantenido mi promesa.

—Así es —contestó ella, aplicándose la arcilla a sí misma—, pero yo me estaba excitando. Y aún no me ha llegado el momento.

De repente él montó en cólera.

—Cada día te pareces más a tu hermana —exclamó—. No eres más que una calentabraguetas.

Ella se quedó mirándole, incapaz de hablar. Después notó que las lágrimas le subían a los ojos y giró la cara para que él no las viera.

—¿Es esto lo que crees? —preguntó con voz tensa y dolida.

—¿Qué quieres que crea? —Seguía furioso—. Te exhibes desnuda en mis narices

como si yo ni siquiera fuese humano. ¿Cómo debo sentirme?

—Pensaba que no tenía importancia —dijo ella—. Las otras chicas también van siempre desnudas. Nadie parecía fijarse.

—Me importan un bledo las otras chicas —dijo él—. Por eso las he despedido.

—Eso es asunto tuyo —dijo ella con la misma voz tensa—. Yo no te he pedido que lo hicieras.

—No, no me lo has pedido —replicó él—. No había pensado en ello. Quizá te parezcas más a Janette de lo que yo mismo creía. Quizá lo único que te gusten sean las chicas y los penes grandes.

Ella se levantó de un salto, se puso rápidamente el biquini y echó a correr. Patrick echó a correr tras ella, la alcanzó y la obligó a dar la vuelta.

—¿A dónde te crees que vas? —preguntó.

—¡A cualquier sitio! —exclamó ella—. Lejos de ti. ¡Estás realmente enfermo!

Patrick observó el dolor y las lágrimas que llenaban sus ojos y se calmó tan súbitamente como se había enfadado.

—Lo siento. No pretendía hablar así. Estaba furioso.

Ella se desasió con brusquedad.

—Déjame en paz —gritó—. Quiero volver al barco.

—Lo siento muchísimo —dijo él—. Escucha, me gustas mucho. Más de lo que yo creía. Por favor, no te enfades conmigo. No volverá a ocurrir.

Lauren se llevó el dorso de la mano a la nariz y sorbió, mirándole.

—No pensabas lo que has dicho de mi hermana, ¿verdad?

—Claro que no —contestó él con firmeza—. Únicamente empezaba a sentirme tan frustrado contigo como con ella. Ya sabes lo que siento por Janette.

—¿Qué sientes por ella?

—La quiero —dijo él, mirándola a los ojos—. Pero no estoy enamorado de ella —añadió dulcemente—. Estoy enamorado de ti.

Cuarta Parte

MADAME

Cuando él salió del cuarto de baño ella estaba sentada, desnuda, en el borde de la cama, sujetando un espejito con una mano y retocándose el maquillaje de los ojos con la otra.

Se detuvo, mirándola, sin notar la humedad de la toalla que llevaba enrollada en la cintura.

—¿Qué haces? —preguntó en un francés con fuerte acento.

—Me maquillo —contestó ella, sin apartar los ojos del espejo.

—¿Para qué? —inquirió él—. Pensaba que te quedarías a dormir.

—He cambiado de opinión —dijo ella, todavía sin levantar la vista.

—Teníamos que hablar de negocios —dijo él—. No esperarás que me decida a hacer una inversión de diez millones de dólares con un solo polvo.

—Así es —afirmó ella. Se levantó y le miró de arriba abajo. Era mucho más alta que él—. Ya tienes lo que querías. Ahora no es necesario que pierdas el tiempo con estas tonterías. Y yo tampoco.

Fue al cuarto de baño y se sentó a horcajadas en el bidet. Abrió los grifos y el agua empezó a llenar rápidamente la taza.

Él la siguió y observó cómo cogía la esponja y empezaba a enjabonarse.

—¿Es esta la única razón por la que te has acostado conmigo? ¿El dinero?

Ella alzó los ojos y sostuvo su mirada sin pestañear.

—¿Se te ocurre otra mejor? No me importa que seas diez veces más rico de lo que fue Onassis. Eres incluso más feo y menos atractivo que él.

—Y tú no eres nada más que una puta —dijo él, insultantemente.

Ella no contestó.

—Aunque tuvieras el coño lleno de oro y diamantes, ¿qué te hace creer que valdría diez millones de dólares?

—Yo no creo nada —dijo ella con voz tranquila, dejando salir el agua jabonosa y volviendo a abrir los grifos—. Tú eres el que ha gozado con él. Mira quién habla. —Bajó los ojos, cerró el agua, y volvió a mirarle—. Además, yo he venido a hablar de negocios. No a acostarme contigo. Eso ha sido idea tuya.

—¡Perra! —gritó él y salió a grandes zancadas del cuarto de baño.

Cuando ella salió unos minutos después, él estaba en bata, sentado en un sillón, dando sorbos a una copa de coñac. La observó en silencio mientras cogía las cortas enaguas y se las ponía, cubriendo su magnífico busto, después se abrochó el estrecho portaligas en torno a la cintura y se sentó en el borde de la cama para ponerse las medias. A pesar del furor que sentía notó que el calor volvía a invadirle. La perra conocía todos los trucos. No se puso bragas. Le había dicho que nunca llevaba. Se levantó, se abrochó la falda envolvente y después se abotonó la sencilla blusa de seda

blanca. Se puso los zapatos de tacón alto.

—Janette —dijo él.

Ella le miró sin contestar.

—La verdad es que quería hablar de negocios contigo.

Ella habló sin rencor.

—En realidad no hay nada de qué hablar. Hace más de dos semanas que tienes los documentos. Estoy segura de que tus asesores financieros han estudiado el asunto y tú ya has tomado una decisión. Y creo que yo he contestado a la única pregunta que quedaba en el aire. Ahora todo lo que tú tienes que hacer es decir sí o no.

—No es tan sencillo —dijo él.

—Quizá —contestó ella con un encogimiento de hombros típicamente francés—. Tal vez tu problema sea complicado, pero el mío es sencillo. Necesito diez millones para volver a comprar la distribución de mi línea antes de que Kensington me venda a los japoneses. *Au revoir*, Nico.

Su voz la detuvo junto a la puerta.

—¿Qué harás si yo no te doy el dinero?

Ella volvió la cabeza y esbozó una sonrisa.

—Me las arreglaré —dijo con calma—. No es la primera vez que estoy en una situación así. Y quizá no sea la última. Pero siempre he sobrevivido.

—Te llamaré mañana por la mañana —dijo él—. Quizá pueda hacerse algo.

—No te preocupes —contestó ella con calma—. Creo que ya conozco la respuesta. Y tú también.

La siguió con la mirada hasta que cerró la puerta tras de sí, tomó otro sorbo de coñac, y después fue a la ventana y miró a la calle. Ella salió de la casa y él observó que el chófer le abría la puerta para que entrara en el coche. No se movió hasta que el Rolls dio la vuelta a la esquina y desapareció de su vista, y entonces se alejó pesadamente de la ventana. Le acalló una extraña tristeza. Si esto le hubiera sucedido cuando era veinte años más joven... No todos los días se conocía a mujeres como esta. Habría podido ser muy hermoso.



Janette se hundió en el suave cuero de la esquina derecha del compartimiento de pasajeros del Rolls y encendió un cigarrillo. Miró pensativamente las vacías calles de Neuilly mientras el coche se dirigía hacia la *autoroute* de París. Le extrañó no sentirse deprimida ni decepcionada por el resultado de su visita al griego. Desde el principio de las conversaciones comprendió que no obtendría una respuesta hasta que se acostara con él. Así tenía que ser. Un hombre como Nico Caramanlis no se sentiría satisfecho hasta haberlo comprobado todo.

De todos modos, había valido la pena intentarlo. Nunca se sabía. Y no había tantos hombres con el dinero que ella buscaba. Griegos y árabes. Al parecer eran los únicos que conseguían prosperar en este mundo afectado por una escasez de energía

crónica. Y entre los dos, ella prefería a los griegos. Por lo menos no eran tan extranjeros. Eran europeos.

Miró el reloj del salpicadero cuando el coche entraba en la *autoroute*. Marcaba las nueve cuarenta y cinco. Pulsó un botón y el cristal que separaba el compartimiento del chófer de los pasajeros ascendió lentamente y se cerró. Janette descolgó el teléfono que había en la consola situada entre los dos asientos plegables y llamó a su casa.

—*Résidence de la Beauville* —contestó la voz del mayordomo.

—*C'est madame* —dijo ella—. ¿Algún recado?

—Solo uno, *madame* —repuso él—. El marqués ha llamado y le ruega que se ponga en comunicación con él lo antes posible, sea la hora que sea. Ha dicho que era muy urgente y que estaría en casa toda la noche.

—Gracias, Jules —dijo ella, colgando el teléfono. Titubeó un momento antes de llamar a Maurice. No tenía ganas de hablar con nadie. Sin embargo, cogió el auricular e hizo la llamada.

La ronca voz del marqués contestó.

—*Oui?*

—Soy Janette.

Él pareció excitarse.

—¿Dónde estás? Llevo toda la tarde intentando localizarte.

—Estoy en la *autoroute* de Neuilly —dijo ella.

Él profirió una risita burlona.

—Te has acostado con el griego, ¿verdad? Yo habría podido decirte que era malgastar el tiempo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella.

—Son las diez menos diez —contestó él—. Si hubiera salido bien, aún estarías allí.

Ella se molestó.

—Te llamo porque has dicho que era urgente.

—Lo es —contestó él—. He de hablar contigo. ¿Puedes venir a casa esta misma noche?

—¿No puedes esperar hasta mañana? —preguntó ella.

—No —dijo él—. ¿Recuerdas lo que hablamos hace unos años cuando te di el millón de francos?

—Hablamos de muchas cosas —repuso ella con cautela.

—No quiero hablar por teléfono —dijo él—. Está relacionado con tu madre y los bancos suizos. Aquí tengo a un hombre con una información muy interesante para nosotros, pero no se la dará a nadie más que a ti.

Ella reflexionó unos instantes, y entonces se acordó. Maurice tenía la absurda idea de que su madre poseía una fortuna en oro en algún banco suizo. También tenía la idea de que Johann se había enterado y conservaba el dinero para sí.

—Ahora voy —dijo—. Tardaré cerca de una hora.

Colgó el teléfono y bajó el cristal de separación.

—René.

—*Oui, madame* —contestó el chófer, sin volver la cabeza.

—Vamos al apartamento del marqués en la Isla de San Luis.

—*Merci bien, madame.*

Volvió a pulsar el botón y el cristal ascendió de nuevo. No había tráfico en la *autoroute*. Tardarían menos de una hora. Abrió rápidamente el bolso y rebuscó el pequeño frasco de cocaína. Si iba a tratar con Maurice, no le perjudicaría estar más alerta.

Tapándose con las manos para no ser vista por el espejo retrovisor, hizo dos rápidas inhalaciones, y después volvió a meter el frasco en el bolso y se retrepó en el asiento. Al cabo de un momento notó que se le despejaba la cabeza. Una oleada de recuerdos cruzó por su cerebro.

Seis años atrás. Entonces se trataba de pagar a Carroll y encontrar el dinero para permanecer en el negocio. Ahora se trataba de pagar a Kensington Mills para retener el control de su propio negocio antes de que fuera absorbido por otro gigantesco consorcio. Nada había cambiado a no ser por el éxito.

Y en este momento determinado, el resultado neto del éxito era que había elevado el coste de su libertad. Diez millones de dólares. Ocho años atrás solo le había costado un millón. Pero entonces estaban Lauren y Patrick.

Ahora estaba sola.

Habían pasado seis años desde la noche de la colección roja, después de la cual ella y Jacques fueron a ver a Maurice. Les extrañó que se hallara despierto y pareciera estar esperándola. Había ido derecho al grano.

—¿Has roto el trato con Carroll?

—Sí —contestó ella.

—Entonces sabrás que Philippe ha firmado con él.

La sorpresa la dejó sin habla. Miró a Jacques, y después otra vez a Maurice.

—¿Cómo lo sabes?

Sin embargo, conocía la respuesta. Los «*pédés*» tenían su propio sistema de información y no había secretos en su mundo.

Él sonrió sin contestar. El mayordomo entró con una bandeja en la que había café y bocadillos, la dejó encima de la mesa y salió de la habitación. Maurice hizo un gesto.

—He pensado que os apetecería comer algo.

Ella le miró.

—¿Qué más sabes, Maurice?

—Convenció a Philippe a través de Marlon —contestó él—. Pero eso ya no importa. *C'est fait*. Ya está hecho. —Se acercó a la mesa y llenó las tazas; después le ofreció una—. Tómalo —dijo con amabilidad—. Un café caliente nos hará bien a todos.

—Gracias. —Janette sorbió el café. Maurice tenía razón. Empezó a sentirse mejor.

—¿Cuánto necesitas para librarte de Carroll? —preguntó Maurice.

—Un millón de francos —dijo ella.

Maurice la miró unos momentos y después, sin hablar, fue a su escritorio y abrió un cajón. Sacó un talonario y escribió rápidamente; después le alargó el cheque.

Ella lo miró. Un millón de francos. Después miró a Maurice.

—No sé qué decir.

Él volvió a sonreír.

—No tienes que decir nada. Somos familia.

Ella movió la cabeza con incredulidad. Este no era Maurice. Guardó silencio.

—Pero esto solo resuelve el asunto de Carroll —dijo él—. No soluciona el problema real. ¿Qué harás ahora?

—Buscaré otro socio —dijo ella—. Después de la colección de esta noche no me costará demasiado. La compañía de Patrick, el Grupo Reardon, acaba de comprar Kensington Mills en los Estados Unidos y tengo entendido que les interesa dedicarse al *prêt à porter* —dijo Jacques—. Estoy seguro de que Patrick puede ayudarnos. Y

hay otros.

—Hay que moverse deprisa —dijo Maurice—. No podéis desaprovechar la ventaja que os ha dado esta colección.

—Lo sé —dijo Janette—. Jacques sale mañana por la mañana hacia Londres para tantear el terreno.

Jacques le dirigió una rápida mirada pero no habló. Era la primera noticia que tenía sobre el viaje.

—En este caso quizá Jacques deba irse a dormir para estar despejado mañana —dijo Maurice con una sonrisa.

—Lo estaré de todos modos —contestó rápidamente Jacques.

Maurice volvió a sonreír.

—Estoy seguro de ello. Pero hay ciertos asuntos que me gustaría discutir con Janette. Asuntos familiares.

Jacques la miró. Ella le hizo una señal imperceptible con la cabeza.

—De acuerdo —dijo él. Alargó la mano a Maurice—. Me gustaría sumar mi agradecimiento al de Janette.

—No es necesario —repuso Maurice. Esperó a que la puerta se cerrase tras él, y después señaló una silla delante de su mesa—. Siéntate. Debes estar agotada.

Ella se dejó caer en la silla y le miró silenciosamente.

—¿Te apetece un coñac? —preguntó Maurice.

Janette asintió.

Él llenó dos copas, le dio una, y después se sentó detrás de la mesa. Levantó la copa.

—Salud.

Ella bebió un sorbo, y saboreó el excelente coñac. Siguió sin hablar.

—¿Se quedará Lauren en París? —preguntó Maurice.

Janette negó con la cabeza.

—No. Se va mañana a Saint-Tropez con Patrick. Yo me reuniré con ellos para pasar el fin de semana.

Él asintió.

—Esta colección será un éxito. Con un poco de suerte, creo que este año ganarás dinero.

—Si es así, pronto te devolveré el préstamo —dijo ella.

Él agitó la mano.

—No tiene importancia. Eso no me preocupa en absoluto.

Ella tomó otro sorbo de coñac.

—Está bien, Maurice. Ahora estamos solos. Ya puedes mostrar tus cartas. ¿Qué es lo que quieres realmente?

Él se echó a reír. Después la risa desapareció de su voz.

—Dinero. ¿Qué otra razón podría tener?

—¿Cuánto? —preguntó ella.

—Veinte millones de dólares —dijo él.

Ella le miró fijamente.

—Estás loco. Mi negocio no produce tanto.

—No estoy interesado por tu negocio —repuso Maurice—. No quiero una participación en él. Ni siquiera me importa que me devuelvas el dinero o no.

—Entonces, ¿de dónde esperas que saque esa cantidad de dinero? —preguntó ella.

—Está en un banco suizo —dijo él—. Cuando tu madre abandonó Francia para encontrarse con el general en Suiza, se fue en un coche con las puertas llenas de luises de oro. Nunca se ha vuelto a saber nada de ese dinero.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé —contestó él—. Nunca he podido demostrarlo.

—¿Se lo preguntaste a mi madre?

—Sí —contestó él—. Pero, naturalmente, lo negó. Teniendo en cuenta lo que pensaba de mí, no podía decir otra cosa. —Guardó silencio unos momentos—. Johann sabe dónde está.

Ella le miró fijamente.

—¿En qué te basas para creerlo?

Él sonrió.

—Te compró, ¿no?

—Obtuvo ese dinero de su suegro.

—Esto es lo que él quiso hacernos creer a todos —dijo Maurice—, pero yo lo comprobé. No obtuvo ni un centavo de su suegro. Por lo menos, hasta hacerse cargo de la compañía y fusionarla con la del viejo.

—Si esto es verdad —dijo Janette—, ¿cómo voy a poner las cosas en claro?

—No lo sé —repuso Maurice—. Pero antes o después, el dinero aparecerá. Siempre ocurre así. Y cuando aparezca, yo soy tu socio.

Ella terminó el coñac.

—No puedo creerlo.

Él le sonrió.

—Lo creas o no, ¿cerramos el trato?

Ella se echó a reír.

—Si esto es lo único que quieres, cerremos el trato.

—Haré que redacten el convenio mañana por la mañana —dijo Maurice—. Los dos lo firmaremos.

—Estás convencido de ello, ¿verdad? —preguntó ella.

—Sí —dijo Maurice.

Janette se levantó.

—Ha sido un día muy largo. Creo que ya es hora de que me marche.

Él no se movió de la silla.

—¿Recuerdas que, cuando eras pequeña, llevabas bragas negras para

complacerme? ¿Sigues llevándolas?

—No —replicó ella, sonriendo—. Ahora ya soy mayor y no llevo bragas de ninguna clase.

Él se echó a reír, se levantó y la siguió hasta la puerta. Janette dio media vuelta y le besó en la mejilla.

—Buenas noches, Maurice.

Él la miró.

—La próxima vez que veas a Johann, ¿por qué no se lo preguntas?

—No le veo desde hace casi diez años. ¿Por qué crees que voy a verle ahora?

—Nunca se sabe —contestó él—. Pero si le ves, acuérdate de preguntárselo.

Y una semana más tarde, después del fin de semana en Saint-Tropez, vio a Johann. Pero no le preguntó nada. Era demasiado ridículo para creerlo.



Ella abrió la puerta y él se quedó inmóvil en el umbral, paralizado por la impresión de que el tiempo se había detenido muchos años atrás. Tanya. Casi pronunció el nombre en voz alta. Era su madre.

—¡Johann! —exclamó ella, tomándole de la mano y haciéndole entrar en la *suite*. Después de cerrar la puerta, le besó en ambas mejillas—. Johann —volvió a decir.

De repente él se sintió torpe y rígido, tal como se había sentido con su madre.

—Janette —dijo. Y cuando pronunció su nombre en voz alta, dejó de sentirse incómodo. Parpadeó rápidamente—. Estoy muy contento de verte —dijo con sinceridad.

Ella sonrió. Era la misma sonrisa de su madre.

—No tenía ni idea de que estuvieras en Nueva York.

—He venido para asistir a una reunión —dijo él—. Y cuando me he enterado de que estabas en la ciudad, he venido a vene.

—Me alegro de que lo hayas hecho —dijo ella—. ¿Quieres una copa?

—Solo café —contestó él—. Tengo otras reuniones para la tarde.

—No has cambiado —dijo ella, sonriendo—. Tengo el café preparado. —Fueron hacia la mesa y se sentaron. Él miró hacia la ventana. Era un caluroso día de verano en Nueva York. Central Park estaba abarrotado, y los edificios del West Side brillaban tenuemente bajo el calor, pero en la *suite* del vigésimo segundo piso del Hotel Pierre, el aire acondicionado era silencioso y agradable.

Ella le observó mientras servía el café. Johann había cambiado. Tenía una personalidad que ella no le conocía. Quizá porque su cabello rubio era más gris, quizá porque estaba un poco más grueso o porque su traje era americano, menos formal que los que utilizaba en Europa. Pero sobre todo porque estaba contento.

—Sin azúcar —dijo él, sonriendo—. Tengo que vigilar mi peso.

Ella se echó a reír.

—*Todos lo hacemos.*

Él cogió la taza.

—Háblame de Lauren. ¿Se divierte?

—Creo que sí —contestó Janette—. Ahora mismo está en el barco de un amigo mío en Cerdeña. Me reuní con ellos en Saint-Tropez el fin de semana pasado.

—¿Está su amigo allí?

—¿Harvey? —preguntó ella.

—Sí.

Janette asintió.

—Lauren le conoce desde hace años —explicó él—. A Heidi le preocupa esta amistad. Cree que el muchacho es una mala influencia para ella.

Janette sonrió.

—No creo que Heidi deba preocuparse. Harvey es un buen chico y Lauren le maneja como quiere, no al revés.

Johann se echó a reír.

—Es lo que yo le digo siempre.

—¿Cómo está Heidi? —preguntó Janette.

—Muy bien —contestó Johann—. Los dos estamos bien. Y nos sentimos muy afortunados. —Miró a su alrededor—. Pensaba que Jacques estaría aquí.

—Ha tenido que ir a una reunión —dijo Janette—. Me ha encargado que te dé recuerdos de su parte. Ha sentido mucho no poder esperarte.

—Lo comprendo —dijo Johann. La miró—. ¿Qué pasó entre tú y Carroll?

—¿No te lo explicó?

Johann asintió.

—Desde luego. Pero me dio su versión. Me gustaría oír la tuya.

—Es muy sencillo —repuso Janette—; pretendía obligarme a hacer cosas que yo no quería.

—¿Como cuáles?

Ella sostuvo su mirada.

—Quería que yo hiciera una promoción a través de Lauren. Le dije que esto no constaba en nuestro acuerdo... que su participación en la colección fue un hecho aislado, no una forma de vida. Esto le enfureció y empezó a insistir. Le devolví el dinero. Eso es todo.

Johann asintió. Tomó otro sorbo de café.

—Me dijo que Philippe Fayard piensa dejarte para irse con él.

—Es verdad —confirmó Janette.

—¿Crees que eso puede perjudicarte? —preguntó él—. Porque yo puedo impedirlo si tú quieres.

Janette movió la cabeza.

—No tienes que hacer nada. El contrato de Philippe terminaba este año y no pensaba renovárselo. En muchos sentidos he evolucionado más que él y creo que la costura se está moviendo en una dirección completamente distinta. Quiero ser libre

para seguirla sin tener que luchar con mi propio diseñador en todo momento. Esta fue una de las cosas que comprendí al hacer la última colección.

—¿Y financieramente? He oído comentar que tienes problemas.

—Es cierto —dijo ella—. Pero los resolveré. Al menos este año ganaremos mucho dinero. Eso nos ayudará.

—Sabes que siempre puedes contar conmigo —declaró él.

Ella le miró un momento, después parpadeó y asintió.

—Siempre lo he sabido, Johann —dijo—. Incluso cuando estaba más ofuscada.

Jacques permanecía silencioso junto a Janette mientras el 070 de Air France despegaba del Aeropuerto Internacional Kennedy y surcaba los cielos de Nueva York. Janette dejó de mirar por la ventanilla y clavó los ojos en su rostro malhumorado.

—Estamos sobrevolando la Estatua de la Libertad.

—Si pudiera, me la llevaría otra vez —dijo él con el ceño fruncido.

Janette no pudo dejar de sonreír.

—No hemos perdido nada —dijo—. Y nos hemos enterado de muchas cosas.

—Desde luego que sí —dijo él con amargura—. Nos hemos enterado de lo estúpidos e ingenuos que somos en realidad.

—Te sentirás mejor cuando hayas tomado una copa —dijo ella.

—Necesito más que eso —replicó él—. En cuanto apaguen el letrero de los cinturones, me voy al lavabo y doy un par de esnifadas.

Ella se echó a reír.

—Yo iré detrás de ti.

—¡Maldita sea! —exclamó Jacques—. ¿Cómo hemos podido ser tan estúpidos? Era a Givenchy a quien querían desde el principio. Ni siquiera han tenido la decencia de decirnos que el Grupo Reardon ya estaba negociando con él.

—No les culpo por esto —dijo Janette—. Si yo estuviera en su lugar, preferiría asociarme con Givenchy que con Janette. Al fin y al cabo, él ya ha demostrado de lo que es capaz. Y es uno de los mejores.

—Nos han arrastrado todo el camino solo para conocer nuestras ideas —dijo él.

—Nosotros también conocemos las suyas —dijo ella—. Al menos ahora sabemos lo que buscan. Además, todavía no han firmado con Givenchy. Quizá no lleguen a hacerlo. Él tiene más motivos que nosotros para querer conservar su independencia.

El letrero de los cinturones se apagó. Jacques se puso en pie.

—Un whisky doble con hielo —dijo a la azafata mientras se dirigía al lavabo.

—Champaña —dijo Janette, levantándose a su vez. Esperó frente a la puerta del lavabo y cogió el frasco que él llevaba en la mano cuando salió—. ¿Ya te sientes mejor?

—Ayuda —dijo él—. Hasta ahora esto es lo único bueno de todo el viaje.

Ella cerró la puerta tras de sí y se miró al espejo. Las luces de los lavabos de los aviones nunca eran demasiado favorecedoras.

Parecía cansada. Tenía una tenue sombra oscura debajo de los ojos. Abrió el

frasco, y utilizando la cuchara de oro de Jacques, inhaló una vez. Aspiró profundamente, dejando que la cocaína se introdujera en su cabeza. El efecto fue instantáneo. Se puso un poco en el dedo y se frotó las encías. Le gustaba el sabor. Cerró cuidadosamente el frasco y se lo metió en el bolso.

Volvió a mirarse al espejo. Ya no parecía tan cansada. Se retocó apresuradamente el maquillaje; un poco de polvos debajo de los ojos, colorete en las mejillas, lápiz de labios, y se dispuso a regresar a su asiento. Jacques se levantó para dejarla pasar. Le alargó la copa de champaña y levantó su vaso.

—Salud —dijo—. Tienes mejor aspecto.

—Eso te demuestra lo que puede hacer un poco de maquillaje —rio ella.

Los dos sorbieron sus bebidas.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Jacques.

Ella se encogió de hombros.

—Ya veremos. Al menos este año ganaremos dinero, de modo que el problema no es inmediato.

—¿Crees que Johann hablaba en serio al decirte que podías acudir a él en busca de dinero? —preguntó Jacques.

—Estoy segura de que sí —dijo ella—. Pero no pienso hacerlo. Esto significaría vivir siempre a la sombra de mi madre y no ser nunca yo misma.

Él permaneció en silencio unos momentos.

—Lástima que tu amigo Patrick no tenga nada que ver con los negocios de su familia. En caso contrario, seguramente podríamos conseguirlo.

Ella le miró pensativamente. Patrick tenía sus propias rarezas, pero en las circunstancias adecuadas era posible que redundaran en beneficio suyo. Una vez llegados a este punto no había nada que perder.

—Quizá todavía podamos —dijo Janette.



Las luces estaban encendidas, pero la villa parecía desierta cuando Lauren y Harvey traspusieron la puerta a medianoche. Harvey dejó las maletas en el suelo.

—Quizás aún no haya regresado de Nueva York —aventuró.

—Dijo que estaría de vuelta el fin de semana —contestó Lauren.

La voz de Janette sonó en lo alto de las escaleras.

—¿Lauren?

—Sí —contestó Lauren—. Espero que no te hayamos despertado.

—No estaba durmiendo —dijo Janette—. Hace media hora me ha llamado una amiga de L'Escafe para avisarme de que acababais de entrar en el puerto, y me estaba vistiendo para ir a recibiros. ¿Está Patrick contigo?

—No —contestó Lauren—. Solo Harvey. Patrick quería acostarse temprano. ¿Todo bien por Nueva York?

—Estupendo —dijo Janette—. He visto a Johann. Te manda muchos recuerdos.

¿Te has divertido en Cerdeña?

—Ha sido fantástico —dijo Lauren—. Las playas son enormes y están casi vacías. No como aquí.

Janette bajó las escaleras. Llevaba un conjunto muy adecuado para Saint-Tro; blusa transparente negra y una ajustada minifalda de cuero negra. Tenía los ojos brillantes, y había pequeñas motas doradas sobre el colorete que le recubría las mejillas.

—¿Qué tal la vida nocturna? —preguntó—. Me han dicho que han abierto una discoteca nueva.

—Nunca salíamos de noche. Una o dos veces a un restaurante, pero casi siempre nos quedábamos en el barco —contestó Lauren—. Llevábamos una vida muy tranquila.

—Esto no es propio de Patrick —comentó Janette—. A él le gusta mucho salir.

—Me voy a la cama —anunció Harvey—. Estoy deseando pasar una noche en una cama que no se mueva. Todavía me parece estar andando sobre la cubierta de un barco.

—Mañana por la mañana se te habrá pasado —rio Janette mientras él subía las escaleras.

Lauren esperó a que Harvey hubiera cerrado la puerta de su habitación, y después se volvió hacia Janette.

—Tengo un porro por aquí. ¿Quieres compartirlo?

—Naturalmente —dijo Janette. Miró a Lauren mientras encendía el cigarrillo—. ¿Pasa algo? Estás muy seria.

—No pasa nada —contestó rápidamente Lauren, pasándole el pitillo.

Janette dio una chupada.

—¿Tienes problemas con Harvey?

—No. —Lauren sacudió la cabeza. Miró a su hermana—. ¿Qué opinas de Patrick? En serio.

—Me gusta —contestó Janette—. Es inteligente y simpático y sabe divertirse.

—Una vez dijo que estaba enamorado de ti y que quería casarse contigo —declaró Lauren.

Janette se echó a reír.

—Debía estar flipado o borracho o de broma, y creo que la única razón que le impulsó a pedírmelo fue estar seguro de que yo no le aceptaría. —Después se fijó en la expresión de Lauren—. ¿Tienes problemas con él?

Lauren negó con la cabeza.

—En realidad, no.

—Entonces, ¿de qué se trata?

Lauren la miró a los ojos.

—¿Estás enamorada de él?

Janette se echó a reír.

—¿De Patrick? Ni hablar. Es un buen chico, pero no para mí.

Una especie de alivio se reflejó en los ojos de Lauren.

—Eso me tranquiliza.

—¿Por qué? —Y entonces, antes de que Lauren contestara, Janette comprendió—. ¿Estás enamorada de él?

—Sí —dijo Lauren, bajando la mirada unos instantes—. Y él dice que está enamorado de mí y quiere casarse conmigo. Pero no he querido darle una respuesta hasta saber cuáles eran tus sentimientos. No quería interponerme entre él y tú.

—No hay nada entre Patrick y yo por lo que debas preocuparte —dijo rápidamente Janette. Tomó a Lauren de la mano—. Pero no eres más que una niña, solo tienes diecisiete años. ¿Estás segura de ti misma, de lo que sientes realmente?

—Sé lo que siento por él —contestó Lauren—. Le amo. Pero le he dicho que no quiero casarme en seguida. Prefiero esperar a haber cumplido los dieciocho años.

—¿Qué ha dicho él? —preguntó Janette.

—Le parece bien. Pero quiere anunciar nuestro compromiso inmediatamente.

Janette guardó silencio unos momentos.

—¿Has hecho el amor con él?

—Aún no —dijo Lauren—. No quería hacerlo hasta saber exactamente a qué atenerme.

—¿Qué hay de sus dos amigas? —preguntó Janette.

—Abandonaron el barco al día siguiente de llegar a Cerdeña —contestó Lauren—. Patrick me dijo que todo esto se había terminado. Está pensando seriamente en volver a los negocios, tal como su padre quería.

Janette dio otra chupada al cigarrillo, y se lo devolvió a Lauren. Esbozó una sonrisa.

—Entonces, no hay duda de que te quiere —dijo—, porque el solo hecho de que él piense en trabajar es uno de los mayores milagros de todos los tiempos.

—En realidad sabe mucho de negocios —dijo rápidamente Lauren—, pero su padre era tan importante que los abandonó. Ahora su padre está muerto.

Janette asintió. Lo entendía. Se inclinó y besó a Lauren en la mejilla.

—La decisión debe ser tuya, cariño —dijo—. Sea cual sea, cuenta conmigo para todo.

Impulsivamente, Lauren la abrazó.

—Estoy contenta. Papá y mamá se subirán por las paredes cuando se lo diga.

—Estoy segura de que podremos hacérselo comprender —dijo Janette. Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la escalera—. ¿Sabe él algo de esto?

Lauren sacudió la cabeza.

—No. No quería decir nada a nadie hasta haber hablado contigo. Ahora ya puedo decírselo.

—Te aconsejo que esperes a mañana —sugirió Janette—. Tendrá un disgusto. Está enamorado de ti.

—¿Harvey? —La voz de Lauren expresaba incredulidad—. Tú no sabes nada de nuestras relaciones. Hemos sido amigos durante años. No tendrá ningún disgusto.

Lo dijo, pero después, en cuanto hubo pronunciado estas palabras, comprendió que no sería así.



Había luz en el dormitorio de Harvey. Salía al pasillo por debajo de la puerta cerrada cuando Lauren pasó frente a ella. Titubeó un momento, y después llamó suavemente con los nudillos.

—Harvey.

Harvey contestó con voz ahogada.

—¿Sí?

—¿Estás en la cama? —Su voz resonó en el pasillo.

Al cabo de un momento, él abrió la puerta y se quedó allí.

—¿Qué quieres? —preguntó con voz ronca.

—Hablar contigo —dijo ella.

Él la miró en silencio, y después se apartó bruscamente.

—Está bien.

Su maleta estaba abierta sobre la cama, y la ropa amontonada junto a ella. Lauren se volvió hacia él mientras cerraba la puerta.

—¿Qué haces? —preguntó.

Harvey pasó junto a ella y metió un montón de camisetas en la maleta.

—¿Qué te parece a ti? —preguntó. No esperó contestación—. Vuelvo a casa mañana mismo.

Ella le observó en silencio mientras colocaba varias camisas en la maleta.

—No hay razón para que te vayas —dijo.

Él se volvió y la miró. El dolor se reflejó en su voz y en sus ojos.

—¿No? No soy tan estúpido. Debes pensar que soy tonto.

—No pienso que seas tonto, Harvey —dijo ella con suavidad.

Él volvió la cabeza. No quería que viera las lágrimas que nublaban sus ojos. Su voz fue tensa y firme.

—A mí no me interesaba venir a Europa. Si vine fue para estar contigo.

—Puedes seguir estando conmigo —dijo ella.

Harvey la miró a los ojos.

—Sabes que no puedo. Y yo, también. ¿A quién tratas de engañar? —Lauren no contestó y él prosiguió—: ¿Crees que no me he dado cuenta de lo que pasaba? ¿Lo que pasaba entre tú y Patrick?

—No ha pasado nada —dijo ella.

—¿No? —preguntó Harvey con un sarcasmo que él mismo no creía poseer—. Podría haber desembarcado con aquellas dos chicas y tú ni siquiera te habrías dado cuenta.

—Harvey, Harvey —dijo ella dulcemente, yendo hacia él. Puso las manos sobre sus brazos—. Somos amigos. Siempre he querido que fuéramos amigos.

Él la miró y entonces no pudo contener las lágrimas. La rodeó con los brazos y la obligó a apoyar la cabeza en su pecho.

—Escucha, Lauren —dijo con voz ronca—. Yo sabía que los dos éramos unos niños. Pero también sabía que te amaba. Sin embargo, los niños no hablan de amor. Esto es para los mayores y pensaba que ya habría tiempo para eso. Quizás estuviera equivocado, pero no me imaginaba que te decidirías por un viejo.

Lauren también estaba llorando.

—No es un viejo —sorbió contra el pecho de Harvey—. No cumplirá los treinta hasta el año próximo.

—Tiene doce años más que tú. Eso es mucho.

—No tanto —dijo ella—. Mi padre es veinte años mayor que mi madre.

—Y habla de un modo muy raro —dijo Harvey—. Yo ni siquiera puedo entenderle. Casi siempre tengo que adivinar lo que quiere decir. ¿Por qué no puede hablar inglés como el resto de nosotros?

—Porque es inglés —contestó ella—, y los ingleses no hablan igual que los americanos.

—Apuesto a que hay muchas cosas que no hacen igual que los americanos —dijo él.

Lauren apoyó un dedo sobre sus labios para impedir que hablara y le miró a la cara.

—Harvey, voy a casarme con él.

Ella notó que la mandíbula de Harvey se relajaba y abría la boca mientras la apartaba de sí. La miró con estupefacción.

—¡Por todos los diablos! ¡Tu familia te matará!

—No, no lo harán —dijo ella.

Él seguía mirándola fijamente.

—Esto es muy serio —dijo.

—Lo sé. Estoy un poco asustada.

—No me extraña —dijo él. Pensó unos momentos—. ¿Estás segura de que no llevas las cosas demasiado lejos?

—Lo estoy —contestó Lauren—. Me he enamorado de él.

—¡Oh, cielos! —exclamó Harvey—. Es un verdadero desastre. Casarse y todo esto. ¿Ya sabes que es para toda la vida?

—Sí —dijo ella.

Harvey fue a la maleta y extrajo un frasco.

—Esto es lo último que me queda del número trece. Lo he estado guardando para una emergencia como esta.

—¿Qué hace? —preguntó Lauren mientras él empezaba a enrollar el cigarrillo.

—Te da confianza —dijo Harvey—. Te hace sentir como si fueras capaz de enfrentarte al mundo entero.



El válium le había hecho conciliar el sueño y no se dio cuenta de nada hasta que una correa de cuero le fustigó la espalda y se despertó súbitamente.

—¿Qué diablos pasa? —masculló, alargando el brazo para encender las luces del camarote—. ¡Jesús! —gritó cuando la correa volvió a golpearla en el momento que se encendieron las luces. Alzó los ojos y vio a Janette a los pies de la cama, con el busto agitado bajo la blusa transparente y delineado por los tirantes cruzados de su minifalda de cuero. Levantó el cinturón que tenía en la mano y él vio sus muslos blancos casi totalmente cubiertos por las altas botas de cuero negro. Rodó en la cama para esquivar el latigazo y lo recibió en los brazos—. ¿Te has vuelto loca? —chilló.

—¡Asqueroso hijo de perra! —dijo ella con voz fría y sosegada—. ¿No te gustaban las palizas? ¡Pues voy a darte la paliza de tu vida!

La tira de cuero descendió de nuevo y él dio un brinco de dolor.

—¡Basta! —gritó. Saltó desnudo de la cama y echó a correr hacia el cuarto de baño. Janette le siguió implacablemente, descargando la correa una y otra vez. Él se puso de cara a una esquina del camarote, de modo que solo su espalda desnuda quedó expuesta al cinturón de cuero. Al cabo de un momento empezó a llorar, después se le doblaron las piernas, y se desplomó en el suelo, tapándose la cara con las manos.

—Por favor —imploró con voz de niño pequeño—. No me castigues más. Seré bueno. Haré todo lo que me digas.

La voz de Janette seguía siendo fría.

—¡Lámeme las botas, pequeño bastardo!

—Sí, sí —dijo él, sin dejar de llorar y arrastrándose a gatas hacia ella. Acercó la cara a la bota más próxima y empezó a lamerla.

La correa se abatió sobre su espalda.

—Ahora, la otra.

—Sí —dijo él, acercándose a la otra bota—. Déjame ser tu esclavo.

El cinturón volvió a caer sobre su espalda.

—¿Es eso todo lo que quieres ser?

—Sí —murmuró él—. Tu esclavo. Nada más.

Ella le golpeó en la cara.

—Lámeme el coño —ordenó, levantándose la falda de cuero.

Él se puso de rodillas y enterró la cara entre las piernas de ella.

Janette colocó una mano sobre su nuca, y le empujó la cabeza hacia delante.

—Lame más deprisa —ordenó.

Él empezó a mover rápidamente la cabeza entre las piernas de ella, y bajó una mano para masturbarse. De repente Janette levantó una rodilla, alcanzándole en el mentón y lanzándole de espaldas al suelo.

Descargó la correa sobre su brazo.

—No he dado permiso a mi esclavo para jugar con su polla —dijo fríamente y atravesó el camarote hasta un pequeño sillón, sin dejar de mirarle.

Él apoyó la espalda en una pared y, alzando las rodillas hasta el pecho, se quedó mirándola, mientras las lágrimas se deslizaban silenciosamente por sus mejillas. Ella encendió un cigarrillo y durante largo rato no habló ninguno de los dos.

Finalmente, fue él quien rompió el silencio.

—Estás enfadada conmigo.

—Yo no me enfado con mis esclavos —dijo ella—. Solo estoy decepcionada.

Él no contestó.

—Ni siquiera eres bastante hombre para buscar a una mujer hecha y derecha; tienes que escoger a una niña. —Apagó el cigarrillo con la bota en la alfombra del camarote—. ¿Le dijiste cómo eres en realidad? ¿Que te gusta ser un esclavo, que te encanta ser un mirón? ¿Y que solo esto consigue excitarte?

Él guardó silencio.

—¿Qué crees que opinará de ti cuando lo averigüe? Entonces, ¿piensas que creará todas esas historias de que la amas, de que vas a trabajar y ser un hombre como tu padre?

—Pero es verdad —exclamó él—. La amo. Y ya he enviado un cable a la oficina para avisar de que iré a trabajar.

Ella se echó a reír.

—¿Cuánto tiempo durará? Un mes, quizá dos. Y después volverás a querer ser un esclavo.

Él tenía los ojos anegados en lágrimas. Se arrastró hacia ella y se arrodilló piadosamente, con las manos unidas delante del sillón.

—No se lo digas —rogó—. Por favor, no se lo digas.

Ella le miró sin contestar.

—Te prometo que seré bueno —dijo él—. Ella es la última oportunidad que me queda.

—¿Has dicho que ibas a trabajar? —preguntó Janette.

—Sí —contestó él—. Voy a trabajar.

Ella respiró profundamente.

—Entonces quizá te dé una oportunidad. Pero primero tendrás que demostrarme de lo que eres capaz.

—Lo haré —dijo él—, pero dame esa oportunidad.

—Incluye a tu compañía —dijo ella.

—No me importa —contestó él—. Pero no se lo digas.

Janette se puso en pie y empezó a desvestirse lentamente. Al fin quedó desnuda ante él, a excepción de las botas negras altas hasta el muslo. Alzó el cinturón por encima de su cabeza y lo dejó caer sobre la espalda de Patrick. Las ronchas empezaron a levantarse en su piel mientras ella le golpeaba una y otra vez hasta que

finalmente él se encogió ante ella en plena erección. Entonces ella se detuvo, con la respiración agitada por el cansancio.

—¿Te gustaría verme joder con tu africano? —preguntó fríamente.

—Sí, sí —dijo él, empezando a masturbarse con violencia.

Ella volvió a golpearle con la correa.

—Pues deja de jugar con tu polla hasta que te dé permiso, esclavo, y hazle venir aquí.

Él la miró.

—¿No se lo dirás a Lauren?

—No, si haces lo que te ordene, esclavo —contestó ella con desprecio—. Ahora hazle venir aquí.

Janette le contempló mientras descolgaba el teléfono. Cuando volvió a colgarlo, ella se echó a reír.

—¿De qué te ríes? —preguntó él.

—De todos nosotros —dijo ella—. El mundo entero está loco. Nos merecemos exactamente lo que tenemos.



Eran las siete de la mañana y los dorados rayos del sol prometían otro día de implacable calor cuando Janette entró en el jardín de la villa y se apeó del coche. Entró en la casa, andando pesadamente sobre unas piernas que parecían de plomo. El africano resultó ser tal como Patrick dijo que era. No era humano. No era nada más que una máquina de joder. Janette tenía las ingles y el ano hinchados y doloridos y la brutalidad animal del cuerpo del africano la había forzado literalmente a una frenética serie de orgasmos incontrolables. Ahora lo único que quería era hundirse en una bañera llena de agua caliente, relajarse y dormir. Y no le importaba si dormía durante todo el fin de semana. No podía hacer nada más de lo que había hecho la noche pasada.

Oyó pasos en la escalera cuando entraba en el salón y alzó los ojos. Harvey estaba bajando con la maleta en la mano. Se quedaron inmóviles un momento, sorprendidos de verse.

—Buenos días —dijo ella.

Harvey llegó al pie de las escaleras y dejó la maleta en el suelo. Había desconcierto en su voz.

—Buenos días. No esperaba encontrar a nadie levantado.

—Acabo de llegar —dijo ella.

—Sí. —La miró—. Debe haber sido una fiesta por todo lo alto.

—Así es —contestó ella. Sonrió—. Me gustaría esnifar uno de tus excelentes preparados.

—Desde luego —dijo rápidamente él. Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un frasco. Se lo alargó con una pequeña paja de plástico—. La coca ya está

tamizada —dijo—. Solo tienes que poner un poco en el extremo de la paja y aspirar.

Ella asintió e hizo lo que él le había dicho. La cocaína pareció introducirse en su cerebro y explotar.

—*Mon Dieu!* —exclamó ella—. Es como si me hubieran volado la tapa de los sesos.

Él le cogió el frasco con una media sonrisa.

—Esto pega fuerte, pero estarás bien dentro de un minuto.

Tuvo razón. De repente todo su cansancio desapareció. Contempló la maleta de Harvey.

—¿Sabe Lauren que te marchas?

Él sacudió la cabeza.

—¿No crees que deberías decírselo?

—Lo intenté anoche pero ella insistió en que me quedara.

—Entonces, ¿por qué no te quedas? —preguntó Janette.

Observó el dolor en los ojos de Harvey.

—¿De qué serviría? Está ocupada con sus propios asuntos.

—Tendrá un disgusto si te marchas así.

—Lo superará —dijo él—. ¿Puedes pedirme un taxi?

—Puedes pedirlo tú mismo —contestó ella—. Pero no creo que te contesten. Es demasiado temprano y además tienen que venir de Sainte-Maxime.

—¿Y si voy andando hasta Saint-Tro?

—Allí no hay taxis. Pero puedes tomar el *ferry* hasta tierra firme. Allí habrá taxis.

—De acuerdo —dijo él, cogiendo la maleta—. Gracias por todo, Janette.

—De nada —contestó ella—. ¿Qué quieres que le diga a Lauren?

—Dile que nos veremos cuando vuelva a casa —contestó él, dirigiéndose hacia la puerta.

—¿Quieres que te lleve a la ciudad?

Harvey negó con la cabeza.

—No, gracias. Estás cansada. Y la caminata me hará bien.

—Harvey —dijo ella.

Él la miró.

—¿Sí, señora?

—¿Cómo puedo ponerte en contacto contigo? Ni siquiera sé tu apellido y tu dirección.

—Lauren puede dártela —dijo él. Después meditó unos instantes—. ¿Por qué ibas a querer ponerte en contacto conmigo?

—Nunca se sabe. —No quiso decirle que la arcilla que le había dado parecía ir muy bien y que en este mismo momento los químicos del laboratorio de la compañía de perfumes estaban tratando de analizarla—. Quizá vaya alguna vez a California y necesite un acompañante.

La cara de Harvey se distendió en una amplia sonrisa.

—En este caso puedes llamarme siempre que quieras. —Dejó la maleta y sacó un lápiz y un arrugado pedazo de papel del bolsillo, garabateó unas cuantas palabras y se lo alargó a Janette—. Por si acaso —dijo—. Adiós, Janette.

—Así no —dijo ella, cogiendo el pedazo de papel—. Al estilo francés.

—¿Cómo es eso? —preguntó él.

Ella le dio un beso en cada mejilla.

—Así. —Sonrió—. *Au revoir*, Harvey.



Janette subió a su habitación y abrió los grifos de la bañera. Mientras se llenaba volvió al dormitorio y empezó a desvestirse. Al cabo de un momento estaba desnuda. Dio media vuelta y se miró al espejo. Tenía los ojos brillantes y su cara no mostraba huellas de la noche pasada. Sonrió para sí mientras se dirigía hacia la ventana para correr las cortinas. No había nada como follar para mantenerse bella. Solo una cosa le había faltado. La delicadeza y ternura que solo una mujer podía dar. Stéphane tendría que haber estado allí. Entonces habría sido perfecto.

Desde la ventana, vio a Harvey bajando por la carretera, con la maleta a cuestas. Durante unos breves instantes se compadeció de él y pensó en llamarlo. Después decidió que sería mejor no hacerlo y cerró las cortinas con un golpe seco. Era mejor que se hubiese marchado. Solo habría complicado la situación. De este modo Lauren no tendría a nadie más para compartir sus confidencias. Todo sería más fácil.

Volvió al cuarto de baño y vertió un poco de su aceite en el agua; después se metió en la bañera. Resultaba curioso, ya no se sentía cansada. No podía dejar de pensar. Tenía que hacer muchas cosas. Patrick aún no lo sabía, pero las vacaciones en Saint-Tropez habían terminado.

No tuvo la paciencia de quedarse en remojo dentro de la bañera. Se levantó y abrió la ducha. El agua fresca le tonificó la piel. Al cabo de un momento salió de la bañera y envolviéndose en el albornoz fue al dormitorio y telefoneó a Jacques a París.

Contestó con voz ronca de sueño.

—¿Sí?

—Despiértate —dijo Janette—. Nos vamos a Londres.

—¿Qué?

—Nos vamos a Londres —dijo ella—. He hablado con Patrick.

—¿Hará el trato? —La voz de Jacques era excitada.

—Esto es lo que ha dicho.

—Pero ¿crees que tiene autoridad suficiente?

—Por eso vamos a Londres —contestó ella—. Para averiguarlo. Tú sal esta misma mañana y resérvame una *suite* con vistas al río en el Savoy. Nos encontraremos allí esta tarde.

Colgó el teléfono y miró el reloj. Eran las ocho de la mañana. Puso el despertador a las once, y después se metió en la cama y se tapó con la sábana hasta el cuello. Tres

horas de descanso serían más que suficiente.

Al despertarse llamaría a Patrick y le diría que tuviera su avión preparado para llevarles a Londres. Si él aún no la había tomado en serio, podía empezar a hacerlo. Pensaba hacer exactamente lo que le había dicho. Si no había trato para ella, no habría Lauren para él.

Janette encendió otro cigarrillo mientras el coche se acercaba a París. Se inclinó hacia delante en el asiento, y miró por la ventanilla. En cada salida de la *autoroute* había cuatro vallas anunciadoras. Cualquiera que fuese la dirección de procedencia, estas cuatro vallas siempre estaban allí. Y Janette las tenía todas. Y cada una de ellas tenía una historia que contar.

La primera valla se aproximaba rápidamente por la derecha, bañada por una brillante luz en la oscura noche. Grandes letras negras en la parte superior del cartel decían: JEANS JANETTE. Ella estaba debajo de las letras, de rodillas, con el trasero levantado en el aire y la cabeza vuelta hacia la cámara, apoyada en los codos y con las manos en las mejillas. En letras más pequeñas, en sentido vertical desde su cintura hasta sus piernas se leía la frase *Le vrai «Far West» français*.

La historia que se ocultaba tras ella era sencilla. Tuvo lugar una mañana en Nueva York después de hacer el pacto con Kensington. El presidente de la compañía fue directamente al grano.

—Hemos aceptado todas sus peticiones, *madame*. Tendrá usted sus tiendas, las diez, así como unidades en todos los grandes almacenes importantes de América. Pero tenemos un problema y necesitamos su ayuda.

—¿De qué se trata? —preguntó ella.

—Un excedente de un millón de metros de dril azul —dijo él—. Desgraciadamente dos de nuestros mejores clientes se han inclinado por Burlington, y si no les reemplazamos, este año nadaremos en tinta roja. Y hasta ahora no hemos encontrado ningún comprador.

—¿Y en qué puedo ayudarles yo? —preguntó ella.

—Hemos hecho un estudio de mercado. Creemos que hay espacio para tejanos de marca a precios populares. St. Laurent está en el mercado pero es muy caro y su volumen es insignificante. Hemos calculado los costos y podemos hacer un buen producto por veinticinco o treinta dólares. Lo que necesitamos es su nombre y seis diseños básicos. Nosotros nos ocuparemos de todo lo demás, desde la fabricación hasta las ventas. Ya hemos pensado un nombre para ellos. «Jeans Janette».

—¿Y cómo encaja esto en nuestro acuerdo?

—Es un párrafo aparte. Le pagamos unos derechos del diez por ciento de nuestros beneficios por cada par vendido. Usted no tiene que correr ningún riesgo, ni hacer ninguna inversión. Lo único que sacará es dinero. Y calculamos que puede ser mucho.

—¿Cuánto? —preguntó ella.

—Nunca se sabe, pero quizá llegue a un cuarto de millón de dólares anuales.

—No está mal. —Janette sonrió—. Será un placer ayudarles. —Aunque solo

obtuviera el veinticinco por ciento de lo que él calculaba, no se quejaría.

Pero la verdad era que ninguno de los dos esperaba lo que iba a pasar. Los derechos que recibió por un solo año casi alcanzaron el millón de dólares. Pero lo más importante fue que esto la estableció en América.

La siguiente valla apareció a lo lejos. Esta vez ella estaba ante un mostrador de Air France alargando su billete a un empleado. Iba elegantemente vestida con un traje sastre; ligeramente realzados sobre la valla estaban los guantes que llevaba, el bolso de bandolera, los zapatos de altos tacones y la maleta con iniciales depositada a sus pies. Otra vez las grandes letras negras: POUR LE MONDE ENTIER. Debajo, en letras más pequeñas: *Cuir Janette*. Y al otro lado, los artículos mencionados: *Les Gants, Les Sacs, Les Chaussures, Les Bagages*.

Fue pocos meses después del éxito de los Jeans Janette en América. Vito Montessori, un italiano que poseía una de las mayores fábricas de cuero de Italia, acudió a ella con una interesante proposición. Debido al establecimiento de importantes firmas italianas en el Lejano Oriente para reducir los costos de la mano de obra, quería desarrollar una línea propia. También esta vez solo tendría que proporcionar los diseños o aprobarlos, y él se encargaría de la fabricación y venta. Pero si ella podía obtener la cooperación de los distribuidores ya establecidos por Kensington en América, tanto mejor. Innecesario decir que podía hacerlo y lo hizo. Esta vez sus derechos ascendieron a un quince por ciento, y el resultado fueron unos ingresos netos de casi un cuarto de millón de dólares al año.

En la tercera valla anunciadora había, no una, sino tres fotografías suyas. Agrupadas de modo que parecía una sola fotografía, ella estaba tendida en biquini sobre la arena, apoyada en la cadera y el codo, mirando directamente a la cámara; en la segunda se hallaba en pie, enfundada en un ajustado traje de buceador, sonriendo hacia el sol; y finalmente luciendo un traje de baño de una sola pieza que dejaba al descubierto más de lo que ocultaba. También aquí las letras grandes: MAILLOTS DE BAIN JANETTE. Debajo y en letras más pequeñas: *Pour le Soleil, Pour la Mer, Pour la Plage*. Y después, en una línea que ocupaba la valla de un extremo a otro: *Pour l'Été Eternel*.

Esto fue idea suya. Compró una industria en bancarrota del sur de Francia y firmó otro acuerdo de distribución con Kensington. Fabricados a precios populares y dirigidos al mismo mercado que los vaqueros, estos productos constituyeron otro éxito inmediato. Los ingresos netos de esta división ascendían a casi medio millón de dólares anuales.

La última valla anunciadora había sido el negocio más arriesgado de todos. Esto también fue idea suya. Durante muchos años había dado vueltas a este proyecto, pero fue el enorme éxito alcanzado por Yves St. Laurent al lanzar su nuevo perfume, Opium, durante los últimos dos años, lo que finalmente la convenció para introducir su propia marca en el mercado.

Analizando cuidadosamente los resultados de un estudio comercial, descubrió

varios hechos asombrosos. De todos los perfumes en venta, y había cientos de marcas conocidas, solo dos eran lo bastante conocidos para ser identificados como perfumes por el nombre por el público en general. El primero era Chanel N.º 5 con un factor de identificación del 88 por ciento, y el segundo era Arpège con un factor de identificación ligeramente inferior. Todos los demás se hallaban muy por debajo de estas cifras, pero el más próximo resultó ser Opium, con un factor de identificación del 29 por ciento, y eso, como señalaba el estudio comercial, se debía a la importante e ininterrumpida publicidad y promoción. Otros dos hechos interesantes salieron a la luz. Tanto Chanel N.º 5 como Arpège fueron creados en los años veinte y pertenecían al grupo de aromas de aldehídos florales, mientras que Opium, un perfume moderno lanzado en 1977, estaba firmemente enraizado en el grupo oriental, y se derivaba de Tabú, lanzado por Dana en 1931, y Youth Dew de Lauder, desarrollado en 1952. Aunque Tabú se había convertido en un perfume clásico, ninguno de los dos había logrado el reconocimiento de Opium. Pero quizá fuera porque, cuando se introdujeron en el mercado, no existían las modernas técnicas publicitarias para crear la difusión que hoy podía darles la televisión.

Otro hecho esencial revelado por el estudio era la importancia que tenía el diseño del envase, tanto la botella que contenía el perfume como la caja en la que se vendía. Esto y el perfume en sí tenían que contar su propia historia. Y la historia tenía que estar englobada en el nombre del perfume. Debía ser sencillo y, al mismo tiempo, poseer un factor de identificación rápida.

Janette creyó tener el nombre. *Soie*. La palabra francesa equivalente a seda. El tejido más íntimo y sensual que podía llevar una mujer también podía aplicarse a su perfume. El otro problema no fue tan fácil de resolver. El aroma original resultó demasiado oriental y Janette pensó que podría ser considerado como una imitación de Opium. Trabajando estrechamente con los «olfatos», como se les apodaba en la fábrica de perfumes, logró combinar los aromas del grupo de aldehídos florales de Chanel N.º 5 y Arpège y la sensualidad del grupo oriental. El resultado fue una fragancia extremadamente femenina, sensual y fresca. Y la primera decisión que tomó fue no llamarlo perfume. *Soie* sería una fragancia, algo que formaba parte de una mujer, no un perfume que llevaba.

Esta última valla anunciadora era quizá la más atrayente de todas. Al ver la rutilante botella con la estatua de una muchacha desnuda en cristal tallado igual que el tapón, uno no se daba cuenta en el primer momento de que en las sombras del fondo había otro retrato de Janette desnuda. Pintado muchos años atrás por Dalí, el artista había captado y plasmado las numerosas facetas eróticas de su cuerpo y personalidad. La intangible expresión de sus ojos oscuros, el prominente labio inferior, el abultado pezón de sus turgentes senos, la curva de su vientre sobre las sombras del pubis, casi perdido entre sus blancas caderas y muslos. Solo después se daba uno cuenta de que el retrato de la muchacha había sido transferido a la estatua de la botella. El nombre estaba grabado en letra inglesa sobre el cristal de la botella,

Soie. Debajo de él, en letras casi demasiado pequeñas para poder leerse, «de Janette». Como en las demás vallas, el mensaje publicitario iba de un lado a otro. *Le plus intime. Le plus sensuel. Le vrai aromate de la femme. Soie. L'Aromatique de Janette*.

Y en cierto modo era este perfume lo que la había llevado a su situación actual. Decidida a vencer a St. Laurent en el mercado, había comprometido más de cinco millones de dólares en efectivo para lanzar el perfume en los últimos seis meses, agotando virtualmente las reservas de sus propias compañías. Solo la publicidad televisiva en América había absorbido más de tres millones, y el resto fue destinado a revistas y periódicos. Y este dinero no incluía los descuentos e incentivos dados al comercio minorista para obtener su apoyo. Sus cálculos habían dado como resultado que tardarían al menos dos años en recuperar la inversión y tres años en conseguir beneficios. Por fortuna, los resultados fueron más alentadores de lo que creyeron en un principio. La aceptación casi inmediata del mercado les había llevado a una revisión de las cifras, que redujeron el tiempo de reembolso a la mitad.

Sin embargo, esto no fue suficiente. Había ocurrido lo inesperado. Una compañía japonesa, ansiosa de introducirse en el mercado americano, había ofrecido unos beneficios enormes al Grupo Reardon por controlar sus intereses en Kensington Mills y ellos habían aceptado.

En cualquier otro momento esta habría podido ser la mayor oportunidad que ella había tenido en la vida. Porque, en la cláusula insertada en el último momento por su sagaz abogado americano, Paul Gidin, tenía la opción de comprar sus contratos y acuerdos con el Grupo Reardon por el valor escriturado en la hoja de balance si ellos vendían o cedían sus intereses en Kensington. Y los diez millones de dólares escriturados suponían menos de la mitad de las ganancias anuales. Una cifra equitativa sería diez veces las ganancias anuales. Pero por muy barato que fuera, ella no disponía de ese dinero. Todo el efectivo que tenía en sus compañías había sido invertido en el perfume. Ahora volvía a tener problemas monetarios. Era como si nada hubiese cambiado. La independencia resultaba tan esquiva como siempre.

Maurice fue a abrirle la puerta de su apartamento. Estaba visiblemente excitado.

—Yo tenía razón —dijo—. Siempre he sabido que tenía razón.

—¿De qué demonios hablas? —preguntó ella—. No entiendo nada.

—El dinero del banco suizo —explicó él—. Quizás ahora no tengas que acostarte con el griego para conseguirlo.

—No sé de qué estás hablando.

—Ya lo verás —dijo él, tomándola del brazo y conduciéndola a la biblioteca—. Ya lo verás.

Abrió la puerta y un hombre joven sentado en el interior se puso en pie. Maurice les presentó.

—*Monsieur* Thierry, mi hija, *madame* Janette de la Beauville. —Miró a Janette y precisó—: *Monsieur* Thierry trabaja en el Banco de Crédito Suizo de Ginebra.

Janette alargó la mano.

—Encantada, *monsieur* Thierry.

El joven banquero le besó cortésmente la mano.

—Es un honor, *madame*. Cuando solicité esta entrevista no sabía que iba a conocer a una mujer tan famosa.

—Gracias, *monsieur* —dijo Janette—. Ahora, si me permite preguntárselo, ¿por qué quería verme?

El joven banquero miró a Maurice. Parecía muy turbado.

—Lo siento, *monsieur le marquis*, pero las instrucciones del banco son muy explícitas. Debo hablar con *madame* en privado.

—Lo comprendo —dijo rápidamente Maurice—. Naturalmente. —Se dirigió hacia la puerta y la cerró tras sí.

—¿Y bien, *monsieur*? —inquirió Janette, mirando al banquero.

—Si me permite, *madame* —dijo Thierry, sacándose un papel del bolsillo y dándole un vistazo. Su voz adquirió un tono formal—. De acuerdo con las instrucciones dadas al banco por su difunta madre, estamos en la obligación de informarle, al término de un período no inferior a veinticinco años después de su fallecimiento, que el 10 de octubre de 1944 alquiló un cierto grupo de cajas de seguridad contenidas en la bóveda de nuestro banco. —Dejó de leer y le alargó los papeles—. Hay dos copias de este informe. Si es tan amable de firmar la copia superior declarando que ha recibido el informe según las instrucciones, habremos concluido nuestro asunto.

Janette cogió el papel y lo releyó. Era exactamente lo que acababa de oír. Miró al banquero.

—¿Esto es todo?

—Sí —asintió él.

—¿Significa eso que tengo acceso a las cajas?

—Si tiene la llave en su poder, desde luego. Si no... me temo que no.

—Entonces, ¿cuál es el objeto de esta notificación?

—No lo sé, *madame*. Nos limitamos a seguir instrucciones.

—Entonces, ¿quién tiene la llave? —preguntó Janette.

Él se encogió de hombros.

—Las leyes de la banca suiza respecto al carácter confidencial de nuestras relaciones con los clientes me impiden darle esta información.

—Entonces, ¿qué debo hacer para reclamar estas cajas y su contenido, puesto que evidentemente mi madre deseaba que las tuviera?

—Puede presentar una demanda ante el Tribunal Testamentario de Suiza, bajo cuya jurisdicción están los asuntos de herencias.

—¿Cuánto tiempo tardarían en emitir un fallo?

—Lo siento —dijo él—. No lo sé. A veces tardan años.

—¡Maldita sea! —exclamó ella, volviendo a mirar los papeles—. ¿Tiene idea del contenido de esas cajas?

—No, *madame*. Lo que los clientes depositan en sus cajas no es de nuestra incumbencia. Me temo que no le soy de mucha ayuda, pero no puedo hacer nada más.

—¿Y si me niego a firmar los documentos? —preguntó ella.

—Entonces no tendría derecho a reclamar las cajas porque, legalmente, no habría sido informada de su existencia y, también según las leyes de la banca suiza, ni siquiera tenemos que declararlas.

Ella sacudió la cabeza con impotencia.

—Entonces será mejor que los firme.

—Sí, *madame* —dijo él, alargándole una pluma.

Janette firmó rápidamente la copia y se la entregó.

—Gracias, *monsieur* Thierry.

—A usted, *madame* —contestó él.

Janette sonrió de repente.

—Es tarde y aún no he cenado. ¿Sería una violación de las leyes de la banca suiza si le invitara a cenar conmigo?

Él esbozó una sonrisa.

—Creo que es permisible, *madame*, pero me temo que debo rehusar. Tengo un compromiso previo.

—Pues rómpalo —rio ella.

—Le aseguro que me gustaría hacerlo, *madame*, pero no puedo. Mi esposa me está esperando en el hotel.

Ella se echó a reír de nuevo y alargó la mano.

—*Monsieur* Thierry, es usted un caballero. Espero que volvamos a vernos.

Él le besó cortésmente la mano.

—Yo también, *madame* —dijo, yendo hacia la puerta.

En cuanto se hubo marchado, Maurice volvió a la habitación. La miró escrutadoramente.

—¿Y bien?

—Tenías razón —dijo ella, alargándole el papel—. Pero el hecho de saberlo no me da ningún derecho sobre el dinero.

Él leyó rápidamente el papel.

—Entonces, ¿quién tiene ese derecho?

—El que tenga la llave —contestó ella—. No ha querido decirme quién era.

Maurice la miró fijamente.

—A mí no tiene que decírmelo —declaró—. Sé quién tiene la llave. Y tú también.

Ella guardó silencio.

—Tendrás que hacer algo al respecto —dijo Maurice—, si no quieres ser una mendiga y una puta el resto de tu vida.

Ella le miró sin hablar.

—Tendrás que recurrir a Lauren —dijo él.

—¿No hay más remedio? —preguntó Janette.

—Ya conoces a Johann —contestó él—. La mitad de lo que haya allí es de ella. Él no hará nada a menos que Lauren esté protegida. El único modo de conseguir alguna cosa es que las dos habléis con él.

—No lo sé —dijo ella con indecisión—. A Lauren no le importa el dinero. Nunca le ha importado.

—Ya tiene veintitrés años —dijo él—. Debe empezar a estar harta de vivir en esa estúpida playa de California con una criatura de cinco años por toda compañía.

—Es la clase de vida que le gusta.

—Entonces tienes que convencerla de que su hija se merece algo más que vegetar en una playa desierta —dijo Maurice—. Aunque Lauren no lo quiera para sí misma, no tiene derecho a despojar a su hija.

—No lo sé —contestó Janette—. A veces creo que no me he portado bien con ella.

Maurice se echó a reír.

—Oh, vamos, eso no te lo crees ni tú. Lo único que tu madre y yo teníamos en común era nuestro egoísmo. Los dos queríamos todo lo que pudiéramos conseguir. —Fue al aparador y sacó una botella de coñac—. No lamentas lo que hiciste. Tienes lo que querías, ¿no?

Janette no contestó mientras él servía el coñac en dos copas y volvía a acercarse. Sin hablar, cogió una copa y bebió un sorbo.

Maurice bebió la mitad del coñac de un solo trago, y después dejó la copa.

—Solo hay una cosa que no he entendido nunca —dijo—. Por qué empujaste a Patrick hacia Lauren. ¿No habría sido más sencillo que tú te hubieras casado con él?

—Esto es exactamente lo que me proponía hacer cuando volvieron de Cerdeña.

—Entonces, ¿por qué no lo hiciste?

—Lauren me dijo que estaba enamorada de él.

Maurice la miró.

—No era más que una niña. Tendrías que haberla disuadido.

—Supongo que sí —contestó ella, mirándole. Tomó otro sorbo de coñac—. Quizás habría sido preferible.

En el fondo de su alma siempre había sabido que el matrimonio estaba destinado al fracaso. E incluso cuando ellos intercambiaban los anillos de boda en el jardín de la casa de la madre de Patrick en Devon y los ojos de Patrick la buscaron por encima del blanco velo de la novia, supo que sería un fracaso. Y que ella sería la causa de su destrucción.

Desde la ventana de su dormitorio en el segundo piso de Reardon Manor, Janette vio llegar a los primeros invitados a la boda. Consultó su reloj. Las diez. La ceremonia comenzaría a las doce.

Miró al cielo. Totalmente azul, sin una nube. Feliz la novia que se casa en un día de sol. Sonrió al pensarlo. Especialmente en un domingo inglés, añadió. Se apartó de la ventana y cogió la lista de invitados de encima del tocador.

Iba a ser una boda íntima, solo sesenta invitados, pero la lista parecía un Quién es Quién de la sociedad y la industria británicas. Encabezados por la familia real, representada por la princesa Margarita y lord Snowdon, había bastantes lords y ladies para llenar el salón de audiencias de Buckingham Palace. El Lord Mayor de Londres estaría allí. Francia estaba representada por el conde de París, su padrastro, el marqués, y el embajador francés ante la corte de san Jaime. Johann y Heidi habían venido de América y el embajador americano asistiría también.

Dejó la lista de invitados y cogió otra hoja de papel. Este era su horario. Alexandre había acudido desde París para peinar a la novia como un favor especial y ella había llevado a *madame* St. Cloud para supervisar y vestir a la novia. Según su horario, debían estar en la habitación de Lauren en este preciso momento.

Se puso un par de pantalones y salió al pasillo. En la habitación de Lauren reinaba una frenética actividad. Heidi ya estaba allí y fue quien le abrió la puerta. Janette le dio un beso en la mejilla.

—¿Cómo está la novia? —preguntó, al no ver a Lauren en la habitación.

—Nerviosa. —Heidi sonrió—. Pero no tanto como yo. Ahora mismo le están lavando el pelo en el cuarto de baño.

—Bien —dijo Janette—. Entonces, Alexandre ya ha llegado.

—Sí —asintió Heidi—. Ha venido con dos ayudantes. Dice que también me peinará a mí.

—Estupendo —repuso Janette. Miró hacia el otro extremo de la habitación, donde *madame* St. Cloud acababa de colocar el vestido de novia en el maniquí—. ¿Qué te parece la *robe de mariage*?

—¡Me encanta! —exclamó Heidi—. Es el traje más bonito que he visto en mi vida.

Janette le dirigió una mirada de soslayo. La sinceridad que reflejaba la cara de Heidi la convenció.

—Gracias —dijo—. Quería que fuese algo especial.

—Lo es —dijo Heidi, siguiéndola a través de la habitación—. Nunca he visto nada parecido.

Janette se detuvo frente al maniquí. Miró a *madame* St. Cloud.

—*Tout va bien?*

—*Oui, madame* —contestó ella—. *Très bien.*

Janette volvió a mirar el vestido. En París, aquella misma mañana, las fotografías del vestido serían distribuidas a la prensa. Al día siguiente aparecerían en la mitad de los periódicos del mundo. Lo que Heidi había dicho era cierto. Nunca había habido un vestido de novia como este. En su descripción más sencilla eran tres velos de seda transparente recamada en color marfil. El primer velo caía desde la cabeza de la novia sobre sus hombros desnudos. El segundo velo era un corpiño sin tirantes, como una pieza de lencería, que insinuaba la desnudez existente bajo él y caía hasta justo debajo de la cintura. El tercer velo era una falda que empezaba en la cintura, bajo el corpiño, y caía en una línea ajustada hasta medio muslo, donde empezaba a ensancharse con volantes bordados hasta el suelo y seguía en una larga cola. El efecto total era de una insinuante desnudez; uno veía lo que *creía* ver, pero en realidad no podía ver nada.

Janette asintió con aprobación.

—Avíseme cuando esté vestida —dijo—. Quiero asegurarme de que no hay ningún fallo.

—*Oui, madame* —contestó la modista.

Alexandre salió del cuarto de baño y vio a Janette. Fue hacia ella y le dio un beso en la mejilla.

—Tu hermana es encantadora —dijo.

—Y tú eres igualmente encantador viniendo aquí y haciendo esto por nosotras —contestó Janette—. Te lo agradezco.

—No tiene importancia —sonrió él—. Es un placer.

—¿Sigue en el cuarto de baño? —preguntó Janette.

—Sí —contestó el peluquero—. Están empezando a hacerle la manicura y la pedicura.

—Entraré un momento a verla —dijo Janette—. Después quizá quieras acompañarme a tomar una taza de café.

—Estaré encantado —contestó él.

Lauren estaba sentada en el cuarto de baño, con una toalla en la cabeza y los pies dentro de la bañera. Miró a Janette y sonrió.

—Nadie me dijo que sería así.

Janette se echó a reír.

—Bueno, no se puede tener todo. ¿Cómo estás?

—Un poco nerviosa, con tanta gente a mi alrededor. No me iría mal un Harvey número seis.

—¿Tienes alguno? —preguntó Janette.

Lauren asintió, indicando una caja de cigarrillos que había sobre la repisa de los lavabos.

—Allí. Pero con mamá en la habitación de al lado y toda esta gente... Ya sabes.

Janette sonrió.

—Esto puede arreglarse. —Se dirigió a las dos muchachas—. Si son tan amables de disculparnos un momento, mi hermana y yo queremos hablar en privado.

—*Oui, madame* —contestaron las muchachas.

Salieron del cuarto de baño y Janette corrió el pestillo de la puerta.

—¿Ves qué fácil? —dijo. Abrió la caja de cigarrillos sacó un pitillo de marihuana. Se lo alargó a Lauren y fue hacia la ventana—. Déjame abrir esto antes de encenderlo. No estaría bien que los pasillos de Reardon Manor olieran a marihuana.

Lauren se rio.

—Así es. La mitad de esos vejestorios no sabría qué les pasaba. —Encendió el cigarrillo y aspiró profundamente el humo. Lo expelió con lentitud y lo pasó a Janette.

Janette fumó a su vez y se lo devolvió a su hermana.

—Es muy bueno.

Lauren asintió.

—Harvey nunca falla. Lo tienes muy excitado con los cosméticos de arcilla. ¿De verdad piensas hacerlo?

—Pienso intentarlo —repuso Janette.

—Me alegro —sonrió Lauren—. Harvey es un buen chico. —Dio otra chupada—. Aún no puedo creerlo. Realmente voy a casarme. Es como un sueño.

Janette la miró, sintiendo que la invadía una extraña tristeza.

—Sí —dijo con dulzura—. Es como un sueño, ¿verdad?

Estaba de nuevo en su habitación menos de una hora más tarde cuando llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—El ayuda de cámara de lord Patrick, señora —fue la contestación.

Janette abrió la puerta y sacó la cabeza por la rendija.

—Lord Patrick desea verla, señora —dijo el hombre.

—Por el amor de Dios, ni siquiera estoy vestida —repuso—. Dígle que nos veremos abajo.

El rostro del ayuda de cámara era inexpresivo.

—Creo que es preferible que vaya a verle ahora, señora.

Janette le miró un momento, y después asintió.

—En seguida salgo. —Volvió a entrar en la habitación, se puso otra vez los pantalones y abrió la puerta. Echó a andar pasillo abajo.

—Creo que sería mejor ir por la parte de atrás, señora —dijo apresuradamente el ayuda de cámara.

Janette le siguió hasta una puerta situada en un extremo del pasillo, y a lo largo de un interminable corredor pintado de gris hasta la otra ala del edificio. El ayuda de cámara se detuvo ante una puerta y la abrió.

—La habitación de lord Patrick, señora —dijo.

Janette entró en un pequeño vestidor situado entre el dormitorio y el cuarto de baño.

—A la izquierda —indicó el ayuda de cámara.

Janette pasó bajo una arcada y entró en el dormitorio. Patrick estaba sentado, sin más ropa que los calzoncillos, mirando el vaso de whisky que tenía en la mano. Levantó los ojos cuando ella entró en la habitación.

—No hay boda —anunció—. Díselo a todos.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó ella—. ¿Por qué?

Él bebió un sorbo.

—He cambiado de opinión.

Janette le miró fijamente unos instantes, y después se volvió hacia el ayuda de cámara.

—¿Quiere disculparnos, por favor?

—Sí, señora —contestó el hombre y salió de la habitación.

Cuando Janette oyó que cerraba la puerta tras él, se acercó al sillón y miró a Patrick.

—Ahora explícame por qué —dijo con voz fría.

Patrick levantó los ojos.

—Porque quiere tener un niño en seguida. Me dijo que tiraría las píldoras por la ventana el día que nos casáramos.

—Esto no es ninguna razón —declaró ella.

—Es razón suficiente para mí —dijo él—. No quiero verme rodeado de mocosos llorones.

—De acuerdo —repuso Janette con calma. Dio media vuelta y fue al vestidor.

Él se levantó y la siguió.

—Puedes decirles que me he puesto enfermo.

Ella giró sobre sus talones y se encaró con él.

—No pienso decirles nada —manifestó fríamente, cogiendo un bastón del paragüero y dirigiéndose hacia él.

Él soltó el vaso y retrocedió, levantando las manos para protegerse la cara.

—No saldrá bien. No puedes obligarme.

—¿No? —preguntó ella, con voz tan fría como el hielo. El bastón cayó sobre sus hombros. Patrick gritó de dolor y trató de esquivarla, pero ella le siguió implacablemente, golpeándole la cabeza y los hombros, donde grandes marcas rojas empezaron a surgir sobre su blanca piel.

Patrick se tiró sobre la cama, sollozando.

—Por favor, basta.

Janette hundió la punta del bastón en su hombro, obligándole a dar media vuelta y mirarla. Ya se estaba masturbando violentamente. Ella le apartó la mano de su cuerpo con un golpe de bastón.

—No te he dado permiso para hacer eso, esclavo.

—Sí —sollozó él.

—Y ahora, ¿qué piensas hacer? —preguntó ella.

Patrick la miró fijamente.

—Lo que mamá quiera. Yo solo quiero que ella no me abandone porque esté casado.

—Mamá no te abandonará —dijo ella—. Siempre estará aquí. Ahora sé un buen chico, dúchate y vístete.

—Pero no he terminado —gimió él.

—Si eres un buen chico, vendré después de la ceremonia y te daré permiso para terminar.

—Sí, sí —dijo rápidamente él—. ¿Mamá me lo promete?

—Mamá te lo promete —contestó ella—. Ahora en marcha.

Patrick se levantó y fue al cuarto de baño. Ella se quedó un momento allí, le vio abrir el agua de la ducha, y después salió al corredor trasero. El ayuda de cámara esperaba junto a la puerta.

—Lord Patrick se está duchando —dijo Janette—. Ya puede entrar y ayudarle a vestirse.

—Sí, señora —contestó el ayuda de cámara—. Gracias, señora. —Titubeó un momento—. ¿Habrá boda, señora?

—Habrá —dijo ella.

Una expresión de alivio cruzó por el rostro del hombre.

—Gracias, señora. Habría sido un escándalo horrible, estando la princesa Margarita y todos los demás.

—Sí —dijo ella.

—¿Sabrá encontrar el camino, señora?

—Desde luego —repuso ella—. Usted entre y ayude a lord Patrick.

Fue una hora y media más tarde, al final de la ceremonia, cuando Patrick la miró. Había una extraña sonrisa en sus labios mientras levantaba el velo que cubría la cara de Lauren y se inclinaba a besarla. Los invitados se arremolinaron en torno a ellos con exclamaciones de felicitación y Janette se retiró de su posición como dama de honor para dejarles pasar.

—Te has superado a ti misma, Janette. Es un vestido maravilloso. —La voz de mujer hablando en francés surgió justamente detrás de ella.

Janette se volvió. Era Hebe Dorsey, la famosa columnista del *International Herald Tribune*. Esta atractiva mujer de ojos oscuros, cabello rubiorrojizo y piel perennemente bronceada era una de las cronistas de modas más importantes del mundo y colaboraba en muchos periódicos; también contribuía con un artículo mensual al *Vogue* francés. Los Reardon no habían querido a ningún representante de la prensa, pero como ella era íntima amiga de Janette, hicieron una excepción en su caso.

—Gracias, Hebe —dijo Janette.

—¿De dónde sacaste la idea? —preguntó Hebe—. Nunca había visto nada parecido. Los volantes de la falda daban la impresión de ondear y flotar cuando andaba.

Janette sonrió.

—Este es el efecto que quería conseguir. Se me ocurrió la idea cuando estuve en California hace unos meses y vi a Lauren haciendo *surf*. Pensé que sería maravilloso detener la espuma de las olas que se agitaban a su alrededor.

—¿Tienes alguna fotografía del vestido para darme? —preguntó Hebe.

—En este momento ya debe haber una en tu oficina —contestó Janette.

—Estupendo. —Hebe contempló a la multitud que rodeaba a los novios y se volvió nuevamente hacia Janette—. Soy una romántica incurable —comentó—. ¿Es verdad que se conocieron en tu colección del año pasado y que fue un flechazo?

Janette se echó a reír.

—Sí.

—Hebe suspiró, y después sonrió.

—Creo que ya tengo el encabezamiento de mi historia.

—¿Cuál será? —inquirió Janette.

Hebe la miró.

—Un cuento de hadas... hecho realidad.



Lauren estaba confundida. La realidad de su luna de miel no se parecía en nada a lo que había imaginado. Empezó como un sueño maravilloso. Después de la boda habían volado hasta Mykonos en el avión de Patrick. El helicóptero les esperaba allí para llevarles al *Fantasist*, anclado en una bahía de la isla. Toda la idea le había parecido como una película romántica. Un mes de luna de miel navegando por las islas griegas. Pero algo pareció fallar cuando abordaron el pequeño *jet* en Devon.

El auxiliar de vuelo les llevó una botella de champaña y dos copas en cuanto hubieron despegado. Llenó las copas y se retiró, desapareciendo tras la cortina de la cocina.

Ella dejó de mirar por la ventanilla, dio una copa a Patrick y cogió la otra.

—Por nosotros. —Sonrió—. ¿No es maravilloso?

Él no hizo ademán de probar el champaña. La miró en silencio mientras bebía, dejó la copa en la mesita situada entre ambos y se volvió hacia la ventanilla.

—Eh —dijo ella—. No has probado el champaña.

Él pareció casi enfadado cuando volvió la cabeza hacia ella.

—Estoy saturado de esa porquería para toda la vida. —Pulsó el botón de llamada. El auxiliar de vuelo acudió inmediatamente—. Tráigame un whisky solo.

—Sí, milord. —El hombre volvió al cabo de un momento, con un vaso de whisky en una bandeja.

Patrick lo miró.

—¿Cuántas veces tengo que decirle que cuando pido un whisky quiero que me traiga una botella llena? —gritó.

—Lo siento, milord —se excusó el hombre—. En seguida, milord. —Fue a la cocina y regresó con la botella, que dejó encima de la mesa, y después volvió a desaparecer.

Patrick bebió el whisky de un solo trago y llenó otra vez el vaso sin hablar.

Giró la cabeza hacia la ventanilla, sin mirar a Lauren, mientras se llevaba nuevamente el vaso a los labios.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella con voz asombrada—. ¿He dicho o hecho algo que no debía?

Patrick terminó el whisky y volvió a llenar el vaso antes de contestar.

—No —repuso con brevedad.

—No pareces feliz —dijo ella.

Él la miró con displicencia.

—¿Qué quieres que haga? ¿Bailar en el techo?

—Podrías comportarte como un hombre que se va de luna de miel —contestó Lauren.

—Estupideces de clase media —dijo él con brusquedad.

—Tú lo decidiste —repuso ella—. Yo no te lo pedí.

Patrick apuró el vaso y empezó a llenarlo de nuevo. Ella alargó el brazo por encima de la mesita y le tocó la mano.

—No bebas más, Patrick —dijo dulcemente.

Él la miró con ojos brillantes.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —preguntó con cierta insolencia.

—Podríamos ir al canapé de la parte de atrás y hacer el amor. Siempre he sentido curiosidad por saber qué tal era hacerlo en un avión.

—Yo lo he hecho —dijo él—. No es nada del otro mundo.

—Pero yo nunca lo he hecho —dijo ella—. Primero puedo darte un masaje a ti, y después tú me lo das a mí. —Sonrió de repente y le cogió la mano—. Tócame el conejo. Está húmedo. Me he excitado solo de pensarlo.

—Deja de hablar como una mujerzuela —dijo fríamente Patrick, apartando la mano—. Recuerda quién eres ahora.

—Sé quién soy —contestó ella, con voz ofendida—. Soy Lauren. ¿Quién esperas que sea?

Patrick se sirvió otro chorro de whisky y lo bebió antes de contestar.

—*Lady Reardon* —dijo con sarcasmo—. ¿O es esperar demasiado?

Ella le miró fijamente, incapaz de responder, con un nudo en la garganta y los ojos llenos de lágrimas. Se levantó rápidamente del asiento y fue al canapé de la parte trasera del avión.

Hicieron el resto del viaje en silencio y cuando aterrizaron en Mykonos, Patrick había bebido casi dos botellas de whisky y necesitó que le ayudaran a ir desde el

avión hasta el helicóptero. Cuando llegaron a bordo del *Fantasist*, no pudieron hacer otra cosa que acostarle y dejar que durmiera la borrachera.

Lauren se desvistió y se metió en la cama, desnuda, junto él. Le tocó suavemente en el hombro, pero Patrick estaba dormido. Ni siquiera se movió. Una hora después Lauren seguía sin poder conciliar el sueño. Renunció a la lucha, tomó dos válium cinco, fumó un Harvey número cuatro, hierba de sueño, como él lo llamaba, y se quedó dormida antes de notar que se le cerraban los ojos.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, Patrick estaba en pie, de espaldas a ella, poniéndose un par de pantalones. Ella abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Dios mío, Patrick! ¿Qué te ha pasado en la espalda? —preguntó con voz sobresaltada.

Él la miró *por* el espejo.

—Me caí al bajar las escaleras del jardín ayer por la mañana —contestó sin volverse.

Lauren se incorporó en la cama.

—Y no me dijiste nada. Ni siquiera durante la boda. Debías tener un dolor horrible. Tendrías que haberme dicho algo.

Él no contestó, y siguió contemplando la imagen de Lauren en el espejo.

—Ahora entiendo por qué bebiste tanto durante el viaje. —Lauren se levantó de la cama y se acercó a él. Le miró a la cara—. Tendrías que habérmelo dicho —repitió con dulzura—. Entonces lo habría comprendido.

Patrick la miró largamente.

—No quería preocuparte —dijo al fin.

Lauren se puso de puntillas y le besó.

—Lo siento, amor mío —dijo—. Será mejor encontrar algo para curarte.

Él esbozó su sonrisa de valiente caballero inglés.

—En realidad no es nada, cariño. Ya no me duele tanto.



Dos semanas más tarde estaban anclados en Corfú y Lauren tomaba el sol desnuda en la cubierta superior, esperando que Patrick terminara sus llamadas telefónicas de la mañana. Hablaba con su oficina dos veces al día, una por la mañana y otra por la tarde. Cogió un pulverizador de Evian. La fresca agua pulverizada fue como un bálsamo para su ardorosa piel. Entreabrió los ojos y miró al cielo. Sería mejor que Patrick se diera prisa. Al cabo de media hora resultaría imposible soportar aquel sol.

Se roció la mano con más agua y metió los dedos en el tarro de Tierra Solar que Harvey le había dado. Fue Janette quien la bautizó así, y ya estaba trabajando en el diseño del envase, pues pensaba introducirla en el mercado a principios del año siguiente.

Paseó la mirada por su cuerpo mientras esparcía la fina capa de arcilla. Realmente era milagrosa. Nunca había estado tan bronceada como ahora, y no había sufrido la

menor quemadura. En comparación, su cabello rubio nunca había estado tan blanco, sus cejas y pestañas eran prácticamente invisibles, e incluso su vello púbico parecía más blanco que la piel de debajo. Oyó pisadas en la escalerilla y levantó los ojos. La cabeza de Patrick apareció primero. Se detuvo un momento en mitad de la escalerilla.

—He pedido una copa —dijo—. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias —sonrió ella—. Pero has llegado a tiempo para ponerme crema en la espalda.

Lauren se echó sobre el estómago y Patrick se arrodilló junto a ella. Roció la mano de Patrick con un poco de agua y después se humedeció los hombros. Él hundió los dedos en el tarro y empezó a aplicar la fina capa de arcilla. Lauren le dirigió una mirada de soslayo. Patrick estaba sonriendo.

—Pareces muy satisfecho de ti mismo esta mañana —dijo ella.

—Lo estoy —contestó él—. Finalmente he logrado que esos bastardos de la junta reconozcan que sé lo que estoy haciendo.

—Eso es fantástico —exclamó Lauren. Sabía con qué escepticismo y resentimiento había tenido que enfrentarse al entrar en la compañía. Todo lo que quería hacer era sujeto a un escrutinio microscópico y combatido a cada paso—. ¿Qué les ha hecho ver finalmente la luz?

—Ha habido un par de cosas pero sobre todo ha sido el negocio con Janette —dijo él.

—Esto hace que me alegre el doble —dijo Lauren, dando media vuelta, incorporándose y besándole en la mejilla—. Estoy orgullosa de ti.

Él la miró.

—¿Sabes que el artículo más rentable de toda nuestra línea es Jeans Janette? Hemos ganado más de dos millones de dólares en los Estados Unidos en el primer año, y solo hace ocho meses que estamos en el mercado. Según todos los cálculos, el año próximo ganaremos seis millones. E incluso nuestros expertos han tenido que admitir que la idea de Janette de entretejer un diez por ciento de hilos elásticos en el dril fue brillante e incluso mejoró la caída de los pantalones. Incluso los traseros grandes quedan bien. Y para acabar de redondearlo, la colección que ha presentado a comienzos de esta semana ha demostrado a París y a todo el mundo de la moda que la del año pasado no fue una casualidad. Superó a cualquier otra.

—Me siento como una estúpida —dijo Lauren—. Yo solo pensaba en la boda. Me olvidé completamente de que era época de colecciones. Janette debe pensar que soy un mal bicho.

—Estoy seguro de que lo comprende —dijo él.

—¿Volvió a hacerlo en el Lido?

—No. Esta vez escogió el tema circense. Llegó a un acuerdo con un pequeño circo y lo hizo en una tienda en Montmartre, con maestro de ceremonias, payasos, acróbatas, leones, elefantes y demás. Y esta vez todos los diseños eran suyos. Demostró de una vez por todas que no necesita a Philippe Fayard ni a nadie para

ayudarla, que puede ocupar su lugar junto a St. Laurent, Givenchy, Bohan y el resto como uno de los grandes modistos. Solo en los primeros tres días después del pase, había recibido encargos por valor de un millón de dólares.

Lauren se rio con satisfacción.

—Apuesto a que ese hijo de perra de Carroll se está dando golpes contra la pared. Patrick se rio con ella.

—Apuesto a que sí.

—*Buana*. —La voz del negro venía de la escalerilla. Lauren cogió una toalla para taparse mientras terminaba de subir, con el alto y helado vaso de jugo de naranja con vodka en una bandeja.

Patrick cogió la bebida. Lanzó una mirada a Lauren.

—¿Estás segura de no querer nada, cariño?

Ella sujetó con más fuerza la toalla sobre su cuerpo.

—No, gracias —contestó.

—Eso es todo, Noah —dijo Patrick.

—Sí, *buana*. —El africano dio media vuelta y bajó por la escalerilla.

Patrick tomó un sorbo de la bebida.

—Es muy bueno —dijo, alargando el vaso hacia Lauren—. Pruébalo.

Ella sacudió la cabeza.

Él la miró.

—Caramba, estás casi tan negra como él.

Lauren se incorporó, echándose la toalla sobre los hombros.

—Me gustaría que te libraras de él —dijo—. Me hace sentir incómoda.

—Eso son tus prejuicios americanos —rio él—. No te gustan los negros.

—No es eso —contestó rápidamente ella—. Siempre me está mirando. Noto sus ojos fijos en mí.

Él volvió a reírse.

—¿Qué esperas, paseándote desnuda a todas horas? ¿Qué crees que hace el resto de la tripulación? Lo mismo. Solo que ellos lo disimulan mejor.

—Es como un animal —dijo ella—. Tendrías que advertirle que se pusiera ropa interior o algo. Siempre ves la forma de su pene con esos pantalones tan ajustados que lleva.

La sonrisa desapareció del rostro de Patrick.

—No tienes por qué mirar.

—No miro —dijo ella—. No tienes que hacerlo, salta a la vista.

Patrick dejó la bebida y deslizó inesperadamente la mano entre las piernas de ella, después se llevó los dedos a los labios y los lamió.

—Estás mojada —dijo con voz excitada—. Admítelo, el tamaño de su pene te ha puesto caliente.

—No seas idiota —contestó ella, molesta—. Me he puesto caliente cuando has empezado a frotarme la espalda.

—Quiero comerte —dijo él.

—Entonces deja de hablar y hazlo —rio ella, obligándole a bajar la cara.



Lauren estaba echada en la cama, mirando cómo Patrick se desnudaba, cuando notó la vibración de los motores y el barco empezó a moverse. Se incorporó y alargó la mano hacia el pequeño neceser de viaje donde guardaba sus existencias de Harvey. Sin levantar los ojos preguntó:

—¿A dónde vamos ahora?

—A Hydra —contestó él.

—¿Otra isla? —preguntó ella.

—Sí. Está a unas ciento cincuenta millas de aquí. Llegaremos mañana por la mañana.

—¿Griega? —preguntó ella, cogiendo cada bolsa de celofán, mirándola, y volviendo a dejarla en su lugar.

—Naturalmente —contestó Patrick, yendo hacia el borde de la cama y mirándola—. Es lo único que hay en las islas griegas.

—¿Qué es lo que esta tiene de especial?

—No lo sé —dijo él—. Está considerada como un sitio muy hermoso.

—Todas las islas griegas me parecen iguales —dijo ella, sin dejar de rebuscar entre las bolsas de celofán—. Tengo callos en los pies de tanto bailar el *sirtaki*, y si oigo otro coro de «Nunca en domingo» desearé quedarme sorda.

—Pareces muy harta —comentó él. No obtuvo respuesta—. ¿Qué estás buscando? —preguntó.

—Harvey dijo que había puesto un paquete con una nueva clase de hierba —explicó—. La he encontrado —añadió, levantándola triunfalmente—. El número dieciséis.

—¿Qué nombre le ha puesto a esa?

—Hierba fantasía —contestó ella, liando el cigarrillo—. Dice que te hace el mismo efecto que la mescalina o el peyote.

—Fantasía —repitió Patrick, intrigado por el pensamiento. Se sentó en el borde de la cama, observando cómo ella lamía el papel del cigarrillo—. Esto es lo que deberían ser todas las lunas de miel. Un tiempo para la fantasía.

—No me quejo —dijo Lauren, encendiendo el cigarrillo. Dio unas chupadas, y se lo pasó a él—. Pruébalo —dijo—. Yo noto un zumbido.

Él dio varias chupadas.

—¿Fantaseas alguna vez? —preguntó, sujetando el cigarrillo.

—¿Sobre qué? —preguntó ella, recostándose en las almohadas.

Él volvió a fumar, y después pasó el cigarrillo a Lauren. Dejó que sus dedos jugaran con el vello púbico de la joven.

—Por ejemplo, sobre afeitarte el conejo y tenerlo tan suave y rosa como el de una

niña.

Lauren dio una chupada al cigarrillo. Como de costumbre, Harvey tuvo razón. Esta hierba hacía números en la cabeza. Ya empezaba a notar sus efectos. Se rio.

—¿Te gustaría hacerlo?

Él asintió.

Lauren le dio el cigarrillo, saltó de la cama y fue al cuarto de baño. Al cabo de un momento estaba de vuelta, con el pubis cubierto de espuma de afeitar y la navaja en la mano.

—Bueno —dijo—. Hazlo.

Unos minutos después se hallaba delante del espejo, examinándose. Se rio.

—Mi clítoris es como una pequeña lengua rosa asomando entre los labios. —Se volvió hacia él—. ¿Te gusta?

—Lo encuentro precioso. —Dio otra chupada al cigarrillo y se lo pasó a ella—. ¿Sobre qué fantaseas tú?

Ella fumó y se echó a reír.

—No te gustaría.

—Quizá sí —dijo él.

—Sobre el aspecto que debes tener sin la barba —dijo ella. Volvió a reírse—. Es curioso. Estoy casada contigo y ni siquiera sé qué cara tienes. En serio.

Él guardó silencio unos momentos, tratando de ordenar sus pensamientos. Le costaba recordarlos el tiempo suficiente para expresarlo en palabras.

—Estoy igual —dijo finalmente.

—¿Qué es igual? —rio ella.

—Igual que siempre —dijo él. Se echó a reír—. Es curioso, ¿verdad? En serio. Igual.

—Es curioso.

—Te lo demostraré —dijo él, yendo al cuarto de baño. Lauren le siguió y le miró mientras se ponía la espuma en la barba. Cuando se hubo afeitado la mitad de la barba, volvió este lado hacia ella—. ¿Lo ves? —preguntó, dejando la navaja—. Estoy igual.

—Patrick, estás guapísimo —exclamó ella.

—Ya te lo decía —contestó él, cogiendo la toalla para secarse la cara.

—No puedes parar ahora —dijo ella.

—¿Por qué no? —preguntó él.

—No puedes ir por ahí con una barba que solo te tapa la mitad de la cara —dijo ella, riendo—. Es una tontería.

Él se volvió y se contempló en el espejo. Estalló en carcajadas.

—Tienes toda la razón. Sería una tontería. —Añadió rápidamente más espuma a la barba y se afeitó el resto. Después se pasó los dedos por las mejillas—. Es una sensación extraña —dijo—. Hacía ocho años que llevaba barba. Casi me había olvidado de lo que era ir afeitado.

—Pareces más joven —dijo ella.

—¿De verdad te gusta?

—De verdad que sí. No lo sabía, pero eres muy guapo. Ahora tendré que preocuparme. Todas las chicas querrán conquistarte.

Él se volvió otra vez hacia el espejo y se frotó la cara.

—Es una sensación extraña —repitió.

—Igual que la que yo siento en el conejo —rio ella—. ¿Qué te parece si presentamos a los dos desconocidos?

Unos minutos después Lauren le apartaba la cara.

—No puedo esperar más —dijo sin aliento, intentando empujarle sobre ella—. Quiero que me penetres.

Patrick rodó sobre la cama de modo que ella quedó encima de él.

—Adelante.

—Sí —dijo Lauren, poniéndose de rodillas. Después, guiándole hacia su interior con la mano, descendió lentamente sobre él. Exhaló un suspiro de placer—. Oh, eso es. —Empezó a moverse lentamente sobre él—. Oh, sí, ya la noto. Es como una roca ardiendo dentro de mí.

—Más fuerte —dijo él—. ¡Quiero que la golpees!

Ella empezó a moverse más deprisa, dejando caer el cuerpo con fuerza sobre él. Se inclinó sobre él, agitando los senos encima de su cara.

—Te estoy golpeando con las delanteras —dijo.

—Están tan negras como las de una negra —dijo él.

—¿Te gusta esto? —Le sujetó los brazos sobre la cama—. Ahora no puedes moverte. La negra va a violarte.

—¡Por favor, no! —exclamó él, sintiendo el inicio del orgasmo en su interior.

—¡No puedes detenerme! —dijo ella ferozmente. Después su propio frenesí se adueñó de ella—. ¡Noto tu pene eyaculando dentro de mí! —Su cuerpo empezó a convulsionarse con orgasmos—. ¡Ya viene, ya viene, ya viene!

Se derrumbó sobre él mientras ambos recobraban el aliento. Al cabo de un momento, él hizo un gesto como si fuera a moverse. Ella se lo impidió.

—Déjala ahí dentro. No la saques todavía.

—Quería un cigarrillo —dijo él.

—Dentro de un momento. —Le miró a los ojos—. ¿Te has imaginado realmente que era una negra?

Él asintió sin hablar.

—¿Qué te has imaginado?

—Muchas cosas —dijo él.

—Como ¿cuáles?

—Quiero un cigarrillo —dijo él. Ella se apartó y él salió de la cama y fue al tocador para coger sus cigarrillos. Vio el reflejo de su cara en el espejo y se quedó un momento contemplándola. Después se la tocó con los dedos.

—¡Oh, mierda! —exclamó, volviéndose a mirar a Lauren—. ¿Qué demonios ha puesto Harvey en esa hierba? Realmente me he afeitado la barba.

—Y yo te he dejado afeitarme el conejo. —Se echó a reír, salió de la cama y fue hacia él. Cogió un cigarrillo del paquete, lo encendió y se lo dio a Patrick—. Este ha sido nuestro mejor polvo desde que nos conocemos. Tendríamos que fumar esa hierba fantasía más a menudo.

Patrick dio una chupada al cigarrillo y finalmente sonrió.

—Podría llegar a ser ridículo —dijo—. Estaría horrible con la cabeza afeitada.

—¿Es que no se te ocurre ninguna fantasía mejor? —preguntó Lauren, sonriendo. Él sonrió lentamente y volvió a la cama.

—Desde luego que sí —dijo. La miró—. Tengo la impresión de que ya estás harta de islas griegas.

Lauren asintió.

Patrick descolgó el teléfono y marcó el número del puente.

—Olvídese de Hydra —dijo al capitán—. Ponga rumbo a Saint-Tropez. —Colgó el teléfono y la miró—. ¿Qué te parece esta fantasía?

Ella se echó a reír.

—Vas mejorando.

—He pensado que te gustaría —sonrió él—. Llegaremos dentro de tres días. Janette da su gran fiesta anual el domingo por la noche. Tendrá la mayor sorpresa de su vida cuando nos vea aparecer.



Eran casi las tres de la madrugada y la fiesta estaba en su apogeo. Lauren tenía la cabeza a punto de estallar con aquel ruido. Resistía la hierba y la cocaína, pero el champaña que Patrick le había dado incesantemente desde su llegada le había sentado mal. Ella le dijo una y otra vez que no podía tolerarlo, pero él siguió llenándole la copa. Ahora le daba vueltas la cabeza y empezaba a tener náuseas. Le buscó entre la multitud. Quería volver al yate y dormir.

Agosto era el mes de las fiestas en Saint-Tropez y Janette se había propuesto superarlas todas. Surtida por Félix o L'Escale, la gigantesca mesa del bufet instalada bajo el alero de la terraza rebosaba de comida. Magníficos asados de ternera y cordero, fuentes llenas de langostas y langostinos, cestas de *crudités* decoraban todas las mesas. Antes de servir la cena, media docena de camareros habían circulado entre la multitud, cada uno de ellos con un bol repleto de caviar sobre una bandeja. Había velas en todas las mesas, y debajo del alero y en todo el jardín, colgando de las ramas de los árboles, titilaban farolillos de papel. Los Paraguayanos tocaron flamenco antes de la cena y durante ella, y después dos grupos de rock conmovieron la noche para bailar.

El centro del espacioso salón había sido habilitado como sala de baile y resultaba imposible atravesarlo a causa de la multitud. Lauren se abrió paso junto a las paredes

de la habitación hasta la esquina donde Janette había permanecido la mayor parte de la noche. Era un punto estratégico desde donde podía ver casi todo lo que sucedía.

Janette estaba sonrojada y sonriente mientras hablaba con el grupo de personas que la rodeaban. No necesitaba que nadie le dijese que la fiesta era un éxito. Lo comprendió cuando los vejestorios de *Monte Carlo* empezaron a llegar con sus trajes largos y sus esmóquines. Esa gente no habría viajado dos horas en coche si no consideraran que la fiesta era importante. No solo eso; Jack Nysberg, el fotógrafo oficial del *Vogue* francés, estaba tomando fotografías, y esto constituía un sello de aprobación oficial.

Lauren le tocó el brazo para atraer su atención. Janette se volvió hacia ella.

—*Oui, chérie!*

—¿Has visto a Patrick? —preguntó Lauren.

Janette miró a su alrededor.

—No, no le he visto. Quizás haya salido a la terraza. ¿Quieres que envíe a alguien a buscarle?

—No —dijo Lauren—. Ya tienes bastantes cosas que hacer. Yo misma le buscaré.

—De acuerdo. —Janette sonrió y se volvió hacia su círculo de amigos mientras Lauren se abrió paso hasta la terraza.

Aún había gente sentada a las mesas, comiendo, cuando Lauren salió. Una rápida ojeada le reveló que Patrick no estaba allí. Unas estridentes carcajadas procedentes de la piscina atrajeron su atención y salió al jardín.

Al atravesar el pequeño grupo de árboles que separaban la piscina de la casa, vio a varias parejas haciendo el amor sobre la hierba, ajenos o indiferentes a quien les viera. Llegó al extremo más próximo de la piscina.

Parecía haber una veintena de hombres y mujeres desnudos chapoteando en el agua; otras veinte personas y pico los contemplaban desde el borde, riéndose de sus payasadas. Patrick no estaba entre ellas. Había otro grupo en el extremo más lejano de la piscina y Lauren se dirigió hacia él.

Patrick estaba allí, con unas nueve personas más. Tenía una botella de champaña en una mano y una copa en la otra. Lauren se le acercó por la espalda y le tocó el brazo.

Él se volvió y le sonrió.

—Estaba esperando que vinieras —dijo con voz espesa. Le acercó la copa de champaña—. Bebe un poco y contempla el espectáculo.

Ella movió la cabeza.

—Ya he bebido bastante, y creo que tú también.

—No seas aguafiestas —dijo él, empujándola hacia delante—. Observa.

Al principio Lauren pensó que solo eran tres muchachas desnudas revolcándose unas encima de otras en el suelo, pero después se dio cuenta de que había alguien más. Quizá fuese porque era tan negro que se confundía con la semioscuridad por lo que no le vio inmediatamente. O porque las muchachas desnudas estaban encima de

él y lo ocultaban.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —Se volvió airadamente hacia Patrick.

—He enviado a buscarlo —dijo Patrick—. Incluso los negros tienen derecho a divertirse un poco.

Lauren hizo ademán de alejarse pero él la detuvo.

—Mira eso —dijo riendo. Una de las muchachas se dejaba caer encima de Noah—. Cien libras a que no puede con él. Es demasiado grande para ella —gritó.

—Apostadas —dijo uno de los hombres.

Patrick la miró.

—¿Qué te parece esto como fantasía? ¿No te gustaría unirse a ellos?

—Quiero volver al barco —dijo ella, desasiéndose con ira—. No me encuentro bien.

Patrick la miró fijamente.

—El coche y el chófer están fuera. Vete si quieres, pero yo me quedo. Es la primera vez que me divierto desde hace un mes.

Volvió casi corriendo a la casa, parpadeando sin cesar para contener las lágrimas. Tendría que atravesarla para llegar a la zona de estacionamiento de la parte delantera. Pero cuando entró en la casa, el calor de los cuerpos y el ruido la afectaron y sintió que sus náuseas aumentaban. Comprendió que no podría llegar al coche si tenía que pasar a través de la multitud. Echó a correr escaleras arriba hasta la habitación que ocupara el año anterior y se precipitó hacia el cuarto de baño.

Arrodillada en el suelo, sujetándose con las manos en el borde del retrete, su cuerpo se convulsionó con un espasmo tras otro mientras vomitaba en la taza. Parecía como si estuviera devolviendo todo lo que había comido durante la última semana. Finalmente, las náuseas cesaron y se sentó, exhausta, sobre las piernas dobladas. Descansó unos momentos hasta que se sintió con fuerzas suficientes para levantarse. Fue tambaleándose hasta el lavabo y se miró en el espejo. Tenía muy mal aspecto, con el maquillaje corrido, y la cara pálida de sudor. Abrió el agua fría, cogió una toalla pequeña y empezó a lavarse la cara. Después se llevó la toalla a la nuca y se aclaró la boca para librarse del desagradable sabor.

Abrió el bolso y empezó a retocarse lentamente el maquillaje. Pero era algo laborioso. Aún se sentía débil y agotada. Debía ser culpa de todo el champaña que había bebido. Nunca se había encontrado tan mal en su vida. Incluso le costó un gran esfuerzo pintarse los labios.

Incluso cuando hubo terminado de maquillarse y se disponía a salir del cuarto de baño, sintió que le abandonaban las fuerzas y empezó a temblar. Fue al dormitorio y se quedó un momento inmóvil contemplando la cama. Unos minutos de descanso y se encontraría mejor.

Se sentó en el borde de la cama, se quitó los zapatos y se desperezó. Estaba en lo cierto; ya empezaba a sentirse mejor. Cerró los ojos con gratitud. Gradualmente fue dejando de temblar. Mucho mejor, pensó. Después se quedó dormida.

Se despertó al oír voces en la habitación contigua. Tardó un momento en recordar dónde se encontraba. La habitación aún estaba oscura, pero las primeras luces del alba empezaban a introducirse por las ventanas. Se levantó lentamente de la cama y fue al cuarto de baño. Se lavó otra vez la cara con agua fría y se miró en el espejo. El color había vuelto a su cara. Era una suerte que se hubiese quedado dormida. Necesitaba un descanso.

Abrió el bolso. Lo que ahora necesitaba era un estimulante para despejarse. Entonces se acordó de que había dejado la caja de píldoras en el barco y que había dado coca a Patrick. Volvió a oír voces en la habitación contigua. Janette aún estaba despierta. Ella le daría algo.

Fue al dormitorio y se puso los zapatos. Abrió la puerta y salió al rellano. La casa parecía extrañamente silenciosa. Se acercó a la barandilla y miró hacia abajo. Vio el salón a través de la arcada. Seguía reinando la confusión pero no había nadie.

Oyó otra vez el sonido de voces en la habitación de Janette. Fue hacia allí y llamó con los nudillos. Las voces continuaron como si no la hubieran oído. Abrió ligeramente la puerta y miró por la rendija. Una de las paredes del dormitorio de Janette estaba totalmente cubierta por un espejo y desde donde se hallaba pudo ver toda la habitación reflejada en él. Una oleada de frío la recorrió de pies a cabeza, inmovilizándola en una parálisis momentánea.

Tres figuras estaban enmarcadas en el espejo como sobre una gigantesca pantalla. Patrick, de rodillas ante el africano, se masturbaba violentamente mientras con la otra mano sujetaba el falo de Noah dentro de su boca. Se retorció de dolor mientras Stéphane, azotándole la espalda con una fusta de montar a caballo, y la cara contorsionada por un extraño odio, gritaba:

—*Plus dur!* ¡Basura! ¡Cerdo! *Suce plus fort!*

Por un momento creyó que iba a desmayarse, pero después la indignación le confirió una fuerza insospechada. Cerró lentamente la puerta y se apoyó en ella, esforzándose por recobrar el dominio de sí misma. De repente comprendió muchas cosas. Las ronchas en la espalda de Patrick el día después de la boda. Por qué siempre quería que ella ocupara la posición dominante cuando hacían el amor. Por qué se negaba a desprenderse del africano. Ahora todo encajaba. Había sido una tonta no viéndolo antes.

Entonces el dolor se abrió paso en su interior y sus ojos se llenaron de lágrimas. Se dirigió hacia las escaleras, bajó lentamente los peldaños y fue hacia la puerta principal.

La puerta se abrió cuando llegó a ella y Janette apareció en el umbral. Se detuvo y miró a Lauren con sorpresa.

—Vengo de desayunar en La Gorille —dijo—. Pensaba que habías vuelto al barco temprano.

De repente Lauren se sintió avergonzada. Bajó los ojos.

—No —murmuró.

—Entonces, ¿dónde estabas? —preguntó Janette.

—Me he quedado dormida en mi antigua habitación —contestó, mirando al suelo.

—Oh —exclamó Janette.

Lauren levantó los ojos.

—¿Sabías que Patrick está en tu habitación con el negro y tu amiga?

Los ojos de Janette nunca pestañeaban cuando mentía.

—No. —Pero lo sabía, pues ella misma lo había arreglado. Se dirigió hacia las escaleras—. Los echaré ahora mismo.

Lauren la detuvo.

—No te molestes —dijo con voz inexpresiva—. Eso no cambiaría nada.

—Entonces, ¿qué quieres que haga? —preguntó Janette.

—Llévame al barco —dijo Lauren—. Haré las maletas y volveré a casa.

Fueron hasta el coche en silencio y subieron a él. Casi era de día cuando salieron del jardín y enfilaron la estrecha carretera que conducía al pueblo.

Lauren miró a su hermana. Janette tenía los ojos entornados mientras observaba la carretera bañada por el sol.

—¿Por qué no me dijiste que era así? —preguntó.

—Me prometió que cambiaría —contestó Janette, sin apartar los ojos de la carretera—. Después de todo, empezó a trabajar.

Lauren se echó a llorar, y el dolor que sentía se acrecentó.

—De todos modos, tendrías que habérmelo dicho. Me siento como una idiota. Todo el mundo lo sabía menos yo. Apuesto a que me consideran la mayor estúpida de todos los tiempos.

—Todas están celosas de ti —dijo Janette—. Ni una sola de ellas dudaría en ocupar tu lugar, incluso ahora.

—No lo entiendo —sollozó Lauren.

—Cuando seas mayor lo entenderás —dijo Janette. Miró a Lauren—. Estas cosas pasan continuamente. Los hombres son unos animales extraños, actúan de un modo extraño, pero siempre terminan enderezándose.

—Él no lo hará —repuso Lauren con convicción—. No solo es un retorcido, sino también un homosexual. Esto no tiene remedio.

—La mitad de las mujeres europeas no estarían casadas si pensaran así —dijo Janette. Miró otra vez a Lauren—. El padre y el abuelo de Patrick eran conocidos homosexuales en su época. Sus esposas lo sabían y lo aceptaban. Esto no les impidió ser felices en su matrimonio y formar una familia.

Lauren había dejado de llorar y contemplaba la carretera en silencio.

—Quizá Patrick al odiar a su padre se odiaba a sí mismo. Al menos, intentó ser diferente. —Janette aminoró la velocidad para dejar entrar en la carretera a un camión cargado de maíz recién segado, y después siguió avanzando lentamente detrás de él—. Esperaste un año para casarte. ¿Crees que eres justa contigo misma decidiendo destruir tu matrimonio tan deprisa?

—Entonces, ¿crees que debería seguir casada con él? —preguntó Lauren.

Janette titubeó un momento, y después miró a su hermana.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque podría ser un buen matrimonio. La familia de Patrick es una de las mejores de Inglaterra, el título se ha transmitido a lo largo de cuatro generaciones. Y cuando muera su madre, Patrick será uno de los jóvenes más ricos del mundo.

—Si es tan buen partido, ¿por qué no te casaste con él? Te lo pidió antes que a mí.

Janette le dirigió una rápida mirada y después volvió a concentrarse en la carretera. Contestó en voz baja.

—Porque no podía darle lo que el matrimonio necesitaba para ser un éxito. Herederos. Sufrí un accidente cuando era joven y no puedo tener hijos.

Impulsivamente, Lauren tocó la mano de su hermana.

—No lo sabía, Janette. Lo siento.

—*C'est la vie*. —Janette se encogió de hombros y después la miró—. Pero a ti no te pasa nada. Tienes alternativas. Puedes lograr que sea un éxito si te lo propones.

Lauren la miró a su vez.

—Quizá pienses que soy una ingenua. O una estúpida. O las dos cosas. Pero el dinero y el título nunca han significado nada para mí. Y sigue siendo así. —Guardó silencio un momento mientras el coche entraba en las angostas calles del pueblo que conducían al puerto—. Creo que soy más americana de lo que pensaba. No puedo observar las reglas que tenéis los europeos. Para mí, el matrimonio sin amor no es un matrimonio.

Tomó el vuelo de las siete treinta de la mañana de Niza a París y luego el vuelo polar de las diez de París a California. Y hasta seis semanas más tarde, dos días después de recibir el decreto interlocutorio de divorcio en el juzgado de Santa Mónica no descubrió que estaba embarazada de dos meses.

El portero de Maxim's abrió la puerta del Rolls y se llevó la mano a la gorra.

—*Bonjour, madame* —dijo, y después se apresuró a abrirle la puerta del restaurante. Janette entró y se detuvo un momento, mientras el *maître* se acercaba rápidamente.

—*Madame* de la Beauville. —Se inclinó—. *Monsieur* Caramanlis la está esperando. Haga el favor de seguirme.

Janette le siguió por el pasillo hasta el restaurante, deslumbrada por la brillante luz del exterior. Maxim's a la hora de comer era muy distinto de Maxim's a la hora de cenar. Al mediodía, todos los clientes importantes y regulares ocupaban la habitación delantera, muchos de ellos en la misma mesa todos los días, mientras que el turista y el cliente ocasional se sentaban en la habitación trasera, cuya pista de baile también estaba cubierta de mesas. Por la noche, ocurría lo contrario; los clientes importantes eran acomodados en la habitación trasera cerca de la orquesta y la música mientras que los demás ocupaban la habitación delantera.

Caramanlis era uno de los regulares. Estaba sentado solo en una gran mesa redonda junto a la ventana del extremo más alejado, no lejos de Robert Caille, el editor de *Vogue*, que siempre ocupaba la mesa central y ahora estaba hablando animadamente con varios hombres, por lo que no la vio cuando pasó junto a él. Caramanlis se levantó cuando ella llegó a la mesa.

Le besó la mano y le indicó su silla; después se volvió hacia el *maître*.

—Ya puede abrir el champaña.

Janette sonrió y se sentó mientras el *maître* le sujetaba la silla. Miró a Caramanlis sin hablar. Después de lo ocurrido entre ellos la noche anterior, no esperaba que volviera a llamarla.

Todo comenzó aquella mañana, cuando se sentaba a desayunar en casa. A las ocho oyó el timbre de la puerta. Al cabo de unos minutos apareció el mayordomo con una caja de rosas y la sostuvo mientras ella cogía la tarjeta y la leía. No había ningún mensaje, solo el nombre escrito a mano. Caramanlis.

Después, a las diez en punto, cuando se sentaba ante la mesa de su despacho, Robert, su secretario, entró en la habitación. Él también llevaba una caja de rosas rojas. Esta vez había un estuche de terciopelo en el interior, además de la tarjeta. Abrió primero el estuche.

En el interior, colocada sobre seda negra, había una gargantilla de esmeraldas cuadradas, montadas en oro y enlazadas por pequeños diamantes redondos de un blanco purísimo. La contempló en silencio. Al cabo de un momento, cerró el estuche con brusquedad y cogió la tarjeta.

—¿*Madame* no desea ponérsela? —La voz de Robert parecía escandalizada.

—No —contestó ella—. Es demasiado griega.

Esta vez había un mensaje en la tarjeta. «Almuerzo. Maxim's. A la una». Ningún nombre. Solo la inicial «C».

Movió la cabeza. Por un momento, sintió la tentación de devolverle la joya sin siquiera una nota, pero él no entendería la sutileza. Un ego como el suyo no tenía límites. Acudiría al almuerzo y vería por sí misma la expresión de su cara cuando se la devolviera. Miró a su secretario, que seguía allí, con la caja de flores en las manos.

—Deje de mirarme con esa expresión estúpida en la cara —dijo Janette con voz irritada—. Vaya a poner las rosas en agua.

—Sí, *madame*. —Robert se dirigió apresuradamente hacia la puerta.

—Y, Bobby —añadió Janette, cuando él ya se disponía a salir—, colóquelas en el mostrador de recepción. No las quiero aquí dentro.



El *maître* colocó las heladas copas de champaña frente a ellos y sirvió un poco de líquido en la copa de Caramanlis para que lo probara. Caramanlis asintió sin probar el vino. El *maître* se inclinó, llenó ambas copas y se alejó.

Caramanlis levantó su copa.

—Te debo una disculpa y una explicación.

Janette no tocó su copa.

—No me debes nada —dijo con calma, sacando el estuche de terciopelo del bolso y empujándolo hacia él sobre la mesa—. Y mucho menos chucherías como esta.

—Pero... pero no comprendes —dijo él, casi tartamudeando de sorpresa—. Quería que supieras... que después de anoche... no habrá más palabras duras.

—No es necesario que me lo digas —replicó ella con sarcasmo—. Ni siquiera se te puso lo bastante dura para que yo sintiera algo.

Caramanlis notó que se le caía el velo de los ojos.

—¡Perra! —exclamó con furor.

Janette comprendió que había dado en el blanco. Sonreía dulcemente cuando se levantó de la mesa.

—Adiós, *monsieur* Caramanlis —dijo, y se marchó.

Él no volvió la cabeza para mirarla. Notó que el rubor subía por su cuello y llegaba hasta su cara, y mantuvo los ojos bajos, mirando el estuche que continuaba encima del mantel. Estaba seguro de que el súbito silencio reinante significaba que su conversación había sido oída en toda la habitación. Cogió su copa de champaña con una mano que temblaba violentamente.

Casi tan deprisa como habían cesado, las voces reanudaron su tono normal. Caramanlis tomó un sorbo de champaña. A través de la ventana vio que el portero mantenía abierta la puerta del Rolls mientras ella entraba en el coche. Después cerró la puerta y el coche se alejó.

En aquel momento apareció un camarero y retiró la copa de champaña y el

servicio de Janette. A continuación se acercó el *maître*.

—¿Desea *monsieur* Caramanlis pedir el almuerzo? —preguntó, como si nada extraordinario hubiera sucedido.

—Tomaré el lenguado a la parrilla, con limón, sin mantequilla ni patatas, y ensalada verde aliñada con limón. —El *maître* se alejó y él cogió el estuche de terciopelo y lo guardó en el bolsillo de su americana. Frunció otra vez los labios. Esta chuchería, como la perra lo había llamado, costaba un cuarto de millón de dólares. Por primera vez desde que ella abandonara la mesa, levantó los ojos y miró a su alrededor.

Nadie parecía estar observándole; todo el mundo hablaba con la animación habitual. Pero no se dejó engañar. A la hora del cóctel, todo París hablaría y se reiría de él.

De repente el champaña le supo amargo. Dejó la copa. Era como todas las rameras francesas que él había conocido, haciendo su juego delante de un público, convencidas de que su coño las hacía inviolables.

Pero esta descubriría que estaba equivocada. En el pueblecito griego donde había nacido sabían cómo tratar a las rameras que habían traspasado sus privilegios. Era una lección que no solían olvidar en el resto de su vida.



—Te estás haciendo viejo, Jacques —dijo Janette, mirándole por encima de la mesa—. En otros tiempos siempre me empujabas hacia delante; ahora lo único que te oigo decir es «más despacio». ¿Qué habría de malo en beneficiarnos de nuestro propio trabajo?

Él le devolvió la mirada, sin dejar que su cara reflejase el dolor que sus palabras le habían producido.

—Siento que opines de este modo, Janette —contestó—, pero no digo que haya nada malo en querer obtener todos los beneficios. Lo que te estoy pidiendo que consideres es si valen diez millones de dólares.

»Ahora mismo, sin ninguna inversión por nuestra parte, estamos ganando entre cuatro y cinco millones de dólares anuales y la mayor parte procede de patentes y derechos. Kensington tuvo que hacer la inversión en tiendas, inventarios, medios de producción, organización de ventas y publicidad. Nosotros solo contribuimos con nuestro nombre y nuestros diseños.

—Mi nombre y mis diseños —corrigió vivamente Janette.

—Así es —asintió—. Esta es nuestra única inversión y creo que deberíamos limitarnos a ella y protegerla. Mira lo que nos cuesta introducir *Soie* en el mercado. Veinticinco millones de francos duramente ganados. Y pasarán tres años antes de que podamos obtener algún beneficio. Y es una promoción muy satisfactoria.

—¿Qué me dices de la costura? Esto también nos pertenece por completo. Hacemos más negocio de lo que nunca nos habíamos atrevido a soñar. Tenemos tanto

éxito como cualquiera de ellos... Dior, St. Laurent, Givenchy. Sin embargo, los gastos de la operación consiguen tragarse todo lo que ganamos. Nos damos por satisfechos si cerramos el año sin pérdidas.

—No me opongo únicamente a los diez millones de dólares que en este momento no tenemos, Janette. Es lo que hay detrás. Se necesitará más dinero para crear y poner en funcionamiento todos los servicios que Kensington ahora realiza para nosotros. Esto podrían ser otros diez millones de dólares. Y lo que digo es que aunque tuviéramos los veinte millones de dólares para hacerlo, no estamos equipados. ¿Qué sabemos de la fabricación en Sudamérica y Asia? ¿Del funcionamiento de las tiendas minoristas en América? Nada. Lo haríamos peor que unos aficionados. Incluso los profesionales tropiezan con problemas que no habían esperado. Mira a Agache-Wimot, uno de los operadores minoristas con más éxito en Francia. Hace poco tiempo compraron Korvette en los Estados Unidos, una operación que se consideró un éxito. Pero algo falló. Casi en seguida perdieron cuarenta millones de dólares, y a causa de ello, se enfrentan con la posibilidad de perder el control de su propia compañía francesa a manos de los bancos. —Hizo una breve pausa para recobrar el aliento.

—¿Has terminado? —preguntó fríamente Janette.

—No —dijo él—. Aún no. Quiero que lo oigas todo. Después podrás decidir si crees que me estoy haciendo viejo o no. —Hizo otra pausa, y después continuó sin esperar que ella contestara—. Y aunque tengamos éxito, ¿qué ganaremos?

»Sabemos que ellos obtienen el doble de beneficios que nosotros. Pero no sabemos cómo se distribuyen estos beneficios ni de dónde salen. No olvides que hicieron este trato con nosotros porque ya tenían las fábricas y los medios para producir sus propios tejidos y mercancías. Lo fabrican todo ellos mismos desde el principio, y yo diría que la mayor parte de sus beneficios se debe a esto, no a la venta minorista. Si quieren, incluso pueden permitirse el lujo de sufrir pérdidas en el campo de la venta al por menor, porque serán absorbidas por sus beneficios de producción.

»Si no me equivoco, lo máximo que nosotros podemos ganar, si compramos nuestra participación y tenemos éxito haciendo todas las cosas que creo que debemos hacer, son unos dos millones de dólares anuales. Esto significa que tardaríamos diez años en recuperar los veinte millones de dólares que tendríamos que invertir. Y eso sin siquiera saber lo que tendríamos que pagar por los veinte millones si los obtuviéramos. Es muy posible que los cuatro o cinco millones de dólares anuales que ahora ganamos desaparezcan completamente, absorbidos por las operaciones de un negocio que desconocemos. Fue lo que ocurrió a Agache-Wimot. Puede ocurrirnos a nosotros.

Volvió a tomar aliento. Ella seguía contemplándole en silencio.

—Soy amigo tuyo, Janette. Hemos librado muchas batallas juntos, codo con codo, de modo que no creo necesario tener que demostrarte mi amistad o devoción por ti. He observado con admiración cómo has luchado desde que eras una jovencita

para convertirte en la mujer fuerte e importante que eres hoy, sin par en nuestro negocio. De modo que, como amigo, tengo la obligación de prevenirte. Nadie en el mundo puede tenerlo todo. Deja siempre algo para que los demás se beneficien, y tú te beneficiarás también. No permitas que tu propio ego y ambición ciega te lleven a tu propia destrucción.

Guardaron silencio largo rato, mirándose el uno al otro. Finalmente Janette habló.

—Ha sido un discurso muy largo.

Él asintió lentamente.

—Así es. No sé de dónde ha salido. No lo esperaba.

—Yo tampoco —dijo ella. Volvieron a permanecer callados unos momentos, y después ella le miró a los ojos—. ¿Hablabas en serio? Me refiero a lo de mi ego y ambición ciega.

Él se desconcertó.

—No lo sé. Supongo que sí. No sé qué otra cosa puede empujarte de este modo. Estamos ganando todo el dinero que necesitamos. Hasta ahora, todo lo que hemos hecho ha sido un reto y una diversión. Pero de repente ya no es divertido.

—¿Y si te diera otro diez por ciento de la compañía? —preguntó ella. Jacques ya tema el cinco por ciento—. ¿Sería entonces más divertido?

—Pensaba que me conocías mejor, Janette —dijo él, moviendo lentamente la cabeza—. No quiero nada más. Tengo todo lo que necesito. Lo que he dicho, lo he dicho por tu bien, no para obtener algún provecho personal.

—¿Qué dirías si te contestara que iba a hacerlo a pesar de tu consejo?

Él la miró.

—Diría, «buena suerte, Janette».

Ella le miró a su vez.

—¿Eso es todo?

Él se levantó pesadamente de la silla.

—No, Janette. También diría que necesitarías a alguien mucho más capaz y competente en estas materias que yo.

De repente ella se encolerizó.

—¡Tenía razón! —exclamó—. Te estás haciendo viejo, Jacques. Te has convertido en un cobarde, temeroso de luchar.

Esta vez la ofensa se reflejó en la cara de Jacques y resonó en su voz.

—Siento que opines así, Janette. —Se le quebró la voz y fue rápidamente hacia la puerta para que ella no viera la súbita telilla que empañaba sus ojos.

Al llegar a la puerta, se volvió y la miró. Janette le miró en silencio. Él sacudió tristemente la cabeza. Si dijera una sola palabra... No quería que todo terminara de este modo. Pero ella continuó callada. Todo había terminado.

Abrió la puerta, sin dejar de mirarla. Janette le devolvió la mirada como si fuera un desconocido.

—Adiós, Janette —dijo. Y cerró silenciosamente la puerta tras él.

Ella se quedó mirando la puerta cerrada. ¡Maldito Jacques! ¿Con qué derecho la juzgaba de aquel modo? Su furor empezó a disiparse, siendo reemplazado por el impulso de echar a correr tras él y hacerle volver. Pero esto era lo que todos los hombres querían. Que las mujeres fueran tras ellos, para rogarles que volvieran a casa.

Ella no lo haría. Esperaría. Jacques volvería. Lo pensaría y a la mañana siguiente estaría en su despacho como si nada hubiera pasado.

Pero entonces el tono irrevocable de su despedida resonó en sus oídos y comprendió que no sería así. Se sintió invadida por una extraña sensación de pérdida. No volvería jamás. En cierto modo, él era el único amigo verdadero que había tenido en su vida. Siempre había estado a su lado. Ahora estaba realmente sola.

Lauren oyó la bocina del coche desde la cocina de la blanca casa que se levantaba ante la playa. Dejó la taza de café y se puso en pie. Antes de ir a la puerta principal, echó una ojeada a la playa por la ventana de la terraza. Anitra estaba desnuda, sentada sobre la arena, jugando con los dos cachorros. Sentada bajo una sombrilla, su niñera, Josefina, una mexicana de unos cuarenta años, tejía y vigilaba a la niña.

Lauren atravesó la casa a todo correr, salió al patio y abrió la puerta de la calle. El coche estaba justamente delante y Harvey ya empezaba a desatar las correas que sujetaban la tabla de *surf* encima del techo. Ella se echó a reír y fue a ayudarlo. Nada había cambiado en Harvey excepto el coche. Ahora era un Porsche 918 en vez de un Volkswagen. No había realizado su ambición de ser millonario a los veintiuno, pero ahora, a los veintitrés, se estaba acercando. Y no llegó a convertirse en traficante, tal como planeaba. En cambio, todo era muy honesto. Tierra Solar había triunfado.

Se volvió a mirarla cuando ella se acercó y empezó a tirar de la otra correa. Se la veía bronceada y ágil con sus *shorts* de unos tejanos cortados y sujetador de bikini, el cabello largo y blanco por el sol, y los ojos azules centelleantes en su cara bronceada.

—Tienes buen aspecto —dijo Harvey, dándole un beso en la mejilla.

—*Haw*, rostro pálido —saludó burlonamente ella, levantando una mano al estilo indio.

Él se echó a reír y terminó de desatar la correa.

—Algunas personas tienen que trabajar para ganarse la vida —dijo—. No pueden permitirse el lujo de estar en la playa todo el día.

—Antes no hablabas del mismo modo —dijo ella, desatando su correa—. No hay duda de que las cosas han cambiado.

Harvey levantó cuidadosamente la tabla del techo.

—¿Qué tal el oleaje?

—No está mal —contestó Lauren—. Un metro ochenta de altura según la radio. Te divertirás.

—Magnífico —dijo él, sujetando la tabla de *surf* debajo de un brazo y sacando una bolsa de detrás del asiento con la otra—. Estoy deseando probarlo. Ha sido demasiado tiempo.

—Un mes y medio —precisó Lauren.

Él la siguió al patio.

—¿Cómo está Anitra?

—No la reconocerás —rio Lauren—. Ha crecido mucho. Se pasa el día jugando con esos dos cachorros dálmatas que le regalaste. Aún no se ha dado cuenta de que pronto serán más grandes que ella.

Caminaron por el sendero que bordeaba la casa hasta la playa. Desembocaron en la terraza. Harvey dejó la tabla de *surf* apoyada en la pared y subió las escaleras de la terraza detrás de Lauren. Miró al mar con los ojos entornados, y después al sol. Empezó a quitarse la camisa y se volvió hacia Lauren, sonriendo.

—Este debe ser el paraíso terrenal. Lo que soñé de niño. Solo practicar el *surf* y fumar.

Ella se echó a reír.

—Eso no ha cambiado. Sigue igual. Los niños siguen haciéndolo.

Harvey miró por encima de la barandilla de la terraza y vio a Anitra jugando en la arena. Agitó la mano.

—¡Eh, Anitra! —gritó.

La niña ni siquiera levantó los ojos, y continuó jugando con los cachorros.

—¡Eh, Anitra! —volvió a gritar—. Soy tío Harvey.

Nada. La niña no dio muestras de haberle oído, y siguió jugando con los perros.

Harvey se volvió hacia Lauren, con una expresión dolida en la cara.

—No me hace caso. Ni siquiera ha levantado la cabeza.

—Es una mujer —sonrió Lauren—. Se está haciendo rogar. Al fin y al cabo, hacía mucho tiempo que no venías a verla.

—Oh —dijo Harvey. Después sonrió. Abrió la bolsa y sacó una caja. Sosteniendo la caja en el aire por encima de su cabeza, llamó otra vez a la niña—. ¡Eh, Anitra! ¡Soy tío Harvey y mira lo que tengo para ti!

La niña levantó los ojos. Al cabo de un momento corría por la arena hacia él.

Harvey se volvió hacia Lauren con una sonrisa de triunfo.

—Desde luego es una mujer. Basta un regalo para convencerla de lo que sea.

Aquella noche, después de cenar, fueron al salón y se tumbaron delante de la chimenea sobre la llamativa alfombra mexicana. La niña ya dormía y Josefina estaba terminando de recoger la cocina.

Harvey se echó sobre el estómago y miró al océano a través de las cristaleras. Oía el embate del oleaje pero no podía verlo. La niebla había hecho su aparición, envolviendo la playa casi hasta las ventanas.

—Hay muchísima niebla —comentó—. Es espantosa.

—Llegas a acostumbrarte —rio ella, echando un tronco al fuego. Lo contempló un momento y después añadió otro tronco, mientras una columna de chispas se elevaba hacia el tiro de la chimenea—. Hoy ha hecho mucho calor. Y en noviembre las noches son muy frías.

—Sí —dijo él. Sacó una bolsita del bolsillo y empezó a liar un cigarrillo.

—¿Algo nuevo? —preguntó Lauren.

Él negó con la cabeza.

—Ya no hacemos nada nuevo. Johnny está tan ocupado recogiendo tierra que no tiene tiempo para seguir plantando. Ha contratado a más de veinte personas para ayudarle y su madre ni siquiera le deja cultivar lechugas. Dice que les va demasiado

bien para arriesgarse a hacer algo que les acarree problemas con la justicia. Me doy por satisfecho si me proporciona buena hierba a través de sus vecinos.

Terminó de liar el cigarrillo, lo lamió, lo alisó con los dedos y lo encendió. Dio dos chupadas y después se lo pasó a ella.

—Es muy bueno —dijo apreciativamente—. Pruébalo.

Lauren hizo lo mismo, reteniendo el humo en los pulmones durante unos segundos antes de expelerlo lentamente.

—No está mal —comentó, devolviéndoselo—. Pero no es un Harvey especial.

Él sonrió y volvió a fumar.

—Esos días ya se han ido para siempre.

—Lástima —dijo ella—. Fueron divertidos.

—Sí. —La miró—. Supongo que nunca recuperaremos nuestra inversión. No logramos obtener la hierba que queríamos.

Lauren se echó a reír.

—¿Crees que podemos deducirla de nuestro impuesto sobre la renta?

Harvey se rio con ella.

—Siempre podemos intentarlo. Pero la Superintendencia de Contribuciones quizá tenga otras ideas. —Le pasó el cigarrillo e hizo una mueca al incorporarse—. Creo que he tomado demasiado sol.

Ella le miró fijamente.

—Desde luego que sí. Es terrible. ¿Qué pensará todo el mundo cuando el presidente de Tierra Solar entre en la oficina el lunes por la mañana tan rojo como un langostino? Nadie creerá en su eficacia.

—Tienes razón —dijo él—. Pero me estaba divirtiendo tanto que lo olvidé.

—Acuérdate la próxima vez —dijo ella con burlona severidad—. Regla número uno. Médico, cúrate a ti mismo.

—Me pondré un poco ahora mismo —dijo él—. Me calmará el dolor y mañana estaré bien. —Se levantó y fue a su habitación. Al cabo de unos minutos estaba de vuelta, sin camisa y con el conocido tarro de Tierra Solar en la mano—. Tendrás que untarme la espalda —dijo—. También la tengo quemada.

Lauren le cogió el tarro de la mano y lo miró mientras Harvey se sentaba en el suelo, de espaldas a ella. El tarro de cerámica azul con la forma de un mapamundi estaba realzado por los continentes de color verde sobre su superficie y el tapón de corcho dorado que representaba al sol no dejaba lugar a dudas sobre su contenido aunque no se leyeran las letras negras sobre el dorado. TIERRA SOLAR. *Pour le Soleil*, de Janette. Lauren empezó a esparcirla sobre la espalda de Harvey.

—Janette sabía lo que hacía —dijo—. Aseguraba que lo más importante era el envase.

—Nadie lo discute —contestó Harvey. La miró por encima del hombro—. Por cierto, ¿sabes que Jacques ya no está con ella?

—No, no lo sabía —repuso Lauren, sorprendida—. Hace meses que no nos

telefoneamos. ¿Qué pasó?

—No lo sé —dijo él—. Me enteré el mes pasado cuando llamé para concertar una cita con ella a fin de hablar sobre nuestra nueva línea de cosméticos. Jacques no estaba y me pusieron en comunicación con el tipo que hay ahora.

—¿Cómo es? —preguntó Lauren.

—No lo sé —contestó él—. Me han dicho que antes trabajaba para Revlon en Francia y que es muy competente. Pero también es un animal. Ni siquiera me dejó acabar de explicarle que ya tenemos los tres colores básicos que Janette quería para mezclar y obtener el tono del maquillaje deseado. Me interrumpió y me dijo que su estudio comercial había demostrado que era un mercado demasiado limitado para hacer una producción rentable y que a las mujeres no les gustaba la idea de tener que mezclar sus propios tonos de maquillaje. Además me dijo que ya estaban planeando introducir su propia línea de maquillaje el año próximo.

—¿No llegaste a hablar con Janette? —preguntó ella.

—No. Me dijo que estaba de viaje para hacer una promoción o algo así, pero que quizá vendría a Estados Unidos en noviembre y que probablemente vendría a verme para hablar de un nuevo contrato de distribución.

—¿Qué tiene de malo el de ahora? —preguntó ella.

—Nada —contestó Harvey—. Pero solo era por tres años. Termina el mes que viene, a finales de diciembre. También me dijo que seguramente requerirán un aumento de sus honorarios, que los costos han subido tanto que el estudio revela que pierden dinero con cada tarro que venden.

—¿Qué pasará si no accedes a darles más?

—Llegó hasta el punto de decirme que sacarían el producto por su cuenta. Yo le dije que era un cerdo.

—¿Pueden hacerlo? —preguntó ella.

—Claro que pueden —dijo él—. Lo único que tienen que hacer es copiar la fórmula.

—Pero ¿y el nombre? —preguntó Lauren—. ¿También tienen derecho a utilizarlo? Fue idea de Janette.

Harvey la miró sonriendo.

—Eso sí que no. Es una marca registrada de nuestra compañía y no pueden tocarlo.

—Perfecto —dijo ella—. No pareces demasiado preocupado.

—No lo estoy —contestó Harvey—. La verdad es que me gustaría que no nos renovaran el contrato. En cuanto colgué el teléfono llamé a Squibb e hicimos un pacto para los cosméticos. Y si puedo darles también la Tierra Solar, me harán mejores condiciones.

Lauren tapó el tarro y lo dejó en el suelo.

—Lía otro cigarrillo —dijo.

—De acuerdo.

Lauren le observó mientras haba el pitillo. Lo encendió y se lo pasó. Ella dio una chupada.

—Siento lo de Jacques —dijo—. Siempre había estado con nosotros. Le recuerdo desde cuando yo era una niña. Me pregunto qué debió pasar.

Él le cogió el cigarrillo.

—Puedes preguntárselo a Janette cuando la veas. Si ese cerdo no se equivoca, vendrá este mismo mes. —Dio una chupada al cigarrillo—. ¿Qué planes tienes para el Día de Acción de Gracias? Es dentro de dos semanas, ya lo sabes.

—Prometí a mis padres que lo pasaría con ellos —dijo Lauren—. Están deseando ver a Anitra y malcriarla un poco. Se sienten abandonados porque no vivimos en la casa de al lado. ¿Qué harás tú?

—Nada —contestó él—. Mis padres siguen en ese crucero alrededor del mundo que mi padre prometió hacer cuando se retirara. No volverán hasta finales de enero.

—Es lo que mamá pensó —dijo ella—. Me encargó que te invitara.

—Oye, esto es fantástico —exclamó Harvey—. ¿Significa que finalmente ha llegado a la conclusión de que soy respetable?

Lauren se echó a reír.

—Si lo ha hecho es porque no te conoce tan bien como yo.



Estaban tomando el postre, pastel de calabaza y café, cuando Johann miró a Lauren por encima de la mesa.

—Me había olvidado de decírtelo. Janette está aquí, en el hotel Beverly Hills. ¿Lo sabías?

Lauren sacudió la cabeza.

—Ni siquiera me ha telefoneado.

—Es curioso —dijo Johann—. Parecía estar enterada de que vendrías a casa. La invité a cenar, pero dijo que tenía un compromiso y que pasaría hacia las seis. Quiere hablar con nosotros dos. Me pregunto cómo sabría que estarías aquí.

—Probablemente yo se lo dije —intervino Harvey—. Ayer tuve una entrevista con ella en el hotel.

—¿Qué ocurrió? —le preguntó Lauren.

—No gran cosa —dijo él—. A partir del primero de enero, Tierra Solar será distribuida por Squibb.

—¿Así que no has renovado con ella?

—Eso es. —Harvey sonrió—. Ahora tiene un sistema nuevo. No habla de negocios, eso se lo deja a su nuevo administrador. Después de saludarnos, fuimos a la habitación de él. Me dijo lo que querían. Yo le contesté que no les pagaría más. Él dijo que en este caso no tenían otra alternativa que introducir su propio producto en el mercado. Yo le contesté que me parecía muy bien. Entonces volvimos a la *suite* de Janette y se lo comunicamos. Creo que se sorprendió. No debía esperar que rechazara

su proposición tan categóricamente. Debían pensar que me tenían agarrado por el cuello.

Johann se echó a reír.

—Yo no me sorprendería. Conozco a su nuevo administrador. Cuenta a todo el mundo cómo van a adueñarse del mundo.

—Quizá se adueñen del mundo —sonrió Harvey—, pero no de Tierra Solar.

—¿Qué tal estaba? —preguntó Lauren con curiosidad. Hacía varios años que no la veía.

—Fantástica —dijo Harvey—. Pero ya conoces a Janette. ¿Acaso ha cambiado alguna vez?

—No sabría cómo —dijo Lauren—. ¿Estaba sola?

—Con una amiga. Una francesa de cabello oscuro que parece una modelo. Yo no la había visto antes y no nos presentaron, de modo que no sé su nombre. No estaba cuando llegué pero sí cuando volví con el administrador.

—Me pregunto por qué quiere vernos a los dos. —Lauren miró a Johann.

Johann lanzó una mirada a Heidi y después clavó los ojos en Lauren.

—Tengo una ligera idea —contestó—, pero será mejor esperar a ver lo que tiene que decir.

A las seis en punto sonó el timbre, y era Janette. Iba sola. A Lauren le bastó una ojeada para saber que estaba drogada. Otra mirada a Harvey se lo confirmó. Él también lo había notado, pero Johann y Heidi no se dieron cuenta.

Se sentaron en el salón y charlaron de temas intrascendentes. Janette manifestó su sorpresa al ver a Anitra. Era muy alta para una niña de tres años. Casi cuatro, precisó Lauren, aparte de que los niños americanos crecían más que los franceses. A causa del régimen alimenticio o algo así. Janette se mostró de acuerdo con ella y les recordó que Patrick también era muy alto.

Después Lauren comentó que se había enterado de que Jacques ya no estaba con ella y le preguntó qué había pasado. Janette pareció un poco turbada al contestar que Jacques se había cansado del negocio y decidió volver a su primer amor, que era escribir. Tenía entendido que haría un artículo mensual para el *Vogue* francés y un libro sobre la historia de la costura francesa.

Heidi le preguntó cortésmente si había almorzado. Si no, podía hacer preparar una fuente para Janette. Había sobrado mucho pavo y guarnición. No, Janette había almorzado. Después consultó su reloj. Se estaba haciendo tarde y tenía una cita. Le gustaría discutir un asunto muy personal con ellos.

—Naturalmente —dijo Johann, poniéndose en pie—. Podemos ir a la biblioteca. —Miró a Harvey—. ¿Nos disculpas?

—Adelante —contestó Harvey—. Aprovecharé para enterarme de cómo han ido los partidos de fútbol por la televisión.

Johann se sentó detrás de su mesa. Heidi tomó asiento al lado de la mesa, y Lauren y Janette en sendas sillas enfrente de él. Johann miró a Janette y le hizo una

inclinación de cabeza.

—Empieza, por favor.

Janette abrió el bolso y extrajo una carta.

—Hace varios meses recibí esta notificación del Banco de Crédito Suizo de Ginebra. —Se la dio a Johann—. Me gustaría que la leyeras.

Johann sacó las gafas y se las puso. Leyó el papel rápidamente, y después se lo dio a Heidi.

—Cuando hayas terminado, dásela a Lauren para que la lea.

Guardaron silencio hasta que Lauren hubo terminado de leer. Después Lauren levantó los ojos.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

Janette la miró.

—Es evidente que nuestra madre depositó algo muy valioso en ese banco y ha estado allí todos estos años.

—¿Sabes qué es? —preguntó Lauren.

—No exactamente —contestó ella—. Pero tengo una idea aproximada.

—Entonces, ¿porqué no fuiste al banco y lo sacaste? —preguntó Lauren.

—Eso solo puede hacerlo la persona que tenga la llave —dijo Janette—. Y yo no la tengo.

—Entonces, ¿quién la tiene? —preguntó Lauren.

La voz de Johann se oyó inesperadamente.

—Yo.

—Pero nunca me habías dicho nada —exclamó Lauren.

—No tenía por qué hacerlo —repuso Johann—, hasta que lo considerase necesario. —Sacó una carpeta del cajón de la mesa y la abrió frente a él. De la carpeta sacó una fotocopia de la carta que Tanya había dejado en la bóveda para él. Alargó esta carta a Janette—. Creo que esto lo explica todo.

Janette la leyó rápidamente y se la pasó a Lauren, que la leyó y levantó los ojos.

—Pero sigo sin saber qué es.

—Oro —dijo Janette—. Una fortuna en monedas de oro.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Lauren.

—Maurice me lo dijo —contestó Janette—. La mitad le pertenecía a él pero, antes de que terminara la guerra, el general von Brenner convenció a nuestra madre para que las sacara de Francia y las depositara en un banco suizo.

Johann miró a Janette.

—¿Desde cuándo crees lo que te dice?

—¿Qué motivos tendría para mentir? —preguntó ella—. Me contó toda la historia. Cómo el general le robó las compañías y puso todo a nombre de mi madre.

Johann movió tristemente la cabeza.

—Esto es una mentira. Nada más que una mentira. Todo lo que Maurice tiene ahora, incluso el título, fue comprado para él por el general o bien regalado por tu

madre.

—Entonces, ¿por qué no nos lo explicaste antes? —inquirió Janette.

—Ya has leído la carta —dijo Johann—. No lo consideré necesario.

—¿Lo habrías considerado necesario alguna vez? —preguntó fríamente Janette—. ¿O tenías la intención de quedártelo todo?

—¡Perra! —exclamó Heidi con voz colérica—. A no ser por Johann, tú no tendrías nada, no serías nada más que una ramera vagando por las calles de París. Fue Johann quien evitó que Maurice se lo robara todo a tu madre, fue Johann quien te protegió hasta que fuiste mayor.

Johann levantó la mano.

—No te exaltes, querida —dijo con tono apaciguador. Se volvió hacia Janette—. ¿Se puede saber qué quieres que haga ahora?

—Dame la llave —dijo ella bruscamente.

—No puedo —contestó él—. La mitad pertenece a tu hermana.

—Maurice tenía razón —replicó ella—. No queda nada. Te lo has gastado todo.

Johann la miró.

—No he sacado nada más que lo que me correspondía.

—¡Es el dinero que utilizaste para comprarme la compañía! —acusó ella.

—No —dijo Heidi. Hizo caso omiso al ademán de Johann—. Ya es hora de que sepas ciertas verdades. El dinero estaba en el banco a nombre de tu madre, pero no era de ella. Pertenecía al general. Y cuando la viuda y los hijos del general fueron a París con la intención de interponer una demanda contra vosotras y los bienes de vuestra madre para recuperar las propiedades del general, que incluían los viñedos, la fábrica de perfumes y la compañía de agua mineral, todo lo cual está ahora a tu nombre y a nombre de Lauren, Johann cogió la parte del dinero que le pertenecía para pagarles. —Miró a Johann—. Enséñales la renuncia que hiciste firmar a los von Brenner.

Johann sacó otro papel de la carpeta y se lo dio a Janette. Janette lo leyó y le miró.

—¿Cómo sé que esto es verdad?

Lauren habló con voz escandalizada.

—No creerás que papá miente, ¿verdad?

—Cualquiera puede escribir un trozo de papel —dijo Janette con desprecio—. Esto no significa nada. No seas ingenua. Estamos hablando de millones de dólares.

—El dinero no me importa —repuso Lauren—. No sé cómo hacerte entender que nunca me ha importado.

—No puedes seguir siendo así —replicó Janette—. Ahora tienes una hija a quien proteger.

—Protegeré a mi hija a mi manera —contestó airadamente Lauren—. No me gusta lo que dices y no me gusta lo que haces.

—Necesito ese dinero —declaró Janette—. Y lo necesito ahora. Estoy dispuesta a

conseguirlo aunque tenga que ir a los tribunales y decir al mundo entero que Johann von Schwebel estuvo en el ejército nazi de ocupación en Francia y que junto con su oficial superior despojó a los indefensos franceses de sus posesiones.

Lauren negó con la cabeza.

—No lo creo. No puedes estar diciendo estas cosas tan horribles. —Miró a Janette

—. No puedes estar dispuesta a destrozar tantas vidas por causa del dinero.

Janette le devolvió la mirada en silencio.

Lauren se volvió hacia Johann.

—Dale la llave, papá. Si esto es lo que quiere.

—La mitad es tuya, criatura —dijo él.

—No me importa. —Estaba llorando—. Es dinero sucio, cubierto de sangre y odio, y no lo quiero.

Johann miró a Heidi. Ella asintió.

—Lauren tiene razón. Es dinero manchado de sangre. Dale la llave.

Johann titubeó un momento. Después las miró.

—No, no lo haré. No me importa lo que quiera Janette. La mitad pertenece a Lauren y se quedará allí hasta que Lauren decida lo que quiere hacer con él. —Miró a Janette—. Nos encontraremos la semana próxima en el banco de Ginebra y te entregaré tu parte. ¿Estás de acuerdo?

Janette asintió.

—Tengo que estarlo. No me dejas alternativa, ¿verdad?

—Ninguna —dijo Johann.

Heidi se puso en pie. Habló con voz furiosa.

—Ahora sal de mi casa. No quiero volver a verte jamás.

Janette se levantó. Miró a Lauren.

—Lo he hecho tanto por ti como por mí.

Lauren levantó la cabeza, y se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Apuesto a que sí —dijo con sarcasmo—. Tú nunca has hecho nada por nadie en toda tu vida a menos que pensaras sacar un provecho personal. Estoy de acuerdo con mamá. No quiero volver a verte jamás.

—Pero... —Janette titubeó. Esto no era lo que ella quería. Se suponía que Lauren debía estar de su parte.

La voz de Lauren se reafirmó súbitamente. Janette solo la había oído hablar una vez con este tono. Cuando abandonó a Patrick.

—Nada de peros. Adiós, Janette.

Janette la miró un momento y después se volvió hacia la puerta. Lauren hablaba en serio al decir que pensaban abandonar a Patrick. Y también hablaba en serio al decir lo que ahora había dicho.

Johann la estaba esperando cuando llegó al banco. Se estremeció al salir del taxi y se apresuró a entrar, envuelta en su gabardina forrada de visón para resguardarse de la fría lluvia de diciembre que siempre parecía caer sobre las calles de Ginebra.

El joven banquero que le llevó la notificación a París la recibió en la puerta.

—*Madame* de la Beauville, encantado de volver a verla.

Janette buscó frenéticamente su nombre entre sus recuerdos y lo encontró.

—*Monsieur* Thierry —sonrió.

—*Herr* von Schwebel está esperando en mi despacho —dijo—. Haga el favor de seguirme.

La condujo a un despacho situado en la parte trasera del banco, a través de una puerta con un sencillo rótulo: Privado. Johann se hallaba en pie junto a la ventana, mirando a la calle. Se volvió cuando la oyó entrar.

—Buenos días, Johann —dijo ella.

No le devolvió el saludo.

—Te sugiero que alquiles una bóveda antes de ir abajo —dijo bruscamente.

Ella le miró un momento y después se volvió hacia *monsieur* Thierry.

—Supongo que es una buena idea. *Monsieur* Thierry, por favor.

—Naturalmente, *madame* —dijo el joven. Sacó varios papeles de su mesa—. Si es tan amable de rellenar esto, solo será un momento.

Janette se sentó en la silla que él le indicó, rellenó rápidamente los formularios y los empujó hacia él sobre la mesa. Él les dio una ojeada.

—Muy bien —dijo, volviendo los papeles del revés—. En este lado hay un formulario en el que puede designar a un beneficiario a quien se entregará la bóveda en caso de que usted fallezca. De todos modos, si desea utilizarlo, necesitaremos dos testigos para que den fe de su firma y del nombre del beneficiario. Naturalmente, todo será estrictamente confidencial, según dictan las leyes de la banca suiza.

Ella pensó un momento.

—Me gustaría utilizarlo.

—Muy bien —dijo *monsieur* Thierry—. Llamaré a dos empleados del banco para que den fe del documento.

—Esperaré fuera —dijo Johann.

—¿Es necesario? —preguntó Janette al banquero—. ¿No pueden usted y *monsieur* von Schwebel actuar como testigos?

—Naturalmente —contestó *monsieur* Thierry—. Pero en este caso debe usted comprender que el banco no puede garantizar el secreto. —Se volvió hacia Johann—. Con todo el respeto debido a *herr* von Schwebel.

—Eso no me importa —dijo ella.

—Muy bien —repuso el banquero—. Escriba el nombre de los beneficiarios y su relación con usted en el espacio indicado. Después firme en el lugar indicado. —Volvió a dar la pluma a Janette y levantó los ojos—. *Herr von Schwebel*, ¿será tan amable de observar la escritura de *madame* de la Beauville?

Johann se acercó a ella y permaneció observando el formulario mientras Janette lo rellenaba. Escribió rápidamente sobre las líneas designadas para los beneficiarios. Lauren Reardon, hermana y/o Anitra Reardon, sobrina. Después, sobre la línea inferior, su nombre. El banquero empujó una almohadilla entintada hacia ella.

—Necesitamos las huellas de su dedo pulgar —dijo con tono de disculpa. Ella alargó la mano y él le guio el pulgar y lo apretó sobre la almohadilla, después de lo cual lo guio hacia el papel—. Apriete el pulgar de un lado a otro —dijo—. Ahora, *herr von Schwebel*, su firma.

Johann firmó rápidamente el documento y después lo hizo el propio banquero. Se puso en pie.

—Si me disculpan un momento, haré que le asignen una bóveda y volveré en seguida con la llave.

La puerta se cerró tras él y permanecieron unos momentos en silencio. Ella sacó un cigarrillo y lo encendió. Él fue otra vez a la ventana y miró al exterior. Habló sin volverse.

—Siempre que creo haber llegado a conocerte del todo, haces algo que me sorprende.

—No tengo intención de morirme —dijo ella.

Monsieur Thierry entró de nuevo en el despacho. Entregó la llave a Janette.

—Ahora, si son tan amables de seguirme...

Bajaron a la bóveda. El banquero comprobó rápidamente el número de la llave de Johann, colocó su llave en la cerradura, le dio la vuelta, y esperó a que Johann colocara la suya en la otra cerradura y le diera la vuelta. La puerta se abrió. Hizo lo mismo con Janette. Las dos cajas estaban prácticamente de lado. Se volvió hacia ellos.

—Les dejo solos —declaró—. Cuando hayan terminado, pulsen el botón que hay al lado de la puerta de la bóveda y vendré a abrirles.

—Gracias —dijo Johann. Esperó a que la puerta de la bóveda se hubiera cerrado detrás del banquero y entonces se volvió hacia Janette. Le hizo una ligera inclinación de cabeza y empezó a sacar rápidamente las bolsas de lona llenas de monedas que había dentro de la caja y las fue amontonando encima de una mesa de madera situada a su espalda. Finalmente hubo treinta bolsas, y entonces rebuscó en la caja hasta encontrar lo que buscaba. Una bolsa de lona ligeramente más pequeña que las demás. Comprobó las marcas y después la colocó sobre la mesa con las demás. Miró a Janette—. Ya está.

Intrigada, ella cogió la última bolsa y desató el cordel que la cerraba. La volcó encima de la mesa y las monedas de oro empezaron a caer. Conteniendo el aliento,

cogió una y la miró. Era una moneda que no había visto nunca, pero a pesar de su reducido tamaño pesaba mucho en su mano.

—¿Qué es? —preguntó, casi sin aliento, mientras el corazón empezaba a latirle apresuradamente.

—Napoleones de oro. También se llaman luises, pues fue Luis Napoleón quien ordenó que los acuñaran —contestó Johann.

—Dios mío —susurró ella—. ¿Cuál es su valor?

—Tienes treinta y tres mil, trescientas treinta y tres —dijo Johann—. Al precio actual del oro, tienen un valor de unos cinco millones de dólares.

—Cinco millones de dólares.

—Cinco millones —dijo ella. Maurice la había engañado. La había empujado a hacer esto induciéndola a creer que había bastante dinero para comprar su libertad a Kensington. No era suficiente.

—Es mucho dinero —dijo él. Señaló con un gesto su bóveda abierta—. ¿Quieres comprobar esta caja? Hay exactamente la misma cantidad de dinero que el que tienes en la mesa.

Janette sacudió la cabeza.

—No es necesario. Confío en ti.

—Al fin —dijo secamente él. Cerró con un golpe la puerta de su caja y se enderezó—. Te sugiero que coloques las bolsas en tu bóveda.

Ella siguió mirándole fijamente.

—Sí —dijo.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó Johann.

Ella le miró.

—Por favor.

Empezaron a meter rápidamente las bolsas en la caja. Al final solo quedaron las monedas que Janette había dejado caer sobre la mesa. Empezó a meterlas otra vez en la bolsa.

Él la observó.

—No tienes que contestarme si no quieres, Janette, pero ¿qué ocurrió para que creyeras necesitar este dinero tan desesperadamente?

—Quería comprar mi libertad a Kensington —contestó ella en voz baja. No le dijo que no sería suficiente.

—¿Se puede saber por qué? —La voz de Johann reflejaba incredulidad—. Te ha hecho una labor fantástica. Debes estar ingresando un mínimo de cuatro millones al año.

Janette no contestó.

—No tengo que darte este consejo —dijo él—, pero de todos modos lo haré. He sido responsable de ti durante tantos años que es un hábito del que no puedo desprenderme tan fácilmente.

»El oro aumenta todos los días de valor. Hace dos años lo que tenías aquí solo

valía un millón. Se ha quintuplicado desde entonces. Y he oído decir que el presidente Cáster piensa liberalizar el mercado del oro en los Estados Unidos y que el gobierno provocará la inflación del mercado y después pondrá algunas de sus reservas de oro a la venta. Y entonces el oro estará por las nubes. El año próximo por estas fechas el valor de lo que tienes puede haberse quintuplicado fácilmente.

Janette le miró, aún silenciosa, con todas las monedas dentro de la bolsa. Ató el cordel para cerrarla.

—Lo que te estoy diciendo es que conserves el oro. Olvídate de comprar tu distribución a Kensington. Ese oro valdrá veinticinco o treinta millones de dólares dentro de un año. No vivirás lo suficiente para ganar tanto dinero si compras tu parte en Kensington.

Sin hablar, Janette metió la bolsa en la caja y cerró la puerta, sacando su llave. Miró a Johann.

—¿Cómo sabré cuándo debo vender?

—En cuanto el oro supere los ochocientos dólares la onza —dijo él—. Quizá llegue a mil, pero no importa. Alcanzará el tope máximo alrededor de los ochocientos y es entonces cuando pienso vender la parte de Lauren.

Ella asintió lentamente. En realidad Johann estaba diciendo lo mismo que Jacques había dicho. Se necesitarían demasiados años para obtener algún beneficio de la compra de Kensington. Y ella no tenía tanto tiempo para malgastar luchando. Jacques volvía a tener razón. ¿De qué servía trabajar si no era divertido?

Johann se acercó al botón y lo pulsó.

—Mi hotel está a la vuelta de la esquina —dijo—. ¿Te apetece un café?

—No, gracias —contestó ella—. He venido de París en el vuelo de esta mañana y tengo billete reservado en el vuelo de las dos. Tengo el tiempo justo para no perderlo.

Monsieur Thierry apareció en la puerta y abrió la verja de la bóveda con su llave. Le siguieron escaleras arriba hasta la planta baja. Le dieron las gracias y él se inclinó. Estaba encantado de haber podido servirles, dijo, abriéndoles la puerta.

Salieron a la calle. La lluvia les azotó la cara. Janette se puso la capucha de la gabardina. En aquel momento pasó un taxi y Johann lo detuvo. Abrió la puerta y dejó subir a Janette.

Ella alzó los ojos hacia él desde el interior del taxi.

—Lo siento, Johann —dijo—. Pero... gracias.

Él hizo un gesto con la mano.

—Yo también lo siento. Adiós, Janette. —Después cerró la puerta y se enderezó. Siguió unos momentos al taxi con la mirada. Después dio media vuelta y echó a andar resueltamente hacia el hotel. No habría podido decir si la humedad de sus ojos se debía a las lágrimas o a la lluvia. Pero lo único que veía ante él era aquella niña asustada, escondida entre los brazos de su madre, la primera vez que entraron en la casa del general en Varsovia.



Estaba lloviendo cuando Janette llegó a París. Pero al menos no hacía tanto frío como en Ginebra. René la esperaba a la salida de la terminal del aeropuerto y le abrió la puerta del Rolls para que entrara. Cerró la puerta y ocupó su asiento ante el volante. El coche se apartó silenciosamente de la acera.

—¿A dónde, *madame*?

Ella miró el reloj. Eran poco más de las cuatro.

—A la oficina, René —dijo.

—*Oui, madame* —contestó él. Sus ojos se encontraron en el espejo retrovisor—. ¿Ha tenido buen viaje, *madame*? —preguntó cortésmente.

—Sí, gracias —asintió ella. Después pulsó el botón y el cristal de separación se elevó lentamente. No tenía ganas de hablar y se retrepó en el asiento con los ojos cerrados. ¡Caramba, qué cansada estaba! Empezaba a parecerle que siempre estaba cansada, siempre de viaje, siempre yendo de un avión a otro.

Antes siempre tenía algo de tiempo para sí misma. Pero ya no. Por primera vez empezó a darse cuenta de la mucha rutina cotidiana que Jacques le había ahorrado. El nuevo administrador era brillante, la oficina y las fábricas parecían funcionar con más eficacia bajo su mando, pero había un fallo. Todas las personas con las que trataba, los importantes compradores y ejecutivos que antes hablaban con Jacques, ahora querían hablar con ella. Y los días no eran lo bastante largos para atenderlos a todos.

—Hemos llegado, *madame*. —La voz del chófer sonó junto a la puerta abierta y la sobresaltó. Se había quedado dormida. Sonrió y salió del coche.

—Gracias, René. Puede recogerme a las siete. —Se resguardó bajo el paraguas que el portero sujetaba sobre su cabeza y subió los peldaños que conducían a la puerta de la oficina. El portero le abrió la puerta y después la siguió al interior y apretó el botón del ascensor.

Robert la siguió a su despacho y le cogió el abrigo.

—¿Ha tenido buen viaje, *madame*?

—Muy bueno, gracias —contestó yendo hacia su mesa—. ¿Han subido los diseños definitivos de la próxima colección?

—Deben estar en camino, *madame* —dijo Robert—. Iré a comprobarlo en seguida.

—Gracias —repuso Janette. Se hundió en la butaca.

—Los recados telefónicos están encima de la mesa, *madame* —dijo Robert.

Ella lanzó una ojeada a la mesa. Los recados estaban allí. Todos puestos en orden, uno debajo de otro en hileras de cinco. De este modo no tenía que levantarlos para ver quién había llamado. Con una rápida ojeada veía todos los nombres. Hizo una mueca. Al menos había una veintena. No hizo ademán de mirarlos; en cambio miró a su secretario.

—¿Algo importante, Bobby? —preguntó.

—No demasiado, *madame* —dijo él—. Seguramente pueden esperar a mañana.

—Bien —dijo ella—. Necesito este rato para ver los diseños.

En cuanto Robert hubo cerrado la puerta, abrió un cajón y saco un frasco de cocaína. Hizo dos inhalaciones con cada fosa nasal y se apoyó en el respaldo de la butaca en espera de que le hiciera efecto. Notó que empezaba a despejarse la cabeza. Le ayudó pero no fue suficiente. Sacó un Dexamyl de la caja de píldoras que guardaba en el cajón y lo tragó con agua de la jarra que había encima de la mesa. La combinación dio resultado. Cuando los artistas entraron con sus diseños, sus ojos brillaban y estaba en plena forma. Trabajó con ellos hasta las seis sin tomarse un momento de descanso.

Cuando el último de los artistas hubo salido de su despacho, apoyó la cabeza en el respaldo de la butaca. Jacques tuvo razón. Ya no era divertido. Ahora empezaba a alegrarse de no tener dinero suficiente para comprar su parte en Kensington. Por muy malo que esto fuera, se imaginaba lo horrible que sería si llevara a cabo su proyecto inicial.

Roben entró en el despacho.

—*Monsieur le marquis* está fuera.

Janette miró los recados telefónicos, y después la agenda de entrevistas. Su nombre no constaba en ninguna parte.

—¿Ha llamado?

—No, *madame* —contestó Robert—. Pero ha dicho que tenía que verla, que era muy importante.

Janette reflexionó unos momentos, y después asintió.

—Hágale pasar.

Maurice sonreía cuando entró. Ella no se levantó, de modo que él dio la vuelta a la mesa y la besó en la mejilla.

—*Bonjour*, Janette.

Janette le indicó una silla delante de la mesa.

—*Bonjour* —dijo con cansancio.

Maurice se sentó y la miró, sin dejar de sonreír. Incluyó un momento la cabeza antes de hablar.

—¿Y bien? —preguntó.

Ella le miró fijamente.

—Y bien, ¿qué?

La sonrisa de Maurice se hizo aún más amplia.

—No bromees con tu querido papá —dijo—. La ansiedad me está matando. Sé que te has encontrado con Johann en el banco de Ginebra a las once de la mañana, que habéis salido los dos juntos a la una y que tú has tomado un taxi allí mismo para ir al aeropuerto.

—¡Me has hecho seguir!

—Naturalmente —sonrió él—. ¿No harías tú lo mismo si estuvieras en mi lugar? Al fin y al cabo, volviste de California a principios de esta semana y ni siquiera me llamaste. Y sé que viste a Johann y Lauren el jueves anterior. Vamos, la ansiedad me

está matando. Di a tu socio cuántos millones tenemos que compartir.

Ella le miró fijamente unos minutos. La visión de las monedas de oro lanzando destellos bajo las luces de la bóveda del banco cruzó por su mente. Allí era donde estaba la libertad, no en Kensington. Ninguna razón la obligaba a compartirlo con él por un mísero millón de francos, y menos después de todo lo que le había hecho desde la infancia. Quizá de no haber sido por él, ahora sería como Lauren, feliz y con un hijo propio. Una repentina oleada de odio fortificó su resolución.

—Nada.

Maurice la miró con incredulidad.

—¿Nada?

—Esto es lo que he dicho. No había nada —contestó fríamente—. No sé de dónde sacaste la información. Pero era falsa. Allí no hay nada que me permita comprar Kensington. Fue un bonito sueño mientras duró, pero ahora ha terminado.

—¡No te creo! —La voz de Maurice empezó a subir de tono—. Tenía que haber algo. ¡Estás mintiendo!

—Sí que había algo —dijo ella—. Papeles que el general dio a mi madre para que se los guardara. Papeles con la lista de las cosas que él había comprado para regalárselas. Incluido tu título, que compró para que te casaras con mi madre.

—¡No es verdad! —Su voz se hizo aún más estridente—. Todo era efectivo.

Janette se echó a reír al ver que la información proporcionada por Johann se confirmaba.

—El general era alemán, y ya sabes cómo son. Llevan una relación escrita de todos sus asuntos. Incluso los que pueden perjudicarles. Eso quedó bien demostrado en los juicios por crímenes de guerra.

—¡Estás mintiendo! —gritó él—. Quieres echarme tierra a los ojos. ¡Había dinero y ahora quieres quedártelo todo!

De repente todo el odio que Janette sentía por él salió al exterior. Cualquier tormento que ella pudiera ocasionarle no sería nada comparado con el que él le había ocasionado a ella. Habló con voz fría.

—Quizá sí —dijo, disfrutando al ver la contorsión de Maurice—, pero nunca lo sabrás. Y no puedes hacer nada para evitarlo. —Se levantó de la butaca—. ¡Ahora, fuera de aquí!

—¿Nada? —chilló él, levantándose de un salto y abalanzándose sobre ella.

Ella fue demasiado rápida para él. Dio un paso atrás y cogió el afilado y puntiagudo abrecartas de encima de la mesa. Maurice se inmovilizó de repente, con la punta de la cortante hoja en la garganta, justo encima del cuello, entre la nuez y la barbilla. Se miraron uno a otro con ojos llenos de odio. Janette tenía los labios abiertos sobre los dientes en una expresión feroz. Su voz fue como el rugido de un animal.

—¡No te detengas ahora, Maurice! ¡Dame la oportunidad de terminar lo que mi madre empezó!

Maurice tomó aliento y dio un paso atrás en el momento que la puerta del despacho se abrió tras él y la gente empezaba a amontonarse en el umbral, con los ojos fijos en la escena que se desarrollaba en el interior.

—¡No te saldrás con la tuya! —gritó, sin poder controlar su voz—. El general intentó hundirme y está muerto, igual que tu madre. Y ella también está muerta. No te saldrás con la tuya.

Janette levantó la mirada y vio a la gente en el umbral, con los ojos fijos en ellos. De repente se sintió agotada.

—Sal de aquí, Maurice —dijo con voz cansada—. Antes de que te haga echar.

Entonces Maurice se fijó en la gente que había tras él. Les lanzó una rápida mirada y después miró a Janette.

—Esto no terminará así —dijo, ya con voz calmada—. Algún día, cuando menos lo esperes, lo pagarás. ¡No lo olvides! —Después dio media vuelta y salió con toda la dignidad que pudo reunir. La gente se apartó silenciosamente para dejarle pasar y después llenó de nuevo el umbral.

Robert se acercó a Janette mientras ella se dejaba caer en la butaca.

—¿Se encuentra bien, *madame*?

—Perfectamente —contestó. Miró a la gente que la observaba con expresión asustada desde el umbral—. ¡Vuelvan a sus mesas! —exclamó—. Aún no son las siete.

Las caras desaparecieron rápidamente. Miró a Robert.

—Cierre la puerta —ordenó—. Después tomaré un coñac.

—Sí, *madame* —dijo Robert. Volvió al cabo de un momento, con la copa de coñac en la mano. La miró mientras bebía la mitad de un solo trago—. ¿Puedo hacer algo más por usted, *madame*?

Janette dejó que el licor se deslizara por su garganta.

—No, gracias, Bobby —contestó—. Déjame sola. Estoy bien.

Le observó mientras cerraba la puerta tras sí, y después sepultó la cabeza entre los brazos encima de la mesa. Aún notaba los temblores que agitaban su cuerpo y comprendió que si no se hubiera sentado a tiempo, las piernas le habrían fallado.

Nada había cambiado desde su infancia. En el momento que Maurice se abalanzó sobre ella, estuvo al borde del orgasmo y sus piernas se debilitaron. El terror que sintió no fue más que placer. El odio que Maurice le inspiraba solo podía medirse por el deseo que tenía de que la castigara. Notó los muslos húmedos.

Abrió un cajón y sacó un manojo de pañuelos de celulosa, después se levantó la falda y empezó a secarse las piernas. Se le había manchado el vestido y tendría que cambiárselo. Se levantó lentamente y fue al cuarto de baño. Tomaría una ducha rápida. Olía a su propio sexo.

Por segunda vez en aquel año fue el tópico de conversación en los cócteles de París. Primero fue el griego. Esta vez fue su padrastro.

El frío de aquel invierno había sido insoportable, y el calor del verano en París durante las colecciones de finales de julio y principios de agosto fue igualmente insoportable. Y en el gran salón de recepciones del *Hôtel de Ville* lo era aún más. El aire acondicionado no se había inventado todavía en lo concerniente a los edificios gubernamentales franceses.

Más de doscientas personas se amontonaban en una estancia cuya capacidad era inferior a la mitad de ese número. El champaña ni siquiera estaba frío, y los entremeses se habían resecado con el calor. Los fotógrafos y periodistas se abrían paso hacia la pequeña plataforma situada en un extremo de la habitación. La multitud exhaló un suspiro de alivio colectivo cuando un hombre vestido de negro subió a la plataforma. La ceremonia estaba a punto de comenzar. No tardarían en poder marcharse.

El hombre habló al micrófono. «*Mesdames et messieurs*». Los altavoces no emitieron ningún sonido. Dio unos golpecitos al micrófono. Ningún ruido. Varios golpecitos más. Todavía nada. Se encogió de hombros y renunció. Esta vez casi gritó.

—*Mesdames et messieurs*, el alcalde de París.

La multitud prorrumpió en aplausos cuando al alcalde traspuso la puerta de su despacho. Parecía estar fresco y cómodo, como era natural. En su despacho había aire acondicionado. Levantó la mano para imponer silencio a la multitud y sonrió.

—Señoras y señores —dijo, con voz que resonó en toda la estancia aun sin micrófono. Sabía hacer su papel. Era un profesional—. Sé que todos están ansiosos por marcharse y volver a sus asuntos respectivos. Muchos de ustedes tienen cenas, otros compromisos importantes, de modo que seremos tan breves como sea posible. En primer lugar, quiero dar las gracias a todos ustedes por asistir a este acto y honrar a esta mujer que tanto ha hecho para mantener el nombre de París como la ciudad más importante en el mundo de la moda. Una mujer joven, nacida en esta ciudad, que ha llegado a la cumbre de su profesión como una de las grandes modistas del mundo. Una mujer en la línea de Coco Chanel y Elsa Schaparelli que dejará su huella en el mundo de la moda durante los años venideros.

»Por lo tanto, querría que se unieran a mí para dar la bienvenida y aplaudir a quien este año se ha hecho acreedora a la *Médaille d'honneur* de la ciudad de París, la mujer que tanto ha contribuido a la cultura y a la moda mundiales y ha sido uno de los grandes exponentes de la industria parisina y su ya proverbial encanto. Señoras y señores, permítanme presentarles a... ¡*madame* Janette Marie de la Beauville!

La puerta del despacho particular se abrió de nuevo y Janette salió a la plataforma. Ella también estaba fresca y sonriente. Ella también había estado en el despacho del alcalde. Atravesó la plataforma y se detuvo junto al alcalde.

Entonces apareció un ujier con la medalla sujeta a la tradicional cinta roja, blanca y azul, encima de un almohadón de terciopelo. El alcalde la cogió y la sostuvo por encima de la cabeza de Janette, deteniéndose para que los fotógrafos tomaran todas las instantáneas que quisieran, y después, la posó con cuidado sobre sus hombros sin mover un solo pelo de su peinado. Era un profesional.

—*Madame* Janette —dijo, volviendo la cara hacia el público para que los fotógrafos pudieran realizar su trabajo—. La llamo *madame* Janette porque sé que es así como la llaman todos sus amigos y colegas. Es para mí un gran honor imponerle esta medalla en agradecimiento a todo lo que ha hecho por París, y por Francia. Su nombre adornará nuestra historia con la belleza que usted ha creado para todos nosotros. —Se inclinó hacia y ella y la besó en ambas mejillas—. Sea breve —susurró al oído—. Están sudando como cerdos y el salón apesta.

—*Monsieur le maire*. —Se volvió hacia el público y sonrió—. *Mesdames et messieurs*. —Hizo una larga pausa, y después se echó a reír—. Yo también seré breve. —Otra pausa. Se llevó ambas manos a los labios y les envió un beso, abriendo los brazos—. Gracias. Les quiero mucho a todos. Gracias.

Los fotógrafos siguieron disparando, instantáneas de Janette y el alcalde... pero la gente ya se marchaba. Había terminado. Y cuando los fotógrafos dejaron de disparar, el alcalde besó la mano a Janette y se marchó. Para él también había terminado.

Janette se hundió en el asiento trasero del Rolls. René la miró por el espejo retrovisor.

—Felicidades, *madame* —dijo—. Es una medalla preciosa.

De repente se acordó de que aún la llevaba colgando de la cinta que el alcalde había colocado alrededor de su cuello. Se la quitó rápidamente y la miró. Era de cobre con un baño de oro.

—Sí, lo es —dijo, pensativa—. Gracias.

—¿A dónde, *madame*? —preguntó él.

Janette levantó la mirada con sorpresa. ¡Qué estúpidos! Su departamento de publicidad debería haber organizado una cena para después de la presentación. No servían de nada. Otros cien mil dólares desperdiciados en concepto de prensa. Si no se le ocurría a ella misma, no se le ocurría a nadie. Esto jamás habría sucedido si Jacques hubiera estado allí.

—A casa —dijo con voz molesta—. A casa, naturalmente.

Se desvistió y cenó en bata delante del televisor. Vio las últimas noticias de los tres canales. Ni una palabra sobre la presentación en ninguno de ellos. Esto era demasiado. Al día siguiente nombraría a otro director de publicidad. El que tenía no sabía lo que se traía entre manos.

Cerró el televisor unos minutos después de las once, cuando el último canal dejó de emitir. Estaba tan furiosa que no pudo dormir. Se levantó y empezó a pasear nerviosamente por el dormitorio. Sería inútil tratar de conciliar el sueño.

Finalmente descolgó el teléfono y llamó a René.

—Saque el mini del garaje, René —dijo—. Voy a salir.

—¿Desea que la acompañe, *madame*?

—No —contestó—. Conduciré yo misma.

Se puso una blusa de algodón y unos tejanos, y después se anudó un jersey de *cashmere* sobre los hombros. Se calzó un par de botas por encima de los pantalones, sacó varios miles de francos del tocador y se los metió en el bolsillo de los tejanos. En el último momento, cogió un pequeño frasco de cocaína con la cuchara sujeta al tapón y se lo metió en el bolsillo de la blusa. Se miró al espejo antes de salir y sonrió. Nadie podría adivinar que había hecho tanto por la *haute couture* si la vieran ahora. Después bajó al piso inferior. René había dejado el coche delante de la puerta. Se metió en él y se alejó calle abajo.

Dos horas más tarde estaba sentada sola en un bar de lesbianas de la orilla izquierda, tomando un coñac. Había dos lesbianas sentadas a la barra con una copa en la mano, y otra bailaba con una camarera tan cansada que apenas podía levantar los pies.

Janette llamó con un gesto a la camarera de la barra, que se acercó con paso cansino.

—¿Sí, Janette? —preguntó.

—¿Qué le pasa a esta ciudad? —inquirió Janette—. Este es el tercer sitio que visito en dos horas y todos están así. *Zero*.

—Estamos en agosto y hace demasiado calor —dijo la camarera con fatiga—. Todos los talentos se han ido al sur.

—Mierda —exclamó Janette—. Será mejor que me vaya a casa.

—Será mejor —confirmó la camarera. Sonrió, enseñando dos muelas de oro—. De todos modos, voy a cerrar. No sale a cuenta tener abierto para las que vienen a tomar una cerveza.

Janette cogió cien francos y los dejó encima de la mesa.

—Buenas noches —dijo.

—Buenas —contestó la camarera, recogiendo el billete y metiéndoselo debajo del delantal. Siguió a Janette con la mirada hasta que salió y después volvió a la barra—. Terminen de beber, señoritas —dijo—. Vamos a cerrar.

Janette aparcó el mini delante de su casa, bajó del coche y cerró la puerta. Cuando daba la vuelta al coche en dirección a las escaleras, dos hombres salieron de las sombras de la casa vecina.

—¿*Madame* Janette de la Beauville? —preguntó uno de ellos.

—Sí —contestó Janette, deteniéndose un momento. Después le asaltó un repentino pavor y dio media vuelta para echar a correr hacia la puerta.

Pero el momento de vacilación fue suficiente. Uno de los hombres la agarró del brazo y la hizo retroceder con brutalidad. Janette le miró, tratando de ver su cara en la oscuridad.

—Si lo que quieres es dinero —dijo con voz sofocada por el miedo—, se lo daré.

Lo llevo en el bolsillo de la blusa.

—No queremos su dinero —dijo el hombre en voz casi divertida y un acento extraño—. Tenemos un mensaje para usted de un antiguo amigo.

Fueron las últimas palabras que oyó durante largo rato. Casi en el mismo momento notó que un puño se estrellaba en su cara. Notó que el hueso de la nariz y el pómulo se le rompían. «Oh, no», pensó, y entonces la sangre se le metió en la boca y empezó a desplomarse.

Después todo fue dolor y confusión. Oyó ocasionales lamentos sin darse cuenta de que eran suyos, mientras los continuos golpes en su cara y su cuerpo parecían no tener fin. Intentó gritar pidiendo ayuda pero la voz murió en su garganta. Nunca inconsciente pero tampoco plenamente consciente, lo único que pudo hacer fue gemir de dolor con cada golpe. Luego se encontró tendida sobre la acera de cemento, notando las pesadas botas de los hombres que se hundían en sus costados. Después, tan repentinamente como había comenzado, terminó.

Notó más que vio a los hombres inclinados sobre ella.

—Esto será suficiente —dijo el hombre y se echó a reír. Ella pensó que tenía un acento muy extraño y sintió sus manos en el bolsillo delantero de su blusa. Quiso decirle que el dinero no estaba allí, que estaba en el bolsillo trasero. Pero entonces el hombre se retiró. Volvió a reírse—. Adiós, Janette.

Al cabo de unos momentos intentó moverse. El dolor atravesó su cuerpo y gritó, pero no emitió ningún sonido. Lentamente empezó a arrastrarse escalones arriba. Le pareció que tardaba años de tormento en llegar a la puerta. Finalmente lo consiguió. Tardó otros mil años en levantar el brazo y tocar el timbre. Y después un millón de años para que se abriera.

Solo pudo oír el horror en la voz del mayordomo. «¡*Madame!*» Después se sumió en la noche.

Después de seis semanas, estaba sentada en la oscuridad de su habitación, mirando la estúpida película de la tarde que emitían por la televisión. Llamaron a la puerta y el mayordomo entró en la estancia.

—¿Sí? —preguntó.

—*Monsieur* Jacques ha venido a verla, *madame*.

—Despídale —contestó vivamente—. No quiero ver a nadie.

—No puedes despedirle —dijo Jacques—. Ya está aquí.

Rápidamente, Janette apretó el botón del control remoto que tenía en la mano y el televisor se oscureció. El mayordomo salió de la habitación, cerrando la puerta tras sí. Jacques fue hacia ella. Janette dio rápidamente la vuelta a la silla de ruedas.

—No me vuelvas la espalda, Janette —dijo él.

—No quiero que me veas —contestó ella con voz extrañamente ronca—. No soy muy agradable de mirar.

—Eso no me importa —dijo él. Dio la vuelta de la silla y se quedó delante de Janette—. ¿Sabes qué día es hoy?

Ella giró la cabeza para que Jacques no le viera la cara.

—Es un día como otro cualquiera. ¿Qué importa eso?

—Mucho —dijo él—. Es tu cumpleaños. Te he traído flores.

—Así que ahora soy fea y cuarentona —dijo ella con amargura.

—A mí nunca me parecerás fea —replicó Jacques—. Además, es cuestión de tiempo. Hoy en día los médicos hacen milagros.

—Tendrá que ser un milagro muy grande —dijo ella.

—Tú ten fe, Janette —repuso Jacques—, y ellos harán su parte. Tienes que desear curarte para que te curen.

Ella guardó silencio.

—Tú no eres cobarde, Janette —continuó él—. Nunca habías tenido miedo de luchar.

Janette se echó a llorar casi en silencio.

—Porque no sabía lo que era el miedo en realidad. Jamás en mi vida había tenido tanto miedo como cuando aquellos dos hombres me estaban golpeando. Y no solo tenía miedo del dolor; tenía miedo de que terminara. Porque cuando terminara y no sintiera nada, estaría muerta.

Jacques le tomó suavemente la mano.

—¿Quién te hizo esto, Janette? —preguntó con dulzura—. Sé que la policía no ha podido averiguar nada, pero ¿fue Maurice? Si es así, dímelo y le mataré.

Ella negó con la cabeza.

—No fue Maurice.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque sé quién lo hizo —declaró. Se acordó de la tarjeta que le metieron aquella noche en el bolsillo de la blusa, cuando creyó que buscaban el dinero. Estaba encima del tocador cuando volvió a casa y la doncella le dijo que se había caído de la blusa cuando la llevó a lavar. Era una sencilla tarjeta blanca con un nombre impreso en ella. Nico Caramanlis.

—Ahora ya no tiene importancia —dijo—. Ya ha pasado y lo único que quiero es olvidarlo.

Jacques permaneció callado un momento; después se puso de pie y fue hacia las ventanas. Abrió rápidamente las cortinas, dejando que la luz del sol entrara en la habitación. Con igual rapidez, Janette se llevó las manos a la cara, ocultándola.

Jacques volvió a acercarse y, arrodillándose delante de ella, le cogió las muñecas y se las apartó lentamente de la cara.

—Deja entrar la luz, Janette —dijo, mirándola a los ojos—. No puedes pasarte el resto de la vida escondiéndote en la oscuridad.

Ella le interrogó con la mirada.

—Aún tienes mucho que dar —dijo Jacques. Hizo una pausa—. ¿Lo ves? No es tan malo, ¿verdad?

Janette se echó a llorar otra vez, y las lágrimas rodaron silenciosamente por sus

mejillas. Lentamente, Jacques la atrajo hacia sí y le sujetó la cabeza sobre su pecho.

—Habría venido antes si lo hubiera sabido —dijo—, pero estaba en China y no vi un periódico francés hasta hace tres días. Entonces comprendí que tenía que volver a casa. ¿Lo ves, Janette? Yo también me estaba escondiendo.

—Jacques —murmuró ella—. Jacques.

Él la besó suavemente en la frente.

—Sí —dijo—. He vuelto. Y estaremos los dos juntos otra vez. Tú y yo. Y nos divertiremos otra vez y nos reiremos otra vez y nos amaremos otra vez.

—Sí, Jacques, sí —murmuró ella—. Repítemelo.

Él la miró, también con los ojos llenos de lágrimas.

—Nunca dejaré de repetírtelo, Janette.

F I N



HAROLD ROBBINS. Francis Kane o Harold Rubin, más conocido por su seudónimo Harold Robbins (Nueva York, 21 de mayo de 1916 - 14 de octubre de 1997), fue un escritor estadounidense de literatura popular, autor de 25 *best-sellers* que vendieron 750 millones de copias y fueron traducidos a más de 30 idiomas.

Al nacer recibió el nombre de Francis Kane, pero quedó huérfano y recibió el nombre adoptivo de Harold Rubin, cuando pasó su infancia en un orfanato. Fue educado en el Instituto George Washington y después de dejar la escuela, trabajó en diversos oficios. Dotado para el comercio, ya a la edad de veinte años había ganado su primer millón de dólares vendiendo azúcar para una multinacional. Sin embargo a principios de la Segunda Guerra Mundial, había perdido su fortuna y se mudó a Hollywood para trabajar en los estudios Universal.

Su primer libro, *No amaras a un extraño* (1948), estaba basado en su propia vida en el orfanato y en las calles de Nueva York y creó gran polémica y controversia por sus gráficas explicaciones sobre la sexualidad. Lo escribió para ganar una apuesta de 100 dólares con un directivo de Universal Pictures y demostrarle que era capaz de escribir un guion más interesante que lo que se hacía en ese momento en la meca del cine. Resultó ser un *best-seller* de gran tirada al que le siguieron más de 20, muchos de los cuales fueron llevados al cine con el correspondiente éxito taquillero.

Los vendedores de sueños (1949) fue una novela basada sobre la industria cinematográfica de Hollywood, desde los primeros pasos a la era sonora donde Robbins aportaba sus propias experiencias.

Su novela de 1954, *Una lápida para Danny Fisher*, fue adaptada al cine en 1958 con el título *King Creole*, que fue protagonizada por Elvis Presley.

Probablemente su novela más conocida fue *Los insaciables*, que estaba inspirada en la vida del magnate Howard Hughes. En 1995 se publicó su continuación, *The Raiders*.

Robbins se casó cinco veces. Desde 1982 necesitó usar una silla de ruedas, lo cual no impidió que siguiera escribiendo.

Pasó mucho tiempo viviendo en la Riviera francesa y en Montecarlo, hasta que murió por problemas respiratorios el 14 de octubre de 1997. Tenía 81 años. Desde su muerte han aparecido varias novelas inéditas terminadas por otros autores.

Notas

[1] Kir: aperitivo francés compuesto de crema de *cassis* y vino blanco. <<